17 DE JUNIO DE 1932

El Hogar

30 CENTAVOS
EN TODA LA REPUBLICA



EL SOMBRERITO DE MODA
por HARRY SOLON

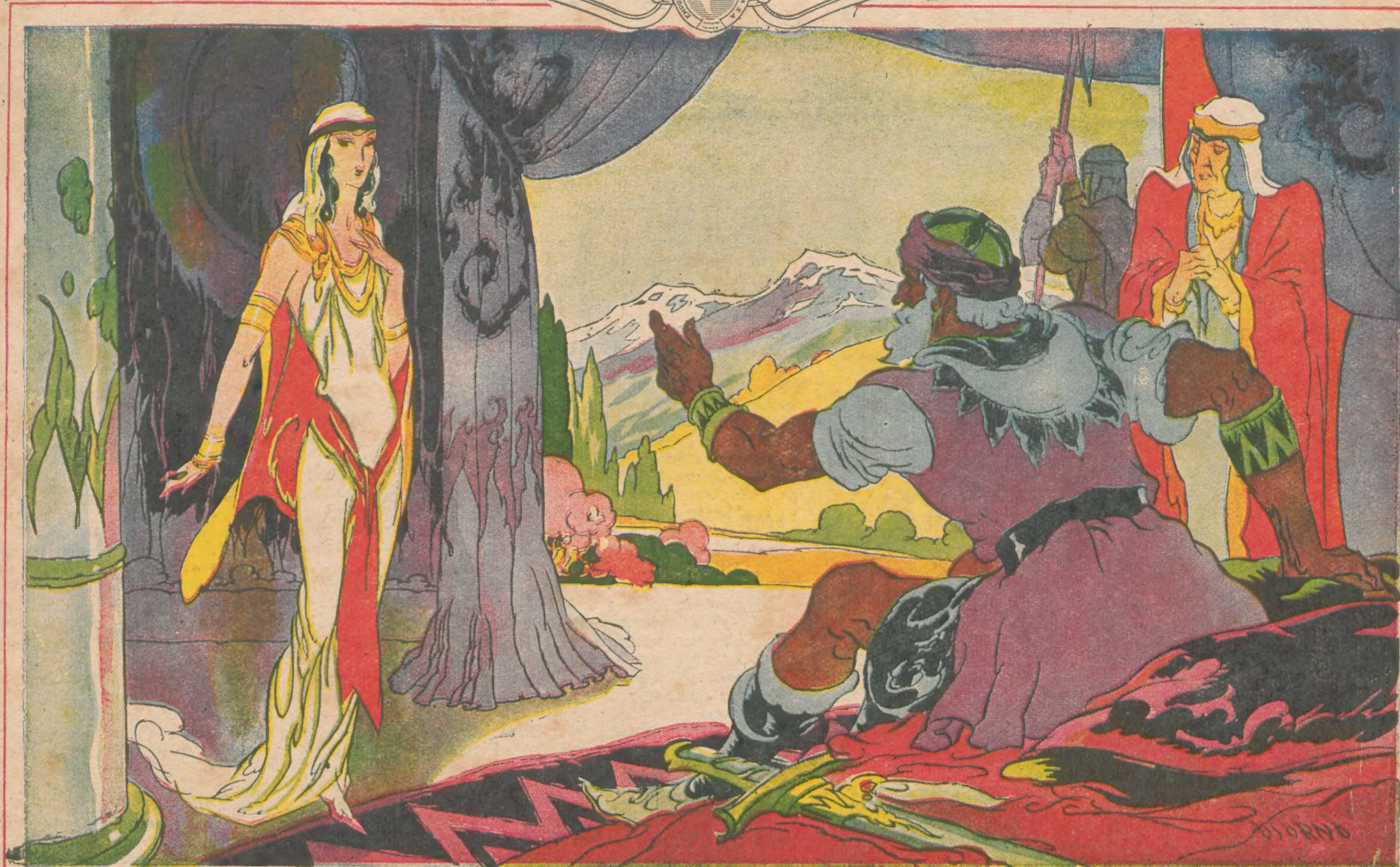
Dirección, Redacción
y Administración:
RIO DE JANEIRO, 262-300
U. T. 60 Caballito 1020 al 1029
Dirección Telegráfica: "Senyah"



Oficina para Avisos
y Subscripciones:
Av. ROQUE SAENZ PEÑA, 651
(Primer piso)
Unión Telef. 38, Mayo, 2081 al 2033

Año XXVIII. Núm. 1183
JUNIO 17 de 1932

ALBERTO M. HAYNES,
Fundador



Durkho

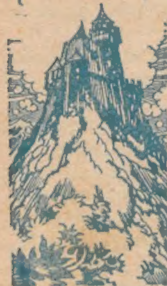
Cuento fantástico

de

Federico Illescas

S un magnífico arco. De nuevo estaré en condiciones de lanzar sus flechas contra los Khasi Khel.

Adán Khan observó con admiración el gran arco que sostenía en sus manos, tiró de la cuerda, tomó su peso y probó en la palma la acerada punta de una de sus flechas.



— Está muy bien hecho — respondió su primo Alí. — Con esa arma podrás saciar tu odio contra ellos, odio que ellos te devuelven con creces...

Adán Khan rió indiferentemente. El odio de los Khasi Khel por su propio clan, los Mita Khel, era tan natural como el cortante viento que en invierno soplaba desde los altos montes nevados que se erguían a sus espaldas, y que ahora aparecían resplandecientes bajo la luz del sol. Formaba parte de la vida como las tormentas cargadas de rayos, como los aludes de nieve que se despeñaban de las montañas, como el granizo devastador que mataba los corderos y los pájaros recién nacidos. Existía un estado de guerra perenne entre ambos clanes, guerra cuyos orígenes se remontaban a la lejana época en que la gente de Yusufzai, proveniente del Asia Central, sentó sus reales en los feraces valles del noroeste de la India.

Ese odio no había perdido su intensidad a pesar del tiempo transcurrido. Cuando dos hombres de Khasi Khel y de Mita Khel se encontraban, las manos nunca estaban lejos de las empuñaduras de sus espadas o de sus dagas. El invierno era propicio a esos sangrientos encuentros, pues ambos clanes arreaban sus rebaños y manadas desde los montes a las fértiles llanuras de Peshawor, y en esas ocasiones el odio hereditario solía manifestarse en toda su fiereza. Y entre la briosa juventud de ambos partidos, ¿quién era más valiente en la pelea, quién más rápido en desnudar el acero que Adán Khan, el hijo del jefe de los Mita Khel, el mejor jinete, el lancero más hábil y el cantor de voz más dulce de toda la raza de los guerreros montaraces?

— Conozco ese odio, pero no me inquieta.

Adán dejó su arco y tomó, en cambio, el incrustado "rebab" que estaba a su lado, pulsó las cuerdas con sus dóciles dedos y entonó una dulce balada.

Su voz se fué extinguiendo suavemente hasta cesar por completo. La mirada de sus ardientes ojos grises se deslizó por las faldas de los montes, estrelladas de flores silvestres multicolores, y fué a fijarse en los campos lejanos cuyas cosechas en plena madurez semejaban un manto de color de esmeralda cortado a trechos por la cinta plateada de las acequias rebosantes.

Alí miró a su primo; su cara era grave. Nuevamente esa balada de amor que Adán había adaptado de otra más antigua...

Evidentemente, Adán estaba muy serio en esa ocasión, y eso presagiaba contrariedades, tal vez luchas... Alí admiró los trazos enérgicos de esa cara cuyo color oliva se destacaba bajo el turbante de seda clara que rodeaba el pequeño casco de acero. A los lados caían los bien aceitados rizos y la garganta recia se modelaba bajo la fina cota de malla.

— ¿Quién es ella? — preguntó finalmente, y su tono denotaba su preocupación. — Han llegado hasta mí algunos rumores...

Volvióse Adán a tiempo para sorprender la ansiosa mirada de su primo. Dejó su "rebab" y rió mientras posaba cariñosamente la mano sobre la espalda de Alí. "Tratad al primo como a un enemigo", reza un viejo proverbio en Pathan. Pero estos dos eran más que amigos: eran casi hermanos.

— ¿Y quién podría ser? — Los ojos grises miraron burlonamente. — ¡Quién sino Durkho!...

— ¿Durkho? — murmuró estremeciéndose Alí. — ¿Durkho, la hija de Taus Khan, de los Khasi Khel?...

— Sí. ¿Existe acaso otra Durkho?... ¿Hay, por ventura, dos lunas?... ¡Durkho, la bella, Durkho, la talentosa! ¡Durkho!...

La risa murió en los labios de Adán y sus ojos quedaron de pronto inmóviles. Eran los ojos de un hombre cautivados por el misterio obsesionante de un monte bañado por la luz de la luna.

— Pero..., ¿cómo? — preguntó Alí.

— Pero... — La sombra burlona surgió de nuevo al oír estas palabras. — Los Khasi Khel seguramente no estarán muy conformes. Tal vez su padre monte en cólera, y hasta es seguro que saldrían a relucir los aceros si me sorprenden.

— ¿Y dónde la encontraste?

— Allá abajo, en la morada del viejo arquero. — Adán señaló el verdoso valle



que se destacaba en la lejanía y en el cual un cabrilleante arroyuelo serpenteaba entre los sauces y los obscuros nogales que crecían a sus orillas. — Ella vino, nuestras miradas se cruzaron y nos sentimos ligados para siempre... Y desde entonces muchas veces... No se habla de los Khasi Khel ni de los Mita Khel, ni el odio ni la sangre cuentan cuando un hombre y una mujer están juntos. ¿El arroyo y el río se inquietan acaso por los peñascos que les atajan el paso cuando corren juntos?

Ilustraciones del dibujante López Osorno



— No — respondió Alí, — pero el arroyo se pierde, y es allí entre los remolinos en donde muchos hombres se ahogan.

— El arroyo no se pierde jamás; sólo los hombres, que son ciegos, no lo distinguen del río... Pero, Alí, yo no sé cuál es el río y cuál el arroyo, quién es Durkho y quién es Adán. Sólo sé que tenemos que ser uno solo.

— Ellos te matarán — protestó Alí.

Adán sonrió.

— Tal vez sí, tal vez no... Entretanto, me complace creer lo segundo. ¿No tengo a Alí, el más fiel amigo entre toda nuestra gente? ¿No poseo a Asmani, la tordilla, la yegua más veloz de todos nuestros montes? ¿Qué mal puede amenazarme entonces?... Juntos iremos allá tú y yo cuando brillen las estrellas. ¡Durkho me espera!

Pulsó su "rebab" y arrancó de sus cuerdas el aire de esa vieja balada agreste en que el hombre desciende de los montes para conquistar a su amada, y después de atravesar por en medio de una verdadera tempestad de hierro y fuego, la lleva vencedor a su cabaña.

Se puso de pie y se dirigió en seguida hacia el sitio en que estaban los caballos. Éstos, a la sombra de una morera, pacían golosamente los tallos jóvenes y frescos. La tordilla irguió la fina cabeza, sacudió sus airosas crines y acercó su belfo acariciador cuando Adán asió el cabestro.

— ¡Ah, Asmani! Tendrás que llevarme pronto esta noche. Algún día deberás llevar doble carga sobre tu lomo... Pero no pesará mucho... ¡Durkho es tan liviana como el viento que sopla de las montañas en la primavera!

A Alí le pareció que la brisa traía en sus alas el eco entrecortado de las estrofas de amor que Adán entonara hacía poco.

II

— ES un partido magnífico. No sería posible hallar uno mejor.

Taus Khan se acarició la sedosa barba, mientras se recostaba más muellemente en los almohadones rojos y negros que cubrían el suelo de su cuarto, cuyas ventanas, abiertas hacia el Norte, permitían divisar las azules montañas lejanas, donde los Khasi Khel y su jefe, Mita Khel, tenían sus moradas estivales y sus gordos ganados pastaban la rica gramilla, que la nieve, ya casi fundida, había dejado al descubierto.

— Sin duda — respondió su cuñada, echando hacia atrás el velo y exhibiendo su trenzada cabellera gris y las pesadas arracadas de plata que encuadraban su rostro. Ella tenía una edad en que las convenciones no cuentan, y a esa llegan muy pronto las mujeres del Este. — Sin duda, Paenda reúne todas las cualidades de un buen yerno. Jefe de los Isa Khel cuando su padre muera, poseedor de tierras y dinero, y de muchas buenas espadas que lo siguen a la pelea...

— Y que necesitaremos para llevarlas contra los Mita Khel muy pronto. Se han vuelto muy audaces y no ocultan su deseo de ir a la guerra, sobre todo desde que Adán Khan los capitanea. Pero con los guerreros de Paenda estaremos en condiciones de poner fin a nuestras querellas de una vez por todas.

Una llamarada de odio brilló en los obscuros ojos de Taus Khan.

— Y, por consiguiente, ¿Durkho?...

La tía de la joven habló en un tono inquisitivo. Amaba los hijos de su hermana muerta más que a cualquiera otra cosa en el mundo... Pero ambas eran mujeres, y las mujeres oriundas de los montes de Pathán, entonces como ahora, sabían poco de independencia, eran bienes muebles de los cuales podía disponer su dueño a su antojo, ya fuera ese dueño el marido, el padre o el guardián...

— Se casará antes de la próxima primavera, como lo he dispuesto. — El tono de Taus Khan era categórico. — Hace tiempo que debió casarse...

El roce de unas cortinas en la puerta, el retiñir de unas pulseras de plata y unas suaves pisadas interrumpieron a Taus Khan. Durkho entró.

"¿Hay acaso dos lunas?" Adán Khan no había exagerado. La ruda cara del jefe algo se ablandó al contemplar la belleza de su hija. Su piel blanca resplandecía bajo la lustrosa cabellera negra, la nariz recta y la deliciosa curva de sus labios, la orgullosa y firme barbilla y el centelleo de sus ojos rasgados.

— He oído, padre. ¡Yo no lo amo! ¡No amo a ningún hombre aún! Estoy contenta aquí.

Juntó sus delgadas manos y miró a su padre, cuyas facciones habían recobrado su natural dureza. Pero no había miedo en esos ojos rasgados que le miraban de igual a igual. Durkho era valiente y Taus Khan se reconoció en ella. Pero los hijos, cuando son mujeres, nacieron para obedecer si ven la luz entre las tribus montaraces, para cumplir su destino de casarse con quien se les ordena, para criar hijos que alienten en su sangre los mismos odios que su tribu.

— Se hará como lo tengo ordenado. Puedes, si quieres, vivir en tu casa, cerca de Spindarra, pero tendrás que vivir con Paenda y con mi nieto.

Las mejillas de Durkho se colorearon. La rebelión estallaba en su alma.

— ¡No os daré ningún nieto hasta que halle al hombre que quiero darle por padre! — dijo con llaneza. — Presentadme a él y se verán cumplidos vuestros deseos. Hasta entonces no alzaré el velo que cubre mi cara ni ante mis parientas.

— Eso está muy bien, Durkho — contestó su padre. — Siendo tan hermosa, es prudente mantenerla cubierta hasta que Paenda levante el velo en la próxima primavera.

Taus Khan se levantó.

— Iré ahora a comunicar al padre de Paenda que todo está listo, que la promesa que le hice hace diez años se mantiene firme, y que deben preparar el matrimonio para la primavera.

Durkho lo vió retirarse, erguida como un pino joven, sus labios firmes, sus ojos ardientes, y demostrando sólo por su respiración agitada la lucha que se libraba en la intimidad de su alma.

Cuando el ruido de las pesadas sandalias de su padre se perdió a lo lejos, la joven se volvió hacia su tía y dijo:

— Si me entrega a Paenda, éste no abrazará más que un cadáver. — Y su mano sacó de la cintura un fino puñal de plata. — Hay un hombre, sólo uno, cuyas manos pueden tocarme...

— ¿Y su sangre? ¿Y el odio de su raza?... Niña querida, eso es imposible...

La voz de la anciana era suave y sus ojos estaban cargados de nostalgias. Así había ocurrido con ella también, pero ella no tenía el espíritu de su sobrina. Había aceptado su

destino con la resignación que imponen la tradición y la costumbre de muchas generaciones, y se había casado con el hombre que sus padres le eligieron. Y ahora era una viuda sin hijos y sin nada en su pasado que atrajese sus recuerdos. Tal vez la forma de proceder de Durkho fuera la mejor. Pero, ¿y si Taus Khan o cualquiera de sus súbditos se enterasen?... El Código de Pathán no tiene piedad para la mujer que viola sus preceptos. Amina tuvo un estremecimiento cuando miró a su sobrina.

—¿No hay esperanzas de que ellos consientan?... ¡No! Pero, ¿qué importa su consentimiento? La primavera está lejos y Adán Khan está cerca... Esta noche, mi tía...

La joven echó los brazos al cuello de la anciana, y con voz mitad autoritaria, mitad acariciadora, dijo:

—Esta noche él vendrá y tú debes ayudarme.

—Pero... ¡Alá me proteja! —tartamudeó Amina, fijándose en los ojos relucientes de la niña.

—Sí, seguramente vendrá. Y tú debes ayudarme... ¿A quién recurriría? —Su tono era acariciador. —Sólo a la que me ama y que también padeció de amor, como me lo dijo muchas veces. Pero, de todas maneras, no puedes negarte... Yo lo arreglé todo con él...

—Pero, ¿cuándo y dónde?

Durkho rió.

—En la morada del viejo arquero junto al camino. Yo llevé mi huso para arreglar y él su gran arco... Pero el anciano comprendió: es mi amigo... Allí nos encontrábamos y forjábamos nuestros planes. Esta noche, cuando brillen las estrellas y la luna se oculte detrás de los montes, él, con su primo Alí y otro hombre para cuidar los caballos. —Sus ojos rasgados brillaban de alegría. —Alí tendrá una larga espera, sin nada que lo entretenga, pero eso le servirá de práctica para cuando le llegue la hora de amar...

—¿Y si tus parientes se enteran?

—Se muere sólo una vez —dijo Durkho tranquilamente, mientras bajaba el sutil velo sobre su cara.

III

LA noche estrellada había caído sobre los montes y las llanuras cuando Adán Khan y Alí entraron en los suburbios del pueblo de Taus Khan. Todo estaba en silencio. Marchaban con toda clase de precauciones, sin ruidos de armas ni de herraduras. Tras ellos galopaba Hasan, otro de los amigos predilectos de Adán, tan gallardo como él, tan valiente y tan apasionado. Siguieron una estrecha calle que contorneaba la población. Un perro perdido ladró. El camino torcía de pronto y los condujo a los pies de una muralla, tras la cual se elevaba una casa flanqueada de altas torres: esa era seguramente la mansión de Taus Khan.

Tres hombres, tres caballos, que hasta entonces se movieron como fantasmas, estaban perdidos en las sombras que proyectaba la alta pared.

—Y ahora hay que entrar —dijo Adán, cuando desmontó con Alí y entregaron las riendas de los caballos a Hasan. —La puerta exterior debe estar sin barra.

Lo estaba. La franquearon y en seguida se encontraron en el patio de corte, al pie de un gran muro, en el cual se abrían varias ventanas con balcones. Una de ellas estaba abierta, y a la claridad de las estrellas vieron que de ella pendía, flotando grácilmente en la noche, una cinta de seda.

—La señal —dijo Adán, y Alí asintió, en tanto deshacía un lío que traía consigo y de él sacaba una escala semejante a las que usan los montañeses, adornada con borlas de colores y presillas de oropel, pero bien reforzada con gruesas cuerdas de cáñamo.

Adán se inclinó, luego se enderezó de pronto y con seguro impulso arrojó un guijarro, que fué a caer suavemente sobre los almohadones en que Durkho reposaba soñando.

—¡Tía! ¡Ellos están ahí! —murmuró despertando de pronto. —Mira: allí está el hilo envuelto en la piedra, el hilo delgado con que Adán me incita a volar hacia él.

Tiró del hilo atado a la piedra y en seguida tuvo junto a ella la escala. Un instante después Durkho salió al balcón y llamó cautelosamente.

—Mira bien, Alí —dijo Adán, e inició el ascenso de la escala. Pronto su mirada pudo descubrir el misterio de ese cuarto, alumbrado por varias lámparas de bronce que lo dejaban, no obstante, sumido en una discreta penumbra.

—El cielo está más cerca de lo que siempre me dijeron —dijo Adán. —Sólo una breve escala y mis manos golpearon a la puerta del paraíso.

—¿Estás seguro de que éste es el cielo? —respondió ella.

—Segurísimo. ¿Acaso no veo la luna, esa luna que inflamó mi corazón más que el sol de junio?

La sombra de un repentino temor apagó el brillo de los ojos de Durkho.

—Es verdad, Adán. ¿Y si alguno de mis parientes supiera que te encuentras aquí?... ¿Por qué arriesgas tu querida vida por mí?

—No hay vida sin ti, Durkho. ¿Cómo un hombre puede vivir sin agua para apagar su sed?... Vida... Muerte... Son sólo pequeñas cosas, Durkho. Pero el amor... ¡Tu amor!

Ella se estremeció y puso su mano entre las de Adán.

—Nada importa sin él. Esto es lo que he aprendido en estos últimos días y noches... Sin ti, amado, la vida nada vale...

Alí, perdido en las sombras, cantaba para sí la vieja balada preferida por su amigo y evocaba la fugaz mirada de Durkho, esa mirada que sumió su alma en un delicioso encantamiento. Alí siempre fué un romántico.

—Pero —dijo volviendo a la prosaica realidad— Adán y Durkho se han olvidado del tiempo. Las estrellas palidecen por instantes; la aurora pronto iluminará el horizonte, y para entonces debiéramos estar ya lejos.

Se estremeció de pronto al sentir un rumor y su mano rápidamente estuvo sobre la empuñadura de la espada. Pero no había nadie. Volvió al pie del alto muro, miró las estrellas otra vez y le sorprendió la claridad suave que iba surgiendo lentamente en el este.

—Arrojaré el guijarro que hará apagar las estrellas—murmuró mientras lanzaba una piedra tras otra. A la distancia un gallo cantó.

—Es la hora, amado. —Durkho se libertó de los brazos de Adán y lo miró en la cara. —Es la hora. Sentí cantar los gallos.

—Seguramente cantaron muy pronto; es de noche aún.

Pero era tan urgente el llamado que sonaba tras la puerta que ocultaba a Amina como el de Alí en el patio de corte.

—Será la muerte si te quedas, amado... No la temo, pero quiero vivir para amarte.

Ambos se besaron apasionadamente, pero un nuevo guijarro que cayó en el suelo interrumpió su arrebato.

—Parte, amado, parte...

Su voz demostraba una gran ansiedad. La claridad aumentaba por momentos y las estrellas, sus estrellas, palidecían. A lo lejos, desde el alminar de la pequeña mezquita, llegó la voz del muecín que despertaba a las gentes para la oración, para la oración que es mejor que el sueño.

—Nos hemos amado y el amor es la mejor plegaria.

Adán miró hacia el horizonte sonrosado por la aurora, y luego a Durko, y se admiró de que pudiera dejarla.

(Continúa en la pág. 18)



La modelo

Cuento de amor de Federico Amicis



DYLLIS se sentó en un rincón. Evidentemente las fiestas la turbaban. Carecía de imaginación para toda clase de juegos que requieran de ella y, sin embargo, librada a sí misma, su fantasía se desbocaba y no se detenía ante ningún obstáculo.

Por algo se imaginaba que su salón dormitorio no era tan pequeño, tan incómodo con ese biombo chillón y deslustrado que la ambiciosa casera había colocado en él para ocultar el antiartístico lavatorio, sino un romántico y misterioso apartamento donde ella, como las heroínas pálidas y hermosas de las novelas, vivía su vida de pasión y de gloria.

Le gustaba sentarse allí en las noches, con sus dos pequeñas manos ocupadas en su eterno trabajo de tapicería, con la ventana abierta y las cortinas corridas de manera que el cielo gris azul (en el que una pálida luna se velaba el rostro con el tul de una nube, como una dama tras el velo) constituyera el fondo de ese cuadro apacible y sereno. Y entonces sus ojos profundos como el mar se ponían pensativos y se llenaban de deseos y sus labios se abrían en una sonrisa ardiente. Esas eran las horas que más amaba; las que tenían más realidad para ella.

El resto de su vida, cuando salía todas las mañanas para la oficina, cuando comía su lunch repulsivo y barato y hablaba con sus compañeras sobre vestidos y hombres y ocasionalmente las acompañaba a algún paseo, le resultaba completamente irreal.

Pero en esas fiestas, y principalmente en esta fiesta, se sentía siempre un poco culpable. Después de todo era un algo grosero no divertirse, cuando todos se habían tomado tantas molestias. Y cuanto se había sido especialmente invitada por Nadja, que no paraba en su afán de hacerle pasar un buen rato, la falta era, sin duda alguna, mucho mayor.

Dyllis se agitó nerviosa en el diván en que se hallaba sentada. Y lo estaba en el rincón extremo del mueble. Odiaba los divanes porque una tiene que recostarse en un abandono que la hace aparecer a una tonta o de lo contrario adoptar otra actitud que siempre es horriblemente incómoda.

Había un joven en esa fiesta de Nadja que le hacía recordar a Lancellotto, o más bien a la idea que de ese héroe ella se había forjado. Era alto y delgado, de anchas espaldas y estrechas caderas y su cabello, claro y abundante, formaba un copete sobre su frente. Sus ojos grises miraban fijamente bajo unas cejas obscuras y prolongadas. Toda su persona emanaba coraje, soltura y dominio de sí mismo. Su nombre, lo supo por Nadja, era Gareth Neilson. Su amiga los había presentado, y al hacerlo le había dirigido una mirada que quería decir:

— Y ahora, Dyllis, por Dios, ¿no es esto bastante romántico para ti?... Haz un esfuerzo y baja de las nubes.

Pero ella fué absolutamente incapaz de hacer ese esfuerzo. Sintió como si algo de terrible significación hubiera ocurrido, como si Lancellotto y no el joven Gareth, era el que estaba a su frente y que ella, como la dama sentenciada, se había buscado su condena.

Y con cierta singular desesperación dióse cuenta de cuál era esa condena: se había enamorado y, como era natural, a él no le había ocurrido lo mismo. Sonrió deliciosamente y dijo algo convencional, pero casi en seguida siguió a Nadja hasta un rincón del estudio donde aquélla entró en conversación con otro hombre. Wilfred Allen se acercó a Dyllis y le ofreció un sandwich que ella aceptó por cortesía aunque no tenía el menor deseo de comer. Wilfred se paró frente a ella y la miró mientras comía. Él pensó que era la cosa más adorable que había visto, con su cabello rubio ondulado cayéndole a ambos lados de su cara pequeña y solemne y su vestido de seda verde que oprimía su cuerpo grácil y nervioso.

Algunas veces la llevaba al cinematógrafo, pero siempre sintió que ella aceptaba sus invitaciones porque era demasiado buena para lastimar los sentimientos ajenos. Pensaba que si le hubiera pedido que se casara con él, habría aceptado también simplemente porque era incapaz de negarse a nada. Esto era lo único que detenía la súplica en sus labios.

— ¡Puedo verla en su casa? — preguntó, a pesar que desde temprano había resuelto no hacerle ese pedido.

Ella lo miró. Lo conocía desde hacía tanto tiempo que su familiaridad le resultaba confortante y agradable. No tenía nada de soñador por cierto; su cara era cuadrada, sus ojos azules, vulgares y su cabello obscuro y liso, tan distinto a la melena casi oro que Gareth Neilson poseía...

— Gracias, Wilfred — dijo con su voz clara y remota; — siempre es usted tan amable.

Wilfred se movía nerviosamente sobre sus pies.

— ¿Qué piensa de él? — preguntó por fin volviendo la cabeza hacia donde estaba Gareth Neilson conversando con Nadja.

Para su desgracia vió que las mejillas de Dyllis se cubrían de rojo y que su respiración se entrecortaba. Después de un instante dijo:

— Es muy simpático. ¿No le parece?...

Wilfred contestó en tono agresivo:

— Lo creo teatral... y ese cabello...

— ¿Quién es?

— ¿No sabe? — preguntó Wilfred con incredulidad. — Es Gareth Neilson, el autor del cuadro del que todo el mundo habla... Nadja se apoderó de él en alguna fiesta...

— ¡Oh!... — dijo Dyllis; y nuevamente esa ola de sangre tiñó sus mejillas. — ¡Qué estúpida soy! Nunca..., quiero decir..., que nunca se me ocurrió que él era *ese* Neilson...

— Pues lo es... — comentó Wilfred ásperamente.

Dyllis encendió un cigarrillo. Nunca fumaba, pero hay ocasiones en que el cigarrillo debe usarse como una pantalla de humo, en el verdadero sentido de la expresión. Wilfred la miró desconsolado. Le parecía tan lejana, tan inaccesible...

Ella miró alrededor del estudio de Nadja. Era grande y estaba muy vacío... Excepto cuando ofrecía alguna fiesta. Entonces lo dividía con pesadas cortinas y éstas formaban un pequeño cuarto oblongo frente al fuego. Cuando Dyllis se sentaba en esa pieza sentía siempre una impresión desagradable...: la de hallarse en un escenario.

Nadja le había dicho muchas veces que no se contrajese tanto en los negocios... que en sus momentos libres olvidase el comercio y toda la gente que tenía que ver con él... En realidad, su amiga, con esa generosidad que le era característica, le había pedido que dejara su empleo, que viniese a vivir con ella, para "vivir su vida". Exactamente, qué entendía ella por vivir su vida, era un tanto vago..., pero Nadja habló casualmente de "llevar a casa algo"..., trabajos en cuero..., algo. Mas Dyllis, encerrada en sus propios sueños, sólo sonrió.

Pero Nadja ignoraba que cuando ella estaba sola, el comercio la preocupaba muy poco. Su alma vagaba por mundos ignorados..., y, después de todo, ese despreciable comercio le proporcionaba un empleo decente y una situación económica que no estaba segura de conseguir con la oferta de su amiga.

Esa noche, velada tras el humo de su cigarrillo, se preguntaba a sí misma, si era correcto venir a la fiesta de Nadja, a la que quería tanto. Nadja tenía mucho dinero y se movía en un círculo muy diferente. Por otra parte, Dyllis no se encontraba bien entre los amigos de Nadja. Ella notaba que todos se sorprendían al enterarse que era la secretaria de Mr. Blair, un excelente importador de la City.

— ¡Qué admirable!... — decían. — ¿Cómo hace para soportarlo?...

Y eso era completamente falso. No creían que era admirable; juzgaban su conducta estúpida y extravagante. Ahora, si hubiera trabajado en una tienda de antigüedades, en uno de esos locales sospechosos que se hallan en todas partes, sería diferente...

Pero Nadja era un encanto. Tenía cabello casi negro, piel muy blanca y sus ojos de un azul tan obscuro que a veces parecían violetas. Y Dyllis creía que ese Gareth Neilson sería como todos..., pero ahora estaba segura de sufrir.

Desde el extremo del salón alguien llamó a Wilfred. Él acudió disgustado, y en ese instante Neilson se separó de Nadja y se acercó a ella.

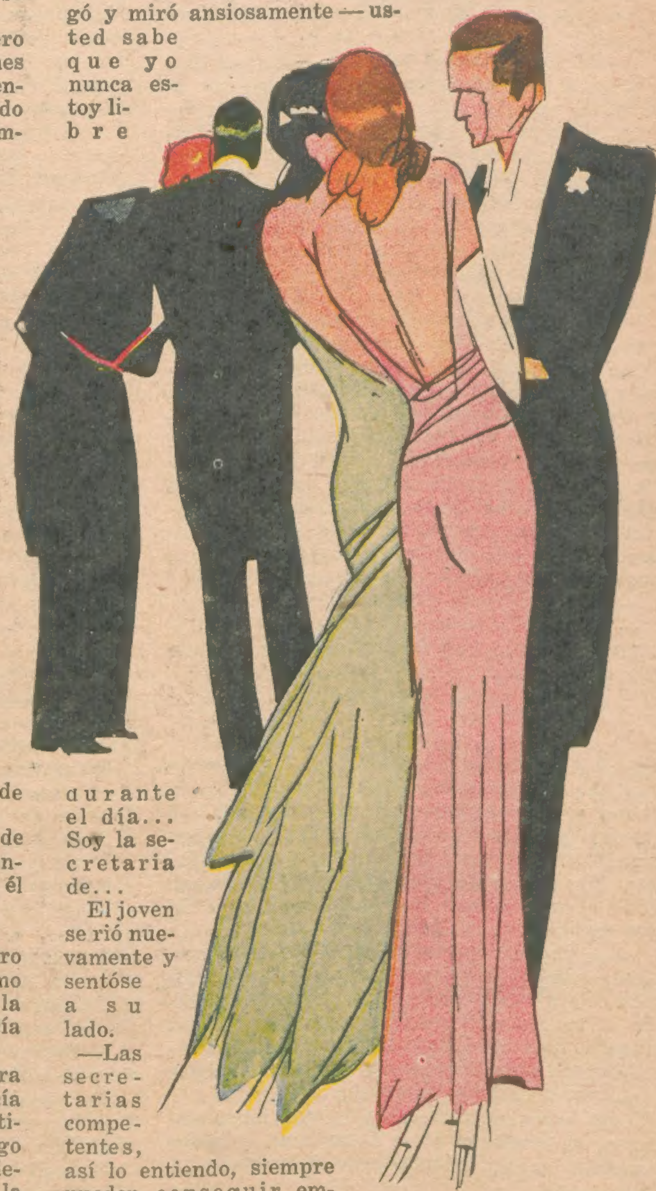
— Me preguntaba — dijo — si usted estaría dispuesta a "posar" para mí...

Ella lo miró con incredulidad.

— ¿Yo?...

— Usted... — Y se rió.

— Pero — su frente se arrugó y miró ansiosamente — usted sabe que yo nunca estoy libre



durante el día... Soy la secretaria de...

El joven se rió nuevamente y sentóse a su lado.

—Las secretarias competentes, así lo entiendo, siempre pueden conseguir empleos. Ya tiene otro y yo tengo más que deseos de pagarle lo que usted quiera si posa para mí... Es exactamente lo que buscaba..., en un traje gris..., apariencia solemne... "La mujer pensativa"... así debería llamarse...

Él tenía una voz implorante y de todas maneras ella esta perdida antes que él intentara persuadirla. Nadie podría arrancarla de su existencia feliz, trabajar durante el día y soñar por la noche. Ni aunque Nadja agregara sus razones, como después lo hizo.

— Pero, querida..., posar para Neilson... Es claro que conseguirás otro empleo, si alguna vez lo deseas, pero esta es una oportunidad...

En esa palabra oportunidad Nadja resumía toda la fama y las riquezas que el mundo podía proporcionar.

Con cierta pena renunció su cargo en la casa de Mr. Blair, porque apreciaba mucho a su patrón. Le había llegado a tener una gran simpatía. Y ahora se preguntaba qué diría él..., se imaginaba su incredulidad cuando le comunicase que abandonaba su empleo para posar para un artista, aunque este artista fuese Gareth Neilson. Seguramente esa incredulidad se reflejaría en su cara con más intensidad que la que exteriorizaban las de los amigos de Nadja cuando supieron que ella trabajaba para Mr. Blair.

— Folk — llamó Nadja, — permítame que le presente a la nueva modelo de Neilson.

A Dyllis le pareció que estaba rodeada por risas, caras excitadas y anteojos amplificadores. En un ins-

Ilustraciones del dibujante Rodolfo Claro



tante sorprendió a Wilfred mirándola, con una mirada de pena y de preocupación..., y en ese mismo instante Neilson le decía:

— La espero en casa...

Ella se olvidó de Wilfred y alzó hacia el artista una cara resplandeciente de felicidad, unos ojos que parecían estrellas azules.

— Se lo agradezco tanto...

WILFRED se retiró. Nada había que hacer con la nueva Dyllis. Él la sentía igual, pero la rodeaba mucha gente. Gente que antes ni se percató de ella, ahora la colmaba de atenciones y de elogios, completamente inconsciente del hecho de que hasta el día en que Neilson le extendió la mano no había notado sus encantos... Ahora, con la misma absoluta carencia de juicio, la proclamaba maravillosa.

Y Nadja estaba encantada. ¿No había ella afirmado infinidad de veces que la pequeña Dyllis estaba hecha para algo mejor que para un puesto de oficina? ¿Y no era maravilloso lo que ocurría?... Le rogó a Dyllis que dejara su pequeño cuarto y se viniera a vivir con ella en Chelsea, pero aquélla no aceptó. Por alguna razón se sentía adherida a su habitación, aunque ahora, raramente, se sentaba allí en las noches junto a la ventana para soñar...

Día tras día se arrellanaba en una silla de alto respaldo ubicada en el estrado del estudio de Neilson y tarde tras tarde preparaba el té. El artista había dado a ese estudio una apariencia severa y nunca celebraba allí reuniones de amigos, ni alentaba a la gente a que lo visitase. Para todo eso tenía su casa ubicada en una estrecha calle que desembocaba en los muelles del Támesis. La manejaba espléndidamente una anciana que era su ama de llaves. Allí Dyllis no tenía ocasión de hacer esas pequeñas cosas que le agradaba hacer en su obsequio, como servirle el té y tostar bollos. Pero a él le agradaba verla allí. Todas las noches le pedía que fuese, y la joven, sentada en un amplio sillón, escuchaba distraída la charla de la gente que la rodeaba. Todo eso la fastidiaba, pero estando Gareth presente se sentía contenta. No ambicionaba otra cosa en el mundo que seguir como hasta entonces y si algo se le ocurría algunas veces era que ella y Neilson podían estar casados, y si bien la vida continuaría exactamente lo mismo, ella estaría en condiciones de hacer mucho más en favor del pintor.

Algunos fines de semana iban al campo. Partían por tren y luego se dedicaban a vagar por las llanuras o por los montes, mientras él hablaba y, algunas veces, en los días malos, luchando con el viento que soplaba en las tierras altas. A menudo le tomaba la mano y le pedía que hablase de ella misma, respecto a su vida y a esa tía que la había criado. La persuadió que le confiase los sueños que se ocultaban detrás de sus ojos.

Y entonces, una tarde, después de preparar el té y cuando estaba sentada frente a la estufa meditando, él se inclinó hacia ella y la miró intensamente. Sus ojos grises aparecían mitad risueños, mitad serios, pero había algo en ellos que hizo latir el corazón de la joven apresuradamente.

— Dyllis — dijo, y se acercó, la asió de la mano y la atrajo hacia sí haciendo que cayera de rodillas junto a su silla. — Pequeña Dyllis: ¿Qué piensas tú del amor?...

Los ojos de Dyllis miraban fijos y brillantes, si bien el indiscreto rubor denunciaba la emoción que la oprimía. Él se rió en forma extraña y la besó. En seguida puso sus brazos bajo los de ella, la alzó y la besó de nuevo.

— ¡Querida Dyllis — murmuró, — ¡eres lo más dulce!...

Ella no dijo nada, devolvió la caricia, y el beso más suave que recibiera en su vida, rozó su mejilla. Dyllis se sentía plena de una felicidad en la que no había sueños, en la que no había más que dicha y amor.

— ¡Querida! — murmuró, y durante un largo tiempo la tuvo sentada en sus rodillas con su cara apoyada en la de ella.

La joven sintió un calambre en la parte posterior de su cuello, pero no se movió, y vino la noche sumiendo el estudio en la obscuridad, en medio de la cual sólo se destacaba el rojo cuadrado de la estufa de gas, brillando como los tubos de un órgano que se estuviera incendiando.

Después de eso las cosas siguieron lo mismo, con la diferencia de que había entre ellos un vínculo más estrecho, una intimidad más deliciosa. Cuando le pedía que fuera a su casa por la noche, rara vez encontraba gente, y ambos se sentaban y hablaban, mientras él le acariciaba su tupido cabello rubio o jugaba con sus manos, deslizando su pulgar y su índice de arriba abajo de cada uno de sus dedos, por turno.

Dyllis era absolutamente dichosa.

Nadja se presentó un día en el estudio. Gareth la recibió con poca amabilidad. Bien sabía ella que él detestaba las visitas inesperadas. Pero Nadja no pareció percatarse de esa frialdad. Contempló la pintura, en seguida rápidamente a Dyllis y luego de nuevo el cuadro. Entonces miró a Gareth y le pareció a la joven que su cara cambiaba y en ella aparecía un gesto severo y acusador.

Gareth irguió las cejas y devolvió esa mirada, poniendo en la suya un aire de extraña insolencia. En seguida, con mucha deliberación, bajó la cortina sobre el bastidor, encendió un cigarrillo y se hizo a un lado.

Dyllis sintió una molestia repentina. Una acre sensación de miseria llenaba su alma. Ella no había visto aún el retrato; Gareth le había pedido que no lo viera hasta que estuviese terminado, y ella lealmente aceptó el trato. Él sabía perfectamente bien que podía confiar en su palabra, que aunque estuviera sola en el estudio durante muchos días no miraría el cuadro. Una de sus grandes virtudes era el estar desprovista enteramente de toda molesta curiosidad.

La mirada de Nadja la llenó de pánico. Recordó todo lo que había oído decir respecto a los (Continúa en la pág. 12)

RODOLFO CLARO

— ME PREGUNTABA — DIJO ÉL — SI USTED ESTARÍA DISPUESTA A "POSAR" PARA MÍ.

Hollywood visto con



Pertrechado con sus bártulos de turismo periodístico, helo aquí a Néstor, jovial y sonriente, al partir en vuelo hacia el país de las estrellas, en el aeródromo de la Panamerican Airways en Morón, junto al avión con que cruzó la Cordillera.

Pocas actividades modernas han llegado a constituir un tema periodístico de tanta importancia y de tan profundo interés público como el cinematógrafo. Y pese a lo mucho y bueno que sobre este arte se ha escrito en nuestro ambiente ninguna opinión más autorizada que la de NESTOR, el brillante y difundido cronista que en breve lapso ha sabido conquistar la simpatía y, lo que es más, la confianza del público con su acertada labor cotidiana, en la que ha destacado, además de sus condiciones y cualidades periodísticas, su vasta preparación en la materia, sólidamente abonada por la experiencia obtenida en sus viajes de estudio a los más importantes centros de producción de Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. Su último viaje a Hollywood, realizado por vía aérea, pone de relieve el espíritu que anima a este joven cronista, que ha sido él primer periodista americano que cumplió la vuelta completa a las tres Américas en avión. De esa jira, NESTOR ha condensado sus impresiones y comentarios en una serie de artículos especialmente escritos para "EL HOGAR", y cuya publicación iniciamos hoy con el significativo título de "Hollywood visto con ojos argentinos".

HOLLYWOOD!... Meca de los ilusos de la tierra. Moderna Jerusalén inconquistable, a la que acuden, año tras año, día tras día, las caravanas de peregrinos ansiosos de redimir su anonimato bañándose en la mágica luz de sus cámaras, como en las aguas de un nuevo Jordán para obrar el santo milagro de subir a la gloria en alas de una imagen.

¡Hollywood!... Ciudad maldita, de donde no se vuelve más... Y a la que todos vuelven. Vorágine que atrae, arrastra y eleva o hunde sin remedio..., pero de la que nadie retorna, ni los que triunfan, ni los que fracasan.

Ciudad venenosa, cuya ponzoña se inyecta hondo en la sangre y en el alma de quienes llegan a conocerla; aun los que fueron a ella sólo por curiosidad u obligación, tampoco pueden dejarla por mucho tiempo sin sentir una inmensa y aguda nostalgia que les obligará a volver, tarde o temprano, irremisiblemente. Es el virus de su fascinación irresistible que no se cura jamás, y que nos persigue tenazmente para hacernos regresar a ella una y otra vez.

Y ya que yo sucumbí también a la tentación de conocerla, gustando sus encantos, heme aquí ahora, envenenado, a mi turno, purgando mi culpa con la amarga nostalgia de ese afán insaciable de volver y volver. Después de la primera, ya volví una vez. Y no será la última...

De Buenos Aires a Hollywood, por el cielo

Y eran tantos mis deseos de llegar cuanto antes, que me fuí en aeroplano... Un poco por impaciencia y otro poco por llegar a Hollywood dignamente. Que al país de las estrellas debe irse por el camino de las estrellas. Por otra parte, periodista, como soy, de la novísima generación, quise estar a la altura de mi época, reflejando cabalmente este espíritu febril y vertiginoso de mi siglo. De este siglo en que el espacio y el tiempo ya han dejado de ser cosas tan serias como parecían... De este siglo en que el cine nos permite devorar una novela en una hora o nos lleva a dar la vuelta al mundo en cuarenta minutos.

Quise hacer un viaje verdaderamente cinematográfico. Que quedase en mi mente como una película más. Quizá la mejor, la más vívida y la más intensa, la más interesante de todas las que vi a través de mis años de cronista de cine. Y fué así cómo, aprovechando ese magnífico collar con que la Pan American Airways ha abrazado por las rutas del cielo los corazones de las tres Américas, salí desde Morón una mañanita, jinete de un poderoso y rugiente trimotor, y enfilamos hacia la Cordillera. Para empezar, queríamos empezar por lo más bravo... Que no en vano he nacido en la tierra de los potros y los cóndores...

Y fué el viaje como un sueño maravilloso. Un desfile fantástico de fantásticas visiones extendidas por la sugestión de lo infinito y recortadas por la precisión de la velocidad. La sensación extraña del Continente inmenso hurgado palmo a palmo, y la exaltada emoción de espiar la tierra desde allá arriba, acurrucado en un bólido...

Era como si hubiese sorprendido a América en toda su espléndida y exuberante desnudez de virgen india.



Ya de regreso por la costa del Atlántico, después de haber recorrido más de 30.000 kilómetros de América, Néstor aparece aquí a su llegada a Río de Janeiro, acompañado por el poeta argentino Conrado Nalé Roxlo, el periodista brasileño David Euhorn y nuestro canciller en Río, señor Torres Jijena.

La Meca del cine con los trapitos al sol

SANTIAGO de Chile..., Antofagasta..., Lima..., Guayaquil..., Panamá..., San Salvador..., Méjico..., Hollywood... He ahí las ocho etapas que como otros tantos saltos gigantescos me situaron en la fabulosa Meca del Cine al cabo de ocho días de vuelo.

Todavía me parecía estar soñando, cuando divisamos a la distancia las famosas colinas de Beverly Hills, célebres por las residencias de los astros y las estrellas de la pantalla. Desde el cielo, lo primero que se divisa es el monumental palacio blanco de Harold Lloyd, con sus amplios parques y avenidas, y la hermosa finca de techos con tejas rojas de Mary Pickford y Douglas Fairbanks, conocida con el nombre de "Pick-Fair". Ambas son las más grandes, las más altas y de un lujo francamente escandaloso...

Pero antes de llegar a ellas hay que pasar por sobre una cantidad de "ranchs", o sean algo así como chacras o estancias, muy próximas a Hollywood, y entre las cuales distinguimos las de



ojos argentinos Por Néstor

William S. Hart, con sus consabidos stands de tiro al blanco en que se entrenan diariamente el gran ex astro y sus amigos; la de Hoot Gibson, con sus típicas pistas para carreras de caballos, y la mayor de todas, la de Tom Mix, con sus embanderados corralitos para la doma de potros.

Los studios panza arriba...

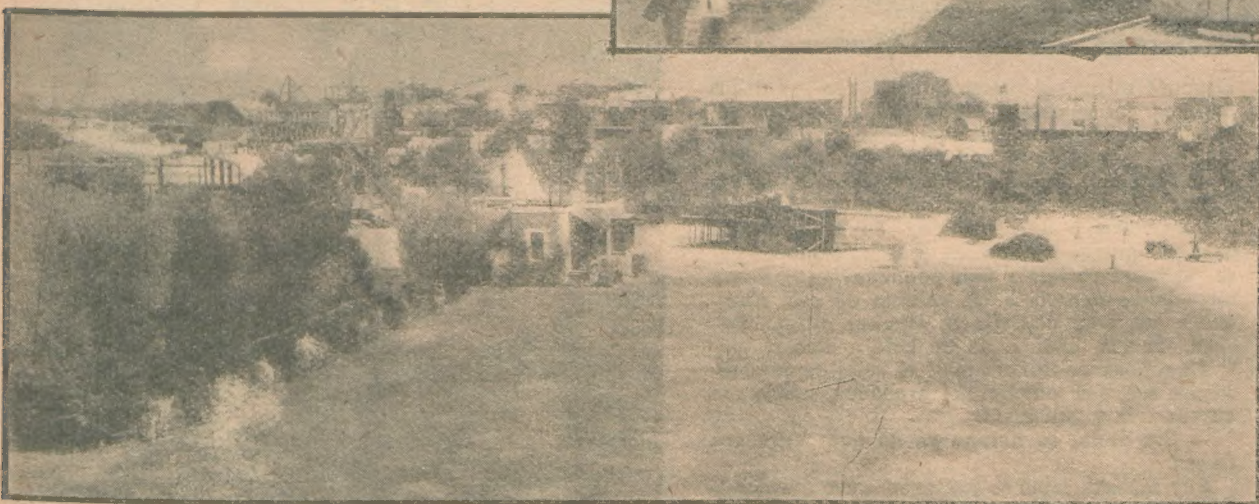
¡STUDIOS a la vista!... Mi corazón da un corcovo... Es el de la Fox Film, situado en las "Fox Hills" (Colinas de Fox), inmenso como una estancia, mitad fábrica y mitad parque, destacando a la distancia sus enormes "stages" (pabellones de filmación), un inmenso campo de golf para las artistas, y los hermosos chalecitos especialmente construídos para Charles Farrell y Janet Gaynor, los dos niños mimados del studio.

Es verdaderamente hermoso el aspecto que presentan los studios vistos desde arriba. Predomina en ellos el brillante color metálico de los techos de sus "stages" que los asemeja a cajitas de plata, como si fueran los cofres donde se atesora la ilusión del mundo...

Y en derredor de ellos, verde, mucho verde de los bellos jardines que se utilizan para dar ambiente a las películas, salpicados de blanco por los coquetos camarines de los astros y estrellas.



Un rincón del Studio Paramount, que muestra cómo se ven por dentro los studios, con su habitual aspecto de constante renovación de construcciones y decorados destinados a presentar el ambiente adecuado a las películas.



Otra vista del interior de los studios, tomada en los de la Metro Goldwyn, en la que pueden apreciarse los distintos fragmentos de esas ciudades en miniatura.



Seguimos. Volamos alto para que el ruido de los motores no moleste la filmación. Adelante, a la derecha, vemos Culver City, con los amplios studios de la Metro Goldwyn (ochenta y cinco hectáreas de terreno), que desde la altura parecen una ciudad en miniatura, con sus calles, avenidas, plazas, lagos; en fin: todo lo que hay y hasta lo que no hay en una ciudad verdadera. Pues allí mismo se ven pedazos de rascacielos a medio hacer, sostenidos por tiranterías disimuladas, y transatlánticos partidos por la mitad, aeroplanos cubiertos con lonas, y en una especie de autódromo, con tribunas y todo, una muchedumbre como de doscientos "extras" o partiquinos gritando desaforadamente ante una carrera de automóviles que tiene un recorrido no mayor de cincuenta metros...

Casi pegados a los de la Metro, los pequeños studios de Hal Roach, que parecen de juguete, tan chiquitos y bonitos son, y más allá los de Pathé-R. K. O., con el famoso gallo de la marca en una torre, inmóvil como una veleta en huelga...

Hollywood tiene más cementerios que studios...

EN las puertas de Hollywood está el famoso "Rosedale Cimetery", en cuyo marmóreo panteón descansan los despojos de Rodolfo Valentino y Bárbara La Marr. Y en el cual se destaca un gran lago especialmente construído para rodear una tumba, mejor dicho, una bóveda que se levanta en su centro como un palacete sobre una isla: es la suntuosa morada de los restos mortales de Rose Douras, la madre de Marion Davies, la estrella más rica del cine.

Ya sobre Hollywood mismo, cuando casi nos enfrentamos con las torres del "Carthey's-Circle" y del Roosevelt Hotel, pasamos por encima de los studios de Artistas Unidos, pegados a los de James Cruze y Howard Hughes, en el boulevard de Santa Mónica. Y casi junto a ellos, en la calle La Brea, los diminutos chalecitos en cuyos patios hace sus películas Carlitos Chaplin.

En seguida vienen los de la Paramount, que se caracterizan por no tener casi espacios libres, pues son todos grandes pabellones, y a su lado los de la Radio Pictures y la Columbia.

A uno de los costados, para la parte de Los Ángeles, surgen de pronto las arboledas de otro cementerio también famoso (en Hollywood hay catorce cementerios), el de "Glendale", donde están enterrados Lon Chaney y Milton Sills, y en el cual hay una capillita ya célebre, llamada "La casita de las flores", en la cual, además de oficiarse los funerales de sus muertos, se han celebrado los casamientos más lujosos y distinguidos de la Meca del Cine.

(Continúa en la pág. 85)

Tres mujeres





LAS ventanas del cuarto de costura apenas recibían los tibios rayos de un sol de fin de primavera. Sobre la alfombra caían vacilantes, en los lugares más gastados, junto al probador, en el momento que Enriqueta se puso de pie y colocó algunos alfileres en la almohadilla abultada que pendía de su cintura. Su rostro de facciones afiladas, con expresión de amargura, estaba rojo por el reciente esfuerzo; respirando hondamente, se hizo a un lado para que su prima y patrona pudiera verse ampliamente ante el espejo, luciendo su nuevo vestido.

Luisa asintió con indiferencia ante la imagen reflejada en el gran espejo. Era una mujer alta, de poco más de treinta años. El traje de paño verde se adaptaba perfectamente a su cuerpo; las mangas de terciopelo cubrían dos brazos largos y delgados.

Luisa vió un rostro oval, de color sano; de ojos obscuros, algo velados; el labio superior, ancho y firme, y el inferior, casi recto y estrecho; una masa de cabellos castaños ensortijados, abultadamente peinados sobre la frente angosta, para formar luego un grueso rodete sobre la base de su largo cuello.

—Estoy conforme—dijo, llevando la mano a su cintura.

Enriqueta suspiró con alivio. Volvió a ponerse de rodillas, se sentó casi sobre los tacos gastados de sus zapatos, moviendo y arreglando los pliegues del vestido que acababa de terminar, observando el efecto.

Tres mujeres pertenecientes a generaciones diferentes, de espíritu antagónico, actitud completamente en pugna, de ideas violentamente opuestas sobre el tema que más les interesa a las tres: su sexo... La primera pertenece al tipo de matrona que regía los hogares hasta hace cuarenta años. La segunda, nuera dócil de la otra, es el tipo de joven delicada, tan común a principios del siglo XX; y la última, brillante retoño de las otras dos, es la joven ultramoderna e independizada. Tratan de influenciarse y dominarse recíprocamente y cierran con el fracaso el drama que se comienza en un hogar próspero de hace casi medio siglo y termina en nuestros días. Tal es el interesante argumento de esta extraordinaria novela psicológica.

Después se tocó el rostro húmedo con sus dedos ásperos. Luisa estaba satisfecha, y de la satisfacción de Luisa dependía su techo y su comida. Prima segunda de la importante señora de Suárez, Enriqueta había encontrado con ella un hogar; había vendido sus servicios a cambio de su manutención y una reducida suma de dinero para sus gastos personales, y quizá también para Navidad recibiría una pequeña cartera con unos pesos dentro... A cambio de eso, Enriqueta era muy útil. Hacía algunas diligencias, cosía, zurcía, andaba de un lado a otro.

La señora de Suárez miró el reloj de ónix colocado sobre el mármol del probador, y dijo con su voz fría y pausada:

—Sin duda, es tiempo ya de que regresara Lucas.

Sus espesas cejas se juntaron como queriendo interrogar a Enriqueta. Ésta le contestó, aunque su voz era tímida y nerviosa; no podía oír que se culpara a nadie.

—Es un día tan espléndido, que tal vez Nina habrá creído que unos minutos más podrían hacerle bien.

La señora de Suárez hizo un gesto de desagrado.

—Nina tiene sus instrucciones—dijo finalmente, intentando desprenderse los broches del hombro.

Enriqueta se levantó y se apresuró a despojar a su prima del vestido. Lo puso sobre una silla y en seguida tomó el de merino que momentos antes había depositado sobre otra silla. La señora de Suárez aguardaba con severa paciencia dentro de las enaguas voluminosas y el corsé. Luego de haberse puesto el vestido sencillo y poco favorecedor, se dirigió hacia la puerta, diciendo brevemente:

—Estaré en mi habitación.—Y desapareció.

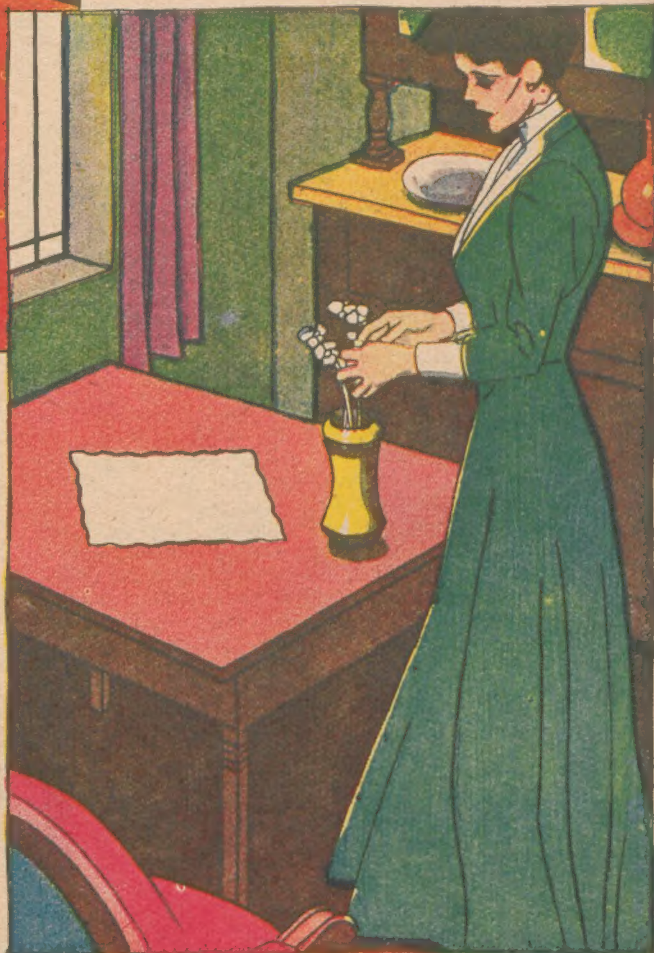
Una vez sola, Enriqueta se encargó de guardar el vestido nuevo, agachándose aquí y allá para recoger alfileres caídos o hilachas del suelo. Su vestido de seda negra, confeccionado en una época anterior a la moda de 1885, crujía a medida que ella se movía dirigiéndose de un lado a otro, tiesamente y como con hastío, cumpliendo con sus deberes. El cuarto de costura se encontraba en un completo desorden de sedas de varias clases, en colores obscuros, y muselinas y puntillas blancas. Pocos muebles había en la habitación, y éstos tenían el aspecto triste y feo de las cosas relegadas. Enriqueta pensó en su cama estrecha, en el cuarto cerca del vestíbulo del primer piso, el cual le había sido señalado cuando llegó a aquella casa el día del casamiento de Luisa, tres años antes. ¡Si pudiera ir ahora allí y recostarse algunos segundos! Enriqueta había cosido hasta muy tarde la noche anterior, pues Luisa estaba apurada por el traje. Pero ésta no quería que nadie permaneciera inactivo en su casa.

Enriqueta pensó: el nene no tardará en llegar; ella no se dará cuenta. Y así pensando, se deslizó por la puerta y subió la escalera, experimentando la sensación de que estaba haciendo algo malo. Sus cuarenta años de privaciones y aflicciones le pesaban como sesenta sobre los hombros débiles y agobiados.

En su habitación, la señora de Suárez, sentada en un sillón, leía un capítulo del Viejo Testamento. El dormitorio era muy grande. Estaba lleno de muebles macizos y pesados, tapices de terciopelo y encajes. En las paredes empapeladas podían verse grabados y cuadros muy antiguos. La casa donde la había traído su esposo, al sacarla de su hogar, había cambiado muy poco desde el tiempo en que la habitaban los padres de él, ya desaparecidos.

En el centro de la habitación se encontraba el lecho matrimonial, con almohadas y cubrecama blancos: un testimonio mudo de sus deberes de esposa. Dejó que sus ojos lo recorrieran con indiferencia.

Leyó su capítulo, pero sin lograr concentrarse debidamente. Sus ojos se dirigían con frecuencia a cualquiera de los tres relojes que había en la habitación, cuyo acompasado tic tac se oía nítidamente y cada uno de los cuales señalaba una pequeña diferencia en la hora. Frunció el entrecejo; su pie delicadamente calzado empezó a golpear impacientemente en el banquito sobre el cual descansaba.



—¿Habrá pasado algo?

El corazón le dió un vuelco. La sangre se le agolpó en las mejillas, para volver a desaparecer dejando el rostro con su palidez habitual. Se levantó, depositó la Biblia sobre un mueble y empezó a caminar a un lado y otro por la habitación.

Los pensamientos, que a ella se le antojaban oraciones, no eran sino privaciones y exigencias.

Retornó a su silla, abrió la Biblia en los salmos y leyó despreocupadamente. Algo de alivio y seguridad resurgió en lo íntimo de su ser. Aquellas palabras nobles y tranquilizadoras habían sido escritas para ellas.

Abajo, la puerta de calle se abrió y volvió a cerrarse. Ese era el ruido que ella aguardaba rezando. Así, rápidamente, obtienen respuesta los pedidos de los justos. Habiendo escuchado el ruido inconfundible, se quedó muy quieta, aunque su espíritu bajó corriendo las escaleras con los brazos abiertos en bienvenida. Sonrió un poquito y puso el oído atento a los pasos juveniles de Nina, que se tornaban cautelosos bajo el peso viviente que llevaba en sus brazos. Después, inclinándose un poco hacia adelante, trató de aguzar el oído para escuchar una vocecita que apenas sabía balbucir unas palabras.

Lo que tanto esperaba no llegó a sus oídos. En su lugar oyó unos pasos que conocía tan bien como los

otros, pero que no le eran nada gratos; una pisada pesada y firme. Los pasos de un hombre.

La señora de Suárez abandonó el libro y permaneció sentada, con las manos cruzadas sobre la falda. Su expresión era de irritabilidad. Si Nina le trajera el nene ahora, la mitad de su anticipada alegría habría desaparecido. Jorge estaría allí reclamando su parte, torpe, con su voz fuerte, levantando al chiquillo con sus brazos robustos, hasta que éste comenzara a reírse ruidosamente. El varoncito amaba a su padre.

Se abrió la puerta, dando paso a Jorge Suárez. Vestía un traje negro, muy grueso, y se encontraba visiblemente transpirado. Sobre su ya abultado abdomen, la cadena de oro del reloj quedábale completamente estirada. Su rostro se iluminó ante la impaciencia de ella y, sonriendo, se fué acercando, acariciándose la exuberancia de su barba.

— ¿Qué tal, Luisita?

Ella lo miró silenciosamente, y luego dijo:

— Has venido temprano hoy, Jorge.

Él se le acercó más, le dió un pellizco en el lóbulo de la oreja y se inclinó para besarla. Ella acercó su mejilla fría al aliento cálido de la boca que se aproximaba. Suárez la observó, con una sonrisa algo confusa y llena de reproche:

— Tú no pones mucho fuego en el recibimiento que ofreces a un hombre, ¿verdad, Luisa?

Ella, no haciendo caso de sus palabras, volvió a decir:

— Has venido temprano hoy, Jorge.

— Sí — le replicó él, habiendo olvidado ya el momentáneo malestar. Tomó asiento, estiró el cuerpo, poniéndose cómodo, y cruzó sus largas y pesadas piernas. — Sí. Almorcé en el Corrientes con Irusta y algunos otros. Nos quedamos hasta muy tarde de sobremesa. Había poco que hacer para hoy en la oficina. Silva está adelantando mucho; es un gran muchacho muy inteligente. Así que me di una vuelta por el club y después resolví venir a casa...

Su silencio parecía añadir: "Para estar contigo". Pero ella no pareció prestarle atención.

II

— ¿Y el nene? — preguntó él, bostezando.

— Todavía no ha llegado y estoy empezando a alarmarme.

— ¿A alarmarte?... Pero, querida, hoy es un día lindísimo, y seguramente a Nina se le habrá ocurrido aprovecharlo, quedándose fuera un poco más que de costumbre. Te afliges demasiado por él, Luisa; si continúas así, harás de él una criatura intolerablemente mimosa, echando a perder su carácter. Recuerda que desde el momento que un varón ha dejado el pecho, entra en el camino que ha de conducirlo a su hombría. Los varones deben ser tratados de un modo muy distinto que las mujercitas. Éstas deben ser dulces, suaves; aquéllos, fuertes y valientes.

Retrotrayendo su pensamiento a los primeros meses de la vida de su hijo, aquel rostro severo se iluminó con un relámpago de dulzura. Casi parecía hasta un poco bella. Suárez, al mirarla, se dió cuenta que era una especie de belleza que él jamás había evocado, y se extrañó por milésima vez del motivo que le había inducido a desposar a la mayor de las hijas del viejo Lemos. Treinta años tenía ella cuando se casaron. La alianza en sí no había sido del todo mala: clase y dinero de ambas partes. Jorge había conocido a la familia de Lemos ese verano en Mar del Plata y en seguida gustó de la menor de las hijas, una chiquilla voluble, morena y coqueta. ¡Qué encantadora había sido Emelina! Desgraciadamente, la simpatía que nació entre ambos no maduró.

Llegó un momento en que Luisa se interpuso. Fué justamente cuando él, cansado por la constante persecución a que lo obligaba Emelina, había buscado refugio en la actitud fría con que siempre lo había acogido la hermana mayor. Sin embargo, estaba seguro que Emelina lo había querido. Lo que pasó fué que el otro se mostró demasiado insistente, y ella no supo decidir por sí misma. Suárez, naturalmente, estaba agradecido por la intervención de Luisa. Ella, por su parte, no se dió cuenta de lo claramente que se habían revelado la inestabilidad, los caprichos, la casi peligrosa coquetería de su hermanita. Habiendo solamente simpatizado con Jorge, dejó caer de vez en cuando alguna advertencia respecto a Emelina, a fin de que él llegara a entender la inconveniencia de que ésta se convirtiera en la esposa de un ciudadano sólido y respetable como él.

Emelina se casó con el otro, y al poco tiempo él lo hacía con Luisa. Ahora Emelina no existía ya. Entregó su vida al ser madre. ¡Aquellos lindos ojos que acariciaban al mirar estaban cerrados para siempre; sus manos blancas, tan hermosas, estaban mezclándose en el polvo!... Luisa, por su parte, había sabido administrarle bien la casa; había cumplido con su deber de esposa: le dió un hijo.

La puerta de calle volvió a cerrarse nuevamente. Nina comenzó a subir la escalera, jadeante, llevando en sus brazos la preciosa carga.

— ¡Qué nene tan pesado!... ¡Pobre Nina! Casi no puede ya contigo; pero no te aflijas, que pronto estarás corriendo sobre tus piernecitas. ¡Dios bendiga a mi querubín!

Luisa ni se movió en su silla. Jorge fué hacia la puerta y la abrió de par en par.

— Nina, trae al nene aquí.

Nina, de mejillas sonrosadas y delantal almidonado, apareció en el quicio de la puerta. En sus brazos, el niño trataba de encontrar un lugar cómodo. Tenía sueño, pero sus ojos azules se abrieron muy grandes al distinguir a su padre. Le alargó los bracitos y trató de balbucir una palabra.

Nina lo puso en el suelo. Con pasitos vacilantes, molesto por la ropa que aprisionaba su cuerpecito, entró en la habitación. Nina lo había librado del abrigo y de la gorrita que él tanto odiaba. Ahora estaba de pie, con su vestidito blanco de lazo celeste que hacía resaltar sus sedosos cabellos negros.

Lucas tropezó. La madre contuvo el aliento, temiendo que el niño cayera; mas el padre se inclinó, tomó al chiquillo en sus brazos y lo alzó mucho más alto que su cabeza. Repitió el juego dos o tres veces. Nina, desde la puerta, lo observaba sonriente.

La señora de Suárez preguntó con severidad:

— ¿Dónde ha estado usted? ¿No sabe que es demasiado tarde para que el nene esté fuera de casa?

— Disculpe, señora. Es que fuimos a dar una vuelta en ómnibus. El nene se entusiasmó tanto que, francamente...

— Usted sabía muy bien que yo no hubiera permitido eso. ¡Que no vuelva a suceder, Nina!

Ésta comprendió y optó por retirarse. ¡Omnibus! ¡Su hijito en un ómnibus, con gente sucia y Dios sabe con qué enfermedades!... Sentía el corazón oprimido por el disgusto.

Luisa tendió los brazos a su hijito. El niño le sonrió, frunció el ceño y escondió la cabecita en el hombro de su padre. Jorge Suárez no podía ocultar la satisfacción que ese pequeño triunfo le causaba.

— Bájalo — le ordenó Luisa ásperamente. — Solamente lograrás ponerlo de mal humor haciéndole dar vueltas de ese modo.

Sus ojos añadieron: "¿No te irás nunca?" Después de unos minutos, dijo con indiferencia:

— Esta mañana llegaron algunas cartas para ti. Le dije a Rojas que las dejara en la biblioteca, sobre tu escritorio.

Suárez reconoció y aceptó la despedida. Puso al niño en la falda de su esposa y salió de la habitación.

El nene forcejeó. Con ojos llenos de desesperación siguió a su padre hasta que no pudo verlo más. Entonces, elevando la vocecita, rompió a llorar.

Luisa lo abrazó, meciéndolo suavemente y murmurándole:

— Cállate... Cállate...

De pronto, Lucas se distrajo con algo que brillaba en la blusa de la madre. Investigó, tironeó y encontró con que era un reloj; se lo puso al oído, y encantado por el tic tac, volvió nuevamente a sonreír.

Los labios de Luisa tocaron su frente, su cuello, su carita, suavemente, pero al parecer hacía esfuerzos deliberados para contenerse. En sus caricias reprimidas había algo terrible, siniestro, un presagio tal vez..., como si quisiera estrujar ese cuerpecito tierno contra el suyo. Sobre esos dos seres que muy bien hubieran podido representar un cuadro de amor maternal, se cernía una sombra obscura; en el aire parecían flotar dos alas muy negras e invisibles...

Desde el interior de su corazón, ella le preguntaba a su hijito:

— ¿Por qué lo quieres tanto? ¡Yo te he criado y me perteneces!

Su mirada vagaba recorriéndolo todo, desde los cabellos ensortijados

(Continúa en la pág. 85)





El folletín de El Hogar

por

la gran escritora yanqui

Faith Baldwin

traducido expresamente para nuestro semanario con los derechos exclusivos de reproducción

Ilustración de

Pintos Rosas

La modelo

(Continuación de la pág. 7)

grandes pintores, cómo mostraban en sus retratos el pliego más oculto de las almas de sus modelos, cómo veían lo que los otros mortales, no tan bien dotados, eran incapaces de percibir. Y se preguntaba si Neilson habría visto en ella algo... algo horrible... Pero no era posible. Él la amaba. Recordaba sus paseos en el campo..., las horas pasadas a su lado, horas de una felicidad tan intensa... La risa que jugaba en sus ojos cuando la miraba... el tono con que decía: "Querida mía"...

De pronto, y sin razón alguna, se acordó de Mr. Blair. Todas las mañanas, lloviera o hiciera buen tiempo, esperaba el ómnibus, trepaba a él y después de un rato llegaba a la oficina. Esa placentera sensación de ser esencial, competente, independiente. Y resultaba gracioso que, precisamente ahora se diera cuenta que carecía de todas esas cualidades. Era una sensación desagradable; semejante a la que se siente a bordo en un día de mar gruesa, cuando la hélice, a causa de un cabezazo del barco, gira en el aire... Una especie de vacío, la caída en un hoyo sin fondo...

Nadja se había parado cerca de la estufa de gas y tenía una mirada de intensa preocupación en sus ojos violetas. Gareth se puso a silbar un couplet de moda.

Dyllis se puso de pie; se sentía molesta e irritada. ¿Por qué Nadja se portaba así, trastornaba a Gareth y echaba a perder las cosas?...

Después de un instante Nadja dijo:

—Supongo que los dos vendrán a la reunión que ofrezco el próximo miércoles... ¿El cuadro estará terminado ya?...

—Tal vez... —dijo Gareth; y miró a su interlocutora con aire de antagonismo.

Nadja volvióse hacia su amiga:

—¿Sabes tú si la pintura estará terminada?

Neilson la interrumpió:

—Dyllis —observó— posee la rara condición en una mujer de preocuparse de sus propios asuntos.

—Me imaginé —le replicó Nadja —que el asunto interesaba especialmente a Dyllis. Cuando termine de posar para usted tendrá que buscar otro trabajo. La muchacha no puede vivir del aire.

Neilson rió.

—¿Es esta, por ventura, la última pintura que haré?

—Probablemente, no —contestó Nadja fríamente, —pero tampoco creo que haga otro cuadro semejante ni que tenga la misma modelo.

Se envolvió en su tapado de terciopelo y volvióse para retirarse.

—Dyllis —dijo, —ven esta tarde a casa y beberemos un cocktail.

Neilson intervino:

—Dyllis tiene una cita conmigo.

Nadja se encogió de hombros y partió. Estaba preocupada. Ese cuadro... Los ojos de Dyllis en la tela exteriorizaban algo que la alarmaba. En el retrato parecía despierta..., su espresión blanda, dulce, era la de una enamorada. En la concepción original de "La dama pensativa", la protagonista del cuadro debía estar imbuída de ideas tranquilas, ideas sobre cosas elementales como los árboles y el cielo azul, ideas inalcanzables... Ahora sus pensamientos estaban concentrados en un solo objeto, en un objeto personal..., el amor... ¿Suponiendo que la pequeña Dyllis se perdiera?... Ella sería la culpable. Ella la había alentado..., la había empujado hacia él... Y se oían tales cosas respecto a Gareth...

En un taxi regresó a su estudio, y una vez en él atizó el fuego de la estufa, corrió la pesada cortina para transformar la pieza en el pequeño salón oblongo que tanto le gustaba y telefoneó a Wilfred. Qué podría hacer éste o qué esperaba ella que hiciera, no estaba aún bien definido en su mente; pero tenía la sensación que él sería un buen baluarte para las horas de prueba.

Mientras telefoneaba, una sonrisa de través se pintó en su cara; siempre supo que Wilfred estaba enamorado de Dyllis y siempre también lo creyó pesado y falto de atractivos... Es gracioso que en una crisis generalmente acudamos a la gente pesada y falta de atractivos.

—Wilfred —dijo, —venga a tomar un cocktail. Tengo que hablarle malamente.

Se recostó en su sillón, molesta, pensando en la pequeña casa de Neilson, en el ama de llaves de Neilson, en el genio de Neilson y en las peculiares crueldades de que el genio es capaz.

Y después de todo, ¿que le diría a Wilfred?... Le hablaría de su preocupación... y dejaría que él se arreglase como pudiese.

En el estudio, Dyllis y Neilson guardaban silencio.

—¿Quieres ver tu retrato? —preguntó el artista repentinamente.

—No, hasta que esté terminado —dijo Dyllis; y ladeó su barbilla provocativamente.

Él la besó, pero ella percibió en ese beso un sabor de gratitud que antes no notara. Sus ojos la miraban sonrientes y Dyllis olvidó todo. Olvidó a Nadja, olvidó todo, excepto a Gareth y la felicidad penetrante, aguda, que sentía cuando él estaba allí.

ESTABA concluído.

Y ahora que estaba concluído, Gareth parecía diferente. La invitó a contemplarlo, y ella, nerviosa, se puso a su lado, para mirar a la pintada dama que devolvía su mirada.

—¿Y bien? —preguntó Neilson. Y por casualidad uno de sus brazos rodeó el talle de la joven.

Ella miró la poco familiar figura que se destacaba sobre la tela. Una muchacha pequeña estaba sentada en una alta silla, con cabellos rubios rizados que caían como cascada a los lados de la cara y ojos azules y profundos que miraban dulcemente. Y esa mirada trasuntaba un secreto contento, una oculta felicidad... Parecía muy tranquila, pero daba la sensación de ser terriblemente vulnerable. Se percibía que su dicha era muy frágil, que era más bien una ilusión.

Dyllis nunca se imaginó que fuera así. Y eso le daba miedo y, al mismo tiempo, la llenaba de regocijo.

—¿Y bien? —preguntó Neilson nuevamente; y había algo de impaciencia en su voz.

Pero ella no tenía nada que decir. Sabía que él esperaba algo: algún comentario que demostrara que ella comprendía lo que el artista quiso representar. Mas la joven sólo pudo articular un débil:

—Creo que es inmensamente lindo.

Él se rió y la besó, pero su beso fué casual, fugaz...; su atención estaba, por el momento, fija en la gente que llegaba para ver y comentar la nueva obra.

¿Verían lo que él quiso hacerles ver?... ¿Había entendido Dyllis?... ¡Nadja, sí! Sus labios se fruncieron en una sonrisa, triunfante y cobarde a la vez, y en lo más secreto de su espíritu se imaginó la sensación que el cuadro produciría en esa gente. Había olvidado a Dyllis; se había olvidado de todo, excepto del éxito seguro...

Llegaron los invitados y con ellos Nadja, pero ésta se detuvo poco tiempo, alegando que debía atender a los detalles de su propia recepción. Toda la tarde se pasó entre felicitaciones y miradas de curiosidad del cuadro a la modelo, como si la gente quisiera develar ese misterio, ese calor oculto que el artista viera y que sus

(Continúa en la pág. 28)

Las Aventuras de don Pancho Talero

Por LANTERI



























NOTAS Y COMENTARIOS DE ACTUALIDAD

El nuevo "Hogar"

HE aquí el nuevo "Hogar", es éste. Confesad que parece salido de manos de las hadas. Páginas, colores, arte, riqueza, abundancia, variedad, interés, emoción, espiritualidad, imaginación, utilidad... ¿qué es lo que no contiene el nuevo "Hogar", esta verdadera enciclopedia semanal para la mujer, la casa y el niño? Al presentar este nuevo "Hogar" rejuvenecido, embellecido, enriquecido, que colma nuestros propósitos pero que no marca un límite final a nuestros esfuerzos, nos es grato renovar al público y a la prensa nuestro cordial saludo, y agradecer al primero el favor que invariablemente nos ha prestado y que nos ha permitido realizar el ideal de inaugurar una nueva etapa en la evolución de la prensa semanal ilustrada argentina, creando la lujosa revista de 30 centavos. Dentro de esta nueva etapa progresaremos ahora, y nuestros lectores pueden contar con que el presente número no es sino el paso inicial, y que iremos perfeccionando nuestra obra e introduciendo otras mejoras, conforme al espíritu de superación que siempre nos ha animado y que no podría faltarnos, porque es fundamental en el periodismo moderno.



Semana de grippe

Semana de grippe, la semana pasada. "La Nación" dió a conocer la palabra de la Asistencia Pública acerca de la epidemia. Los fríos secos nos habían fastidiado. Ellos son el mejor aliado del bacilo de Pfeiffer. Pero la epidemia fué benigna, debido a la autovacunación de las personas que ya han sufrido la enfermedad. En el Rosario, según el corresponsal de "La Razón", la grippe fué más grave y general. Decía: "En las casas de comercio, en los establecimientos industriales, en las instituciones en general, y en las dependencias públicas, una cantidad apreciable del personal ha caído enfermo. Pero en donde se hace más notable la epidemia es en los establecimientos de educación, particularmente en las escuelas provinciales. En la casi totalidad de éstas faltan más del 50 % del alumnado." En vista del mal estado sanitario, el Consejo de Educación resolvió clausurar las escuelas durante siete días, a partir del miércoles.



La suavización de la tempertura y la humedad atmosférica con que terminó la semana, prometían que esta otra fuera mejor para nosotros que para la grippe. Celebraremos que esos consoladores presagios hayan resultado confirmados. Y celebraremos también que el público tome buena nota de los consejos preventivos de la Asistencia Pública.

La entrevista de Olivos

La entrevista del leader socialista doctor Palacios con el general Justo en la residencia de Olivos, los rumores que la motivaron, las posteriores resoluciones del Partido Socialista y otros sectores políticos sobre afirmación y defensa de las instituciones constitucionales, han sido causa de gran agitación y de mucho ruido.



Los diarios del domingo publicaron ambas versiones de la entrevista, la del gobierno, transmitida por el doctor Melo, y la del Partido Socialista. Es de destacarse en ellas la declaración del general Justo de que el gobierno continuará obrando con firmeza en defensa del orden para garantía de todos los derechos constitucionales.

La entrevista de Olivos promete, naturalmente, mayor benevolencia en las relaciones entre el gobierno y la oposición parlamentaria, y es de creerse que secundariamente contribuya a acentuar las simpatías populares por el empréstito patriótico.

Contrato de arrendamiento

En materia de contratos de arrendamiento es digno de conocerse el que estipula con sus colonos un colonizador de Juárez Celman (Córdoba). El colonizador arrienda 13.000 hectáreas al 11 y ½ % de la producción, y las subarrienda a 72 familias al 29 %, exigiendo que el pago se haga en producto seleccionado, embolsado en bolsas nuevas y puesto en la estación. Los colonos están obligados a hacerle a él las ventas y las compras, éstas últimas en las proveedurías de su propiedad, y cuando tienen saldo deudor deben pagar el 12 % de interés.

Los colonos, que están ahora en conflicto con el colonizador, piden que el pago se reduzca al 20 % y que haya libertad absoluta de trilla y venta.

El oro de Jujuy

Jujuy es rica en oro, y se menciona entre los productos de sus yacimientos una famosa pepita de 6 kilos, que produjo 4.000 pesos oro. Un corresponsal viajero de "La Razón" encarece la riqueza aurífera de los departamentos de Cochinoca, Rinconada y Santa Catalina, y recuerda al respecto algunos párrafos de una reciente conferencia del doctor Horacio Carrillo, plenipotenciario argentino en Bolivia. Las dimensiones del oro varían, decía el Dr. Carrillo, y son muy comunes las pepitas del tamaño de un grano de maíz, de un garbanzo, de una haba, y las hay mayores, siendo la más grande conocida — y aquí entra en escena aquella famosa pepita — una que poseyó el Sr. Manuel D. Pinto, de 6 kilos de peso. La enviaron a Londres para negociarla como un objeto raro, pero no se obtuvo mayor precio que el de su valor intrínseco, y la hizo sellar en la Casa de Moneda de Buenos Aires, produciendo 4.000 pesos oro. Allí se conserva el facsímil de esta notable pepita.



Profeta en su tierra

Raúl Scalabrini Ortiz pide en "El Mundo" que el escritor argentino sea profeta en su tierra. Otros dilucidirán si esto es o no un sueño de escritor. Nosotros transcribimos a Scalabrini Ortiz. Sumas que pasman la precaria imaginación económica de nuestros escritores, se dispensan en estas visitas notorias, dice refiriéndose a la de Drieu la Rochelle. Mientras tanto, los que podían ser voceros o intérpretes de las tonalidades genéricas viven enconados por su propio pensamiento, irritados por el aislamiento, torturados por el silencio forzoso, menoscabados por subalternos problemas personales. Con las sumas que cualquiera de éstos suntuosos huéspedes nos cuestan, se hubiera podido infundir una vida menos larval, dar tonicidad, procurar una tribuna a más de veinte escritores argentinos merecedores de apoyo.



Es de advertirse que estas reivindicaciones de Scalabrini Ortiz no son una manifestación de xenofobia literaria. Y en cuanto a la pregunta: ¿entonces nos quedaríamos sin oír a Drieu la Rochelle?, contesta: "¿Es que acaso el escritor lleva su arte consigo como un actor?; el que no leyó sus libros, ¿qué ganará en la audición desmayada de una partícula de sus ideas?"

Desprevenida de Calefacción

¿Cómo ha llegado Buenos Aires a ser una ciudad desprevenida de calefacción?... O más bien: ¿Cómo hemos tardado tanto en descubrir esta falta? ¿Somos más flojos para el frío que nuestros padres?... Las personas que vieron encenderse las primeras lamparillas eléctricas, aseguran con fundamento que en Buenos Aires se siente más el frío desde que se cambió el sistema de alumbrado. En el Buenos Aires anterior a la luz eléctrica, desde que anochecía toda la ciudad se ponía de acuerdo para combatir el frío. El gas empezaba a arder en calles, comercios y zaguanes, y las grandes lámparas de kerosene de los comedores



eran verdaderos caloríferos. Si la edificación se hubiese modernizado, no sentiríamos tanto la falta de aquellos generadores de calor, pero gran parte de ella es todavía la misma de entonces. Este suelto, pues, puede tener moraleja: Cuando os decidáis a acompañar el progreso, hacedlo con las dos piernas.

Un culto de anteguerra

La disertación de Drieu la Rochelle sobre la idea de violencia antes de 1914, habrá traído a la memoria de muchos un culto de anteguerra, un culto comparable al de Marte bajo la forma de espada entre los primitivos romanos, y del que ha quedado abundante testimonio en las publicaciones de la época, principalmente en las revistas ilustradas. Era el culto de los colosales elementos de destrucción, el culto del dreadnaught, de los cañones de grueso calibre, de los proyectiles fenomenales. Un nuevo super-dreadnaught, un nuevo gran cañón, eran los grandes esfuerzos de la técnica que admiraba el público, el motivo preferido de la información de la prensa, la novedad de resonancia universal. Luego vino la guerra, y este culto encontró nuevos dioses que adorar, primero la artillería pesada alemana, después los tanques aliados. ¿Quién podrá haber olvidado la ingenua y sincera admiración que despertaban? ¡Qué colosal, qué cosa más fenomenal! El poder militar ruso, que era considerado abrumador, fué otro de los dioses, y era admirado bajo el nombre de "la aplanadora rusa".

La conversión de Blasco

La información española ha vuelto a ocuparse de la conversión de Blasco Ibáñez, y por lo que dice el corresponsal de "La Razón" en Madrid ella no dejaría lugar a dudas. Tratándose de la repatriación de los restos, ésta quedó en suspenso, por no haber aceptado la viuda que en la recepción se prescindiese de todo acto religioso. Declara dicha señora que Blasco Ibáñez murió reconciliado con la Iglesia, de la que recibió los Santos Sacramentos en los últimos momentos. Según el corresponsal de "La Razón", Sigfredo Blasco, el hijo del escritor, confirma esta declaración. Una comisión cívica y laica que se trasladó a Mentón pudo comprobar que sobre la sepultura había sido colocada una gran cruz con una piadosa dedicatoria. Asimismo se comprobó que en fotografías publicadas a raíz de su muerte se veía claramente al lado del lecho del moribundo un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús.

La revolución chilena y la escuela

El ministro de educación de Chile dictó una orden que se relaciona con la independencia de la escuela. Considera, les dice a los maestros, que es vuestro deber dirigir la educación hacia el socialismo, con el fin de formar la conciencia pública que es necesaria, y de prestar apoyo y ayuda a la nueva república socialista. Entre nosotros, en cambio, no se toleraría que un maestro hiciese propaganda socialista en la escuela, y lo mismo hubiera sido en el Chile del mes pasado. Ciertamente, el hecho de que las doctrinas socialistas sean o no una verdad oficial según en qué sentido crucemos la Cordillera, mientras que las reglas de la Aritmética son aplicadas con la misma fe en su exactitud por los hacendistas de Chile y de aquí en la confección de los presupuestos, es un argumento en favor de la independencia de la escuela. Pero las revoluciones modernas, excepto la española, se han manifestado poco respetuosas de esta independencia, y la revolución chilena sigue el ejemplo de la revolución fascista italiana y de la revolución comunista rusa.

Es doloroso que las revoluciones que se hacen siempre en aras de la libertad, terminen por suprimirlas. Sobre todo en los establecimientos de enseñanza.

El cliente que quería zapatos holgados...

Por Lino Palacio



Felicidad imposible

La felicidad es imposible en la Tierra. Este parece ser el punto de partida del fascismo, si nos atenemos a una definición de Mussolini. La vida, como el fascismo la entiende, es una religión austera y seria, dice. El espíritu del fascismo desdeña la vida fácil. El fascismo no cree que la felicidad sea posible en la Tierra. El estado es todo. Para el fascismo nada es humano ni espiritual fuera del estado, y en el hecho no tiene ningún valor. Así se expresa Mussolini en una reciente definición del fascismo destinada a una enciclopedia. ¿Se muestra Mussolini demasiado pesimista acerca de la felicidad? Con la crisis, no es para menos...

Lo que me gusta en turismo

Los economistas, cuyas metáforas son muy hermosas, nos recomiendan la velocidad de circulación del dinero como una noción importante. Por eso debemos reparar en lo que dice el corresponsal de "La Nación" en Nueva York sobre lo que hace circular el dinero el automovilismo: "hay poca gente que se dé cuenta de las sumas fantásticas de dinero que los automovilistas hacen circular todos los años en el comercio en general". En 1931, en que la crisis fué tan intensa, la suma gastada por los automovilistas norteamericanos, solamente en viajes de vacaciones, ascendió a 3.110 millones de dólares. De esta suma quedaron en los Estados Unidos 2.750 millones, y 285 favorecieron al Canadá, distribuyéndose el resto entre Méjico (25 millones) y otros países.

Es lógico que el automóvil imprima al dinero una gran velocidad de circulación. Cuando el aeroplano entre a competir de lleno con él, es de preverse que esa velocidad llegue a extremos desconcertantes.

Dos arrendatarios por cada propietario

Dos por uno, ésta es la proporción en que figuran en la chacra argentina arrendatarios y propietarios. Tal vez la explicación de esta anomalía sea que los 27 millones de hectáreas cultivadas se dividen sólo en 153.000 chacras, lo que hace por término medio una extensión de 175 hectáreas para cada una. Poseer en propiedad una chacra de 100 a 200 hectáreas, y disponer de recursos para las mejoras y para los elementos de explotación, no es una cosa al alcance de todos los bolsillos. Pero entre los dos extremos de propietario o arrendatario de 100 a 200 hectáreas, puede concebirse una situación intermedia: propietario de 10 a 20 en las inmediaciones de los poblados, y arrendatario de 50 a 100 o de 100 a 200 en la campaña circunvecina.

Al lado de un árbol

Cuento de sobremesa
de
Benito Lynch

Ilustración de Rodolfo Claro



C. F., flamante abogado de veintiún años, que desde hace algunos días veranea en "La estancia" del señor López, viejo amigo de su padre, aguarda la hora del almuerzo paseando su impecable silueta por una de las avenidas laterales del parque, a la que sombrean dos filas de alcanforeros soberbios.

C. F. es un muchacho de un natural alegre y expansivo, pero trata de contener sus impulsos más que en homenaje a la dignidad de su título, en temor de disminuir el concepto de hombre serio que le conviene mantener ante la señora de Sirling, bellísima viuda de veintitrés años, que se halla también en "La estancia", que se le ha metido en el corazón de la manera más inesperada y alevosa y que parece vigilar todos sus actos y palabras, con unos ojazos muy negros y una sonrisilla entre desconfiada y burlona en los finos y pintados labios.

Por eso es que, sin ejecutar los saltos de carnero a que le darían derecho su juventud y la hermosura de la mañana campera, C. F., enfundado en su blanquísimo traje, va y viene paseando por la umbrosa avenida con la gravedad de un viejo magistrado, hasta el momento en que sus ojos descubren a Chela —una de las niñitas de la casa— que, sentada en el suelo y con una cesta colmada de huevos entre las desnudas y tostadas piernas, le mira llegar con una expresión casi huraña en los limpios ojos azules.

C. F. —¡Oh, Chela!... ¿Qué hace aquí tan solita?

Chela. —*(Señalando con la barbilla el contenido de la cesta.)* Buevos...

C. F. —Es verdad, huevos... ¿De qué son, Chela?

Chela. —Gayina...

C. F. —"E chelto..., gayina"... Pero, ¿por qué está aquí tan solita?...

Chela. —Toy con Petlona...

C. F. —¿Cómo con "Petlona"? ¿En dónde está "Petlona"?

Chela. —*(Alzándose vivamente y señalando con la manita.)* Ayí, en el gayinero...

C. F. —*(Inclinándose ante la niña, que ha vuelto a sentarse en el suelo.)* Muy bien, pero ¿por qué no está usted con Petrona?... ¡Ah, ah!... ¡Eso es lo que hay que saber!...

Chela. —*(En voz muy baja, inclinando mucho la cabeza y haciendo esfuerzos como para hundir su pequeño índice derecho en la sonrosada palma de la mano opuesta.)* Tengo miedo...

C. F. —¡Oy, miedo!... ¿Y de qué, Chela?...

Chela. —*(Gravemente, mirándole de hito en hito.)* Las gayinas pican...

C. F. —¡Ay qué bueno! *(Seducido por el candor y la gracia de la deliciosa criatura, acuclillándose ante ella para proseguir la broma.)* ¡Conque miedo a las gallinas!... ¡Qué vergüenza!...

Chela. —Una me picó una vez...

C. F.—*(Fingiendo indignación.)* ¡Qué atrocidad!... ¡Qué gallina más infame!...

Chela. —*(Convencida.)* ¡Son malas!...

C. F. —¡Odiosas!... ¡Yo no sé, verdaderamente para qué habrá gallinas en el mundo!

Chela. —*(Ensayando una justificación.)* Ponen buevos...

C. F.—¡Bah!... ¡Vaya una hazaña!... Cualquiera pone huevos... *(Mirando fijamente y como asombrado, un lugar a espaldas de Chela, que de inmediato vuelve la cabeza.)* Me pareció un ratón verde...

Chela. —¿El qué?...

C. F. —*(Que, aprovechando la distracción de la niña, ha escamoteado un huevo de la canasta.)* ¡Nada!... Era una hoja... Cualquiera pone huevos: los patos, las perdices, los pajaritos; hasta yo mismo pongo huevos cuando quiero, sin picar a las chicas ni hacer tanto bochinche como las gallinas...

Chela. —*(Entre asombrada y sonriente.)* ¡No!...

C. F. —¡De veras!...

Chela. —*(Seria ya y después de meditar un instante.)* No. Las pelsonas no ponen buevos...

C. F. —¿Que no?... Ahora va a ver... *(Después de ocultarse detrás del tronco de uno de los grandes árboles.)* ¡Co-co ro-có!...

Chela. —*(Tan incrédula como emocionada y curiosa.)* ¿Voy?...

C. F. —¡Venga!...

Chela. —¡Oh!... *(Y ante la realidad de aquel huevo auténtico e inconfundible que está en el suelo, al pie del árbol, la niña, estupefacta, gira en torno los ojos como buscando testigos de aquel prodigio.)*

C. F. —*(Haciendo esfuerzos para contener la risa.)* ¡Ahí tiene! ¿Qué me dice ahora?...

Chela. —*(Con timidez, después de recoger el huevo y de examinarlo cuidadosamente.)* Es un buevo...

C. F. —Claro que es un huevo; y yo puedo poner cuantos quiera...

La voz cristalina de la sirvienta. —*(Alzándose en el cercano gallinero.)* ¡Chela!...

Chela. —¡Voy!... *(a C. F., ansiosamente.)* ¿A ver?... ¡Otra vez, ponga otra vez!...

La voz de la sirvienta. —¡Chela!... ¡Chelaa!...

C. F. —*(Repentinamente inquieto, alejándose de la criatura a largos pasos.)* ¡Ahí la llaman, Chela!... ¡Ahí la llaman!... ¡Vaya, vaya, hijita!...



PETRONA acaba de servir el plato fuerte de la comida (un lomo de ternera estofado que satura el caluroso ambiente de la estancia con el aroma violento de las especias que lo adoban) y mientras que sobre el blanco mantel las "cotorritas" y los "guitarreros", atraídos por la luz, ensayan a porfía sus saltos y "decollages", C. F. remata con elegancia cierta amena disertación que fué escuchada por la mayoría con interés evidente.

El dueño de casa. —¡Está bueno!... *(Volviendo la cara hacia el señor Riús, viejo escribano en el vecino pueblo y cuya pálida faz parece de cera virgen en contraste con las de algunas de las damas presentes.)* ¿Ha visto, Riús, los muchachos de ahora?

El escribano. —*(Sin detener la dificultosa labor de sus mandíbulas.)* ¡Ha visto!...

El dueño de casa. —A esa edad, Riús, nosotros éramos muchachos y ellos son ya unos hombres serios e ilustrados... *(Corrigiéndose por su hijo Cipriano, un mocetón de veinte años, que nunca quiso estudiar y que está allí,*

ante sus ojos, tosco, insolente de robustez y comiendo lomo estofado con la voracidad de una fiera)... es decir, todos no; me refiero a los que estudian y se reciben, como el doctor, aquí.

C. F. — ¡Oh, señor!... Es que ahora se vive más de prisa que antes y nada más...

El dueño de casa. — No sé, doctor; pero eso que le digo es la verdad: Eramos menos serios..., ¿cómo le diré?..., más amuchachados... ¡Eso es!... más amuchachados...

La viudita. — *(Que hasta ese momento tan sólo ha tenido para C. F. un constante plieguecillo de observación en el bello entrecejo, con amabilidad, pero con firmeza.)* Yo no creo que la juventud de nuestra época se caracterice por su seriedad. Al contrario...

Cipriano. — *(Que en el transcurso de la comida y con el consiguiente disgusto de sus progenitores, ya ha soltado un par de "haygas" y un "saben andar así, las perdices"; a Petrona, y a propósito del estofado.)* ¡Che, che!... ¡Trai p'acá y no te me hagás la sorda!

C. F. — *(Después de comentar con la hermosa viuda y en el idioma mudo de los ojos, la inconducta de aquel salvaje.)* ¿Decía, señora?...

La viudita. — Decía, doctor, que a mi juicio, la juventud actual no se distingue en manera alguna por su seriedad.

El dueño de casa. — *(Diplomático.)* Vea, Peggi, que hay excepciones, muchas excepciones...

La viudita. — ¡Ah, claro!... Pero yo hablo, señor, en términos generales, como el doctor comprenderá muy bien...

C. F. — *(En cuyo rostro pone la emoción como un tenue rosicler de aurora y que se domina visiblemente para no perder la línea y precipitarse en aquella cima de servilismo hacia la cual le empujan sus sentimientos.)* Si ustedes me lo permiten, quizá yo pudiera en pocas palabras, conseguir que nos pusiésemos de acuerdo...

El dueño de casa. — ¡Ah!... ¡Muy bien!...

C. F. — La señora ha observado con mucha exactitud un fenómeno que...

La mamá de Chela. — *(Una señora muy gruesa y muy encarnada por temperamento o por el "rouge"; a la niña, que, aburrida, se está deslizando en su asiento a tal punto que apenas si deja ver ya parte de su dorada cabellera y los dos ojazos azules al borde de la mesa.)* ¡Chist!... ¡Pero, m'hijita!... ¡Por Dios!... ¿Qué es eso?... ¡Póngase derecha!...

Chela. — *(Malhumorada, retrepándose con esfuerzo.)* ¿No sirven el dulce, nunca?...

La mamá de Chela. — ¡Chist!... ¡Calladita!...

El escribano. — *(Masticando como una cabra.)* Tiene sueño...

La mamá de Chela. — Sí, mucho sueño ahora y apenas amanece ya comienza la charla!...

El escribano. — ¡Qué monada!... ¿No?...

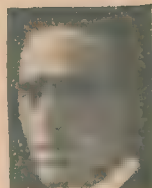
La viudita. — *(A Chela, con esa suerte de afectuosidad un tanto excesiva con que las mujeres suelen hablar y acariciar a los niños en presencia de sus enamorados.)* ¿Tienes sueño, querida?

Chela. — *(Siempre enfurruñada y que comienza a deslizarse nuevamente en el asiento.)* ¡No!...

La viudita. — *(Con un mohín graciosísimo.)* ¿No? ¡Delicia mía! ¡Te comería a besos!... *(A C. F.)* ¿Decía doctor?...

C. F. — Decía, señora,

"—¡CONQUE MIEDO A LAS GALLINAS! ¡QUÉ VERGÜENZA!...
—UNA ME PICÓ UNA VEZ.
—¡QUÉ ATROCIDAD! ¡QUÉ GALLINA MÁS INFAME!"



Benito Lynch, nuestro viejo colaborador, cuyo prestigio literario tan arraigado está en nuestro país como en el extranjero, da en el cuento que aparece en estas páginas una suave nota de inocencia infantil. El autor de "El inglés de los güesos" y "Los caranchos de la Florida" es un psicólogo profundo a quien bastan muy pocas palabras para reflejar una personalidad cualquiera o poner de relieve determinado estado de ánimo. Este cuento, en que la inocencia infantil es asunto central, define a la vez varios caracteres. Y lo hace de manera tan sencilla y natural, que ello sólo bastaría para demostrar las relevantes prendas literarias del autor. Benito Lynch es, probablemente, el cuentista argentino de mayor intensidad. Sus trabajos camperos ponen ante la vista del lector cuadros de vigor y de emoción extraordinarios. De ahí que quepa señalar especialmente este cuento en que todo es diáfano y plácido y en que la ocurrencia de una niña da pábulo a una graciosa incidencia.

que esa falta de seriedad, de la que usted acusa, con mucho fundamento por cierto, a nuestra juv...

La dueña de casa. — *(Interrumpiéndole.)* Doctor C. F.... Disculpe... ¿Un poquito más de lomo?...

C. F. — ¿Señora?...

La dueña de casa. — Sírvase otro poquito, doctor.

C. F. — *(Volviendo la cara velozmente hacia Petrona que se le insinúa con la fuente por el flanco derecho, y después otra vez a la señora.)* ¡Ay, no! ¡Gracias!... ¡Muchas gracias, señora!...

La dueña de casa. — No ha comido nada, doctor...

C. F. — ¡Por Dios, señora! He comido extraordinariamente bien... ¡Muchas gracias! *(Volviéndose hacia la viudita que le aguarda "buena como nunca".)* Bien, señora: Convengo con usted en que la juventud actual, considerada así en general...

La señora de la casa. — *(En voz baja a su vecina de mesa, la mamá de Chela.)* No ha comido nada; yo lo he visto. Con la charla no lo han dejado... *(A C. F., resueltamente.)* ¿Unos huevitos, doctor?

C. F. — *(Volviéndose bruscamente, pero muy amable.)* ¡Ay, no, señora, perdóneme!...

La señora de la casa. — ¿Unos huevos al plato?... Se los harán en un instante, doctor... ¡Fresquitos!... Una de las pocas cosas que con seguridad se pueden ofrecer en el campo...

C. F. — Muy cierto, señora, muy cierto; pero otra vez será... ¿no?... Muchas gracias... *(A la viudita.)* Pero hay, señora, en esta juventud, como en todas las que la precedieron, elementos de positiv...

La viudita. — *(Interrumpiéndole.)* ¡Ah, claro! Hay muchísimas excepciones...

C. F. — ¡Naturalmente!... Las hay y tiene que haberlas, porque, como ha dicho el filósofo optimista: "Cuando veas una vieja casa que, a pesar de su aspecto ruinoso, no se derrumba, piensa en que debe haber vigas sanas que..."

Chela. — *(Asomando sus ojazos azules al borde de la mesa.)* ¡El doctor pone buevos!...

Cipriano. — *(Alzándose de la mesa, ahogado por la risa.)* ¡Júuu, juá, juá, juá!... ¡Júuu, juá, juá, juá!...

La mamá de Chela. — *(Muy sofocada, a la niña.)* ¿Qué?... ¿Qué dice m'hijita?...

Chela. — *(Con aire de desafío y con ese aplomo que infunden las convicciones absolutas.)* ¡Sí!... ¡Yo lo vi!... ¡Puso uno, al lado de un álbol!...

Cipriano. — *(Dándose grandes palmadas en los muslos.)* ¡Júuu, juá, juá, juá!...

DURKHO

(Continuación de la pág. 5)

—Seré tuya, tuya siempre, en la vida y en la muerte.

Durkho, desde el balcón, vió cómo Adán descendía por la escala, y cuando llegó al suelo hizo un gesto como si se arrancara el corazón del pecho y se lo diera a él para que lo guardara eternamente.

—ESTUVIMOS en peligro de que nos tomaran —dijo Hasán. —Algunos pastores cruzaron por el extremo de la calle. Pero no hay caballo como Asamani aquí...

—Pero no nos tomaron —contestó Adán, apretando las rodillas a los flancos de la yegua y haciéndola galopar. Salieron del pueblo y rumbearon en dirección a los sombríos montes, cuyas cimas se iban dorando al ser besadas por los rayos del sol, aún oculto tras el horizonte. —Pero no nos apresaron, aunque yo quedé para siempre prisionero en la red de sus cabellos y el nudo de sus brazos. Pero sé ahora cuál es el río y cuál es el arroyo...

IV

—ELLA ama a Adán Khan y es amada por él. Esa pasión se remonta al día del casamiento de su prima, cuando Adán y sus amigos vinieron para dar una serenata. Durkho, en esa ocasión, atraída por la belleza de la voz del joven, se quitó el velo en un gesto de entusiasmo que nunca olvidaré... Sería conveniente que se casaran pronto.

Después de hablar, el tío de Durkho miró a Taus Khan, que tiraba fuertemente de su barba, signo indudable de perplejidad. Su hija le ocasionaba muchos disgustos. La había prometido solemnemente en matrimonio a Paenda cuando tenía siete años, y ahora, cuando el día de ese casamiento estaba cercano, todos comentaban su amor por Adán Khan, hijo de su peor enemigo. Había que adoptar una resolución inmediata para prevenir el escándalo.

—Paenda está enterado —continuó el hermano de Taus, —pero ello no hizo más que acrecentar su cariño por Durkho. Ha enviado un mensajero para solicitar que el matrimonio sea apresurado.

—Y por Alá, ella se casará con él en seguida. Le daré sólo tres días.

Taus Khan pidió a su cuñada que llamara a Durkho, y ésta escuchó fríamente la orden de su padre.

—¿Tres días, padre?... Soñé que dentro de siete días moriré... Dejad que transcurra ese término, y si a su vencimiento vivo aún, me casaré con Paenda.

Su padre accedió.

La joven volvió a su cuarto, lleno de recuerdos de Adán, de Adán que ahora estaría en los montes soñando con la hora en que ambos fueran libres para amarse. ¡Ah! ¡Si sólo pudiera hablar con él!... Pero podía, en cambio, enviarle un mensajero. Si lo sorprendían, bien, ella moriría. Mas no tenía deseos de morir. La vida era bella; la vida significaba el amor de Adán...

—SEIS días a partir de hoy... —Adán miró al mensajero, que no se había apeado aún del caballo, —y Paenda llegará allí pronto con cuatrocientos guerreros, cuatrocientas espadas, un magnífico cortejo nupcial... Y nosotros...

—Nosotros sólo podremos reunir ciento —dijo Alí. —Pero esas ciento podrían hacer mucho...

—Pero cuatrocientas valen más. —Adán meditaba. Volvióse hacia el joven, que había cuidado los caballos la noche de su última aventura. —Tu padre, Hasan, ¿nos prestaría socorro?

—Si no lo hace, no será más mi padre. A caballo, amigos, vamos a solicitar lo que Adán necesita.

Embridaron sus caballos y se pusieron en marcha. La tarde los sorprendió en las tierras en donde el padre de Hasan tenía su pueblo.

—Solicito refugio, ¡oh Mir Bamí!, refugio y auxilio.

Adán arrojó su turbante y su espada a los pies del anciano jefe.

Mir Bamí los miró con sus viejos ojos astutos, en tanto pesaba todos los factores de la cuestión que se le planteaban. Paenda y Taus Khan eran poderosos; no convenía agraviarlos. Si Adán raptaba a Durkho, sólo con sangre podría lavarse el insulto inferido al hogar de Paenda. Bajo el otro aspecto, Adán podría llegar a ser fuerte también; la mayor parte de los jóvenes turbulentos del distrito lo consideraban como el jefe común de los clanes. Y su propio hijo, Hasan, era uno de sus más fervientes amigos. Por último, sólo por una causa muy grave podía negarse el pedido de refugio y amparo. Este insulto traerá sangre, seguramente. Tomado entre dos fuegos, Mir Bamí cedió al más próximo.

—Doscientos hombres te daré. Doscientas espadas al mando de Hasan Mir. Traed a Durkho y yo ordenaré a mi gente que prepare el casamiento y enviaré rápidos mensajeros a vuestro padre para que él y sus hombres se encuentren aquí a vuestro regreso.

EL mensajero dióle algunas de estas nuevas a Durkho, la que con el corazón alegre prosiguió sus preparativos; recibió a las gentes que llegaban para verla y admirar las sedas y brocados, los ornamentos para el cabello y las orejas, todas las maravillas que había reunido, según creían sus visitantes, para hacer resaltar más su belleza y ser grata a Paenda.

Pero cuando llegó la última noche, sin que hubiera señal alguna de Adán, la sonrisa se extinguió en la cara de Durkho, y mientras todos dormían en el agreste poblado, ella permanecía desvelada es la profunda obscuridad de su estancia.

Y Adán no vino; sólo las madrinas llegaron y se pusieron a la tarea de vestirla con las delicadas sedas y regios brocados y adornarle los cabellos con flores y artísticos ornamentos de oro.

—Estás pálida ahora, Durkho —dijo una. —Mas el amor pondrá pronto en tus mejillas el vívido color del vino fuerte...

—O como el de una rosa igual a ésta —dijo otra. —Afirman que Paenda es un amante magnífico.

Pero el único amante que Durkho deseaba estaba lejos... Sus enemigos disponían de una fuerza mucho más poderosa que la suya. Las espadas de Paenda y los guerreros de su padre jamás la dejarían a manos del odiado rival.

Finalmente, pálida como una muerta, bajo el fino velo que ocultaba su cara, bajó al patio de corte, donde Paenda la esperaba. La gran puerta estaba abierta y ellos la franquearon para salir a la amplia planicie que a esa hora refulgía bajo los rayos del sol.

De pronto, se produjo una gran confusión. De un bosquecillo de sauces que sombreaba el pequeño río, surgió como una tromba un grupo de jinetes armados de escudos, espadas y lanzas, y gritando el nombre de Adán, se precipitaron en veloz carrera sobre el despavorido cortejo.

Paenda no era cobarde. Desenvainó rápidamente su espada y se dispuso a luchar. Pero nada podía su esfuerzo para detener la avalancha que se le venía encima. Un guerrero que montaba un tordillo veloz

(Continúa en la pág. 24)

Moda y elegancia de acuerdo con las indicaciones del barómetro



A la izquierda puede verse un impermeable en seda y goma con el sombrerito en fieltro. El otro es hecho de dos piezas, en lana tejida. Blusa interior en color beige.

El equipo de un día de lluvia

El ala sobre los ojos es algo necesario en todo sombrero que se usa en un día de lluvia. Este que aquí se ve está hecho en fieltro color beige, cinta en gros-grain y adorno de una pluma. El modelo de abajo es un bonito sweater bastante ceñido sobre la cintura y cuyo cuello y mangas cortas le dan apariencia de blusa. Si es del gusto de la que lo usa, puede añadirle una corbata.

El negro, el amarillo y el verde se han combinado en este modelo de sweater para darle mayor efectividad. El mango del paraguas que le sigue es de piel blanca de cerdo, al igual que el material total de los guantes que se ven más abajo y en el que se observan motas amarillas. El zapato último es para un día de lluvia, con su gruesa suela y su alto empeine. Todos son de gran moda.

Los grandes maestros de la pintura

Por
G. K.
Chesterton

Gilbert K. Chesterton, autor del artículo que se publica en esta página.

(Ver página 47)

"DIANA OF THE UPLANDS" (LA DIANA DEL ALTIPLANO)

Cuadro de C. W. Furse, de la Real Academia de Arte (1868-1904)
Existente en la Galería Tate, de Londres

Carlos Wellington Furse nació en Staines, donde su padre actuaba como vicario. Por su ascendencia masculina era emparentado con el famoso maestro sir Joshua Reynolds. Tanto el padre como el hijo llegaron a la cima en sus respectivas profesiones, pues el primero alcanzó a revestir la elevada dignidad eclesiástica de canónigo y arcediano de Westminster, mientras que el joven se destacó en el mundo del arte, convirtiéndose en retratista popular y siendo elegido miembro de la Real Academia. Su cerebro fué más vigoroso que su cuerpo, pues produjo sus obras notables atarazado por una afección que contrajo en la juventud y que ocasionó su deceso a la temprana edad de treinta y seis años.

Después de salir de la escuela de Haylebury, el joven Furse empezó a estudiar en la escuela Slade bajo la dirección del profesor Legros. Expuso "Caín" en 1888 y después estudió en la escuela Julian, de París, regresando a Londres para labrarse una reputación con cuadros que envió a la Academia Real y al New English Art Club (Club del arte nuevo inglés).

Pintó muchos retratos notables, entre los cuales son dignos de mención los del canónigo Burrows, obispo Stubbs, sir Richard Henn Collins, lord Charles Berresford, dos pequeños apuntes ecuestres de lord Roberts y un gran lienzo inconcluso sobre el mismo, que fué prestado por su viuda a la Galería Tate. Además, ejecutó algunos notables trabajos para los portales de la Casa Consistorial de Liverpool.

En "Diana of the Uplands" aparece la esposa del artista (hija de John Addington Symonds) en una altiplanicie batida por el viento. Dos galgos tiran de las cadenas que ella sostiene con una mano mientras con la otra se sujeta el sombrero para protegerlo contra la brisa que sopla. Es un estudio de aire libre, pletórico de espacio y vitalidad.

LA aseveración de que la obra de los antiguos maestros puede resultar conducente para la educación popular no es un lugar común, como lo parece de primera intención, sino que es más discutible y cierta de lo que parece. La verdad es que el gran arte del pasado puede ser utilizado con esa finalidad cuando muchos otros métodos generalizados en la actualidad resultan torpes y fútiles. Algo de esta utilidad es compartido por las obras dramáticas de Shakespeare y, a mi juicio, también por los cuadros del Ticiano y de Leonardo.

Para explicar esta clase particular de valor público es necesario comprender una de las diferencias, y tal vez afecciones, más profundas de nuestros tiempos. Es la señal del arte del pasado, especialmente el del Renacimiento, de que el gran hombre fué en verdad un hombre. Fué un hombre extraordinario, pero sólo en el sentido de que fué un hombre vulgar con algo más, con algo "extra". Shakespeare y Rubens estaban con el hombre común hasta dónde podía alcanzar el hombre común; comían y bebían, deseaban y morían como él. Eso es lo que quiere significar el pueblo cuando dice que aquellos dioses tuvieron pies de barro: sus botas gigantescas estaban pesadas con el lastre de la tierra. Eso es lo que quiere significar el pueblo cuando sostiene que Shakespeare fué con frecuencia grosero; eso es lo que quiere decir cuando sostiene que a menudo fué aburrido. Quieren significar que un gran poeta de la antigüedad disponía de espacios vacíos e inertes; que a veces lo guiaba su subconsciencia; que se "difundía"; que no era "artístico". No es sólo cierto que Homero a veces movía maquinalmente la cabeza, sino que el tartajeo era parte de la grandeza de Homero. Aquel movimiento soñoliento conmueve las estrellas tal como lo hace el de su propio Júpiter.

Los antiguos artistas, pues, eran sencillos y populares en las partes más fundamentales, o, si se quiere, más bajas de su personalidad. Pero el artista moderno típico se propone ser una criatura a parte y fantástica, que se alimenta en forma extraña. Comparad a Velázquez con Whistler; a Shakespeare con Shaw; a Addison con Stevenson. Whistler pretendía ser una mariposa, libando flores extrañas y planeando en vuelos raros; a Stevenson muchos de sus amigos le llamaban "gnomo", y aunque esto no significaba que no era humano, importaba decir que en cierto modo estaba "desdoblado". Bernard Shaw es, indudablemente, un hada, y, lo que es peor aun, un hada irlandesa. Shakespeare, como el pastor de "Iolanthe", sólo era un hada hasta la cintura. Indudablemente, y siempre de acuerdo con "Iolanthe", hubiera dejado las piernas colgando afuera al tratar de pasar al través del ojo de la cerradura. Ben Jonson bebiendo cerveza era exactamente como Ben Bolt bebiendo cerveza; aunque ello hubiera podido evocar en Ben Bolt recuerdos confusos de Alicia y hubiera sido susceptible de inspirar a Ben Jonson el ofrecimiento a su dama del desinteresado consejo de beber sólo con sus ojos. Pero los maniáticos y las hadas anhelan lograr su sustento en forma muy diferente; los abstemios viven de limonada y los gnomos de rocío, que supongo que ha de ser más nutritivo.

Ahora bien; este distingo entre dos concepciones del genio, aquel "algo más" y aquel "algo diferente", influencia profundamente el efecto de la pintura sobre el público. Los grandes pintores tenían todas las grandes cosas que llamamos debilidades en los grandes poetas, transaban y se amoldaban constantemente. Con frecuencia parecía importársele poco la gloria, a veces ni siquiera para salvaguardar el honor; arrojaban las cosas, y, como acertadamente lo dijo Ruskin, entregaban sus frescos "para que fueran ajados por el viento del mar o carcomidos por la polilla". Pero si tenían todos los vicios consuetudinarios, también tenían todas las virtudes corrientes, y fueran hombres buenos o no, su concepto sobre el hombre bueno conformaba con el de todo el mundo. Si intentaban reformar su conducta con excesiva frecuencia, nunca procuraban reformar su conciencia. El resultado fué que conservaron una cantidad de intuiciones primitivas, apetitos e instintos inconscientes, que son los mismos que los del común de los mortales aun en nuestras corruptas ciudades, en las cuales imperan y desempeñan importante papel las características señaladas.

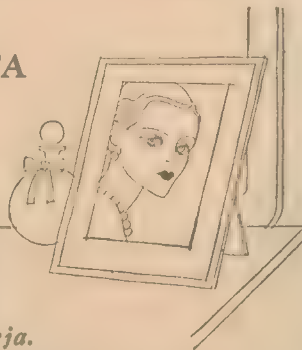
Sin pretender resucitar, ni siquiera a título de paréntesis, el viejo pleito de los tiempos de Swift y Temple sobre los méritos relativos de antiguos y modernos, podemos estar seguros que por lo que respecta a propósitos democráticos, los antiguos son mejores. Unos pocos trazos de gris o verde sobre un pedazo de papel marrón pueden ser, en realidad, tan buenos como una "naturaleza muerta" de un pintor flamenco o una "Santa Familia" de un italiano. Pero para cualquiera debe ser perfectamente obvio que es más probable que estos dos últimos puedan hacer comprender a un hombre sencillo lo que significa la pintura. Nos referimos a veces con cierta ligereza a "escuelas" de arte. Sea o no mejor el arte de Rafael como arte en sí, es indudable que es mejor como escuela. El "impresionismo", el "postimpresionismo", el "ultraimpresionismo" y otros "ismos" parecidos son desarrollos que pueden ser aceptados o criticados, según sea la filosofía estética de todo hombre. Pueden ser la finalidad del arte, desde el punto de vista objetivo del arte; pero en ninguna forma constituirán el principio del arte, la iniciación, el origen, el principio liminar. Lo que ha de dar principio al arte, las razones de su creación, es lo que hoy el vulgo puede aprender en los viejos maestros. Y no podrá aprenderlo en las obras de nadie más.

Podríamos citar cientos de casos, pero consideramos el de una vieja

(Continúa en la pág. 94)

CARTAS DE MAMA JUSTA A SU NIETA

Frente a tu retrato



TENGO aquí tu último retrato. Cuanto más lo miro, la duda de su realidad se hace más profunda. Apareces con tu corte de cabello lo mismo que si fueras un colegial, te peinas con raya al costado y dejas al descubierto tu linda oreja.

Al entregármelo, días pasados, me dijiste en tu lenguaje tan franco y resuelto que los muchachos de hoy "no las iban" con las niñas de corte antiguo, porque éstas eran "más hipócritas que inteligentes", y que en cambio estaban por las que sabían ponerse a tono con la época y tenían "personalidad".

Confieso, nieta querida, que en tal momento llegaste a convencerme; los muchachos de ahora, sugestionados por la influencia del cine, prefieren a las niñas que más se asemejan en sus modales a Greta Garbo y a Joan Crawford.

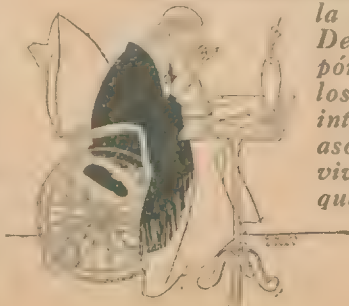
Pero..., ¿y el resultado? ¿Conoces tú, criatura, lo que acontece luego que la realidad disipa un poco las nubes del ensueño? ¡Ah! Es entonces cuando ya no es posible "frenar" — como tú dices en tu jerga automovilística, — y te estrellarás como tantas otras.

Las muñecas como tú, interesan un momento en la vida, y cuando tu novio se entere que lo único que tú sabes hacer es fumar, dirigir el auto y saborear el copetín, verás cómo se transforma el panorama.

¿Y tú supones, criatura inexperta, que ha de bastarte ser como eres para triunfar en la vida? Mira en torno tuyo y comprueba cómo no es posible trasplantar a nuestra sociedad tan simplista, aquellas modalidades y características de otras de distinta cultura. Nosotros somos latinos y sentimos con el corazón; las que tú imitas sienten con el cerebro.

A pesar de tus alardes, sabes bien que tú eres una flor exótica, porque no ignoras que la inmensa mayoría de las niñas argentinas no son como tú, porque son recatadas y femeninas, no por snobismo, sino porque así las educaron y porque así lo sienten. Ellas, que pasan por la vida sin estruendo, como lo hicieron sus abuelas y sus madres, viven con el pensamiento en el pasado y son, aunque te parezca paradoja, las mujeres del futuro.

Habla conmigo, nieta querida, la voz de la experiencia; escúchala antes de que sea tarde y te castigue el destino. Deja a un lado todas las excentricidades e incorpórate al núcleo de las señoras jóvenes, con todos los atributos de tu feminidad y el encanto de tu inteligencia. Y será entonces cuando te habrás asomado a la verdadera vida, a esa que debemos vivir en esta tierra las mujeres que tenemos algo que cuidar...



María Justa

¡Eduquemos nuestros hijos!

¿Qué es educar? Pues, educar es afrontar desde el día mismo en que nace un niño el más serio y grave de todos los problemas sociales. Es cargar sobre sí la más grande y delicada de las responsabilidades.

Una señora preguntó a un célebre educacionista:

"— ¿A qué edad debo comenzar a educar a mi hijo?

"— ¿Qué edad tiene el niño?

"— Dos meses ya.

"— Pues, ha perdido usted sesenta días, señora."

Es de mal gusto en los niños levantar el codo para beber, o beber hasta la última gota del agua o vino de la copa.



Las buenas costumbres deben implantarse desde el primer día, designando una hora para cada cosa. De este modo se está seguro de que en la casa reina el orden y de que los niños cumplen con una disciplina sin haber jamás sentido su peso.

Un niño bien educado debe ceder siempre el paso a los mayores.

Durante la primera infancia es necesario enseñar a los niños las tres reglas principales de la vida, a saber: la justicia, la bondad y el dominio sobre sí mismos. Un niño educado en estos principios, al llegar a hombre es tan útil para la sociedad como lo es para sí mismo.

Ningún niño debe mezclarse en las conversaciones de los mayores, salvo que éstos le dirijan la palabra.

Es cosa sabida que la costumbre es algo así como la segunda naturaleza de una persona. Si la primera es la que nos hace obrar conforme a nuestros instintos, la segunda nos mueve a proceder en la forma en que hemos sido acostumbrados. De modo, pues, que, acostumbrando bien a un niño, se le alecciona para que proceda con bondad y justicia en todos los actos y todos los momentos de su vida.

Los niños deben descubrirse al entrar en una casa, una oficina, un templo, etc.

Ningún padre debe ser tan cruel que pretenda educar a sus hijos por medio de la violencia. Quienes opinan que, por la fuerza se aprenden mejor las cosas, opinan muy mal. Una cosa aprendida a disgusto jamás puede hacerse sino con desgana, con aversión. Hasta lo más duro debe ser enseñado con suavidad, paciencia y constancia. De todos los actos buenos, siempre se obtiene algún fruto.

LA EDUCACIÓN DE LAS NIÑAS

Comienzan en la cuna las primeras enseñanzas, y si la educación es problema arduo para los varones, mucho más lo es para las mujeres, que son las dueñas y responsables de la sociedad, las guardianas del honor, las eternas poseedoras de la llave que abre todas las puertas para los hijos: lo mismo me atrevo a decir las puertas de la gloria como las puertas del infierno.

La mujer, que es la verdadera autoridad del hogar, es también el pilar que lo sostiene. Si él se tambalea, el hogar trepida; si él es firme, no hay fuerza que lo haga bambolear.

Desde el principio de la educación hay que ajustarse a sólidos principios, porque en la educación de la mujer un solo error puede hacer malograr las más felices dotes.

En el hombre, los gustos y tendencias son siempre más claros y decididos que en la mujer; el campo de acción es más amplio y le permite, desde la adolescencia, elegir carrera y definir el porvenir, mientras que la mujer ni tiene determinados los gustos, ni el porvenir le llama para luchas o triunfos concluyentes.

La mujer no tiene más arma para la vida que su bondad, su educación y su corazón. Hay que tratar, pues, de que su educación y su bondad sean infinitas.

De más está decir que ella necesita para nutrición de su alma, desde el día en que abre los ojos a la luz, un ejemplo constante de dulzura, respeto y moral dentro de su hogar. La mujer está dotada de más perspicacia que el hombre; en ella el instinto está mucho más avivado. Lo que para un niño pasa inadvertido, para ella es simple motivo de investigación, curiosidad y preocupación.

Los defectos de la primera educación en el hombre no son, tal vez, nada más que defectos; en cambio, en la mujer, esos mismos defectos son argumentos múltiples y graves, porque está siempre más en evidencia que el hombre, pues mientras éste está dedicado desde muy temprana edad a su carrera, ella ya es adorno en su casa, atractivo en sociedad, destino del hombre y fundadora de un nuevo hogar.

Es un deber de todo niño ceder el asiento en el tranvía o el ómnibus a las señoras.

No se puede negar que hay hogares donde de los hijos tienen un gran ascendiente sobre sus padres. Ellos son los que mandan, los que hacen y deshacen. Su voluntad o su capricho es algo así como una ley. ¿Y quiénes tienen la culpa de ello? Los mismos padres, que no han sabido nunca estar en su puesto, ordenando y corrigiendo. El resultado de esta falta de carácter, porque no es otra cosa que eso, salta a la vista a cada momento. Jamás volverán a reconquistar su autoridad que nunca debió ser menoscabada. Y no hay nada más triste que eso de ser gobernados por los hijos, por no haber sabido gobernarlos a ellos en la hora de las enseñanzas.

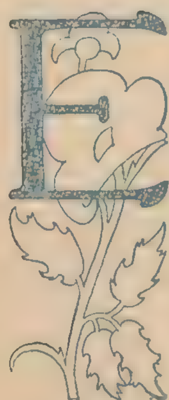
En la mesa los niños deben utilizar sólo el tenedor y la cuchara; puede permitírseles el cuchillo si tienen algo que cortar. En cuanto a cómo deben llevar la cuchara a la boca, deben hacerlo de costado y nunca de punta.

El cuchillo y el tenedor deben ser tomados con cierta elegancia, nunca apoyando el dedo en la hoja de acero, sino en el comienzo del mango. Debe apoyarse en el tenedor el dedo siempre derecho y nunca doblado, a una distancia de cuatro o cinco centímetros de los dientes.

Romances de amor y de sangre en la historia americana ~



~ Juliana Insfrán, la



EN la madrugada del 3 de marzo de 1868 se desarrolla una interesante escena en el paraje denominado Timbó, casi frente a Humaitá, sobre la margen derecha del río Paraguay, tres leguas abajo del Bermejo.

Muy crecido, el río rumorea y se agita en espumosos remolinos en cuyo vórtice danzan sombras fantásticas, camalotes y embalsados hasta que la misma violencia del turbión en sus revueltas vuelve a lanzarlos a la correntada que los arrebata y aleja a la deriva... Sobre el cielo, hacia el oriente, "ha salido el lucero", la estrella matutina que asciende aceleradamente, ascua en llamaradas, de cambiantes variables desde el rubí sangriento al azul, el anaranjado y el blanco incandescente...

Ya una claridad velada en nieblas y rocío anuncia el día. En el silencio del bosque canta un zorzal, la más mañanera de las aves. Su trino va aumentando en intensidad hasta adquirir sonoridad de desafío. No tardan en corear al bravío rey de los cantores todos sus congéneres, y la selva despierta en una orquestación de estupenda armonía...

De repente, otras notas silencian el concierto de las aves. Son notas graves, poderosas, broncíneas, que redoblan y repican al través del río y en el corazón del bosque... Es una diana militar a cuyo conjuro imperioso despiertan las tropas paraguayas que van en retirada desde Humaitá y acampan desde el día anterior en Timbó. Formados al pie de un asta bandera, trompas y tambores tocan sin cesar, muy raros con sus morriones de pelo, sus mandiles de cuero y shakós de hule.

Poco después de la diana, más de mil hombres forman en ala teniendo por eje el asta bandera. Taciturnos, severos, cetrinos, de pómulos juanetudos, aparecen astrosos y con tan patentes huellas de privación que más que ejército semejan una horda de pordioseros trashumantes. Constituían, con pocos millares más, lo único que va quedando del más grande, lucido y heroico ejército de Sud América, destruído, más que por los efectos de la metralla enemiga, por la acción del demente furioso que lo manda, Francisco Solano López.

Apenas formada la tropa, apareció por el flanco derecho la comitiva oficial que había de revistarla. Al frente trotaban los "acá-vera", dragones de la escolta, así llamados por el aro de bronce brillante que rodeaba la parte superior de sus morriones. Calzaban botas nazarenas de grandes espuelas que tintineaban a compás con el galope de los caballos.

Detrás de los dragones rodaba la carroza ocupada por el mariscal presidente, ceñudo y torvo, observándolo todo con su mirada profunda e irritada. Lo acompañaba un jovencito, hermoso como un dios, su edecán, el coronel Mongelós, bravo entre bravos en aquel ejército de héroes. A ambos lados de la carroza cabalgaban oficiales de destacada actuación y jerarquía: Centurión, Aveiro, Roa, Goiburú, Alén, Martínez, Aguiar y otros más.

Cerraban el avance de la escolta los "acá-carayá" ("cabezas de mono"), llamados así porque ostentaban un yelmo de cordobán con una cola de mono negro (carayá) cosida a su extremidad superior. Larga cola de caballo, también negra, caía desde el yelmo sobre la espalda de estos soldados, trajeados con vistosa túnica punzó y pantalones blancos.

La carroza se detuvo al pie del asta bandera y el formidable mariscal descendió y se encaminó a un rústico tablado levantado delante del mástil, al cual ascendió rodeado por sus jefes. A una señal suya redoblaron nuevamente los tambores. Cerrado el bando, tomó la palabra el déspota. Era elocuente y fogoso. Habló de la patria, de sacrificios colectivos, de la heroicidad del ejército y el pueblo, y anunciando el cercano triunfo de sus armas, terminó proclamando el ascenso de numerosos oficiales, entre ellos, y en primer término, el del teniente

Texto de
C. M. Pérez Ercoreca.
Ilustración del artista
Alejandro Sirio



El coronel Martínez se acercó a su superior, Alén, designado comandante de Humaitá, y le dijo:

— Permítame, cherubichá, que acompañe un par de leguas a mi esposa. Regresaré muy luego.

Acordado el permiso, los esposos cabalgan a la par por entre islas de monte y carandaizales en íntimo y amoroso coloquio. Promedia el día cuando echan pie a tierra y él le dice a su compañera:

— ¡Hasta aquí nomás, mi Julí adorada! Tengo que regresar...

— ¡Ay che yara, mi dueño! — exclama Juliana. — ¿Por qué ha de ser tan pronto?...

— Asimismo ya tendré que apurarme para alcanzar de vuelta a los compañeros... ¡No te aflijas, achuita, que pronto nos volveremos a ver, y será ostentando sobre mis hombros las palas de general!

— ¡Ay, corazón, yo no puedo separarme así de ti!... ¡Chererajhá catú! ¡Llevame a Humaitá!

— ¡Imposible! Correría peligro tu vida y no lo permitiría el mariscal, a quien Dios guarde.

— Tienes razón, mi bien; pero, ¡es tan dura la separación!... Esta vez, no sé por qué, se me hace más difícil que en ocasiones anteriores. ¡Anda tan mal nuestra guerra!...

— ¡Chist! Que pueden oírte... Dame un último beso, che ama mí y... ¡Ñandeyara rérape! ¡Sea lo que Dios quiera!...

Llorando, Juliana le tendió los brazos y se estrechó contra el pecho varonil.

. . . .

López se instaló en San Fernando, sobre el Tebicuarí, sitio que había de ser el Santos Lugares y "Crujía" de pesadilla de aquel mandón irresponsable y desequilibrado.

La sangre inocente corría día y noche. Aquel tigre enloquecido entrega hombres, mujeres y niños a sus verdugos. Matías Goiburú, uno de los ejecutores de las bárbaras sentencias, confiesa que desde el 17 de julio al 14 de diciembre, son masacradas dos mil personas, lo más granado de la sociedad paraguaya, sin distinción de nacionalidades.

A López le preocupan las formas y somete a sus víctimas a un remedo sangriento de proceso, en que actúan como fiscales y jueces Goiburú, Centurión y el infame presbítero Fidel Maíz.

El 7 de agosto un mensajero se presenta ante el Supremo (López) y le entrega un pliego en que se le comunica que Humaitá ha caído. Cinco meses se defendieron los bravos que la guarnecían. Quedaron completamente aislados y apenas disponían de provisiones, pero eran paraguayos y se batían en combates dantescos contra decuplicados enemigos. En julio la situación se torna insostenible. Humaitá, la fortaleza considerada inexpugnable, es un montón de ruinas quemado por la pólvora. El coronel Alén, desesperado, intenta suicidarse y se hiere malamente. Le sucede Martínez en el mando y decide abandonar la ciudad, refugiándose en Isla Poí con sus diezmadas fuerzas. Diez días se defienden allí. Luchan sin tregua. Se les han agotado los víveres. Los últimos cuatro no prueban bocado. Conmovido ante espectáculo de tan sublime como inútil valor, el general Rivas propone a Martínez una entrevista para tratar la rendición. Acepta Martínez y se reúnen en un sitio equidistante de sus respectivas líneas. Se saludan y empiezan a hablar. El paraguayo tartajea; su voz es apenas un murmullo. Rivas lo contempla asombrado y comprende la espantosa verdad: ¡aquel hombre desfallece de

(Continúa en la pág. 80)

heroína del dolor

coronel Martínez, uno de sus favoritos, promovido al grado inmediato superior y designado segundo jefe de Humaitá.

Finalizada la ceremonia, la carroza del mariscal presidente echó a andar rumbo al norte, llevándose a la zaga aquel menguado resto de ejército. Sólo quedaron en Timbó los oficiales que debían regresar a Humaitá y algunas mujeres, madres, hijas y esposas que querían demorar instantes más el trance amargo de la despedida. Entre ellas estaba la esposa del nuevo coronel, Juliana Insfrán de Martínez, bella joven perteneciente a la mejor sociedad de Villa Rica, amiga íntima de madama Elisa Alicia de Quatrefages, amante adúltera del Nerón paraguayo.

DURKHO

(Continuación de la pág. 18)

como el viento lo embistió. Su caballo cayó, y Paenda, semidesvanecido, fué arrastrado en la caída. Adán sacó a Durkho del palanquín que sus cargadores habían abandonado, la colocó sobre su silla, clavó sus espuelas en los ijares de "Asmaní", y con sus hombres en pos, se lanzó a la carrera por el estrecho sendero.

—¡Corre, Alí, corre como el viento! — dijo Adán, confiando a Durkho a su amigo. — Llévala al castillo de Mir Bamí. ¡Es mi corazón que te confío!

— Lo hallarás sano esperándote.

Alí desenvainó la espada, señaló con ella a sus hombres los lejanos montes y en seguida la tropa se puso en marcha. Adán la contempló hasta que su obscura masa, sobre la que se destacaba la nota clara del velo de Durkho, que el viento hacía flamear, se fué desvaneciendo en la lejanía. Volvióse hacia sus hombres para darles órdenes. Pronto Paenda y sus guerreros llegarían ávidos de sangre con que lavar la afrenta que se había inferido al honor de su clan.

Y los vió patentes, como si fueran una nube cargada de relámpagos, galopar fieramente para encontrarse con su odiado enemigo. Pero lo que el joven no podía ver eran los ágiles jinetes que Paenda había enviado por un camino de encrucijada a la fortaleza de Mir Bamí. Llevaban la promesa de oro y otras riquezas si ese jefe se avenía a encarar las cosas desde otro punto de vista, a favorecer a Paenda y a retirar su apoyo a Adán Khan.

V

—ALLÁ se ven las torres de Mir Bamí y que representan la salvación. Pronto Adán estará a tu lado, ¡oh Durkho! — dijo Alí cuando dejó a la joven.

Pero a la noche siguiente, una vez que él hubo partido para reunirse de nuevo con su amigo, Mir Bamí arrojó su honor al viento; rompió su promesa sagrada y sembró así la simiente de su propio destino. Entregó a Durkho a la gente de Paenda, y ésta partió llevando a la joven bajo segura custodia. Cuatro hombres, sin embargo, lucharon para rescatarla; sólo sobrevivió uno, que, mal herido, llevó a Adán la infausta noticia.

Se había librado un reñido combate, pero ellos tuvieron la satisfacción de ver las espaldas del enemigo, que tras inútiles esfuerzos vióse obligado a abandonar el campo.

Hubo un silencio de muerte cuando el mensajero terminó su relato. Hasan Mir lo rompio con un juramento.

—¡Fué mi padre el autor de esa infamia! ¡Traición más negra jamás vieron nuestras montañas!... Este es mi feudo, ¡oh Adán Khan! Con mi propia mano te juro que lavaré el honor de mi casa.

— Eso puede esperar, Hasan — interrumpió Alí. — Se trata ahora de rescatar a Durkho. Tomaremos el camino corto que conduce al Diente Negro, y tal vez logremos apoderarnos de Paenda antes que se encuentre con ella.

Esto era exactamente lo que Paenda esperaba. Sus hombres estaban tendidos a ambos lados del desfiladero y los jinetes de Adán fueron muertos antes de que pudieran ver la cara a sus enemigos. La pelea fué la más encarnizada de que haya noticia. Siempre en la vanguardia, Adán pujaba por acercarse a su rival, al cual distinguía a lo lejos por la pluma verde que coronaba su casco de acero. Se enfrentaron, por fin, y lidiaron con furia y denuedo sin igual. En una ocasión, Adán creyó llegado su fin, pues la espada curva de Paenda, deslizándose bajo su brazo izquierdo, penetró por las junturas de su cota de malla. En otro fué su enemigo que creyó morir, ya que el arma de Adán, rompiendo su guardia, le abrió una horrible herida desde el pómulo a la barba, que lo desfiguraba para siempre. Una súbita alarma, que recorrió el campo, los separó.

—¡Oh hermanos! ¡Huíd! Están detrás de nosotros.

Era uno de los hombres de Paenda el que daba la alarma, y el jefe volvióse para observar. Era cierto. Precipitándose como un alud por la pendiente caía sobre su retaguardia un grupo de guerreros conducidos por Hasan, que había conseguido escalar las rocas que Paenda imaginara seguras. Los hombres de éste se pusieron en fuga, y aunque Hasan pudo tomarse alguna venganza, la mayor parte de ellos logró ponerse en salvo.

—¡Ojalá lo hubiese muerto! — murmuró Adán con voz débil. — Estaba apoyado en una roca, más gravemente herido de lo que creyera. — No podré correr tras él por varios días...

— No podrá montar a caballo durante tres meses, por lo menos, — dijo Alí a Hasan en voz baja. — Tiene cuatro heridas graves, sin contar otras menores, y si no podemos detener la hemorragia, morirá.

Adán sintió las últimas palabras. No; él no quería morir. Quería vivir para matar a Paenda y reconquistar a Durkho. Estas eran las ideas que le dominaban cuando lo alzaron y se lo llevaron tendido en una camilla formada con las lanzas de sus compañeros.

Pero Paenda, reconcentrado en su cólera, marchaba con el resto de sus fuerzas dos veces derrotadas. De todas maneras, tenía a Durkho ahora. Esa certidumbre haría sufrir a Adán más que la peor herida.

AL día siguiente llegó al pueblo donde lo esperaban los hombres de Mir Bamí con la joven. Cuando vió su cara pálida, pero desdeñosa, una furia incontenible hizo presa en él. Desenvainó la espada, tinta aún en la sangre de la última contienda.

— La sangre que arranqué del corazón de Adán Khan — dijo, y el odio relampagueó en su desfigurada cara. — Nunca más podrá manchar el honor ajeno. ¿Puedes olvidarlo tú como todos los hombres lo olvidarán? ¿Harás lo que yo quiera?

Los ojos de Durkho se dilataron horrorizados. Pero en seguida sonrió:

— Lo sabía, Paenda... Tu gente me contó ayer la emboscada que preparaste. — Alzó las manos y en ca-

(Continúa en la pág. 43)

la página para la casa

BENEFICIOS DEL AGUA

El papel que desempeña el agua en nuestra existencia es primordial; podemos pasar más o menos tiempo sin tomar alimentos, pero no podríamos pasarnos sin agua, sin la cantidad que demandan las necesidades de nuestra economía.

Debemos recordar:

1º Que es indispensable para la integridad anatómica y funcional de los tejidos.

2º Que facilita la digestión de los alimentos.

3º Que es vehículo y distribuidor de los elementos nutritivos de que se carga el estómago.

4º Que arrastra los productos de desgaste y las substancias minerales que encuentra en exceso en los tejidos.

5º Que contribuye a las evacuaciones, tanto intestinales como renales, pulmonares como cutáneas.

6º Que contribuye a la regulación del calor animal.

Por fortuna, la naturaleza la prodiga en cantidad como para que todos podamos disfrutarla sin sacrificios.

CHARLAS SOBRE URBANIDAD

DE LA MANERA CÓMO SE SIRVE LA COMIDA

De tres maneras distintas puede servirse la comida, y éstas son: que el mucamo pase la fuente y cada convidado se sirva; que el ama de casa sirva los platos y el mucamo los alcance, o que ya vengan los platos servidos del antecomedor o de la cocina.

El modo más adecuado, sobre todo si hay convidados, es pasar la fuente.

El que el ama de casa sirva los platos es un modo muy familiar y sólo se usa en la mayor intimidad.

El traer los platos servidos no es muy común y sólo se estila en grandes comidas.

Al dar comidas, grandes o pequeñas, los dueños de casa deben tener todo pronto y ordenado, de modo que durante la comida no se desatienda a los invitados para ordenar las cosas de la misma.

Habiendo convidados, los dueños de casa harán lo posible por no abandonar la mesa durante la comida.

Maruja

CÓMO SE LIMPIAN LOS BRONCES DECORATIVOS

Sobre las estatuítas de bronce instaladas en habitaciones iluminadas por el gas se deposita con el tiempo una pátina de hidrocarbonato de cobre, de efecto desagradable, la cual se ennegrece poco a poco bajo la acción del polvo y del oxígeno del aire, que forma óxido de cobre. Esta coloración puede llegar a extenderse a toda la superficie de la estatua.

El mejor medio para limpiar los objetos que se hallen en estas condiciones es emplear una solución de cianuro de potasio en agua al cinco por ciento aproximadamente, la cual disuelve los compuestos negros del cobre sin atacar al bronce. Conviene recordar que el cianuro es venenoso y que hasta los vapores que despide son peligrosos. Deben, pues, extremarse los cuidados cada vez que se le use.

DE LA MUJER

La mujer es el molde de la raza humana; sus hijos son sus copias.

La educación de la mujer debe ser, por eso, un primor del arte social.

CALAMBRES

El calambre es la contracción súbita, involuntaria y dolorosa de uno o varios músculos, a la que sigue la inmovilización de las partes que estos músculos deben mover.

Las causas más comunes de los calambres son una contracción violenta de ciertos músculos o una actitud no acostumbrada. Pueden también los calambres ser el síntoma de ciertas enfermedades. Los músculos más expuestos a los calambres son los de las piernas, pies, muslos, cuello.

Se alivian los dolores que causan con la extensión del miembro afectado, la presión del punto doloroso, las fricciones con una franela con aceite y láudano, los baños tibios.

CÓMO GANAR ESPACIO

Elegante y artística forma en que la chimenea puede estar unida a la biblioteca por medio de un mueble tan práctico como sencillo.

Delante de una ventana que no descienda hasta el suelo y que no se abra para el interior puede instalarse un largo diván entre dos pequeñas bibliotecas. Será una nota de confort y de buen gusto.

En la forma que indica el grabado se puede utilizar provechosamente el espacio superior de las puertas en los pasillos. Ese mueblecito suspendido sirve para colocar objetos de uso no corriente o para guardar aquello que sólo sirve para una estación.

Interesante escritorio que, en realidad, no es sino un pie que se ajusta a una butaca. Al lado puede verse aprovechada prácticamente la parte baja de un sillón.

He aquí otra manera de unir la estufa a la biblioteca, formando un rinconcito realmente confortable.

Con un viejo armario que ya no puede utilizarse, es posible hacer estos muebles empotrados en la pared. Servirán, a la vez, de escritorio, secretaire y biblioteca y resultarán muy elegantes.

EL CARÁCTER SEGÚN SU CABELLO

Cabello suave, fino, liso: timidez, rectitud, delicadeza, debilidad orgánica.

De color negro: melancolía o audacia.

Rubio: naturaleza sensitiva, voluptuosa; pasiones, como las morenas endebles, delicadas, sentimentales; o crueles, vengativas.

Castaño: amabilidad, dulzura, coquetería.

Rojo: naturaleza mala, cruel, pérfida o muy buena.

Rudo, crespo: fuerza, aspereza.

LAS PIELES

Cuando una piel esté mojada conviene tenderla sobre una mesa, espolvorearla completamente con ácido bórico y dejarla así toda una noche. Al día siguiente frótese con un cepillo suave en la dirección del pelo y recobrará su primitivo aspecto.

Las pieles ajadas se humedecen ligeramente con un trapo mojado y después se les arregla el pelo con una lámina metálica bien caliente.

Para abrillantar las pieles se frotan en la dirección del pelo con un trapo empapado en esencia de petróleo.

LAS CONFERENCIAS DE "EL HOGAR"

La 44ª Conferencia sobre Economía Doméstica se realizará en nuestro salón durante la próxima semana. En ella se harán nuevas demostraciones prácticas relacionadas con la forma de preparar diversos platos de cocina, tarea esta que toda buena dueña de casa debe conocer. En esta oportunidad, se preparará el siguiente menú:

HUEVOS FRIOS ADDA
MARTINETAS CON BUXEL
ARROZ A LA PALERMITANA
TORTA DE MANZANAS

ADVERTENCIA: *Las conferencias comenzarán a las 16.30 en punto.*



44ª CONFERENCIA

Sírvase enviarme **UNA** *entrada para la 44ª Conferencia sobre Economía Doméstica que se realizará en* EL HOGAR.

Nombre......................................

....

Domicilio...................................

....

Dada la gran cantidad de damas que no pueden concurrir a hora temprana, en lo sucesivo todos los jueves se repetirá la conferencia de la semana, iniciándose a las 17.30

aventuras del perro bonzo, por G. Studdy



S. O. S.

A través de mi impertinente

(Lo que se ve en el gran mundo)

Por La viuda de Argos

COMO yo soy muy anterior al miriñaque y al polisón, se puede creer que me propongo con estas crónicas sentar cátedra de moralista y arremeter de entrada contra las chicas modernas que toman "copetines", juegan bridge y fuman como bomberos. Nada de eso. Mi impertinente buscará campos de observación menos aburridos y más a tono con los tiempos que corren. Me tengo "efe", como dicen ahora las chicas, y no es jactancia tonta, sino que con mi impertinente y mis cincuenta ojos es difícil que se me escape un "potin" ni que se me oculte entretelón alguno. ¡Cincuenta ojos! Ni uno más ni uno menos. Es, por otra parte, lo único que heredé de Argos, mi llorado esposo, quien, como ustedes saben, tenía ciento en su cuerpo, de los cuales la mitad estaban abiertos y la otra mitad cerrados. Cuando hicieron "la necrología" de mi pobre Argos, los cronistas sociales de aquel tiempo se limitaron a decir, tal como lo hacen ahora los cronistas cursis, que "se hallaba retirado de toda actividad". Tonterías. Es que vieron sólo los ojos del finado que estaban cerrados, pero se olvidaron de los otros... Dicen que fué debido a una venganza de los cronistas sociales, pues al morir mi esposo por causa de Mercurio, Juno colocó los cincuenta ojos abiertos en la cola del pavo real...

"POTINS" y líos los hubo en toda época, y las chicas de mi tiempo tendrían mucho que aprender de las de ahora. Varias docenas de éstas pertenecen a familias tradicionales que, por causa de la crisis actual, se han visto obligadas a vivir de su esfuerzo personal, encarando así bravamente las exigencias de la vida. Confeccionan sombreros y venden pequeños y deliciosos objetos decorativos. Y lo hacen con su poquito de orgullo, porque esto no ha significado un "distacco" de la vida mundana, sino que siguen actuando en ella con todo prestigio. Así por ejemplo: María Fernández Moreno es una cronista perspicaz que actúa con éxito en "La Prensa"; su hermana Magdalena elabora y surte a muchos hogares de yemas y acaramelados exquisitos, en tanto que Isabel dirige, a las puertas de la capital, un establecimiento avícola que ya se quisieran manejar con igual éxito los técnicos oficiales. Comercia con los grandes hoteles, donde son famosas las gallinas que provee, así como otros productos de granja. Belén Holmberg de Bunge, la Coca Cano, Corina Kruls de Fauvety y Blanquita Torres, hoy señora de Baltasar Brum, hacen frecuentes viajes a París, donde se proveen de las últimas novedades en sombreros, guantes, lencería y fantasías, que luego "colocan" con explicable éxito entre nosotras. ¿Qué "vendeuse" puede competir en distinción, gusto, elegancia y tacto con estas damas? Y esto en lo que se refiere a la faz puramente comercial, pues en cuanto a otros aspectos, el ejemplo de Fidela Cazón de Bary dictando cátedras de francés en el colegio Sarmiento me parece asaz aleccionador...

CAE bajo el campo de refracción de mi impertinente esta verídica escena. Cinco señoras jóvenes ocupan el centro de un vasto salón, vestidas en traje de malla. Alrededor de ellas la señora Galantha, primera bailarina del Colón, con un breve latiguillo en la mano, ordena:

—¡Uno, dos! ¡Uno, dos! Paso atrás. ¡Uno, dos! Puntas de pie... ¡Uno, dos, uno, dos!...

¿Se trata de una clase de baile al cuerpo estable del Colón? Pero esas cinco señoras son todas personas conocidas, y una de ellas esposa de un alto funcionario nacional.

No. No es una clase de baile, sino de ejercicios físicos. El latiguillo lo emplea la señora Galantha para acelerar los movimientos de sus alumnas. ¡Y hay que ver el semblante de las que han adquirido el inelegante "embonpoint" y buscan aligerar la línea, y cuando la maestra, latiguillo en ristre, imperativamente ordena: "Puntas de pie! ¡Uno, dos!...", ¡y las deja así por algún tiempo!

EN carta recibida por la señora E. M. de B., hermana de uno de nuestros "ricos homes" más difundidos en sociedad, quien ofreció al príncipe de Gales, durante su visita a nuestro país, una magnífica recepción en su "cottage", dicho caballero dice:

"Causa verdadero placer a los argentinos que estamos en Londres comprobar a cada momento la sincera amistad que el heredero de la corona británica guarda por nuestro país. El entusiasmo del príncipe por las danzas argentinas se hizo notar a su regreso a Londres, donde demostró su afán para que algunos de nuestros bailes se pusieran de moda en las reuniones de la "élite" londinense. Pero no es precisamente el tango el baile que prefiere el príncipe, sino las "rancheras". Trajo con él "Martín Pescador y "Arroz con leche", que el huésped de la Argentina bailó en el Ocean de Mar del Plata, con la señora de Rodríguez Larreta.

"¡Imagínate mi agradable sorpresa al comprobar, en la embajada americana, donde asistió el heredero británico, cuando éste se adelantó a una joven y aristocrática dama de la corte y bailó en compañía de ella nuestra difundida ranchera!..."

EL flamante matrimonio, una semana después del enlace, se halla entregado a la tarea de abrir cartas, telegramas y leer tarjetas de felicitación. El esposo, joven abogado a quien el gobierno provisional nombró en un importante cargo en la administración, tenía un parentesco, aunque lejano, con un ex ministro de ese gobierno. En el montón de cartas asoma un sobre de inconfundible aspecto oficial.

—Este es para ti... —dice la esposa.— Trae sello del ministerio.

—Ábrelo tú. Es un pliego sin importancia. En él, con toda seguridad se me acuerda el mes de licencia que pedí para nuestro casamiento.

Y la esposa, alegre, confiada, rasga el sobre y lee en alta voz:

"Comunico a usted que, por razones de economía, desde la fecha ha quedado cesante en el empleo que desempeñaba en ese ministerio..."

LA beba de E. tiene fama por sus "acertadas" para colocar apodos.

Noches pasadas, en un biógrafo céntrico, una amiga le señala al doctor E. G., que se halla en un palco.

—Mirá, che, Beba — dice la amiga. — Allá está G., aquel que te presenté en Mar del Plata.

—¡Ya lo he visto!... ¡Es un gato!...

—Pero tiene muchos amigos, Beba...

—Bueno, entonces...: un "gato con relaciones"...

No es éste el único acierto de la Beba y mis lectores podrán comprobarlo más adelante, porque estoy segura que deberé volver a ocuparme de ella y de sus pintorescos apodos, que han llegado a hacerla temible entre sus relaciones.

CON LA MAS ESTRICTA RESERVA...

Sólo la promesa de una estricta reserva, que estamos firmemente resueltos a respetar, pudo decidir a la Viuda de Argos a contarnos lo que ella ve a través de su impertinente, enfocado éste en la gente "que anda".

Nos ha prometido ser generosamente indiscreta una vez por semana, con tal de que nosotros seamos discretos a perpetuidad. Y esa reserva se explica, pues nuestra colaboradora, vinculada a una familia de tan viejo abolengo como la de su esposo, "vive" en ese mundo, alterna en el grupo de las "copetudas", y conoce además del anecdotario del tiempo viejo, el último "potin" y el noviazgo más reciente. Bastará leer esta su primera colaboración para descartar la prevención de gazmoñería que el título de la misma sugiere, y para tener en cambio el convencimiento de que estas colaboraciones tendrán, además del valor que supone la revelación de sabrosos entretelones, la ventaja de que éstos nos llegarán a través de un cristal límpido y de un espíritu sutil que sabrá desdeñar el "venticello" avieso y el comentario malévolo, sin restar por ello interés a sus crónicas.

La modelo

(Continuación de la pág. 12)

miradas profanas no alcanzaban a descubrir.

Neilson dejó que Dyllis atendiera a los invitados; a él le interesaban las opiniones de las personas entendidas y, sobre todo, la de Daniel Lupik que podía comprometerlo para una exposición que se realizaría al principio de la primavera. Desde donde se encontraba Dyllis podía ver su hermosa cabeza, su barba saliente, la expresión ansiosa que se reflejaba en su cara. ¡Estaba contento..., era un éxito!... Y esto la hacía sufrir... Era como si mirara a un extraño.

Una voz la sacó de su ensimismamiento.

— Una niña... que recién despierta... ¡Magnífico!...

Y la voz de Gareth en seguida:

— Esa fué justamente mi idea... El repentino despertar de los sueños a la realidad...

Dyllis sintió que una mano le apretaba el corazón y el champagne de la copa que sostenía en la mano cayó sobre su vestido... Y entonces justamente se le ocurrió una idea que la hizo vacilar: era una idea indigna, pero al mismo tiempo muy importante... Él no le había pagado aún ese mes; se olvidó de hacerlo... Pero..., pero casi todo su dinero se había ido... y ella no le podía pedir... Sería intolerable..., sórdido...

En lo de Nadja, esa misma noche, Dyllis se sentía alejada de él..., extraña. Neilson no la había saludado aún... Tal vez se olvidara de hacerlo. Cuando se acercó, ya muy tarde, a ella, dióse cuenta nuevamente de la horrible realidad... Desde que empezó a pintar el cuadro él la había rodeado de su propia atmósfera... y ahora no sucedía lo mismo. Hablaba con toda clase de gente, pero no con Nadja. Esta lo recibió con fría cólera, como si comprendiera, respecto a él, algo que Dyllis no lograba sondar.

Pronto comprendió que, después de todo, se trataba de algo artificial; que su armonía con esa gente era sólo aparente; que *había* sido un accesorio de Neilson y que, como tal, ella había aceptado la situación... Pero... eso no le importaba. Cuando estuvieran casados..., era lo único que pedía. Mirar por él, sin obstáculos... Atender su casa, para él y sus amigos... y guardar celosamente en su corazón el calor y la dicha de saber que entre ellos había algo magnífico y etéreo, algo que se parecía a una flor...: su secreto entendimiento..., su profundo amor...

Es claro que en momentos como estos..., cuando había terminado un cuadro..., necesitaba un cambio... Era muy natural. ¡Los artistas!... (Sus ideas, como las polillas, atontadas y sobrecogidas de terror, volaban desconcertadas de aquí para allá.) Él la visitaría en su casa y entonces todo se arreglaría. Pero ahora, lo que se imponía era reaccionar.

Neilson conversaba con Mavis Sedley, una ninfa alta y sutil, cuya cabeza pequeña y orgullosa estaba cubierta por una mata sedosa de cabello castaño; cuyos ojos grises obscuros se parecían al terciopelo, ojos que prometían y prometían, cuya boca era un arco escarlata dibujado en una cara lechosa...

Nadja era una magnífica dueña de casa. Tenía una docena de cosas de que preocuparse; que todo el mundo tuviera esto o aquello; se movía incesantemente, pero sus ojos caían siempre sobre Dyllis, sentada sola en el amplio diván. Dyllis nunca fué sociable..., nunca hizo esfuerzo alguno para mantener a nadie a su lado..., había que hacer algo por la muchacha... Neilson había encontrado ya su nuevo cuadro. Presentó a Dyllis un hombre tras el otro, pero a los diez minutos vió que la joven estaba nuevamente sola.

Y Dyllis nada podía hacer. Los hombres no eran para ella más que sombras; no hacía otra cosa que mirar a Gareth Neilson y a Mavis Sedley. Era natural que un gran artista viera gente nueva..., nuevas bellezas... Siempre sería lo mismo... Y una máscara trágica cubrió su pequeña cara...

Se recostó en el sofá y se percató con tristeza de que Wilfred rondaba por allí y que le era difícil disimular la cólera que le dominaba. Se sonrió; no quería que él advirtiese su pena.

Wilfred se acercó y tomó asiento a su lado y ella se sintió emocionada ante la cariñosa comprensión que leyó en sus ojos.

—¿Qué piensa hacer ahora? — preguntó.

Dyllis intentó sonreír.

— Buscar un nuevo empleo — contestó.

Pero él se inclinó hacia la joven y tomó entre las suyas su pequeña mano helada.

— Dyllis querida — dijo con desesperación, porque no la podía ver desgraciada, porque a toda costa había que hacerla nuevamente feliz, porque la amaba, — cásese conmigo...

—¡Oh! Wilfred—replicó con abandono, — lo siento..., no puedo...

— ¿Por qué no?—dijo él.— Dyllis: yo haré cualquier cosa por usted. Iremos al extranjero... Sabe que tengo dinero suficiente... No importa que no me ame ahora... Usted me aprecia por lo menos... y yo haré lo que usted desee...

Le sonrió con dulzura. ¡Qué bueno era!... Ofrecerle ese bálsamo... Llevarla al extranjero... Afuera de esa escena de derrota... ¡Qué bueno era!... Seis meses antes hubiera aceptado..., antes de ser despertada... Recordó la voz de Gareth en el estudio: Una niña recién despertada...

Posó su mano sobre la manga de Wilfred.

— No puedo — dijo. — No tengo derecho..., nada que ofrecerle... Me hubiera gustado saberlo a tiempo...

— ¿Segura? — preguntó el joven.

— Seguro.

Ella hasta sonrió; una sonrisa suave, casi imperceptible, que cayó sobre él como un bálsamo.

Alguien llamó a Wilfred, y ella

(Continúa en la pág. 61)

ROSITA FORBES LA GRAN PERIODISTA INGLESA • SUS IMPRESIONES ESCRITAS PARA "EL HOGAR" •

R F

OCTAVO ARTÍCULO

Retrato de Harry Solon

Acepta el predominio del varón la mujer argentina

Por Rosita Forbes

EN Europa la mujer argentina es suprema expresión de elegancia. Es, invariablemente, la persona mejor vestida. Siempre se la halla en el sitio apropiado y entre gente apropiada. Sería erróneo decir que viaja, porque aunque es lo suficientemente cosmopolita para considerar el Atlántico como la avenida que conduce a París, Deauville o Saint Moritz, no conoce nada fuera del horizonte social. Tampoco desea conocerlo. Los intereses de las mujeres argentinas que encontramos en Europa se limitan a los mejores modistos franceses, los restaurantes elegantes, los trenes de lujo, la literatura aprobada por la Academia Francesa, la sociabilidad garantizada por el almanaque de Gotha, y, naturalmente, el príncipe de Gales. De ahí que los extranjeros no conozcan a las mujeres argentinas.

La primera impresión

RECUERDO mi primera impresión sobre las mujeres argentinas. Fué en París, en una muestra de vestidos. Al lado mío había una mujer pequeña y morena, de ojos encantadores. Tenía las pestañas, naturalmente larguísimas, duras de pintura azul. El tinte de sus uñas hacia juego con el carmín de sus labios. Su cabellera era un aviso para su peluquero. Nada estaba fuera de lugar. Cualquier detalle de su aspecto estaba tan estudiado y correcto, que era imposible considerar la personalidad de la mujer oculta por el arte del modisto, joyero y "maison de beauté" que habían producido un símbolo tan perfecto. Después de la exhibición, la mujer se volvió a su "vendeuse", y le dijo en francés:

—¡Bien! Tomaré toda la colección.

Tal y como si la adquisición de 40 o 50 vestidos, cuyo valor era de varios miles de libras, no significara para ella más que la compra de una docena de naranjas para nosotros. Asombrada, miré a la vendedora, quien se encogió de hombros y dijo, como si la explicación pudiera justificar los sucesos más fabulosos:

—¡Es la Argentina!

En el mar

A bordo del vapor de la Mala Real, en que vine de Inglaterra, me entretenía en observar, al través del salón, un grupo de mujeres argentinas. No eran muy jóvenes. Sus cabelleras inmaculadas, en las cuales el viento no tenía acción alguna, aparecían veteadas de gris. Todas se parecían mucho porque usaban los mismos vestidos, la misma pintura y la misma expresión. No se mezclaban con el resto del pasaje. Me parece que jamás las vi leer. Se sentaban siempre en el mismo sitio, con las sillas dispuestas en círculo, de modo que al resto del mundo no le fuera dado quebrantar su aislamiento y... conversaban. Conversaban toda la tarde y toda la noche. Acostumbraba a especular sobre lo que les daba tanto tema de conversación hasta que las conocí. Entonces comprendí que la mujer argentina no es nunca aburrida. Puede dar expresión a todas las cosas que en las demás naciones se dejan sin decir. Posee el arte de la conversación desarrollado por la práctica constante. Tiene que hablar y hablar bien, hablar tal vez como protección contra todas las influencias que se agitan afuera de su vida, y que van derribando las barreras del privilegio y el prejuicio. Si es de cierta edad, está aún ansiosa de volver su silla con el respaldo hacia el resto del mundo, pero lo hace con dignidad inimitable. En verdad, aquel círculo de sillas a bordo del vapor de la Mala Real representa aún para mí un aspecto de la vida social argentina. Revela la determinación de parte de las mujeres mayores de mantener los viejos "standards". Ni siquiera desean ver lo nuevo y destructivo del mundo moderno, y mucho menos aún tomar parte en él. Nunca han luchado por nada en su vida, como no sea por mantener incólume las leyes sociales que rigen al mundo en que viven y por eso tienen la dignidad y el encanto de objetos de arte que nunca fueron tocados.

Modales exquisitos de las argentinas

CREO que no existe en todo el mundo una mujer de tan exquisitos modales como la argentina de cierta edad. Las aristócratas españolas no pueden competir con ella porque están descontentas y porque sus cerebros se hallan atrofiados por siglos de privilegios inmerecidos. La gran dama argentina combina el reposo y la tranquilidad de Castilla con la viveza y facilidad de expresión, el abundoso interés por la vida y la certeza de ser persona destacada, tan en evidencia entre las mujeres de edad promediada en los Estados Unidos.

Estoy completamente segura de que ninguna mujer americana en el trecho que media de San Francisco a Nueva York es jamás demasiado vieja para ser interesada e interesante. Lo mismo puede decirse de las argentinas, con una sola reserva, pues los temas que interesan a las mujeres de la gran república meridional son limitados. Es inútil tratar de hablarles de gentes o ideas que previamente no hayan proclamado "correctas". Por eso resulta para las jóvenes europeas terriblemente difícil entenderlas.

Nos enorgullecemos de avanzar a nuestro albedrío, y las mujeres argentinas de seguir el camino más "correcto". Nuestra principal preocupación, en Inglaterra y los Estados Unidos, es la de hacer "algo diferente", y, si fuera pos ible, algo que no se hubiera hecho antes, sólo mientras que la mujer argentina desea hacer lo que todo el mundo está haciendo, hacerlo, tal vez, en más vasta escala, pero hacer siempre lo mismo, es decir, lo correcto.

Recuerdo que una mujer muy bonita y bien parecida me invitó a almorzar, y se disculpó continuamente porque con tan poco tiempo le había sido imposible reunir una cantidad de invitados mayor. Respondí como lo hubiera hecho en Inglaterra: "Una partida pequeña es tanto más divertida...", pero mi anfitriona continuaba molesta.

—Yo sé que a usted no le importará —dijo— pero mis relaciones encontrarán muy extraño que no me haya esforzado un poco más.

He oído expresar el mismo sentimiento en los Estados Unidos donde los lunches y cenas de mujeres adquieren proporciones gigantescas en honor de alguna celebridad visitante, pero en Norte América el sentimiento que anima tan generosa hospitalidad es el deleitoso de compartir la buena suerte con toda amiga posible. En la Argentina, igualmente hospitalaria por instinto, existe el deseo adicional de mostrar lo que se puede hacer y no hacer menos que el prójimo.

La vida social argentina

HASTA aquí he escrito sobre la mujer de "sociedad", porque aunque en todos los países europeos lo que se conoce por sociedad va perdiendo su valor, ya que no tiene poder ni visión, aquí, en la Argentina, la clase social hereditaria constituye aún un factor en la vida nacional. Proporciona al país firmeza y fondo. Provee "standards" y sugiere comparaciones, mientras que su riqueza afincada contribuye a la estabilidad que en otra forma podría correr riesgo debido al crecimiento experimental y prolífico.

Creo que dentro de nuestra propia generación la vida social argentina sufrirá trastornos. La clase que vuelve sus sillas con los respaldos hacia el mundo tendrá menos poder, pero en la actualidad es valiosa y avalorada, aunque ya no representa tanto a la vasta y productiva Argentina, duramente trabajadora como la Fifth Avenue (Quinta Avenida) a los Estados Unidos. Y lo es menos aún porque todo lo que es triunfal en Norte América llega inevitablemente a Nueva York, donde la sociedad, aunque no quiera admitirlo, constituye el último peldaño del éxito. Por lo tanto en los Estados Unidos la sociabilidad de cualquier gran pueblo representa a sus grandes negocios. En la Argentina es una clase aparte, una pequeña clase con su espalda apoyada contra una pared de su propia elaboración. Se halla conectada por los productos de su tierra, sus miríadas de cabezas de ganados y leguas de trigo, con los negocios y la política, y, sin embargo, hasta hace muy poco tiempo sus mujeres no se tomaban interés por ninguno de esos asuntos. Se me asegura que en la actualidad la política es popular como tema de charla en los salones de Buenos Aires y Mar del Plata, pero yo no puedo "ver" a la mujer argentina interviniendo activamente en la vida pública. Darle el voto sencillamente doblará la fuerza numérica del voto masculino. ¿Cuántas argentinas, que dependen de sus padres y esposos para el sostenimiento de sus actividades sociales y finan-

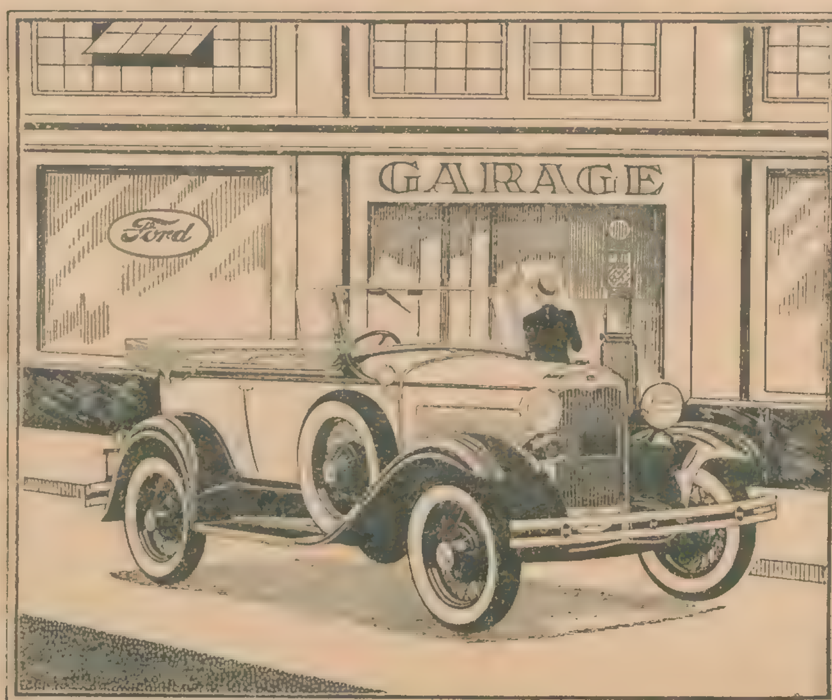
(Continúa en la pág. 83)

ESTAMPA

La vieja, con un niño sentado en las rodillas,
junto a la luz dorada que afina sus mejillas.
Las tímidas pupilas, que apenas se le aclaran,
al contemplar al niño parece que lloraran.
Y en un breve bostezo, ya rendido el pequeño,
se va — gracia caída — de la sonrisa al sueño.
Vuelca la frágil mano, sobre la tibia frente,
la cándida ternura de un corazón paciente.
Y al roce, tan liviano, se torna azul la cara,
¡cual si el alma secreta de la vida pasara!
Sus labios se iluminan; musitan oraciones
que, trémula la sombra, repite en los rincones.
Intimidad sin velo. Sonrisa contenida.
¡Se siente como un río de luz fluir la vida!
Después, baja el silencio de los dedos de pana;
junta la frente niña con la mejilla anciana.
Y, unidos los dos pechos en un latir sonoro,
sueña un mechón de plata sobre un mechón de oro.

FRANCISCO ISERNIA

FORD
la Garantía del Mejor Servicio

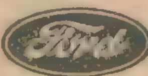


AL ADQUIRIR un automóvil hágase esta pregunta: ¿Encontraré servicio para mi coche dondequiera que vaya?

Así como la Ford Motor Company fué la primera en fabricar "un automóvil fuerte, sencillo, satisfactorio y de bajo precio", también ha sido la primera en establecer un Servicio completo y eficaz para sus clientes; hizo posible para el dueño de un coche la compra rápida y fácil de cualquier repuesto.

En cualquier parte de nuestro extenso país hay Concesionarios FORD provistos de los elementos necesarios para prestar un servicio rápido, eficiente y económico. Sus mecánicos han sido especialmente preparados en las Escuelas de Servicio FORD y los repuestos que tienen en existencia se han fabricado con el mismo esmero y los mismos excelentes materiales que se usaron en las piezas originales de su FORD.

Dondequiera que usted resida, dondequiera que vaya, en todas partes, encontrará al Concesionario FORD idóneo en su trabajo, razonable en sus precios y siempre dispuesto y ansioso por servirle satisfactoriamente.



FORD MOTOR COMPANY

LA MODA FEMENINA

Los vestidos para la noche

3. Traje de noche en chiffon negro. La blusa drapeada y las mangas miniatura en puntilla plateada son lo suficiente para conferirle el ancho de hombros tan de moda.

4. Modelo en chiffon floreado, acompañado por un atrayente saquito cuya brevedad está compensada por el ancho de sus grandes mangas abullonadas.



1 2

1. Modelo cuya aparente simplicidad es lograda por difíciles e ingeniosos cortes. Es típico de las nuevas tendencias en la moda de los trajes de noche.

2. Ensemble para la noche. El vestido y el saco en satin blue patou. Las mangas bordadas con lentejuelas brillantes.



3 4

PARA COMENZAR BIEN EL DIA



1. Ensemble en lana madiana marrón con blusa beige. Las mangas raglan y las solapas del saco muy anchas.

2. El gris obscuro es adecuadísimo para la mañana. Vestido de lana con un cuello angosto que rodea la nuca. Cinturón de cuero.

3. Modelo con pollera en lana beige, blusa chaleco en duvetina marrón obscuro.

4. Vestido en lana diagonal blue cobalto, con capita sostenida por bandas cruzadas.

5. Guantes de algodón con un solo botón.

6. Echarpe en seda rayada blanca y marrón.

7. Cartera de cocodrilo, marrón.

8. Saco de gamuza azul marino, con grandes botones plateados de presión.

9. Echarpe y boina en lana angora.

LO QUE SE LLEVA EN LOS "LINKS"



1. Tres colores para un traje de golf en jersey. La pollera marrón, el saco beige anaranjado y el sweater blanco.

2. Traje de tres piezas en lana jaspeada azul. El sweater blanco y azul en lana de Angora.

3. Ensemble para golf. La pollera en tweed cuadriculado verde. El saco corto en lana lisa verde, cerrado con un botón.

4. La pollera y el saco de este traje en tweed jaspeado azul. El sweater tejido con cuello alto y mangas largas.

5. Saco para sport en gamuza de distintos colores. Boina de fieltro

6. Sombrero con copa de lana jaspeada y ala de fieltro. Muy adecuado para golf.

7. Predominan en lana y seda... las écharpes a rayas. Elegante conjunto para sport.

. Sweater sin mangas, tejido en lana jaspeada.

LOS TRAJES PARA LA CALLE

1. Modelo en lana madiana con mangas abullonadas en puntilla de lana.

2. Vestido en lana marocain negra. Los codos de estas mangas consiguen toda la amplitud. En el escote, un gran moño en cinta satin ciré blanco y negro.



3 4



1 2

3. Modelo en madiana "aelic" blue violeta. La parte inferior de la pollera y de las mangas en puntilla de lana.

4. Las mangas y la cintura alta acentúan la tendencia de la moda en este modelo en lana roja.

LA MUJER MAS ENVIDIADA de HOY



"Deje el rostro marchito encima del tocador"

Más precioso que el oro y los brillantes, es la belleza. No la envidie Vd. en los demás — conquístela como lo hicieron aquellas a quienes Vd. envidia.

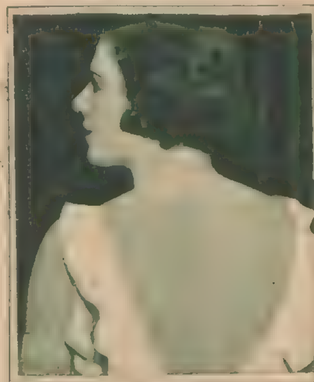
En el rostro de Vd. hay una belleza oculta esperando la revelación. El cutis de Vd. puede ser mucho más hermoso de lo que Vd. imagina. Con un tratamiento — el tratamiento de las actrices de eterna juventud — Vd. puede librarse del cutis marchito, de la tez cetrina, de las pecas, de los paños. Puede alisar las arrugas, aun las más pronunciadas, con asombrosa rapidez. Vd. puede seguir ese tratamiento delicioso ante su propia mesa de tocador, en su hogar. La científica Crema de Oriente Vindobona es todo lo que Vd. necesita. Ella conseguirá un cutis nuevo para Vd.

Apura la expulsión de la piel marchita. Con ésta se van las pecas, los paños, las manchas cutáneas y la rojez. Triunfante surge un nuevo cutis, bello, lozano, blanco, sin mácula. Impide que esos defectos se reproduzcan en el cutis nuevo. No levanta la piel. Día a día el espejo le señalará cómo se borran los defectos cutáneos. Los poros dilatados se contraerán hasta la mayor finura. Los barritos desaparecerán. La piel surgirá cada vez más fina, más joven.

No es un cold-cream. No es solamente un tónico para el cutis. Sobrepasa todo lo que Vd. pueda haber ensayado hasta ahora. Aplíquela Vd. por la noche, antes de retirarse a descansar. Es absorbida rápidamente por la piel y rejuvenece las capas profundas de la misma. Entonces se reafirman las partes fláccidas del rostro y se borran las arrugas — alrededor de los ojos y de la boca, en la frente y en el cuello. Vd. dirá adiós al rostro marchito dejado sobre la mesa del tocador.

Lo hacen las más bellas actrices

La mayoría de las figuras importantes de la escena, día a día aplican ese científico producto sobre la piel. Es el tratamiento por el cual mantienen la piel lozana. Los Laboratorios Vindobona, una de las más grandes instituciones dedicadas a proporcionar a la mujer todo aquello que ha de serle útil para acrecentar y conservar su juventud y belleza, le garantizan a usted un cutis claro, límpido y sin arrugas, con el uso de la Crema de Oriente Vindobona. Si no lo obtuviera, le devuelven íntegro el dinero gastado.





¿Limpia Vd. su rostro en forma adecuada?

Todos los jabones comunes son un poco más o menos cáusticos. Son numerosas las señoras que saben por experiencia que no les conviene lavar su rostro con jabón.

La limpieza del cutis con aceites o grasas, no es suficiente tampoco. Especialmente si el cutis de Vd. es grasoso, si tiene Vd. barritos y acné, necesita de una limpieza más profunda, que elimine de los poros todo resto de polvos o tierra. Que al mismo tiempo corrija la excesiva secreción oleosa (sebácea). Esto lo conseguirá Vd. limpiando su rostro todas las noches con Crema Jabonosa Vindobona de Acacia Blanca.

Su uso es sencillo. Se humedece el rostro con agua clara, y se aplica la Crema Jabonosa encima como una crema de tocador. En seguida se vuelve a enjugar el rostro, y, ¡cuánta diferencia! Vd. inmediatamente notará que su cutis ha quedado más limpio que nunca, suave y terso. El uso de la Crema Jabonosa de Acacia Blanca corrige la excesiva grasitud de la piel, evita los pequeños granitos debidos a infecciones cutáneas, contrae los poros y elimina los barritos.

Cuando Vd. está de fiesta

Los modernos trajes de fiesta dejan el escote y los brazos más descubiertos. Exigen por eso un "arreglo" perfecto de la piel. Es difícil hacerlo con crema y polvos, porque destiñen y exponen los trajes a ser ensuciados.

Un arreglo tan bien hecho por Vd. misma como sólo podría lograrse por mucho más dinero en algún gran instituto de belleza, lo facilita el Agua de Belleza Vindobona. Al aplicarla simplemente con la mano o con un algodón, confiere a la piel un tono uniforme, mate, de lechosa blancura, — o rosado, — o trigueño, como lo prefiera Vd. — Disimula completamente las imperfecciones del cutis, los poros dilatados, los puntos negros, la rojez, y evita la "carne de gallina".

El tono conferido a la piel con Agua de Belleza Vindobona no se pierde ni destiñe; no ensucia los vestidos. Vd. podrá dar su brazo sin peligro de manchar el traje de etiqueta de su acompañante.

Hay cuatro tipos de Agua de Belleza: blanca, piel natural, rachel, y astringente. Los tres primeros tonos son para el arreglo inmediato. Los usan miles de señoras invariablemente, antes de concurrir a una fiesta y cuando quieren o desean lucir mayor hermosura sin dejarse el tiempo de seguir un tratamiento. El Agua de Belleza Astringente, la usan debajo de los polvos, las señoras de cutis grasoso. Quita el brillo y la grasitud de la piel. Contrae los poros, corrige el acné y da suavidad y tersura a la tez.



Los productos de los Laboratorios Vindobona, todos han sido premiados con 1er. Gran Premio, Medalla de Oro y Diploma de Honor en las exposiciones Internacionales de París 1927 y 1928, Lieja 1928 y Londres 1930, y distinguidos con Medalla de Oro por la Dirección de Salud Pública del Reino de Italia. Sus resultados son garantizados —si no le dieran a Vd. satisfacción, le devolvemos el dinero gastado.

Se venden en las buenas farmacias y perfumerías. Entre ellas en: **Franco Inglesa** (Florida y Sarmiento), **Gath y Chaves** (Casa Central y Sucursales), **Casa Argentina Scherrer** (Suipacha y Cangallo), **Farmacia Inglesa** (Av. de Mayo 900), **La Piedad** (Bmé. Mitre y Cerrito), **Scanapieco** (Esmeralda y Tucumán), **Chialvo** (Sarmiento y Talcahuano), **González** (Rivadavia y Centenera), **Danesa** (Cabildo 2171), **L'Aiglon** (Callao y Cangallo), **Perfumería Oasis** (Cangallo 1180 y Rivadavia 7083), **Orien** (Entre Ríos esq. Alsina), etc., y en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA Nº 8 - Piso 1º - Buenos Aires

(Atendida por expertas en belleza)

En Santa Fe: Humberto I 2363 — **En Mendoza:** Lavalle 1-5 — **En Rosario:** Córdoba 864 y San Martín 848 — **En Córdoba:** Lima 41 y Rivadavia 401

En CHILE: Huérfanos 920, Santiago — **En URUGUAY:** Andes 1338, Montevideo

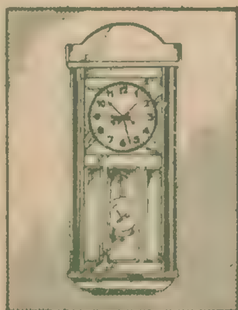
Gran Concurso Chocolate Noel

$ 100.000 en Premios



PRIMER PREMIO

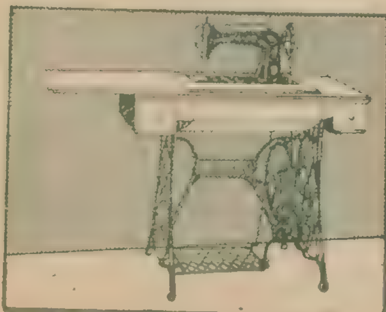
Una casa elegante y confortable en la Capital Federal, barrio "Palermo Chico", valor $ 50.000.- m/n. De estilo modernísimo, construída expresamente bajo la dirección del Arquitecto D. Martín Noel y compuesta de un gran "living-room", espacioso comedor, cocina, garage y dependencias en la planta baja, y 3 hermosos dormitorios, cuarto de baño y terraza con pérgola en la planta alta.



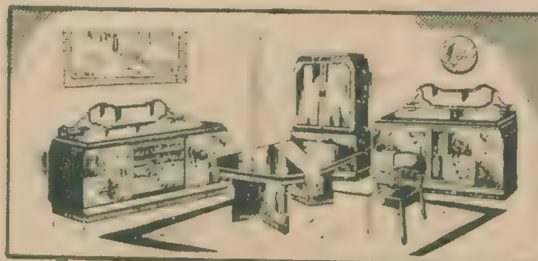
30 hermosos RELOJES de comedor con carillón.



10 Elegantes GABINETES de RADIO "Hartman".



20 MAQUINAS "Singer" para COSER y bordar, modelo Medio Gabinete de 3 gavetas.



5 Regios Juegos de COMEDOR o DORMITORIO (a opción) valor $ 2.600.— m n. c u. Diseños exclusivos de Lorenzini y Peretti, en cuyas vidrieras se exhiben.



30 juegos completos de CRISTALERIA o LOZA para mesa (a opción).



45 RECEPTORES DE RADIO "Hartman", modelo Midget.

Al formular su pedido mensual de provisiones, incluya algunas tabletas del puro y aromático Chocolate Noel. Beneficiará su salud y la de los suyos, y podrá participar en el Gran Concurso del Chocolate Noel, con $ 100.000.- en valiosos premios. Pida detalles a su almacenero.



25 magníficos RELOJES de BOLSILLO, oro 18 kilates, para caballero.

Para los niños

- 30 Bicicletas "Zenit" de O. Gori y Cía.,
- 100 Meccanos Nº 3,
- 100 Monopatines,
- 100 Muñecas irrompibles.

Junte 5 recortes de la palabra Noel en letras grandes, que está impresa en el centro de la envoltura de las tabletas de Chocolate Noel "1 Estrella" y "4 Estrellas" y canjéelos por un cupón en nuestra Casa de Canje, Rivadavia 1928, Bs. Aires, o en nuestras Sucursales o en el negocio que lo surte, si reside Vd. en el Interior.

Escuche por L. R. 2 Radio Prieto, las Audiciones Chocolate Noel, todos los días, de 18 a 19 horas.

NOEL & Cía. Lda. Fundada en 1847 Buenos Aires

UN CLUB POR SEMANA

En el Atlético de San Isidro, escuela de rugbiers argentinos

Texto de Lita Igual

y Apuntes de Lino Palacio



Don Adolfo Pividal, presidente del C. A. S. I.

FIESTAS patronales! ¡Profusión de banderas! ¡Sonidos de tambores y cornetas! Tienen éxito los "mateos" que en la estación convencen a los que no están acostumbrados a llegar en tren, que la iglesia queda a leguas y el club a una distancia fantástica. Largas vueltas por el pueblo para justificar la distancia y cobrar.

Hay mucha gente en las calles. Han venido de los pueblos vecinos para celebrar la patrona, que cumple años. El rostro de las personas parece tocado de fiesta. Los chicos corren, cruzando las calles, y en lo alto, las banderitas recortadas y pequeñas parecen otros tantos chicos que se empeñan en soltarse de la cuerda para mezclarse al bullicio.

En el club es la hora del copetín matutino. Las chicas ríen. Los labios rojos se entreabren para difundir frescura, blanca frescura de dientes jóvenes que saben morder bien...

Desde la entrada hasta el gran patio soleado la concurrencia de socios es numerosa. Porque el Atlético abre sus puertas para recibir personalidades, y el ambiente habitual del club aristocrático toma un aspecto solemne como de matrona que sabe las responsabilidades que están en juego.

Pero nada defraudará la recepción. Hay demasiada gente joven y alegre. Demasiada gentileza innata en sus buenos anfitriones.

Las mesas tendidas en el amplio comedor y las mesillas de las galerías son tan estimulantes en su cordial hospitalidad que todo parece ponerse de acuerdo para acompañar la alegría de los socios y sus invitados.

El monito mascota que marca en la entrada los quinientos mil pesos que el simpático doctor Cullen (gran propulsor del club) creyó oportuno juntar para adquirir la casa propia, es, este día lleno de sol y de ruido, un símbolo caro que comprueba que no todos los símbolos quedan en ideal.

El Atlético es una realidad maravillosa. Y si no, que lo digan los dos vagones donados hace treinta años por el Ferrocarril Central Argentino para servir de local y de gerencia en los terrenos cedidos por don Manuel Aguirre.

En ese entonces, 1903, empieza el football, y en seguida se destaca por la actuación de sus muchachos. Equipos bonísimos, de donde salieron cantidad de footballers internacionales: Wilson, Olivari, Malbrán y otros.

Poco a poco y apuntalado de cerca por la voluntad de destacados vecinos se levanta el edificio, y los vagones de tren pasan a mejor vida.

Doña Victoria Aguirre hace donación de siete hectáreas de terreno que hoy deben valer como un millón de pesos.

Y entonces el club, que era una aspiración colectiva del vecindario, pasa a ser un verdadero club, equipado perfectamente.

Hoy hay doce canchas de tennis, parque de gimnasia infantil, sala de armas, pileta de natación, cancha de pelota, casa de socios y casa de socias, tres canchas de rugby y football; se hace esgrima, atletismo; sala de lectura, biblioteca, billares, restaurantes y comodidad para alojar a un gran número de deportistas en caso de campeonatos.

Es mucha la actividad deportiva repartida entre ambos sexos. Un ejemplo: hoy, un domingo de otoño, ciento veinte socios juegan al rugby, veintidós al football, más de ciento ochenta al tennis, veintidós al hockey, y en la cancha de pelota se juega continuamente, a veces hasta las veinticuatro horas.

En verano las luces permanecen prendidas de noche, alumbrando esta cancha y la pileta de natación.

El rugby destaca la preferencia de gran número de deportistas. Es su actuación preponderante en esta rama. En el año 1929 todos sus teams resultaron campeones en sus respectivas divisiones.

Este club está adherido a Unión de Rugby Río de la Plata, Federación de Pelota, Federación Atlética Argentina, Asociación Argentina de Criquet, Asociación Argentina de Hockey, Federación Argentina de Esgrima, Asociación Argentina de Patín, Federación Argentina de Natación y Water Polo, Asociación Argentina Base-Ball, Federación Argentina de Bochas, Unión Argentina de Football.



Vista general del Club Atlético San Isidro, en la que pueden verse las hermosas instalaciones y parte del edificio social.

Las mascotas

POR los jardines del club van y vienen las mascotas. Un burrito filósofo que une a su despreocupada actitud una melancolía mansa en la mirada. Los chicos lo quieren y los grandes... tienen a veces envidia del burrito, a quien las chicas charlan con afectuosa voz.

El otro huésped que sirve de "porte-bonheur" es un avestruz.

Un pebete que le tiene miedo, pero que no lo dice, aventura una frase despectiva:

— Cuando el avestruz tiene miedo, esconde solamente la cabeza.

Sonrío pensando que bien podríamos aprender a esconder la cabeza a tiempo. Siempre ganamos algo... cuando menos exponemos.



Rafael Lynch, vicepresidente del C. A. S. I.

La firma de Cullen

CONSTRUÍAN una parte del edificio, y el doctor Rafael Cullen iba a verlo diariamente, en un afán de poner algo más de sí que evidenciase toda la voluntad que tenía en el progreso de la obra.

Una mañana en que los albañiles ponían sobre los ladrillos la pasta del revoque, el doctor Cullen tuvo el capricho infantil de grabar su nombre en la fresca mezcla. No le llevaba ningún deseo de que eso quedara ahí, pero aún está, y se conserva respetuosamente. Es una firma autógrafa en una pared del edificio. ¡Fué sagrada para los albañiles; pensad si lo será para los socios!

Casa de socias

COQUETA, vestida siempre de fiesta, la casa de las socias parece un jardín florido. Sus muros, su arquitectura, su interior, su elegancia discreta, todo, llena de alegría los ojos. Hay perfume de mujer, sano perfume de juventud entre las cosas diseminadas aquí y allá.

Deseos dan de pasarse una temporadita en el rincón de ensueño, bajo la mirada protectora del dios Pan, que extiende su bondad tutelar sobre los campos verdes y sobre los muros blanqueados de cal que llevan el nombre de Victoria Aguirre.

Gente joven

LA comisión está formada por gente joven. Se necesita el dinamismo junto con la iniciativa moderna. El prestigio ya está adquirido y se sostiene. Los muchachos saben más de cosas nuevas y...

El otro deporte

NO he hablado del deporte que más se practica. Del hermoso deporte que llevará, arrastrará, atraerá a todos. ¡El flirt, el amor!... Los bailes de San Isidro son famosos. Cupido tiende sus redes y ríe a gusto cuando la cosecha ha sido buena. ¡Y lo es! Como que





cada año salen de allí más noviazgos que tenistas o footballistas. En realidad el ambiente del Club Atlético no puede ser más propicio.

Gente toda elegida. Sociedad conocida. Aristocracia, belleza, distinción. Los flirts toman carácter espontáneo de seriedad. Y el contagio cunde.

Cuántas veces hemos oído decir:

— Lo conocí en San Isidro. ¡Ah, la noche aquella en el Atlético!...

Y el caso se concreta en casamiento y... pequeños socios que siguen la ruta de sus progenitores.

¿Cuánta mamá joven no lleva ahí sus hijas para que la suerte las acompañe?

En el salón principal

HAY dos retratos que son verdaderas obras de arte. El de Victoria Aguirre y el del doctor Rafael Cullen, que fué varias veces presidente de la comisión. Estos dos retratos adornan el gran salón principal. Parecen presidir serenamente las reuniones con la conformidad de aquellos que vieron cumplidos sus deseos.



El "Mono" Rodríguez Jurado, uno de los jugadores de rugby de que se enorgullece el club.

Es una garantía

Dos mil quinientos socios es una verdadera garantía de prestigio para un club deportivo, y cuando esa cantidad de socios son en su mayoría figuras destacadas de nuestro ambiente social, la garantía se hace más sólida, augurando una marcha a pasos agigantados.

Con un miembro de la comisión

—POR favor, dígame usted cuál es la socia más bonita, la de más prestigio, la más mimada...

El doctor Molina Gouland sonríe, apremiado por mi pregunta. Su sonrisa se difunde en el rostro, y creo advertir que quiere hacer memoria, pero me he equivocado. Lo que pasa es que no quiere decirlo. ¿No quiere, o no puede?...

Es indudable que mi afán de saber no puede ser más indiscreto, y doy marcha atrás. Acepto que todas son bonitas, que todas se destacan. A la verdad, todas las chicas en el Atlético son bonitas y... para los ojos de un universitario joven, que sabe ser gentil y diplomático...

Conversando con ellas

LAS sorprendo mientras tocan de "rouge" los labios rojos. Es una redundancia, pero es lo cierto. ¡"Rouge" sobre "rouge"! ¡A los veinte años!

— ¿Si me dijeran algo del club? Mi gesto no puede ser más natural. Mi palabra más simple.

Me miran y se sonríen.

— Pero... — dice una rubia pizpireta que no acaba de mirarse en el espejo — del club se puede decir muchas cosas... Por ejemplo: que una se divierte, que hace ejercicio, que baila...

Yo repito como quien toma nota: "Que se divierte, que se hace ejercicio que se baila..."

— Vaya la novedad — interrumpe otra rubia, quemadita por el sol, cuyos brazos desnudos en esta mañana fresquita me produce carne de gallina. — No veo tu ingenio. Podrías contarle lo que te pasó ayer, y por lo menos la nota sería más amena.

— No seas cuentera, Ma... (casi digo yo el nombre). Eso no interesa a una revista.

El "rouge" en el bolsillo ha dejado paso al peine. La rubia apenas puede hablar, porque sostiene la boina entre los dientes.

— ¿Sabe lo que pasó — dice la tercera, que hasta este momento no ha hecho otra cosa que mirar a la distancia, como queriendo atraer a alguien. — Ésta — dice señalando a la primera — se puso el pull-over y la falda de una amiga y se tiró en el pasto con la cabeza escondida entre los brazos. Sabía que pasaría por ahí un chico que festejaba a la otra, y que, demasiado tímido para declararse, nos tenía a todas sobre ascuas. El muchacho pasó, y al hallar a ésta en esa actitud, creyó que era la otra y estaba descompuesta. Miró para todos lados, y en vista de que nadie podía auxiliarla, se acercó, y mientras le preguntaba lo que tenía, en la angustia de un accidente iba deslizando en las interrogaciones palabras tiernas y cariñosas que nunca se había atrevido a decir... Ésta no pudo aguantar la risa, y cuando levantó el rostro encontró la cara desesperada del muchacho. La equivocación era posible, puesto que son muy parecidas, pero lo gracioso fué cuando, llamando a la verdadera dueña de las palabras tiernas, fué diciéndoselas una por una y atropelladamente, y todo delante del pobre muchacho, que no salía de su asombro.

— No me dirás que no fué admirable — dice la chica, que me mira sonriendo; — fíjese que después los dejamos solos y... ya son novios.

. . . .

Me convenzo más y más que el deporte ha dado a nuestras chicas una nueva salud. La del compañerismo, que hace a las mujeres naturales e inteligentes frente al hombre en esta vida diaria de los clubs que contribuye a mostrar una faz hasta hace poco desconocida. La mujer a pleno sol con sus cualidades físicas.

Esta comunidad permitida y sana hace al hombre y a la mujer amigos. Ya no se miran como rivales, y en los deportes tanto vale uno como el otro. Fuera de ellos y cuando la demostración del esfuerzo ha sido realizada, ellas siguen siendo "ellas". Cuidan de su gracia y de su sonrisa buena, para llegar al corazón agitado de los amigos deportistas.

En el Jockey Club de La Plata


Las señoras de Pérez Varas y Correa Busto, en la recepción ofrecida en los salones del Jockey Club de La Plata.


Señoras de Quiroga, Argüello, señorita de Gnecco y otras personas, durante el baile del mencionado centro.


Señoras de Grauser, Berman y Molina Carranza, siguiendo las alternativas de la interesante recepción.


La señorita de Gnecco y el señor Félix Pereyra, en un momento de descanso.


El doctor Raúl Aristegui, presidente del Jockey Club, conversando con algunas personas de su amistad durante la fiesta.


FOTOS DE LA MELA

Las señoras de Verzura y Pérez Varas, en la fiesta realizada en el Jockey Club, en honor de las nuevas autoridades.

LA ARQUITECTURA MODERNA

Un "cottage" de Belgrano

Por Carlos J. Montes

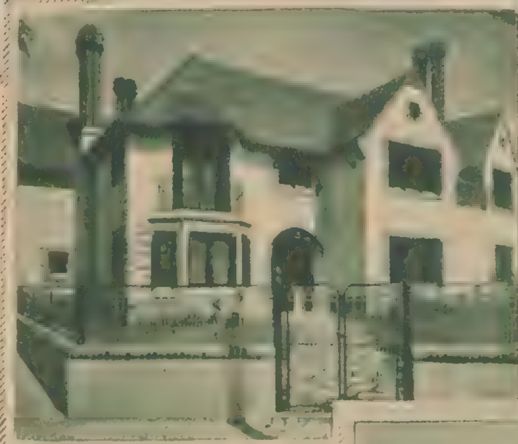
Periódicamente* EL HOGAR *se entrevistará con los arquitectos más destacados de nuestro ambiente para dar a conocer al público sus puntos de vista sobre las grandes y pequeñas obras arquitectónicas que contribuyen al embellecimiento de Buenos Aires. Serán reportajes de divulgación del arte de construir edificios, del cual podemos enorgullecernos de tener genuinos intérpretes que nos brindan hermosos ejemplares.

EN la avenida Forest y Pino se yergue un "cottage" que llama la atención al primer golpe de vista por la elegante sobriedad de sus líneas, y que revela los progresos que en materia de arquitectura se vienen efectuando en el país. El mencionado "cottage" es obra de los arquitectos Calvo, Jacobs y Giménez, cuya labor desde hace tiempo es, bajo todos los aspectos, encomiable.



La entrada de servicio y el garage. Nótense las chimeneas de ladrillo común con juntas tomadas.

Queriendo conocer cuáles son sus puntos de vista en el trazado de estos hermosos chalets, nos entrevistamos con uno de los arquitectos que componen la firma.



Fachada del "cottage" de la avenida Forest y Pino, en la que se advierten la simplicidad de sus líneas y el colorido del conjunto.

No hay belleza sin verdad

— AL proyectar estos chalets — nos dijo, — que en muchos casos son para clientes de la colectividad inglesa, quienes desean que la arquitectura de su casa evoque la lejana patria, teníamos que tener en cuenta, desde luego, esas observaciones, pero adaptándolas a las características de nuestro clima, a la calidad de los materiales que pudieran emplearse y a la siempre fundamental parte económica. Hemos cuidado de no caer en esas malas y ridículas imitaciones de los castillos legendarios de Inglaterra, aquellos que, con verdadero respeto a la verdad — sin la cual no hay belleza, — mostraban el ladrillo de sus muros, las piedras de sus antepechos y dinteles, los nobles "pan-de-bois" de su armadura y las decorativas tejas de su techumbre. Y si no tenemos los medios para hacerlos así, como en el edificio del Mar del Plata Golf Club, por ejemplo, los hacemos más modestos y dentro de la proporción correspondiente. Eso sí, siguiendo el mismo principio de no falsear la verdad, mostramos los materiales que constituyen la construcción.



Plano de la planta baja del bonito "cottage" ubicado en el barrio Belgrano.

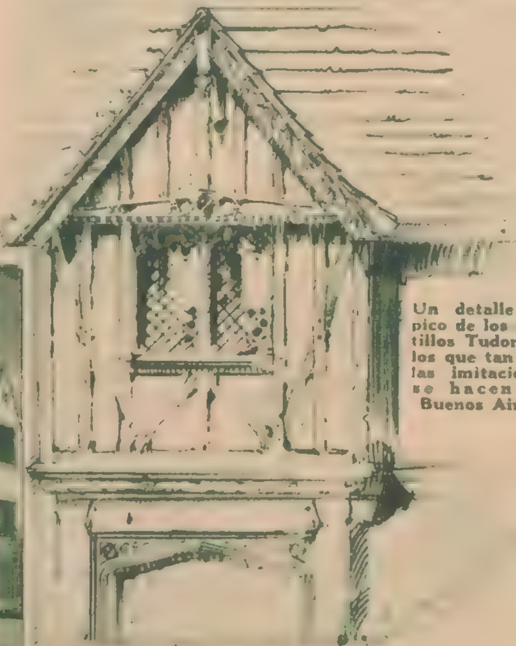
Plano de la planta alta del mismo "cottage".



Este es el dormitorio principal. Las puertas laterales ocultan dos cómodos roperos. Las camas, debido a la entrante de la pared, dejan más espacio en la alcoba.

Nada de rebuscamientos decorativos

— COMO ustedes podrán ver en estas fotografías — continúa nuestro entrevistado. — Somos enemigos de los rebuscamientos decorativos. Los cuerpos salientes, las chimeneas, etc., son consecuencia de la distribución de las plantas.



Un detalle típico de los castillos Tudor, de los que tan malas imitaciones se hacen en Buenos Aires.

El colorido es de lo más simple. Tejas normandas, revoques rústicos a base de cascajo de mármol blanco de pequeñas dimensiones y cemento blanco, y ladrillos de juntas tomadas que, contorneando las puertas y ventanas, completan la fachada.

— Y respecto a los interiores, ¿qué criterio siguen ustedes?

— En los interiores también se ha seguido el mismo criterio. Muros revocados y enlucidos, yesería de cornisas livianas, pintadas en tonos suaves, ligeramente patinados, destacándose el cedro de las puertas lustradas y el recio algarrobo del piso. Ante todo, hemos procurado que la casa sea cómoda, prefiriendo esto al lujo aparatoso. Consideramos que una buena cerradura, por ejemplo, con herraje simple, es preferible a otra de herraje lujoso y de mala calidad. Esto, ya lo sabemos, es una perogrullada, pero todavía hay mucha gente que no lo entiende o no lo quiere entender...

"Observen ustedes esta fotografía del dormitorio del "cottage" de la avenida Forest. Esas puertas que se ven a ambos lados de las camas son cómodos roperos embutidos en la pared, así como el estante que se ve a la derecha, junto a la mesa de noche, es una biblioteca, gemela de la que está a la izquierda y que no puede verse en la fotografía. Algo semejante pasa con las camas, que no quitan tanto lugar al aposento debido a la entrante de la pared que pueden ustedes observar en la misma fotografía. Las puertas de los roperos son sencillas, sobrias, y tras ellas se ocultan verdaderos guardarropas, cómodos y de buen gusto, con sus compartimientos, cajones y bandejas propios de esos muebles. En fin, no son tan sólo un hueco en la pared, sino roperos completos.

Un detalle especial: la orientación

— UN detalle que hemos tenido y tenemos siempre en cuenta es el de la orientación del edificio, para que el sol penetre, por lo menos, en todas las habitaciones principales. Adviertan ustedes el hall de entrada

(Continúa en la pág. 69)



El amplio y bien aireado comedor que muestra el "bow-window" visto desde el interior.



Hall de entrada unido por puertas corredizas al comedor y el "living-room". La puerta, con su galería artística, permite que entre la luz.

Apostillas al margen de la vida parlamentaria

Y todo a media luz...

Por Concepción Ríos

ESCENARIO: El comedor de la cámara.

Personajes: Los diputados y la sombra de los diputados.

Del centro de cada una de las mesitas surge una luz difusa rosa viejo. Cae sobre el mantel y los sillones y allí se queda tímida y aterciopelada, sin pasar el margen, en respetuoso alejamiento de los rincones en sombra. Si estos hombres no fueran tan diputados, sería peligroso departir con ellos, precisamente allí.

•

Una vez más engañan las apariencias. En lugar propicio al medio tono cálido surge la realidad de las medias lunas que se saborean con los derechos aduaneros y otra cantidad de derechos.

•

Los diputados proyectan sobre sí mismo sombras cubistas que van y vienen al movimiento del brazo levantando una taza de té o eligiendo una palmera enmielada. Parece que en el comedor hasta las sombras dialogaran.

•

Marcelino Buyán. — ¿Por qué me mirará tanto la cronista?

La sombra de Buyán. — ¡Tontuelo! ¿No te das cuenta del azul irresistible de tu camisa? ¿No adivinas el tornasol que le prestan las luces rosas?

Marcelino Buyán. — ¡Bajá la voz, indiscreta, que en la otra mesita está Loredo escuchando!

•

León Tourrés. — (Fuma con displicencia después de haber dejado la bandeja vacía.

La sombra de Tourrés. — ¡Ábrame cancha, compañero!

León Tourrés. — ¿Te has fijado que... hoy también está de traje nuevo?

La sombra. — ¡Qué bien le vendría un lutito al señor diputado!

Tourrés. — *(Le pega un discreto puntapié a la sombra.)* ¡Maldita seas, alacrana!

•

Carreras. — *(Té con limón.)* ¡Qué poroto me apunté!

La sombra. — ¡Valiente! ¡Como si los porotos valieran algo!

Carreras. — ¿Por qué lo dices?

La sombra. — ¿No lo habéis oído a Pinedito? "Cuatro porotos locos de tres chacareros."

Carreras. — *(Resignado.)* Si él lo dice...

•

González Bonorino. — *(Por lo bajo.)* ¡Qué alegría, Señor; qué alegría!

La sombra. — ¿Por qué, Carlitos?

González Bonorino.—No es para menos. Simón Padrós habló dos horas y media y rechazó la tacita gratis de té.

La sombra. — ¡Carlitos, te desconozco! *(Se aleja ofendida.)*

•

Belisario Albarracín. — "¡La soledad de dos en compañía!"

La sombra. — ¿Por quién lo dices?

Albarracín. — Por ti.

La sombra. — Te soy fiel, diputado. Si yo me alejo es en la única forma que tú te haces visible.

Albarracín. — ¿Por quién lo dices?

La sombra. — Por la obscuridad de tu semblante. ¡Nos confundimos, Belisario!

•



Diputado de La Vega

Panchito Uriburu. — Aquella es Concepción Ríos.

La sombra. — Claro que sí. Y si tú la conoces, ¿por qué cuando te cruzas con ella no la saludas?

Panchito. — ¡De loco que soy!

•

Godoy. — *(Al mozo.)* ¡Vino, mozo, vino!

La sombra. — ¿Estás en tus cabales?

Godoy. — Sí, señor. Quiero demostrarle a Repetto que los mendocinos nos desayunamos con café.

La sombra. — *(Se acurruca, asustada, en la pata de la mesa.)*

•



Diputado Araoz

Bernardo Sierra.—¡Qué casualidad! ¡Rosas las lamparitas y rosa mi camisa! ¿Qué pareceré?

La sombra. — ¡Lo que eres, muchacho, lo que eres! ¡El elegante de Villa Crespo!

Bernardo Sierra. — *(Queda reflexionando sobre la responsabilidad que implica el cargo.)*

•

Contte. — ¡Este Bermúdez se ha portado! ¡En qué términos enérgicos pidió la intervención!

La Sombra. — ¿Te diste cuenta que tus adversarios políticos pidieron lo mismo?

Contte. — ¡Qué más remedio! ¡Ante la decisión nuestra!

La sombra. — ¡Divagas, correntino, divagas!

•



Diputado Coronel

Enzo Bordabehere. — *(Al mozo.)* Quiero esas cosas huecas que se toman con café con leche.

La sombra. — ¿Te has vuelto incomprensible, Enzo?

Enzo. — Una mujer me dijo que eran riquísimas.

La sombra. — ¡Qué cabeza, diputado! Te habló de panqueques.

Enzo. — ¿Y qué?

La sombra. — Tú siempre confundes panqueques con medias lunas.

•



Diputado Castiñeiras

Fresco. — ¡Qué rabia! Ni en el comedor se está tranquilo. ¡Todos los ojos encima de uno!

La sombra. — ¿De qué te quejas? ¿Crees que si tú no fueras un Fresco te mirarían así?

•

Abraham de la Vega. — Ponte de perfil, que se te alarga la línea.

La sombra.—¿Con quién hablas?

De la Vega. — Contigo, ¿no ves que allá hay un fotógrafo? ¡Disimula, hombre, disimula!

(Se produce el fogonazo del magnesio.)

De la Vega. — *(A dos diputados*

(Continúa en la pág. 69)

DURKHO

(Continuación de la pág. 24)

da una de ellas sostenía una flor: una amarilla de azafrán primaveral y un pimpollo blanco de rosa ya marchito. — A este pimpollo lo llamé Adán y al azafrán Durkho, cuando los vi crecer juntos a ambos lados de la puerta de la casa que me sirvió de prisión. Ayer miré el blanco y vi que se había marchitado y entonces supe... Mira: ahora lo pongo sobre el sitio en que él solía reposar su cabeza — y deslizó la marchita flor en su seno, — y ahora, vean todos: el azafrán también...

Paenda y sus hombres vieron que la que fuera antes una flor fresca, se marchitaba en las manos de Durkho, mientras ésta parecía hacer un esfuerzo para mantenerse de pie, aunque su cara resplandecía de felicidad. Después se contrajo y resbaló al suelo sin sentido, atacada de un extraño mal.

Sólo habló una vez más cuando el sol llegaba a su ocaso, y la mujer que la atendía recogió sus postreras palabras. Fueron ellas los versos finales de la antigua balada que le cantara su amante en la noche inolvidable de sus desposorios.

VI

— Es cierto, Adán: ella murió. — Alí deslizó su brazo por las espaldas de Adán, que reposaba a la sombra de los sauces de la morada de Pir Salih, pero lamentándose de las heridas que lo tenían prisionero. — Ella murió. Alá fué misericordioso, ya que nosotros no podíamos salvarla. Hay que olvidar ahora y volver a la vida. Mira, ahí está Gulneza; ella te ayudará a olvidar.

Miró a la hermana de Hasan, la joven cuya belleza ponderaban los de su clan como los Khasi Khel ponderaban la de Durkho.

— Hay que olvidar, Adán — insistió Hasan Mir. — Necesitamos que vivas para nosotros. Mir Bamí... — No lo llamaba ya "mi padre". La cara del joven se había endurecido desde el instante, tres días antes en que con sus hombres invadió su propio hogar y Mir Bamí, el traidor, cayó muerto con un puñal clavado en la garganta. — Mir Bamí ha muerto. .

La cara de Alí estaba pálida y ansiosa. Durante cuatro días y sus noches él y otros lucharon por la vida de su amigo. Cualquier movimiento podría hacerles perder su ardua victoria.

Pero la cara de Adán resplandeció de alegría cuando sintió que las fuerzas le abandonaban, y sus amigos, que anhelantes presenciaban el proceso, supieron entonces que habían perdido la batalla.

— Alzame un poco, Alí — dijo por fin a su primo, ahogando un sollozo.

Lo levantó suavemente y lo acomodó de manera que pudiese mirar hacia los lejanos montes en que su amada muerta reposaba. Permaneció sentado en silencio por un instante; mas de pronto, como si la vida volviera a él, con la vista fija en algo visible sólo para él, entonó la canción que había compuesto para Durkho. La música de los últimos versos se extinguía en la tranquilidad de la tarde y el alma de Adán Khan fué a reunirse con la de la mujer que amara más que a la vida. Las aguas del arroyo y del río se confundieron para siempre...

Pero los Yusufzais dicen que en la tumba en que los sepultaron reunidos, los fieros guerreros de los Kasi Khel y de los Mita Khel, sepultaron también sus odios centenarios y juraron paz eterna sobre las cenizas de los más fieles amantes que sus montes vieron jamás.

~ Un baile en el





Tres personas y tres copitas integran este núcleo juvenil en la fiesta mundana del Club El Rincón, en Belgrano.

Los señores Manuel Fontecha Morales, Eduardo de Anchorena, J. R. de Olasolo, Raúl Ravier y Benjamín E. de Anchorena, en un momento de huelga, en el bar del club.



La señorita Ethel Griffero y el joven Rodolfo Escalante Posse, ambos muy fotogénicos y elegantes, en un momento de reposo.



La señorita de Jacobo y el señor Oscar B. Curat Dubarry están unidos únicamente por una misma cordial sonrisa, ya que los amplios sillones evitan que puedan sentarse más a su agrado.

Club El Rincón



Señoritas Hebe Nidia Althabe, Ada Merlino, Leonor Althabe y señorita de Moreno, acompañadas por los señores Mario Carlos Lagos y F. Orlando, integrando uno de los núcleos más elegantes de la fiesta.



La señorita de Moreno y el señor Oscar Raggio, de acuerdo a las costumbres juveniles, han hallado cómodo asiento sobre la mesa del buffet.



FOTOGRAFÍAS DE YLLA, ESPECIALMENTE HECHAS PARA "EL HOGAR"

Una sonrisa a tiempo, y sobre todo si ella es captada por el fotógrafo, suele constituir un motivo artístico en una fiesta, donde las parejas encuentran cómodos sillones donde charlar

Ven y aspiran...

Ven la finura de su delicioso cutis de mujer argentina y aspiran el perfume delicadísimo que emana de su piel, porque usa



Jabón Heno de Pravia

Lávese usted cada día con este jabón, cuya espuma suave y abundante protege la innata belleza de su cutis; cuyo perfume singular e inimitable es signo de distinción y «esprit».

Precio, **$ 0.70** en toda la República.
En Tiendas, Farmacias y Perfumerías.

PERFUMERÍA GAL. -- MADRID

Sucursal en la Argentina: Maure, 2010-14. - Buenos Aires.

LOS GRANDES MAESTROS DE LA PINTURA



La Diana del Altiplano

("DIANA OF THE UPLAND")

Por el pintor **G. W. Furse** de la Real Academia de Arte.

1868 - 1904

Existente en la Galería Tate, de Londres.

(Ver página 20)



LOS HOGARES PORTEÑOS

La residencia moderna del señor Alberto Schindler





● El cuarto de vestir, que aparece en primer término, y el dormitorio, forman un interesante conjunto en la simplicidad de sus líneas y en la rigidez de su decoración. Una estufa con escasos adornos y un cuadro son las únicas notas que cortan la monotonía del blanco. Los banquitos son la última palabra en este aspecto y guardan armonía con el conjunto.

● En uno de los corredores de la casa, con amplios ventanales, se ha instalado la biblioteca, que ofrece en algunos detalles diversas notas de interés; entre ellas, un extraño sillón destinado a la lectura, y que puede verse en el primer plano de esta fotografía. En el fondo, junto a la ventana, algunas plantas de cactos completan artísticamente el conjunto

● La orientación de los gustos hacia la tendencia moderna va reuniendo cada día un mayor número de adeptos, aun entre aquellos núcleos tradicionales imbuídos por el clasicismo. Especialmente en la parte que se refiere a la distribución y decorado de las residencias es donde se nota más la evolución, y nuestra capital ofrece así un conjunto bastante numeroso de residencias que obedecen en un todo a la nueva línea. Entre ellas figura destacadamente la del señor Alberto Schindler, algunas de cuyas hermosas fotografías ilustran la presente página.

● Ya en este rincón del hall se ha presentado una nota de contraste, que resulta asimismo interesante, uniendo lo ultramoderno con algunos sillones de corte clásico. Junto al espejo, algunos bibelots de plata antigua forman un detalle que llama la atención y que prueba cómo es posible vincular armoniosamente el pasado con el futuro, sin que haya alguna disonancia.



● El dormitorio es, con toda evidencia, la expresión sintética de las líneas más avanzadas en materia de decorado y distribución. Los floreros, bibelots y otros adornos, hacen juego con el conjunto, salvo las tres miniaturas antiguas que adornan la pared.



● El dormitorio destinado a las señoritas es de una simplicidad extraordinaria, que presenta hasta en sus menores detalles la línea severa que reclama el estilo. El cortinado puesto en el medio de la habitación oculta una de las ventanas que sirven para la aireación y la luz



● El "toilette" es un digno complemento del dormitorio y tiene en la severidad de sus líneas una absoluta armonía con el conjunto.

● Mucha luz difusa y un completo juego de espejos son la nota destacada en este agradable rincón, tan sobrio y moderno a la vez.

ANTAÑO Y HOGAÑO

DOÑA MARTA RAMOS MEXÍA DE MADERO

• Doña Marta Ramos Mexía de Madero nació en Buenos Aires el 8 de agosto de 1823. Casó el 3 de julio de 1849 con don Francisco B. Madero. Fueron sus hijos: Elena, casada con Bernabé Artayeta Castex; Ernesto, con Sara Arteaga; María Luisa, con José María Bustillo; Francisco, con Cayetana Alzaga; Alejandro; Francisca, con Julián Lynch; Carlos M., con Sara Unzué. Entre su numerosa descendencia figura su bisnieta, la señora Sara Josefina Anchorena de Leloir.



SEÑORA JOSEFINA ANCHORENA DE LELOIR Y SUS HIJOS

NUESTRA TIERRA MAGNIFICA...

ANTES DE LA TORMENTA

● Próximo va el momento en que la naturaleza toda se estremecerá [illegible] de la tormenta [illegible] tierra magnífica muestra su [illegible]. Todo parece como suspendido en el aire pesado y [illegible]. El [illegible] de la [illegible] oprime sus pulmones de agua ante los rayos opacos del sol. Y abajo, el árbol y la piedra, la tierra seca y el musgo sediento se estrujan de impaciencia. Más tarde se esponjarán de alivio al beso de la lluvia generosa. Y [illegible] por el [illegible] del rayo [illegible] de la tierra, este suelo [illegible], este suelo [illegible] seguirá mostrando el perfil [illegible] de su vasta e [illegible] belleza.

[illegible]



Los reportajes cinematográficos de "EL HOGAR"

Señor Juan Pablo Echagüe: ¿Qué opina usted sobre el divorcio?



¿Cree usted que se sancionará la ley de divorcio?

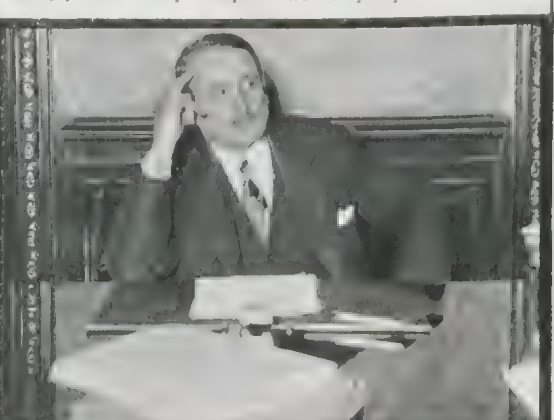
Es posible. Las fuerzas liberales y "las izquierdistas", como ahora se dice, llevan adelante su campaña para conseguirlo, con una persistencia y un empuje que amenazan arrollar a las adversarias, menos organizadas y coherentes dentro del Congreso, a lo que parece.



¿Qué proyecciones tendrá para la familia argentina?

A la familia argentina propiamente dicha, que es católica, y considera, por consiguiente, el divorcio como contrario a la ley evangélica, a la moral social y, hasta cierto punto, al derecho natural, la sanción legislativa no ha de afectarla mayormente. Las de divorcio son, a los ojos de la familia argentina, no leyes de progreso, sino de decadencia: porque para ella la unión conyugal debe ser y es verdaderamente sincera e inspirada en sentimientos nobles; porque debe cumplirse sin espíritu de remisión y durar lo que dure la vida; porque reprueba la idea de que el consentimiento de los casados sea en cierto modo condicional y no los comprometa sino en la medida de sus intereses o de sus pasiones; porque la Escritura ha dicho: "El hombre dejará a su padre y a su madre para coligarse a su esposa"; porque, en fin, el divorcio conspira, en su sentir, contra el objeto mismo del matrimonio, que consiste en la fundación de la familia, en la protección de los hijos, en la propagación de la raza.

Insisto en hacerle notar que, respondiendo al cuestionario, hablo de la familia argentina, católica por sentimiento y tradición, y como tal, fiel a los preceptos de su propia moral.



¿Se producirán muchos divorcios inmediatamente de aprobarse la ley?

Posiblemente. Inmediatamente o más tarde. Ya recordé que vivimos en un país cosmopolita. Además, la libertad ilimitada suele engendrar la licencia.



¿El divorcio constituye verdaderamente una liberación?

Aquí volvemos a lo particular. Mi respuesta a la cuarta pregunta vale para ésta. El remedio divorcio aprovechará, sin duda, a algunos enfermos. Pero, ¿es posible crearlo para los menos, sin vulnerar los derechos y las conveniencias morales de los más?



¿Qué ganará con ello la mujer?

Según y conforme. Yo creo, y lo he dicho en otra ocasión, que en legislación como en farmacopea, los remedios no se hacen para los sanos. Así en lo moral como en lo físico, el cuerpo social está compuesto de sanos y de enfermos. ¿Hay probabilidades de que el remedio divorcio aproveche a algunos enfermos? Todos éstos, sin distinción de sexos, se beneficiarán con él. Pero acaece que el interés social prima sobre el individual, según sostienen teólogos, juristas y filósofos. Y colocada sobre este terreno, vuelve la cuestión a plantearse como una querella de moral que no contempla lo particular, sino lo general. Algunas mujeres ganarán con divorciarse; otras perderán. Bien, pero, ¿y la colectividad? Es aquí donde los criterios divorcista y antidivorcista deben dirimir su contienda. Por mi parte, no vacilo en pronunciarme, en lo relativo a las consecuencias del divorcio con respecto a los hijos: esas consecuencias serán deplorables.



¿Redundará el divorcio en bien de la colectividad?

Tiempo hubo en que así lo creí. Hoy soy menos afirmativo. La vida y algunos filósofos me han enseñado a dudar. Augusto Comte y Herbert Spencer, por ejemplo, estiman que el divorcio conduce a una regresión del estado social. Si esto es cierto y la regresión puede reputarse un bien...



¿Serán muchos los que se divorcien para volverse a casar?

Repito: la libertad ilimitada suele engendrar la licencia. Es lo que, según el testimonio de muchos viajeros europeos, está ocurriendo en Estados Unidos, país cosmopolita como el nuestro. Este ejemplo resulta elocuente.



¿Está nuestro ambiente preparado para esa renovación social?

No lo creo, siempre desde el punto de vista de la familia argentina. Pero vivimos en un país cosmopolita. Saque usted las consecuencias que le plazcan.



¿Es muy elevado el porcentaje de matrimonios descontentos en la familia argentina?

No tengo estadísticas a mano, pero no lo creo.



¿Seremos aquí más felices cuando se sancione el divorcio?

¡Más felices! ¿Lo son acaso los pueblos donde el divorcio existe?

(Reportaje de Jaime Cruz ilustrado fotográficamente por Antonio Padilla)

Una brillante fiesta social en el Circulo de Armas

Las damas de nuestro gran mundo lucen los más elegantes modelos



● Los magníficos sillones del Círculo de Armas, donde a diario dormitan los socios de la vieja guardia porteña, están desconocidos; he aquí un interesante grupo juvenil, que integran las señoras Marcela Torres Duggan de Helguera, Alcira Quirno Costa de Riglos y el señor Roberto Helguera.

La señora Torres Duggan de Helguera viste un modelo de la casa Paquin, de jersey de seda negra, y la señora Quirno Costa de Riglos un modelo de la casa Chanel, de terciopelo granate.

● Apoyado sobre una mesa aparece, dando la espalda, el doctor Augusto Rodríguez Larreta, flamante fiscal de estado en Santa Fe, cargo que no le impide, por cierto, cultivar, con su asiduidad de hombre de mundo, las fiestas sociales porteñas. Junto a él, divertida y sonriente, la señora Susana Pacheco de Bustillo.

Viste la señora Pacheco de Bustillo un elegante modelo de traje de baile, confeccionado en terciopelo color bleu.





● La señora Eleonora Hughes de Ortiz Basualdo, que viaja en estos momentos rumbo a Europa y que fué una de las damas que dió motivo a la reunión de matrimonios jóvenes en el Círculo de Armas, aparece en un diálogo con el señor Miguel Riglos.

La señora Hughes de Ortiz Basualdo presentó en esta reunión un modelo de Patou, de crêpe de Chine verde.



● La señora Cora de Cavanagh ha tomado la palabra, y junto a ella, como arrobado por la música, el señor Aarón Anchorena se ha dejado caer en el amplio sofá. No es necesario profundizar demasiado el análisis para advertir que el diálogo es cordialísimo.

La señora Cora de Cavanagh lució una elegante roba de crêpe de Chine verde.



● En un momento del baile, que alcanzó gran animación y que dió vida a los salones siempre apacibles del magnífico centro, aparecen la señora Marcela Torres Duggan de Helguera y el doctor Wenceslao Paunero.

El modelo de vestido de fiesta que luce la señora Torres Duggan de Helguera es creación de la casa Paquin, confeccionado en jersey de seda negra.

● La señora Sara Josefina Anchorena de Leloir, una de las más graciosas figuras juveniles de la fiesta del Círculo de Armas, en amable rueda con los señores Wenceslao Paunero, Pío Macchi di Cellere y Roberto Helguera.

La señora Anchorena de Leloir aparece luciendo un vestido de baile, modelo de Vionet, de crêpe de seda blanco.



● La señora María Luisa Salas de Atucha, con los señores José E. Uriburu (hijo) y Carlos De Marchi, durante un momento de tregua, en el bar del Círculo de Armas, haciendo honor a un refresco.

La señora Salas de Atucha lució en la fiesta un elegante modelo de vestido de baile, confeccionado en crêpe de Chine color rosa pálido.

● La señora Carmen Rodríguez Larreta de Gándara, otra de las damas jóvenes de personalidad propia en nuestro alto mundo, conversando con un grupo de caballeros en el pequeño bar del Círculo de Armas.

La señora Rodríguez Larreta de Gándara viste un modelo de Jeanne Lanvin, de terciopelo obscuro.





● En un intervalo de la danza, de la que es gran cultor, el doctor Joaquín S. de Anchorena posa un instante con su sonrisa optimista. A su lado, la señora Magdalena Castro de Ortiz Basualdo destaca la elegancia de su silueta.

Luce la señora Castro de Ortiz Basualdo un suntuoso modelo de vestido de baile de crêpe satin blanco, creación de Patou.

● El diputado nacional por la provincia de Córdoba, doctor Miguel Angel Cárcano, es persona de alta situación e idéntica estatura. Su compañera de danza, doña Josefina de Riglos, resulta a su lado pequeña, a pesar de ser dueña de una silueta elegante

Viste la señora Josefina de Riglos una interesante toilette en bleu de encaje, que motivó elogiosos comentarios en la fiesta.



● Otro de los diálogos, al parecer interesantes, en la fiesta del círculo, donde, como se puede ver, no se bailó todo el tiempo. El culto de la charla parece renacer en nuestro ambiente. Aparecen en la presente fotografía la señora Lucrecia Salas de Peña y el señor Julio A. De Marchi.

La señora Salas de Peña luce una toilette de baile de crêpe georgette color bleu, creación de Patou.

● En una de las grandes mesas del hall del Círculo de Armas han hallado cómodo lugar de descanso la señora Susana Pacheco de Bustillo y el señor Carlos Demaría Salas. Los de la guardia vieja tal vez consideren que la mesa no es para sentarse en ella.

Viste la señora Pacheco de Bustillo un elegante modelo de traje de baile, confeccionado en terciopelo color bleu, creación de Henriette.



● La señora Alcira Quirno Costa de Riglos aparece con el señor Rodolfo García Arias sosteniendo un animado diálogo, si se juzga por la expresión grave de la dama, que en ese momento habla con firmeza y energía.

Luce la señora Quirno Costa de Riglos un modelo de vestido de fiesta, que lleva la firma de Chanel, y que ha sido confeccionado en terciopelo granate.





● El doctor Augusto Rodríguez Larreta es, a justo título, uno de los "causeurs" más amenos de su generación. Se afirma entre quienes lo conocen que "Taine" (que así se le llama en la intimidad) es uno de los hombres más amenos e interesantes cuando toma la palabra. Se explica así la actitud de éxtasis de la señora Susana Pacheco de Bustillo.

La señora Pacheco de Bustillo lució en esta fiesta un modelo elegantísimo confeccionado en color bleu.



● Con la sonrisa reconfortante por su optimismo, la señora Adela Leloir Unzué de Rodríguez Larreta y el señor Jorge Landívar expresan lo agradable que ha resultado la fiesta, que ha sido como el despertar a la vida del viejo y solitario Círculo de Armas.

La señora de Rodríguez Larreta luce una toilette de crêpe romain en bois de rose

UNA COMIDA DE LA GENTE DE TEATRO



IRENE LÓPEZ HEREDIA

"Yo sé que esta fiesta, que tanto emociona a mi corazón, la ha originado el ánimo burlón de todos ustedes. "¡Vamos a llamarle "viejo" a Novión; vamos a reírnos del temblor del viejo!" ¡Y yo no estoy viejo, mis amigos! Permítanme que, siquiera esta noche, engañe a mis cabellos blancos..."

Párrafo del discurso pronunciado por Alberto Novión en la fiesta que le ofrecieron en el Salón Doré sus camaradas, celebrando sus bodas de plata con el teatro nacional.



Apuntes del natural hechos especialmente para EL HOGAR por el prestigioso actor y dibujante español Fernando Fresno.



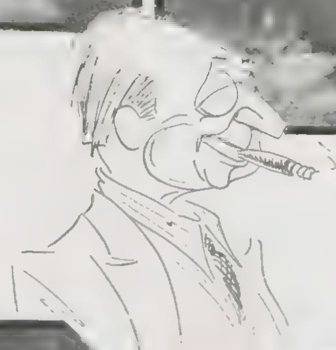
ALEJANDRO BERRUTTI





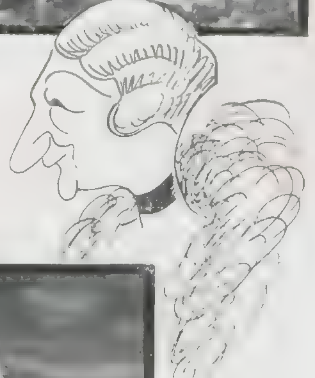
OLINDA BOZÁN

● *—¡La cosa se pone fea!...—parece estar diciendo el músico Antonio de Bassi a su vecino, el empresario Pascual Carcavallo. Y Carca piensa que de Bassi tiene razón, porque en la mesa hay un extraordinario número de copas, a pesar de que en el centro se haya colocado, para despistar, una botella de agua mineral.*



ENRIQUE DE ROSAS

● *Cuando se han cumplido las bodas de plata con una carrera, profesión u oficio, no todos se deciden a celebrarlas, porque es como incorporarse de hecho al "tramonto" de la vida. Enrique de Rosas, Olinda Bozán y Matilde Rivera, que aparecen ocultando cada cual su respectiva papada, pudieran ser, a su vez, "víctimas" del mismo homenaje*



MATILDE RIVERA



● *Marcos Caplán es un actor de experiencia; de ahí que en la presente fotografía aparezca dedicando sus frases de elogio a la madre de la actriz Amalia Montero, que está a su izquierda. Esta galantería es una manera muy gastada, aún en el teatro, para aproximarse a la vecina. Amalia Montero parece a punto de llorar de emoción.*



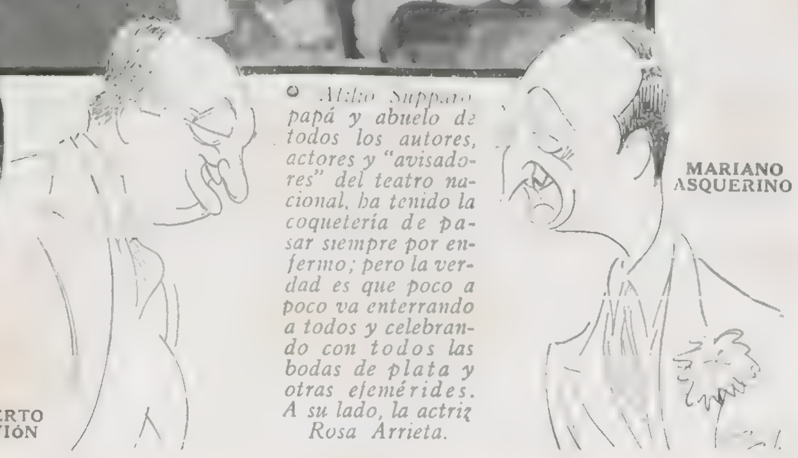


● *—Voy a tener el gusto de presentarle a Enrique Serrano, el actor más acaramelado, que se pinta sólo para hacer reír...—está diciendo el autor Manuel Romero.*

—Muchísimo gusto...

Y la señorita Palumbo opta por pasar su lengua por los labios, pues confiesa que le agradan mucho los caramelos. Como "apuntador" de la escenita figura el autor Agustín Remón, testigo voluntario de estos "discreteos".

FOTOS ESPECIALES DE "EL HOGAR"



ALBERTO NOVIÓN

MARIANO ASQUERINO

● *Miko Supparo papá y abuelo de todos los autores, actores y "avisadores" del teatro nacional, ha tenido la coquetería de pasar siempre por enfermo; pero la verdad es que poco a poco va enterrando a todos y celebrando con todos las bodas de plata y otras efemérides. A su lado, la actriz Rosa Arrieta.*

FOTO METRO GOLDWYN MAYER

Las actrices bonitas

NORMA SHEARER

Nació en Montreal (Canadá) el 10 de agosto de 1904, aunque actualmente es ciudadana norteamericana. Está casada desde el año 1927 con el director cinematográfico Irving Thalberg y es madre de una hijita, que fuera de las obligaciones de los estudios constituye su mayor felicidad. Norma es, en la actualidad, una de las damitas jóvenes más cotizadas por su exquisito temperamento artístico.

Un soneto a Norma Shearer

Desenvoltura norteamericana,
gracia latina, escultural figura,
en su actitud se exprime una manzana,
su sonrisa es la flor de la ternura.

Acida y perfumada. Erecta y leve,
llega en el aire y nos ofrece luego,
una afelpada realidad de nieve,
una mentira trémula de fuego.

Algo de angelical y de felino
ondula en su perfil. Es como el vino
ardiente y como el agua cristalina.

Rosa del cine brinda en tierra y cielo
la aguda rebelión del terciopelo,
la dulce mansedumbre de la espina...

AUGUSTO GONZÁLEZ CASTRO



LO QUE USAN NUESTRAS NIÑAS



ELVIRA SCHINDLER LANÚS



LUCY FURST ZAPIOLA



JULIA ELENA QUESADA ZAPIOLA

DELIA PIÑERO





FOTOGRAFÍAS DE KANAZAWA ESPECIALMENTE HECHAS PARA "EL HOGAR"

AURORA NORMA GARCÍA

El medio velo

● La moda femenina tiene veleidades que se justifican si se tiene en cuenta que viven la existencia efímera de un lirio. Hasta el momento de escribir estas líneas, la moda del medio velo está en auge. No nos atrevemos a afirmar que ella subsista en el transcurso del invierno, pero lo cierto es que ahora ella cuenta con la unánime simpatía y adhesión del mundo femenino. Hace algún tiempo — no hablemos de años — la actriz italiana Vera Vergani fué una de las entusiastas del medio velo. Desde entonces nadie se acordó de la moda, y recién ahora, después de un silencio, ha tomado carta de ciudadanía entre nosotros.

JUGANDO A LAS VISITAS

JULIA HELENA. — ¡Hijita, creí no poder venir! A pesar de todas estas precauciones contra el frío, ya lo ves... ¡Cinco días de cama, untura blanca y la mar de fricciones! ¿Y por acá? ¿Tu marido?, ¿los chicos?

DORITA. — Un hospital, m'hijita. Mi marido, sobre todo, con su reuma. ¡El pobre tiene una "asiática" bárbara!

MARTHA. — *(Con muestras de preocupación.)* ¡Caramba! ¿Se verá mi abanico?

JULIA HELENA. — Para eso del reuma son muy buenos los baños...

DORITA. — *(Creyendo ver una alusión impertinente.)* Pues te advierto que mi marido los toma todos los días...

JULIA HELENA. — Pero si me refiero a los baños termales...

MARTHA. — *(Con su idea fija.)* (¿Y si abriera el abanico? A lo mejor no sale en la foto.)

INÉS. — Sólo para cumplir he venido. Tómame el pulso. Estoy desesperada.

MARÍA ROSA. — Pues nadie lo diría. ¡Qué paquetería! ¿Worth? ¿Paquin?

INÉS. — ¡Cállate! Cosas copiadas. Con lo que cuesta ahora un modelo Y con el consejo que me acaba de dar el médico.

MARÍA ROSA. — ¡Cómo! ¿También tú?

INÉS. — No, nada grave; sólo que me acaba de decir el doctor que no voy a poder seguir criando a la chica. *(Mira de reojo a la muñeca.)* Dice que estoy muy débil.

MARÍA ROSA. — Exageraciones. ¿Por qué no tomás aceite de hígado de bacalao?

(El recuerdo de la pócima introduce un revuelo en la reunión. Inesita, ante la perspectiva del famoso "aceite", ensaya una mueca. Y, en este momento, estalla el fogonazo.)

MARTHA. — *(Airada, al fotógrafo.)* ¡Ya podía haber avisado! ¡A lo mejor no sale el abanico!...



1. María Rosa Cullen. — 2. Inés Ayerza. — 3. Martha Gondra Torres Agüero. — 4. Dora de Oliveira Cézar. — 5. Julia Helena Vivot Anasagasti.

(María Rosa Cullen, Inés Ayerza, Martha Gondra Torres Agüero, Dora de Oliveira Cézar, Julia Helena Vivot Anasagasti: cinco jóvenes "señoras" de las cuales, la mayor, suma siete años cabales. El ropero materno ha provisto el vestuario, lo cual explica ciertas contradicciones de las "toilettes". Otros personajes mudos asisten a la escena. Son los santos que, desde el bargueño señorial y del tríptico artístico sonríen a las chicas. Sonríen evangélicamente a los cinco personajes, en cuyas rizadas cabelleras parece que se hubiera enredado una bandada de ilusiones.)

Los ENLACES



MARIA MERCEDES COSSIO BARRUTI, que contrajo enlace con Marcelo Lamarca Martínez de Hoz.



JOSEFINA CASTRO SOTO, el día de sus nupcias con Federico Leloir.



FOTO WITCOMB

AMELIA SAGUIER, el día de su casamiento con José Luis Bustamante (hijo).



MARTHA ROBIROSA, que contrajo enlace con Guillermo Sáenz Valiente.



FOTOGRAFÍAS DE F. PÉREZ



SUSANA BOERO, que hace poco contrajo enlace con Raúl Manzano.

SUSANA BUNGE MARTINEZ, cuyo enlace con Hugo Tedín se bendijo recientemente.

Notas sociales de Rosario



La concurrencia al baile con que terminó el festival celebrado el sábado último en el local de la Agrupación Andaluza, organizado por el C. A. Gath y Chaves.



Grupo de concurrentes al té danzante ofrecido en el foyer del Hotel Italia por el Club de Regatas Rosario.



Algunas de las familias que asistieron al acto de la inauguración del Banco de la Provincia y Club Social de Cañada de Gómez.



Niñas que participaron en un interesante partido de hockey disputado entre los clubs Rosario Atlético y Alberdi Hockey Club.



La actriz nacional, señorita Paulina Singerman, acompañada de las damas y caballeros que le dedicaron una demostración de simpatía.



Demostración ofrecida en honor de la señorita Irene Nicolai, por sus relaciones, y con motivo de su próximo viaje a Europa

FOTOS LOPEZ

La modelo

(Continuación de la pág. 28)

quedó nuevamente sola. Dos personas estaban sentadas cerca de Dyllis; pero no se habían percatado de su presencia.

—Gran tipo, Neilson—dijo el hombre.— Nunca pinta la misma persona dos veces, y como en teoría, para reproducirlas en la tela hay que profundizar su mentalidad, conocerlas en todos sus aspectos, hasta hacerles el amor si es necesario.

—¿Y no se casará nunca, piensa usted? — preguntó la muchacha.

—No lo creo... Una vez le oí decir que su ama de llaves hacía todo lo que una esposa podía hacer, sin tener las pretensiones de tal y que cuando deseaba simpatía, camaradería, podía procurársela sin necesidad de casarse.

La muchacha se rió.

Un joven delgado y de tez morena empezó a tocar lánguidamente la guitarra. Ejecutaba un tango y la llorosa melodía flotaba en el aire como una caricia. Gareth conversaba aún con Mavis Sedley. Los dos vecinos de Dyllis se levantaron para bailar... Mientras se alejaban, ella sintió:

—Parece que Neilson encontró su nuevo cuadro... La pequeña Dyllis ha terminado...

Se enderezó en su asiento. Se dijo al instante que debía levantarse e irse; pero ahora, simplemente, no podía hacerlo. Se sentía entorpecida, como si hubiese recibido un tremendo golpe; sabía que al salir de ese entorpecimiento el dolor se transformaría en agonía. Intentó pensar, para desviar el tormento... Mañana retornaría a su antigua vida; conseguiría un empleo... Trabajaría, trabajaría mucho, y haciéndolo así tal vez consiguiese olvidar. Todo lo que restaría de esos meses sería su retrato... Quizá se obtuviese por él un buen precio.

La pieza se nublaba ante ella; debía ser el humo; los cigarrillos...

Desde infinitamente lejos la voz de Nadja decía alarmada:

—¿Dyllis?... ¿Dyllis?...

VOLVIÓ en sí en el dormitorio de Nadja, acostada en la cama de ésta y cubierta con el edredón de moiré color de vino añejo que tanto le había gustado siempre. Abrió los ojos lánguidamente y como con miedo de recobrar el conocimiento, pues sabía que el dolor la esperaba.

Alguien le tomó la mano, y Dyllis dejó que ella reposara en esa fuerte garra. ¿Por qué no?... Le daba una sensación de seguridad, como si alguno la sostuviera, impidiéndole caer en el abismo de la desesperación.

Una voz masculina dijo:

—Vuelve en sí...

¡Seguro, seguro, era Gareth!...

Y ciertamente que era Nadja la que contestó con aspereza:

—Así parece...

—Bien, entonces—dijo Gareth—yo cuidaré de ella...

Cerró los ojos otra vez, pues seguramente estaba soñando, y como el sueño era delicioso, convenía prolongarlo.

Una puerta se abrió, para cerrarse en seguida, y la voz de Gareth se oyó nuevamente:

—Dyllis, vuelve en ti... Ahora estás jugando... Háblame...

Abrió los ojos y vió que él estaba inclinado sobre ella, con el cabello en desorden y los ojos ansiosos.

—Querida... — dijo. — ¿Qué te ocurrió?... ¿Demasiado calor..., demasiado humo...

—No sé — murmuró.

—¿Te sientes mejor, ahora? — inquirió Neilson.

Ella asintió... Ahora que estaba mejor, él probablemente volvería junto a Mavis Sedley.

Pero, por el contrario, todo lo que hizo fué sentarse a orilla de la cama.

Dyllis — dijo. — ¿Te gusta mi ama de llaves?..

Ella hizo un gracioso mohín de disgusto y él, sorprendido, la imitó.

Escucha — prosiguió. — Yo soy una persona insoportable y es muy difícil vivir conmigo. Quiero decir que soy muchas personas a la vez; que cuando trabajo digo infinidad de cosas para impresionar o sorprender, y cuando no trabajo no digo absolutamente nada... Excepto tú, nadie entendió esto... Dyllis querida: en los intervalos de trabajo quiero una casa realmente confortable y, al mismo tiempo, quiero a alguien que no tenga caprichos, pues yo tengo bastantes para dos... En otras palabras, soy horriblemente egoísta. No estoy en condiciones ahora de guardar al ama de llaves y a ti..., y yo te quiero..., pero, ¿podrías hacerte cargo de la casa?...

El reía, pero de pronto dejó de hacerlo... Tomó las manos de Dyllis y las besó y en seguida apoyó su mejilla sobre la de ella.

—Dyllis — dijo, — esta noche te miraba... Tu extraña carita cambiaba y cambiaba; eras cuatro o cinco mujeres a la vez... Pensé pintar a Mavis Sedley; pero todo lo que tiene es una mirada prometedora.... nada más... Puedo pintarte con cabello rojo o negro y siempre serás la misma y siempre serás diferente... Durante toda la velada me he esforzado en convencerme de que debía retratar a Mavis Sedley, pues siempre sostuve que un artista no tiene porque atarse..., pero, Dyllis, aunque lo intenté no podía alejarme de ti y entonces te desmayaste... y yo creí que estabas muerta...

—Y estoy muy viva, por el contrario...

Ambos repitieron ese gracioso mohín que había contribuído a acercarlos.

Gareth se hizo hacia atrás y desde su nueva posición la contempló un instante.

—Eres una persona sorprendente — dijo; — nunca te vi un gesto parecido...

—Ni yo a ti... — recalcó ella.

—Lo supongo — agregó él, pensativo. — Era la primera persona que me ha visto tal cual soy... Dyllis, si de pronto me ataca la manía de retratar a todas las bellezas de moda, puedes estar segura que no me mostraré a ellas como soy ahora... tan tonto y tan feliz... Pero, entre tanto, no me dijiste aún si quieres casarte conmigo...

Ella se lo dijo al mirarle... Frente a ella vió los años pasar volando. Habría galerías y exposiciones de muchas Mavis Sedley... Habría días en que el trabajo lo obsesionaría... Habría personas que alzarían las cejas e intrigadas dirían: "Pero ¿qué demonios encontró en ella?"... Pero habría también felicidad... Él correría siempre a la cabeza y ella lo seguiría... Pero estaba segura que haría un alto para permitir que ella lo alcanzara... Sus sueños se habían cristalizado en realidad...: y la realidad, esa realidad, era muy hermosa!...

—Tenía miedo de casarme—murmuró él para sí mismo...

Y de nuevo esa crueldad le punzó el alma... Él era capaz de enamorarse a causa del retrato; de tomar cualquier cosa que lo ayudara a pintar y de usarla para ese fin sin compasión alguna... Y él la quería...; por medio de él ella alcanzaría su plenitud...

Y estaba contenta... Habría momentos de intensidad suma; paseos por el bosque umbrío y por los montes azotados por el viento; habría bollos para el té en el abrigado estudio, cuando la niebla de noviembre se tragase las luces de la calle... Ella sería feliz cuando él la pintase...

Sí, estaba contenta...

"El Hogar" en Corrientes



El gobernador de la provincia, el vicecónsul de Italia y demás personalidades, en el homenaje a la memoria de Garibaldi.



El gerente de la Internacional de Teléfonos, señor González Ramírez, y personal que intervino en los trabajos de comunicación a larga distancia.



El gobernador de la provincia, con el gerente de la C. I. de Teléfonos, en las oficinas de la compañía, con otras personalidades, en la fecha de haberse comunicado con el ministro del Interior.



Damas, señoritas y conocidos caballeros, presenciando las carreras desde los jardines frente a las tribunas de socios.



Señoritas de Armand y Decoud, acompañadas por el ingeniero señor Piñero.



Señoritas de Llano, Desimone y Benítez, en un paseo matinal.

Su gran Compañero el Columaire



"Desde que tenemos el Receptor COLUMAIRE *"en casa, nunca me siento sola, y mientras "regresan los chicos de la escuela, y luego "al anochecer mi esposo, me entretengo es-"cuchando las novedades del día, cantos, "bailables y en especial la música clásica, que "el* COLUMAIRE *"nos reproduce "con absoluta fi-"delidad".*



CONTROL DE VOLUMEN

CONTROL DE TONO

INTERRUPTOR RECEPCION LOCAL Y DISTANCIA

INTERRUPTOR DE CORRIENTE

SELECTOR DE ESTACIONES

EL modelo COLUMAIRE, constituye, fuera de toda duda, el paso más grande que se haya dado dentro de la industria radiotelefónica.

Westinghouse ha creado este modernísimo receptor, después de una larga experimentación en sus propias fábricas, brindando al público un aparato que, si por la parte técnica reune ventajas inigualables para escuchar una buena transmisión, tiene por la otra el de ser un gabinete hermoso de líneas esbeltas y sencillas, cuya originalidad lo destaca entre sus similares.

Está dotado de reloj eléctrico sincrónico en el frente, circuito superheterodino y funciona con 9 Radiotrons.

Véalo y deléitese escuchándolo en cualquiera de las buenas casas del ramo, o en nuestro Salón de Exposición, Avda. de Mayo 1035.

Westinghouse

AV. DE MAYO 1035 BUENOS AIRES

LAS COMEDIAS DE "EL HOGAR"

El Gato Negro

Un acto de Alejandro Varaldo

Traducción de Tirso Lorenzo

PERSONAJES: *El comendador Grandi, Alberto, Olga y Justino* (criado).

La escena representa un saloncito elegante. Una puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA

Justino. — Adelante, señor comendador. Voy en seguida a avisar al patrón.

Comendador. — ¿Trabaja?

Justino. — Creo que no. Ha de estar haciéndose la "toilette".

Comendador. — ¡Oh, oh! ¿Y cómo?

Justino. — Es que a las cuatro pueden venir visitas.

Comendador. — ¿Visitas... o visita?

Justino. — Eso es. Para ser franco, debí decir visita.

Comendador. — ¿Siempre la misma?

Justino. — Siempre..., si es que interesa al señor comendador saberlo...

Comendador. — *(Dándole al criado unas monedas.)* Tengo mis buenas razones.

Justino. — Las razones del señor comendador me parecen excelentes.

Comendador. — ¡Bravo, muchacho! Tú, al menos, comprendes al vuelo.

Justino. — No hace falta esforzarse para comprender al señor comendador. ¡Habla tan claro!...

Comendador.—Y hablaré aun mejor. No lo dudes.

Justino. — La sabiduría del señor comendador no tiene límites.

Comendador. — Bien, vamos. Ven acá, amigo mío, hagamos una especie de alianza. También Inglaterra la hizo un día con un pequeño estado del Sudán. Expliquémonos, pues. Convéncete de que te convendrá bajo todos los aspectos.

Justino. — Me basta la satisfacción de poder ser útil al señor comendador.

Comendador.—La tendrás, y en buena compañía. Y ahora, a lo nuestro: ¿la visita es siempre la misma?...

Justino. — Siempre.

Comendador. — ¿Desde hace dos años?

Justino. — *(Suspirando.)* Desde hace dos años.

Comendador. — ¿Te desagrada?

Justino. — Francamente, no me parece una mujer como para mi patrón.

Comendador. — Me interesa saber el porqué de tu desagrado.

Justino. — Porque... mi patrón es un hombre lleno de sentimiento...

Comendador. — Como todos los ingenieros.... Son nacidos en la vía real que conduce a la poesía; después toman por un atajo para andar más ligero.

Justino. — Y es muy educado. Esto lo puedo garantir yo. Nosotros los criados somos muy entendidos en eso de educación. Y, en todo caso, si tiene alguna deuda... de honor...

Comendador. — Naturalísimo, cuando se tiene un tío como yo...

Justino. — Precisamente..., y también muy generoso para las propinas... Esto podría fácilmente ser evitado. Tiene también un horror extremado a las mentiras...

Comendador. — Sí, lo sé. Será difícil engañarle.

Justino. — Lo sé también yo. Si no le hubiese tomado pronto cariño a mi patrón, ¿cómo hubiera podido resistir con él una semana... la primera?

Comendador. — Pasemos al otro asunto.

Justino. — Sí, la señora...

Comendador. — ¡No quiero saber el nombre!

Justino. — Lo ignoro... cuando estoy de servicio. La señora es hermosa.

Comendador. — ¿Mucho?

Justino. — Casi demasiado.

Comendador. — Las mujeres demasiado hermosas son precisamente las menos peligrosas.

Justino. — *(Con aire misterioso.)* ¡Y fiel!

Comendador. — ¿Quién? ¿La señora?

Justino. — El patrón.

Comendador. — ¡Ah! ¿Es fiel?

Justino. — Hasta el escrúpulo. Aquí no entra más que la señora.

Comendador. — *(Señalando a la derecha.)* ¿Y allá?

Justino. — ¿Dónde? ¿En el dormitorio? No entra más que el patrón.

Comendador. — ¡Oh! ¡Qué cosa! En resumen, que ésta es la casa de la felicidad.

Justino. — Hay una excepción.

Comendador. — ¿Quién?

Justino. — Yo. ¿Qué quiere? Es que la señora no tiene nunca de esas buenas razones que posee el señor comendador.

Comendador. — ¡Si eso es una vergüenza, Justino!... ¡En una dama!

Justino. — Cuando se es patrona, no se debería ser más una mujer..., ¿verdad, señor comendador?

Comendador. — Sí, es cierto. No se debería.

Justino. — El mundo anda mal... ¡Anda muy mal!



Olga. — ¿Estás ahora arrepentido?
Alberto. — ¿Arrepentido de qué?
Olga. — De amarme y de querer hacerme tu esposa.

Comendador. — Sí, tienes razón. Anda muy mal. Y mientras el mundo va mal, tú me haces el favor de ir a buscar una cajita que dejé en el vestíbulo.

Justino. — ¿Es acaso un regalo para el patrón?

Comendador.—Puede ser. Te recomiendo que la traigas sin sacudirla.

Justino. — ¿Se trata, por ventura, de vino añejo?

Comendador.—Te dije que era para el patrón, y no para ti.

Justino. — ¡Oh! Corro a buscarla, señor comendador. *(Sale.)*

ESCENA SEGUNDA

Comendador. — (Solo.) Veamos un poco. *(Mirando las paredes, alrededor.)* Ninguna mujer descotada, ninguna fotografía de bailarina. ¡Ah! Se trata de un amor serio, por lo que parece.

ESCENA TERCERA

Justino. — (Entrando con la cajita.) Aquí está, señor comendador. La traigo con cuidado, como si se tratara de vino añejo.

Comendador. — Ponla sobre aquella mesita. Y vete a llamar a Alberto. *(Justino sale.)*

ESCENA CUARTA

Comendador. — (Solo, observando los libros que están sobre la mesa.) El primado de los italianos: Leopardi, Bourget, Anatole France... ¡Ah! ¡Oh! ¡Alberto!...

ESCENA QUINTA



Para la interpretación gráfica de esta comedia se prestaron gentilmente la actriz Irene López Heredia y el actor Mariano Asquerino, del teatro de la Ópera.

Olga. — ¿Hechizado?
Alberto. — No es chanza. Era un gato nervioso como todos los gatos negros. Y apenas se dejaba acariciar, tanto que se le ha rodeado de una leyenda ¡Qué se rebela a las caricias de las personas falsas!...

Alberto.—*(Entrando muy afectuoso.)* ¡Tío! ¡Querido tío!...

Comendador. — *(Lo abraza, y después lo observa detenidamente.)* Veamos un poco. Sí, no estás mal. ¡Ese aire de seriedad!

Alberto. — ¿Te desagrada?

Comendador. — ¡Todo lo contrario! Aunque..., mira..., ¡a tu edad!...

Alberto. — Los tiempos cambian, tío.

Comendador. — ¿Tú lo crees?

Alberto. — Por experiencia. Antes la vida era más lenta y podía adaptarse a todas las edades. Hoy es más precipitada y afanosa. El enjambre de los hilos eléctricos sobre nuestra cabeza nos envuelve en su loca velocidad.

Comendador. — Pero alumbran también los gabinetes particulares.

Alberto. — No entiendo nada de eso. ¡Oh! No es que yo sea un puritano, porque no me divierten... Prefiero quedarme entre mis libros...

Comendador. — ¡Si estuviese, al menos, la Galatea entre tus libros!... ¡Pero, cómo! No me has preguntado todavía por tu prima. ¿Es que estás enmohecido, querido?

Alberto. — Es verdad. Perdóneme, tío. ¿Qué hace la primita?

Comendador. — Lo que hacen todas las muchachas de su edad: espera un novio.

Alberto. — No deberá esperar mucho.

Comendador. — ¡No debería! Es linda, es buena, es rica..., modestia aparte... Ya veremos. No hay prisa. Hablemos ahora de ti.

Alberto. — No tengo nada que decirte de mí.

Comendador. — Lo sé; los pueblos felices no tienen historia.

Alberto. — Desde el día que me recibí, frecuento el laboratorio eléctrico de mi amigo Sergi; es muy probable que llegue a ser socio suyo, si tú no te opones...

Comendador. — Lo apruebo con los ojos cerrados. Es necesario tener alguna ocupación, y la tuya puede serte provechosa.

Alberto. — Y es la única.

Comendador. — ¿La única, en verdad?

Alberto. — ¿Qué quieres decir?

Comendador. — ¡Oh, Dios! Nada de malo. Es que a tu edad, por lo general, no se tiene por única ocupación un laboratorio, aunque sea eléctrico...

Alberto. — ¡Tío!...

Comendador. — ¡Ya, ya! ¿Qué cosa crees tener por tío? ¿Un viejo cuáquero? ¿Un anacoreta de la Tebaida? Cuando yo tenía tus años, y aun después, las ocupaciones útiles no eran las que me absorbían enteramente el tiempo; te lo digo con franqueza. Aquella era juventud, la de mis tiempos, que hoy ha desaparecido, como la primavera... ¡Vaya, vaya, que creía encontrarte también joven además de ingeniero!... Veamos, pues. No quiero confidencias. Pero... esto se puede decir: esa damita, ¿vale la pena?

Alberto—¡Pero, tío!...

Comendador. — ¡Cómo! ¿Acaso no es una damita sola?...

Alberto.—Es una sola.

Comendador. — ¡Malo! No se observa el principio de *ne varietur* sino en la madurez.... Hasta entonces las ediciones pueden ser revisadas y corregidas.

Alberto. — Te ruego, tío, por lo bien que me quieres, que no bromees.



Alberto. — Cuando llegue tío, le diremos: "Mira el gato negro no, se ha rebelado bajo nuestras caricias. Por consiguiente los senores Olga y Alberto Grandi son dignos de entrar en tu casa."

Comendador. — ¿Entonces se trata de una cosa seria?

Alberto. — La más seria de mi vida.

Comendador. — ¡Oh! Y ¿cómo no decías nada?

Alberto. — Al contrario. Pensaba hablarte de ello, tío. Tanto más...

Comendador. — ¿Tanto más que?

Alberto. — Te lo diré dentro de poco. Primero deja que te cuente en pocas palabras la historia de ese amor mío.

Comendador. — Escucho.

Alberto. — Conocí a esa señora en casa de unos amigos de ambos, que frecuentábamos los dos, hace de esto...

Comendador. — Dos años.

Alberto. — Eso es, dos años. ¿Cómo lo sabes?

Comendador. — Lo deduzco. Hace dos años que te has recibido... Después de eso no habrías tenido tiempo que perder.

Alberto.—Así es.

Comendador. — ¿Casada?

Alberto.—Separada del marido... por culpa del marido, un hombre vulgar que le hacía la vida imposible, que la humillaba de miles modos...

Comendador. — ¡Pobrecita!

Alberto.—Sí, po-

bre criatura, en verdad! ¡Si supieses, tío, cómo es de buena y de honesta! ¡Y cómo se ofendió la primera vez que le hablé de amor!...

Comendador. — ¿Y de dónde te vino el coraje para esa determinación?

Alberto. — No lo sé. Vino por sí. Nació del interés que en mí se despertó por ella, de la compasión, de la simpatía por aquella existencia privada de sol...

Comendador. — *(Para sí, echando una mirada a la mesa de los libros.)* Aquí debe estar también Obermann entre esos libros.

Alberto. — Una noche, no sé de qué modo se originó la cosa, fuí arrastrado por unos amigos a un baile de máscaras. ¡Qué aburrimiento! ¡Qué estúpida diversión!... Estaba vacilante entre el deseo de escaparme y el miedo de disgustar a los compañeros que me habían llevado allí, cuando una mujer enmascarada me tocó el brazo.

Comendador. — ¿Era ella?

Alberto. — Sí.

Comendador. — *(Irónico.)* Se explica que una existencia privada de sol buscara aquel esparcimiento bajo la luz eléctrica...

Alberto. — Completamente sola en su casa fría y desierta, se apoderaba de ella la melancolía. Tuvo un momento de rebelión, se propuso desafiar al mundo y...

Comendador. — ¿Te contó ella todo eso?

Alberto. — Seguro, en el coche, cuando yo, después de haberle demostrado el peligro que corría allí su reputación, la conduje a casa.

Comendador. — ¿A tu casa?

Alberto. — A la de ella. ¿No estaba acaso en mi deber?

Comendador. — Exactamente.

Alberto. — Si hubieras visto su dolor, sus lágrimas, su desesperación... Cuando estábamos a la puerta de su casa, no tuve coraje de dejarla sola en aquel estado.

Comendador—¡Fué pura caridad!

Alberto. — Y subí para calmarla.

Comendador.—¡Qué espíritu evangélico el de mi sobrino!...

Alberto. — Allí me contó su vida dolorosa, y yo le hablé de mi vida estudiosa, solitaria...

Comendador. — Y rica...

Alberto. — Y quedamos muy amigos...

Comendador. — ¿Cómo?... ¿La dejaste?

Alberto. — Soy un hombre gentil, tío.

Comendador. — Y después, naturalmente, me lo imagino...

Alberto. — Supones mal, tío. Entre esa mujer y yo no ha habido más que un amor...

Comendador. — ¿Cuál?

Alberto. — Un amor puro, incontaminado.

Comendador. — Menos mal.

Alberto. — Cuando, hace de esto un año aproximadamente, se murió de pronto su marido.

Comendador.—Entonces, ¿existía?

ROSAS



Sobre la tumba fría
De tus amores,
Puse unas cuantas rosas
Entre otras flores.

Las flores se murieron,
Pero las rosas
Crecieron más lozanas
Y más hermosas.

La tumba se ha derruido
¡Hace ya años!,
Pero las rosas brotan
De sus peldaños

Herida por tu mano
Fué mi ilusión,
Y aún te da sus rosas
Mi corazón.

LAURA H. DE BRACHT

Comendador. — ¡Ya, ya, ya!...

Alberto. — Algunos días después volví a verla, nos encontramos juntos, y sobrevino así la dulce costumbre para mí de pasar algunas horas a su lado. No había disfrutado nunca de la buena compañía de una mujer en mi vida, y por primera vez probaba la felicidad de un poco de ternura femenina...

Comendador. — ¡Cuántas cosas interesantes pueden hallarse en un baile de máscaras!...

Alberto. — Y después...

Alberto. — ¿No te dije que estaba separada de él?

Comendador. — ¡Ya, ya!...

Alberto.—Y entonces, ya que ningún obstáculo se oponía a ello, le ofrecí mi mano.

Comendador. — ¿Y ella?

Alberto. — Ella aceptó... después de haber vacilado mucho. De manera que ahora estamos comprometidos. Y si tú me desearas la mitad del bien que yo te deseo a ti, tío, te quedarías aquí para conocerla.

Comendador. — ¿Acostumbra quedarse aquí mucho tiempo?

Alberto. — Una hora..., dos..., pero en este caso te esperará.

Comendador. — Por primera vez, espero no hacer esperar mucho a una dama.

Alberto. — Gracias, tío.

Comendador. — Tengo confianza en tu buen gusto. ¡Oh, Dios! Había sabido de ti que tenías otras ideas... Fantasías de viejo... Te veía en mi casa con María... Pero no importa. Tendré dos sobrinos en vez de uno y dos mujeres en la familia.

Alberto. — Es verdad, tío.

Comendador. — Estoy seguro de que si tú descubrieses su falsía, se desvanecería tu pasión por ella.

Alberto. — Ni sufriría por ello...

Comendador. — Naturalmente. Pero no estamos en ese caso. Antes bien, vamos a ver si deberé serte útil..., entiéndelo bien..., para tratar ciertas cosas que los enamorados como tú suelen desdeñar, descuidar u olvidar: los intereses.

Alberto. — Es pobre. ¿Te parece esto un delito?

Comendador. — ¡Por caridad!... ¿La has ayudado entonces alguna vez?

Alberto. — ¡Si hubiese aceptado conforme yo me ofrecí!

Comendador. — ¿No aceptó?

Alberto. — ¡Ni una flor!

Comendador.—Natural. Como que tiene una linda casa, dos personas de servicio...

Alberto. — ¿Cómo lo sabes?

Comendador. — Me lo supongo, nada más. Tú, con tu buen gusto, no estarías muy dispuesto a frecuentar una casa que no te agradase...

Alberto. — Es verdad. Tiene una linda casa, cocinera y mucama.

Comendador. — ¿Y quién paga?

Alberto. — Ella..., con el pequeño capital de su dote.

Comendador. — Esto quiere decir que tenía seguro el remedio para cuando hubiese terminado.

Alberto. — ¡Tío, no seas tan mal intencionado!...

Comendador.—Es una broma, querido sobrino. ¡No pongas ese entrecejo a tu viejo tío!... Me voy, pero te prometo volver... dentro de una hora. Y en prenda, mira *(Muestra la cajita)*, te dejo un depósito sagrado.

Alberto. — ¿Qué es esto?

Comendador. — ¡Uno, dos, tres!

Alberto. — ¿Un gato negro?

Comendador. — ¿No lo reconoces?

Alberto. — ¿Cómo no? ¡Es el gato de María! ¡Es *Kiss*!

Comendador. — Era *Kiss*. ¡Pobrecito! Se murió de tristeza...

Alberto. — ¡Caramba! ¿Y cómo?

Comendador. — Misterio. ¡Quién sabe! Acaso se entristeció de no tener novia.

Alberto. — ¡Cómo lo habrá sentido María!...

Comendador. — Tanto, que tuve que prometerle que lo haría embalsamar.

Alberto. — ¡Pobrecito!...

Comendador. — No lo toques.

Alberto. — ¿Por qué? ¿Quema?

Comendador. — Peor; está hechizado. No es broma. Ya en vida era un gato excepcional; no se dejaba acariciar más que de las personas sinceras. Como puedes imaginarte, eran pocas, especialmente entre las mujeres. Y se dice que aun estando muerto tendrá fuerzas para levantar una garra y arañar a quien se le acerque con un doble pensamiento. Conque, seamos prudentes, evitemos el peligro. *(Vuelve a cerrar la cajita.)* Y ahora, hasta luego, a la hora del té. Espérame.

Alberto.—Estaremos atentos. Hasta luego. ¿No faltarás?

Comendador. — *(Tarareando música de "Norma".)* ¡Ne promessa!... *(Sale.)*

ESCENA SEXTA

Alberto. — ¡El tío está contento! ¡Bah! Esperaba de él una paternal reprimenda; en cambio, ha estado cordial. ¡Justino, Justino!...

ESCENA SEPTIMA

Justino. — ¿Qué ordena el señor?

Alberto. — ¿No ves que no hay nada preparado todavía aquí?

Justino. — Como estaba hablando de negocios con el señor comendador, no me atrevía a estorbarlos.

Alberto. — ¡Bien, bien! Ahora, rápido. El servicio de té, flores...

Justino. — Hay tiempo para todo. No tenga miedo. *(Agarra la caja.)*

Alberto. — ¡No toques!

Justino. — Es que ésta es la mesa del té.

Alberto. — Trae acá. *(Sacándole de las manos la caja, que coloca sobre otra mesita.)* ¡El gato de la prima! ¡El gato hechizado! ¡El sagrado depósito del tío!

Justino. — *(Siguiéndolo con curiosidad mientras prepara el té.)* ¡Qué apresuramiento!... Debe ser una cajita de vino añejo... *(Suena el timbre de la calle.)*

Alberto. — ¡Es ella! ¡Es ella! *(A Justino.)* ¡Rápido, pues, tortuga!

Justino. — Voy en seguida. Seguro que es vino añejo. ¡Oh! ¡Y yo sé bien quién le hará los honores! *(Sale.)*

ESCENA OCTAVA

Olga. — ¡Buenos días!

Alfredo. — ¡Por fin!...

Olga. — ¿He tardado?

Alberto. — Para mí, tardas siempre; ¡te espero con tanta ansiedad!

Olga. — *(Mientras se saca el sombrero.)* ¡Chiquillo!

Alberto. — Acaso porque no sé reproducir ahora las palabras que se me ocurren cuando estás ausente. ¡Si pudiese repetirlas! .. Pero quizá es mejor. Te aplico unos calificativos que te entristecerían si los escucharas de verdad...

Olga. — Nada me entristece cuando se trata de nuestro amor.

Alberto.—Lo sé. ¡Pero experimento tal placer cuando me lo repites!

Olga. — Entonces, ¿no debo llamarte chiquillo?

Alberto. — No me lamento de ello. Cuando me llamas chiquillo, me parece sentir una sombra de protección en tus palabras.

Olga. — ¿Y te desagrada?

Alberto. — Por el contrario. Entiendo que el amor debe ser eso, una especie de protección a la inversa, del débil hacia el fuerte.

Olga. — ¡Qué filósofo estás hoy!

Alberto. — Estoy contento.

Olga. — ¿Y por qué estás tan contento?

Alberto.—Porque he ganado nuestra batalla.

Olga. — ¿Cuál?

Alberto. — He obtenido el consentimiento de mi familia para nuestro casamiento.

Olga. — ¿Qué familia?

Alberto. — Sí, es verdad; no dependo de nadie, soy libre y solo. Pero tengo un tío, que fué mi padrino y tutor, más que un padre, durante muchos años. Tú lo sabes.

Olga. — Lo sé. Esperaba que no te hubiese preocupado su repudio.

Alberto. — Y así lo hubiera hecho, aunque con algún dolor. Siente un gran afecto por mí y yo por él. Pero no hubiera vacilado si él se hubiera opuesto entre los dos.

Olga. — ¿Y no se ha opuesto en nada?

Alberto. — No. Lo he convencido.

Olga. — ¿Lo has convencido?

Alberto. — Le he contado nuestra historia.

Olga. — ¿Le has dicho todo?

Alberto. — Todo.

Olga.—¿Qué yo no tengo fortuna?

Alberto. — Mi tío no es interesado.

Olga. — *(Pensativa.)* Ha cedido demasiado pronto...

Alberto. — ¿Qué quieres decir?

Olga. — Hubiera preferido que luchase..., al menos por algún tiempo. Su conformidad completa me impacienta. *(Pausa.)* ¿No tiene una hija?

Alberto. — Sí; mi prima, María.

Olga. — ¿Linda?

Alberto. — Ya has visto su retrato.

Olga. — No quiero decir eso. ¿Es linda para ti?

Alberto. — Sí, es linda. Al menos, lo era. Hace algunos años que no la veo. Y hoy mi tío me la hizo recordar con... *(Sonríe.)*

Olga. — Con... ¿Por qué te ríes?

Alberto. — Cierra los ojos. Ahora, mira.

Olga. — ¡Un gato negro!...

Alberto. — Es *Kiss*, el gato de mi prima. Murió de pasarlo bien, y ahora mi tío lo hizo embalsamar para consolar a María.

Olga. — ¡Gracioso!

Alberto. — ¡No lo toques!

Olga. — ¿Está lleno de dinamita?

Alberto. — Peor. ¡Está hechizado!

Olga. — ¿Hechizado?

Alberto. — ¡No es chanza! Era un gato nervioso como todos los gatos negros. Y apenas se dejaba acariciar, tanto que se le ha rodeado de una leyenda: ¡que se rebela a las caricias de las personas falsas!...

Olga. — ¡Oh! ¿Quién te lo ha contado?

Alberto. — Mi tío, hace poco.

Olga. — Alguna broma...

Alberto. — ¿Por qué? Hay bromas que hacen pensar...

Olga. — ¿En qué cosa?

Alberto. — En nada. Hablemos de nosotros.

Olga. — Hablemos entonces de nosotros. Pero dime pronto una cosa.

Alberto. — Bueno.

Olga. — ¿Estás, acaso, arrepentido?

Alberto. — ¿Arrepentido de qué?

Olga. — De amarme y de querer hacerme tu esposa.

Alberto. — ¿Y por qué me preguntas eso?

Olga. — Porque me parece que en tus palabras hubiese como una sombra de disgusto.

Alberto. — ¡Oh!...

Olga. — No de disgusto... Me explicaré... De nostalgia. Hablaste de tu familia con cierta tristeza...

Alberto. — Te equivocas, querida. Nada de tristeza. Ni siquiera esa sombra que has creído ver.

Olga. — ¿Verdad?

Alberto. — Verdad.

Olga. — Ya lo sabes. Te casas con una mujer sin fortuna, más vieja que tú, que ha sido calumniada...

Alberto. — ¿Qué importa? Te amo, me parece que desde tiempo infinito, y, sin embargo, mi amor es tan impetuoso como el del primer día.

Olga. — ¿Y no te arrepentirás?

Alberto. — ¿Y por qué he de arrepentirme? ¿Acaso no es cierto que tú me amas también?

Olga. — Sí, yo te amo.

Alberto. — ¿Y entonces? ¿Acaso me has mentido? ¿Me has ocultado, por ventura, alguna página escabrosa de tu vida? ¿No eres digna de entrar en mi familia, de tomar en ella el puesto de mi madre? Eso mismo es lo que le dije a mi tío.

Olga. — ¿Cómo se llama?

Alberto. — Es el comendador Horacio Grandi.

Olga. — No lo conozco.

Alberto.—Lo creo. Vive en el campo durante todo el año, entre sus libros de historia, y recorriendo sus tierras de arriba abajo en la rebusca de vestigios arqueológicos. No viene a la ciudad más que raramente y por algún motivo particular.

Olga. — ¿El del gato embalsamado?

Alberto. — También. Adora a su hija y se propuso darle mañana una sorpresa. Y con ello se considera tan feliz como si hubiese descubierto una tumba longobarda con armas, monedas y pergaminos. *(Sonriendo.)* ¿Estás satisfecha?

Olga. — Sí.

Alberto. — Vamos a tomar el té.

Olga. — ¿No esperamos a tu tío?

Alberto. — Para él quedará siempre.

Olga. — Es mejor esperarlo.

Alberto. — Como quieras.

Olga. — *(Pausa.)* ¿Es linda tu prima?

Alberto. — ¿Otra vez?

Olga. — Perdón. He hablado sin pensar.

Alberto. — O porque pensabas demasiado. *(Va hacia ella.)* Sí, es linda, es linda, es linda; pero tú para mí, lo eres mucho más.

Olga. — Ella es joven...

Alberto. — ¿Y eso qué importa? Tú la superas en todo.

Olga. — ¡Oh, en todo!...

Alberto. — En todo..., porque me gustas como ninguna otra mujer me ha gustado ni me gustará nunca.

Olga. — Son cosas que se dicen.

Alberto. — Y que se prueban.

Olga. — ¿Se prueban? ¿Y cómo?

Alberto. — ¿Cómo? Con el gato de mi prima.

Olga. — Tú quieres bromear.

Alberto. —Naturalmente: hay siempre alguna manera de pasar el tiempo, y cuando llegue tío, dentro de poco, le diremos: "Mira, el gato negro de la prima María no se ha rebelado bajo nuestras caricias; por consiguiente, los señores Olga y Alberto Grandi son dignos de entrar en tu casa."

Olga. — ¡Chiquillo!...

Alberto.—¿No es, en verdad, gracioso el golpe de escena que preparamos al tío? Será una manera como cualquier otra de entrar en argumento. Ánimo, pues; ¡a él, Olga!

Olga. — ¿Y por qué yo?

Alberto.—Porque no soy yo quien ha dudado. Y no quiero que continúe la sospecha y se me crea capaz de un truco.

Olga. — ¡Si tú lo quieres!... *(Va hacia el gato y murmura:)* Es una broma del viejo...

Alberto. — ¿Tienes miedo?

Olga. — ¿Por qué he de temer a un gato embalsamado? Mira. *(Vuelve la espalda a Alberto y con su cuerpo esconde la acción simulada*

de acariciar el gato.) Ahí está; no se ha rebelado.

Alberto. — Natural... No eres tú quien está en cuarentena, sino yo.

Olga. — Entonces, prueba. Sospecho que va a sonar un timbre o se sentirá un golpe.

Alberto. — Significaría que yo soy un mentiroso. Atención. Uno, dos, tres. Aquí no hay truco, señores. ¡Silencio!...

Olga. — *(Sorprendida.)* No ha sonado nada.

Alberto.—Ya ves. ¿Quieres la contraprueba? Ya puedes estar satisfecha. *(Vuelve a pasar la diestra sobre el lomo del gato.)* Ni siquiera un maullido. Soy veraz y sincero.

Olga. — Somos sinceros.

Alberto.—Es verdad. Y ahora, un buen apretón de manos, señora de Grandi. *(Le tiende la mano con la palma para arriba. La palma aparece manchada de negro.)* ¡Oh, Dios!...

Olga. — ¿Dónde te has manchado?

Alberto. — No lo sé... Acaso el gato... *(Pasa la mano izquierda sobre el dorso del gato y la muestra también negra.* ¡Es él! ¡Bestia del diablo!... Pero, ¿y tú, entonces? ¿Cómo está tu guante inmaculado?

Olga. — ¿Yo?... *(Escondiendo la mano.)*

Alberto.—¡Cuidado! ¡Te mancharás el vestido!

Olga. — No importa.

Alberto. — Espera. Te lo saco yo.

Olga. — Lo haré yo misma.

Alberto. — No lo hagas. Sería peor. Mancharías el de la otra mano. *(Corre hacia ella.)* Yo te ayudo.

Olga. — *(Escondiendo las manos.)* ¡Te digo que no!

Alberto. — *(Agitando las manos.)* ¡Mira que es peligroso luchar con quien tiene las manos negras.

Olga. — Te digo que me dejes.

Alberto. — Obedezco. *(Olga trata de acercarse al gato. Alberto la observa mientras se envuelve la mano derecha en un pañuelo. De pronto, se planta entre ella y la mesa que contiene la cajita del gato. Le toma el brazo y se lo levanta, viendo que el guante está perfectamente limpio.)* Me lo imaginaba.

Olga. — ¡Estúpido!...

Alberto. — Has tenido miedo de verdad. ¡Me has mentido!...

Olga. — ¡Alberto, escucha!...

Alberto.—¡Me has mentido! *(Cae sobre un diván, abatido, escondiendo la cara entre las manos.)*

Olga.—¡Pero, escucha, vamos, por una tontería!... ¡Alberto!...

ESCENA ÚLTIMA

Comendador. — *(Entrando.)* Buenas tardes.

Olga. — *(Se levanta y lo mira.* ¿Estás contento?

Comendador. — Por hoy, sí. *(En voz baja a Olga.)* Partida perdida, señora mía. Me dejará el campo. Seremos generosos...

Olga. — *(Por lo bajo, al Comendador.)* ¿Y si me resolviese a quedar?

Comendador. — Entonces no seremos tan generosos. El viejo tío demostraría que no posee solamente gatos negros... Tengo aquí en el bolsillo una carta de mi viejo amigo el comendador Valli... Comisario...

Olga. — ¡Una venganza!...

Comendador.—¡Bah!... Cuestión de nombres.

Olga. — Está bien *(Fuerte.)* Alberto, te has equivocado. Tu tío no aprueba nuestro matrimonio.

Comendador. — Bien, bien.

Olga. — No quiero imponerme a la fuerza. ¡Adiós! *(Alberto no levanta la cabeza.)* ¡Adiós para siempre!

Comendador. — *(Indicando a Alciese,* lo detendría yo.

Olga. — *(Con un último llamado.)* ¡Alberto, Alberto!... Adiós... para siempre. *(Y como Alberto no responde murmura:)* ¡Imbécil!... *(Se va y tira el gato al suelo.)*

Comendador. — ¡Pobre Kiss! *(A Alberto.)* Perdóname, Alberto... Es bueno todo aquello que termina bien. Poseía pruebas de que esa mujer no era digna de ti. Pero era necesario que tú mismo te convencieses de ello. Si yo te las hubiese mostrado quizá tú mismo te hubieras rebelado contra mí. La suerte vino en mi ayuda. *Prosit.* La red más fuerte y segura tiene siempre alguna malla rota. No has tenido que escapar. Alégrate. Piensa en lo que hubieses llevado a nuestra casa, donde tu madre ha vivido tantos años, y donde tu prima María te espera. Porque te espera..., y tú vendrás conmigo..., ¿no es verdad? ¡Si tú vieras qué linda se ha puesto! Mira, he ido a retirar esta ampliación; mírala.

Alberto. — ¡María!

Comendador. — Sí, María, joven pura y sincera, que pasaría impunemente la mano sobre el lomo del gato. ¡Animo! Prepárate y vente conmigo. Dentro de una hora sale el tren... Dentro de dos estaremos en casa..., y verás que la fotografía es todavía inferior. ¡Animo! A tu edad, un clavo saca otro clavo.

Alberto. — ¡Tío!

Comendador. — Y silencio; ¡mucho ojo con María!

Alberto. — ¡Tienes razón!

Comendador. — ¡En buena hora! *(Lo toma del brazo.)* Pero antes muéstrate agradecido. *(Y como Alberto no se da por enterado, concluye:)* Levanta al pobre *Kiss*, ya que tienes las manos sucias...

TELON

Apostillas al margen...

(Continuación de la pág. 42)

que están junto a su mesa.) ¡Qué horror estos fotógrafos, lo molestan a uno en todas partes!

La sombra. — ¿Ese eres tú?

De la Vega. — ¡Disimula, hombre, disimula!

•

Concepción Ríos. — ¡Qué lástima!

La sombra. — ¿Por qué lo dices?

Concepción. — Por ellos.

La sombra. — ¿Qué te han hecho?

Concepción. — No sé. ¡Los quiero y no los quiero!

La sombra. — ¡Vea las cosas que se te ocurren en el comedor!

•

Llega la hora de un cuarto intermedio. Irrumpen en el salón veinte, treinta, cuarenta diputados y las sombras huyen asustadas. Parece que la media luz cobrara un tono más subido. La sugestión de las medias palabras se cuela por la puerta abierta y se va corredor adelante. Se mezcla con los recomendados del salón de pasos perdidos, que a fuerza de ser recomendados y estar en el salón de pasos perdidos, la dejan pasar sin darse cuenta.

•

La cronista. — *(Camina hacia el ascensor del recinto.)* ¿Por qué el comedor no es como en otras épocas?

La sombra. — ¿Quién te lo dijo?

La cronista. — La ausencia de sandviches de pavita, por ejemplo.

La sombra de González Bonorino. — *(Sale inesperadamente.)* Porque ahora "allá"... también se paga...

La cronista. — *(Trepa al ascensor y llega al recinto haciendo filosofía.)*

Un "cottage" de Belgrano

(Continuación de la pág. 40)

del "cottage": la puerta tiene un marco de herrería artística que facilita el acceso de la luz. El hall está unido por puertas corredizas al comedor y al "living-room", ligando así bien la recepción. El "bow-window" del comedor y las ventanas amplias del "living-room" permiten la iluminación y ventilación de esas habitaciones. Está de más decir que esto no es solamente higiénico, sino estético, porque las casas sombrías, donde no entra la luz del sol, no pueden ser sanas ni hermosas.



SIEMPRE conserva su aspecto de *nuevo*

NO importa que lave el vestidito de su nena todas las veces que sea necesario. Siempre conservará ese aspecto de recién salido de la tienda. Gracias a su gran propiedad de no encoger nunca ni perder su color, la "Viyella" se hace indispensable para los trajecitos de los chicos, que son los que menos cuidan su ropa. Además es un género tan abrigado, que sus niños no necesitarán ese exceso de camisetas que las mamás acostumbran a poner debajo de los vestidos y que tanto los mortifica. Protéjalos con "Viyella".



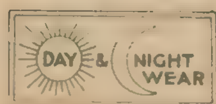
Lana "Viyella" para tejer

Los tejidos a mano, están a la orden del día y si se preocupa de seleccionar los tonos a emplearse, obtendrá hermosas combinaciones de moda. La lana para tejer "Viyella" viene en una cajita que la protege mientras se teje y rinde extraordinariamente.

La alegre y graciosa carita de esta nena, revela bien a las claras que está encantada con su nuevo vestidito de "Viyella". Hágale hoy mismo uno a sus nenes.

Exija siempre

"Viyella"



Si no lleva la marca "Viyella" en la orilla de la tela, no es "Viyella".

En venta en todas las buenas tiendas.

No encoge ni pierde su color



• La moda de los dormitorios para huéspedes data de antiguo y significa en todo hogar una costumbre de hospitalidad y de señorío. El dormitorio que presenta esta página está inspirado en los tonos "blues", que tanto se usan hoy en la decoración. El sutil "blue violeta" de las cortinas es el tono más moderno de esa tendencia. Para acentuar tal color, los volados plegados de las mismas cortinas y del tocador están ribeteados por una angosta cinta roja. La colcha y el forro del sillón son de cretona color ciruela con pequeñas hojas "blue violeta". El conjunto fué inspirado por el papel de la pared, cuyo motivo decorativo son frutillas esparcidas entre flores primaverales. El sillón que está en primer término es de terciopelo "blue violeta". Las cortinas y volado del tocador, de zaraza del mismo color. Los visillos blancos de voile de hilo. En el conjunto armonioso de este dormitorio de estilo Independencia Norteamericana, se destaca vivamente la silla verde, y ponen una nota más clara la alfombrita que está ante la chimenea, el recipiente de la leña decorado de naranja y rojo, y las pantallitas rosa vieja de las lámparas del toilette. Dos espejos de forma distinta y dos o tres objetos de arte completan, junto con dos floreros, los detalles de la habitación.

El arte y el confort en el hogar

LOS SOMBREROS DE ULTIMA MODA



• Arriba, a la izquierda, sombrero en fieltro beige, con una banda violeta y anaranjada.

• A la derecha, un nuevo modelo llamado tricornio boina, en fieltro negro rayado, con una pluma que acentúa su línea.

• Arriba, a la derecha, pequeño paletot en seda roja obscura, con un original adorno de cinta.

• Boina en fieltro negro, con un borde lengua que ciñe la frente.

• En medio de la página, turbante en crêpe de lana blue pastel, provisto de una ancha banda con pequeñas alforzas que rodea la cabeza.

• El turbante de abajo es en género verde París. El material se drapea alrededor de la cabeza, terminando en un gran moño.



Et voila, madame!



Vuelve a imperar el cabello corto

Monsieur Antoine, el famoso peinador francés, contempla la cabeza rubia que acaba de peinar. A monsieur Antoine le desagrada el cabello ondulado, y dice que el lacio es más juvenil. Siempre lo alisa antes de comenzar a trabajar. Peina cientos de cabezas, todas diferentes, pero siempre dándoles un efecto escultórico. Al preguntársele si esa era la primera vez que había hecho ese peinado, respondió:

—Siempre es la primera vez...

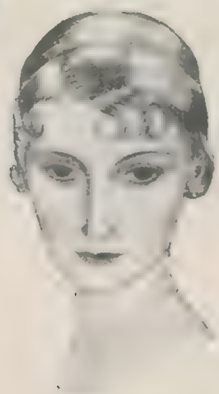
Es tan importante la armonía del peinado y del sombrero, que una acreditada casa de Nueva York ha arreglado sus salones para conseguir esto a la perfección. Primeramente, se llama al peinador, quien estudia el rostro de la clienta y la peina de acuerdo con sus facciones. Luego viene la sombrerera. Ella no le planta el sombrero sobre la cabeza, sino que le va dando forma sobre el peinado y alrededor de él para que luzca todo lo posible.

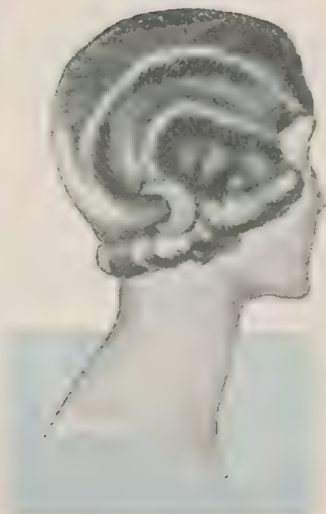
Charles del Ritz dice que muchas damas de cierta edad llegan hasta él diariamente para hacerse cortar aun más sus cabellos. La prolijidad del corte las hace parecer mucho más jóvenes. Los modelos de peinados que reproducimos tienen cabellos de diez centímetros de largo. Algunos de ellos están peinados atrás con un rulo Charles, el boucle renversé. La onda comienza muy baja, dejando chata la parte de arriba de la cabeza.



El año pasado el mundo estaba lleno de mujeres con rulos que caían hasta casi los hombros. Era una moda encantadora para jovencitas, pero que se hacía bastante difícil para aquellas que habían pasado los veinte años. Pero este año hemos cambiado y vuelve el cabello corto, imperando de nuevo el peinado pequeño y compacto. Todos los peinadores opinan que los efectos del peinado de "jovencita" han tenido su día, pero que han desaparecido, al menos por ahora.

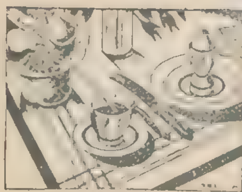


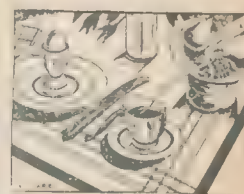












● Con el presente número, El Hogar inicia la publicación de páginas destinadas a guiar a las dueñas de casa en todo aquello que tenga relación con el confort, el arte y la higiene de la vivienda. Uno de los asuntos más importantes en la ciencia doméstica es el arreglo de la mesa. Una mesa bien puesta atrae la vista y prepara el apetito. De ahí que el cuidado que se ponga en tal quehacer llegue, a veces, a exagerar el detalle. Esta página presenta una mesa tendida para cuatro personas. Observémosla atentamente y veamos hacia dónde se orientan la comodidad y la moda en lo que se relaciona con el comedor.

El arreglo de la mesa

● He aquí la disposición elegante de una mesa para cuatro personas. El mantel, a paños florados y lisos, demuestra el buen gusto del ama de casa. Ese buen gusto revela su inclinación al arte en los bibelots de porcelana que se enfrentan en los ángulos. Los antiguos floreros, cuya altura impedía ver a la persona que se sentaba al otro lado de la mesa, han desaparecido, para dar lugar a los "centros" de cristal o mayólica, en que las flores de la estación se sienten más cómodas. Cada comensal tendrá su salero, y en un platito hacia la izquierda, un trozo de manteca modelado por máquina. La cristalería estará compuesta por dos copas para cada uno: la de vino y la de agua. Esta última estará servida en el momento de sentarse los comensales. La servilleta se pondrá encima del plato. Bastarán dos cubiertos para el servicio de la mesa. Y un pequeño cuchillo ad hoc para la manteca, que se pondrá en el platito respectivo. Repárese también en las salseritas, con su correspondiente cuchara, que completan cada cubierto.

UNICO
TRATAMIENTO
EFICAZ Y CIENTIFICO!
Alivia en un instante el dolor de...



CALLOS

Juanetes - Callos entre los dedos - Callosidades Plantares

Los ZINO-PADS DEL Dr. SCHOLL alivian en un instante el dolor más rebelde, suprimen la causa que produce el callo o callosidad, que es la presión y roce del calzado y eliminan el mal por el procedimiento natural de absorción.

Una vez que el callo desaparece por completo, jamás reaparecerá si Vd. aplica Zino-pads en cuanto se presenta cualquier irritación producida por el calzado nuevo y apretado.

Recuerde que es el único tratamiento científico y que:

El peligro de infección a que se exponen los que aun tienen la perniciosa costumbre de cortarse los callos y el ardor producido por los emplastos o líquidos cáusticos que irritan los tejidos, quedan completamente anulados con el uso de los Zino-pads del Dr. Scholl, en razón de ser estos absolutamente seguros, protectores impermeables (no se desprenden ni en el baño) y de efecto garantizado.

Los Zino-pads del Dr. Scholl se elaboran en 4 tamaños y formas diferentes que son: para Callos — para Juanetes — para Callos entre los Dedos y para Callosidades en la planta.





Facsímile de la estampilla que cierra cada sobrecito de Zino-pads del Dr. Scholl.

CALLOS
La cajita con 12 Zino-pads del Dr. Scholl, $ 1.-

UN NUEVO ENVASE QUE ES UNA
GARANTIA
más para Ud.!

Habiéndose comprobado, en diversas ocasiones, la existencia en plaza de ciertos productos (vulgares parches anónimos e ineficaces) que se ofrecen como Zino-pads del Dr. Scholl, insistimos en hacer constar, para bien del público y en defensa del prestigio de nuestra especialidad, que los

ZINO-PADS Legítimos del Dr. Scholl

se expenden en sobrecitos cerrados, por estampillas de seguridad que llevan la firma del Dr. Scholl y envasados en una pequeña caja de color amarillo como la que va reproducida al margen.

LA CAJITA DE CUALQUIER TAMAÑO VALE $ 1.—



JUANETES
La cajita con 6 Zino-pads del Dr. Scholl, $ 1.-



CALLOS ENTRE LOS DEDOS
La cajita con 9 Zino-pads del Dr. Scholl, $ 1.-



CALLOSIDADES PLANTARES
La cajita con 6 Zino-pads del Dr. Scholl, $ 1.-

Recorte este cupón

MUESTRA Y LIBRITO GRATIS

Cía. Dr. Scholl
Av. de Mayo 1431 o Florida 48 — Buenos Aires

Sírvanse remitirme una muestra de los Zino-pads del Dr. Scholl para callos y el librito "Tratamiento y cuidado de los Pies", por el Dr. Wm. M. Scholl.

NOMBRE ....
DIRECCION ....
CIUDAD .... PROVINCIA ....

EH

Zino-pads del Dr. Scholl

Cosmos

consultorio de belleza femenina

Cómo dar al rostro belleza y simpatía



ANTES



DESPUÉS

EL dictado actual de la moda puede resumirse en esta frase: "Adoptar el color y la línea que más nos sienten."

Igual postulado ha de regir en el arreglo personal del rostro. Nada más importante hoy que el retoque o "compostura de la fisonomía" ante el espejo, al vestirse para salir.

He aquí algunos principios básicos para esta operación. Siguiéndolos fielmente, mostraréis siempre "vuestra cara más bonita".

La figura de la izquierda nos presenta a una mujercita con el cabello castaño, lacio, y el rostro sin ningún apresto.

Ha limpiado bien su piel y ha extendido una crema adherente que cree necesaria. Al mirarse al espejo nota que está sumamente pálida, que las pestañas son cortísimas y que las cejas están descoloridas.

Empieza, pues, por elegir el "rouge" más conveniente a su *complexión*.

Si necesita lucir sus mejillas rojas por muchas horas, acude a la crema carmín y recompone el color cada vez que lo nota débil, con su polverita de "rouge" compacto del mismo tono, que lleva con toda previsión en la cartera.

El "rouge" en forma de crema parece más natural, pues se identifica con la epidermis.

La dama de nuestro ejemplo usó durante mucho tiempo su "rouge" en forma inadecuada. Situábalo muy bajo, y eso daba a las mejillas un aire avejentado que la irritaba. Ideó entonces trazar líneas imaginarias en su rostro (fig. 1), estableciendo el límite preciso que debía ocupar el colorete. Estas líneas parten una de la pupila y otra del lóbulo de la oreja, para encontrarse a igual distancia de la nariz, a uno y otro lado de la cara.

Este ángulo de defensa salvó a sus mejillas de aparecer hundidas y marchitas.

No es medida estricta para todas las caras, pero este ángulo sirve de índice general para colocar inteligentemente el "rouge". Queda librado al criterio de cada una la intensidad del tono y la cantidad de color depositado.

Es necesario no olvidar que el "rouge" se pone en el centro y luego se va extendiendo hasta dejarlo esfumado en el límite propuesto: así pasará inadvertido.

Para los labios adoptó un lápiz en armonía con el antedicho "rouge".

Antes de adquirir su actual maestría, acostumbraba pintar sus labios solamente en sus bordes externos, lo cual daba una línea poco graciosa a la boca.

Hoy empieza por colorear el interior de los labios y una vez bien untados no trata de unificar el lápiz con la yema del meñique, sino que aprieta aquéllos sobre una batista fina. Con ello quita el exceso de color sin atentar a su brillo particular, y obtiene una boca sonrosada y juvenil.

Pero su sorpresa fué mayor cuando notó el mágico efecto que producía una ligera atención de los ojos. Creía inocentemente que los cosméticos de cejas y pestañas solamente serían posibles para el arreglo nocturno del rostro.

Bien pronto se convenció del error en que había vivido, y halló del mejor gusto sombrear sus párpados ligeramente con polvo marrón, desechando el negro del viejo ritual. Este daba a la cara un viso de máscara soportable únicamente en el tablado.

Con un cepillito suave limpió perfectamente cejas y pestañas.

Luego aplicó "rimmel" a éstas, valiéndose de una pasta igualmente marrón, y, sin mojar demasiado el cepillito, lo pasó repetidamente por las cejas, de adentro hacia afuera, manteniendo los ojos abiertos.

Como para las mejillas, al ponerse "rouge" tuvo cuidado que la sombra de los ojos estuviera acentuada en el centro del párpado, para perderse lentamente hacia los vértices externos.

Durante el día acostumbró luego usar un gris obscuro para sombrear sus ojos, notando que le sentaba tan admirablemente como el marrón.

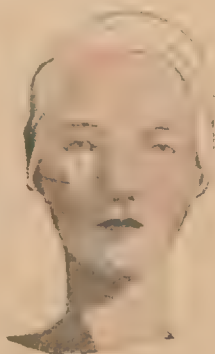
Por varios meses le preocuparon las cejas. ¡Si al menos fueran un poco más largas y más definitivamente marcadas!

Su ingenio le sugirió cepillarlas primero en sentido natural y después a la inversa. Luego, pacientemente, volvió a alisarlas, y con un lápiz marrón obscuro dibujó el arco interrumpido por la escasez pilosa en las puntas. La curva enérgica y perfecta de las cejas dió tal expresión a su fisonomía que se sintió maravillada. Ya no le quedaba sino retocar con polvo algunas partes de la cara y pasar el cepillo a fin de quitar rastros del mismo en las cejas, los labios y las pestañas.

Otra cosa que no olvidó, por la noche, fué sacarse prolijamente esos cosméticos antes de entregarse al sueño. Si durante el día halla inconvenientes para usar agua y jabón, limpia su rostro con un líquido o crema, mediante un algodón, hasta librarlo de la menor partícula de polvo.

Y ahora, lectoras, preguntamos a vosotras: ¿no os agrada más esta damita en su retrato de la derecha?

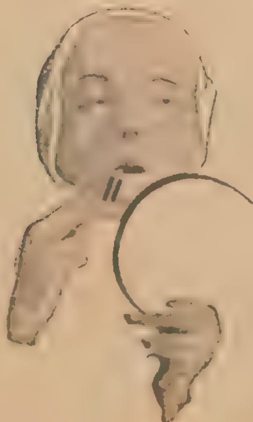
Naturalmente, que sí. Esto viene a demostrar que el uso moderno de los afeites en el arreglo de la cara constituye una importante parte del atavío femenino, al igual de los vestidos y sombreros que determinan su elegancia.



ÁNGULO IMAGINARIO PARA LA COLORACIÓN DEL "ROUGE"



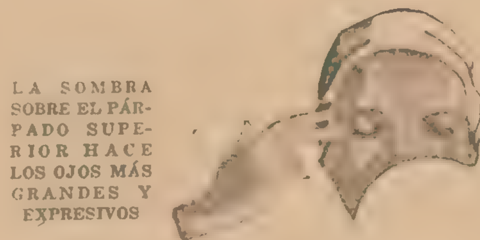
DESLIZAR EL COLOR HASTA ESFUMARLO EN LOS BORDES



PINTAR LOS LABIOS DE ADENTRO AFUERA. NO TRAZAR EL "ARCO DE CUPIDO" A MENOS QUE SIENTE A LA CARA. CARGAR EL "ROUGE" EN EL CENTRO



EL "RIMMEL" SE APLICA CON CEPILLITO, NO MUY HÚMEDO, MANTENIENDO ABIERTOS LOS OJOS



LA SOMBRA SOBRE EL PÁRPADO SUPERIOR HACE LOS OJOS MÁS GRANDES Y EXPRESIVOS



RECTIFICAR EL ARCO DE LAS CEJAS CON UNA PINCELADA USANDO LÁPIZ DE SU MISMO COLOR

por la Doctora Equis

1º **EL TEÑIDO DEL CABELLO** con recetas caseras resulta siempre un desastre. Mi mejor consejo es que se ponga usted en manos de un buen profesional.

2º **CONTRA LAS GRIETAS DE LOS LABIOS** puede emplearse esta pomadita: Aceite de almendras, 60 gramos; cera amarilla, 35; espermaceti, 5. Perfúmase con esencia de limón o bergamota. — *Morocha desesperada.*

1º **EL AGUA DE ALUMBRE PARA DUCHAS** se prepara disolviendo dos cucharadas de polvo en un litro de agua caliente, que se deja enfriar totalmente antes de usarla.

2º Al endurecerse, el seno adquiere, naturalmente, menor tamaño.

3º El tratamiento por duchas frías aunque de suma eficacia es lento y debe realizarse con la mayor regularidad y perseverancia. — *Una azuleña constante (Azul).*

LAS MANOS ENROJECIDAS denotan a veces mala circulación. Sumérjalas en agua caliente, en donde habrá vertido unas gotas de Colonia y fricciónelas con zumo de limón.

Por la noche, es bueno locionarlas con alcohol alcanforado y untarlas de lanolina, calzando guantes durante el sueño. — *Kitume. (Buenos Aires.)*

1º **CONSIGUESE ENDURECER Y LEVANTAR EL SENO CAIDO** aplicándole de noche compresas empapadas en el líquido que se resulta de macerar durante 24 horas, 300 gramos de flores de verbena en ¾ litros de vinagre.

De mañana se lavan con agua fría y unas gotas de tintura de benjuí.

2º Los ejercicios de tronco le son todos favorables: flexión, extensión y torsión en movimientos combinados. — *Morocha de Mercedes.*

1º **UNA BUENA PASTA DENTIFRICA** se obtiene mezclando: Carbonato de magnesia, 30 gramos; creta preparada, 120; jabón medicinal en polvo, 60; carmín disuelto en amoníaco, mentol en alcohol y glicerina parte iguales para formar pasta.

2º **PARA ENGROSAR LAS PIERNAS** haga todas las mañanas un enérgico masaje en ellas con guante de crin y agua caliente, agregando una pequeña parte de jabón en polvo. Una vez secas, les da una fricción de talco. — *Vidalita (Dolores).*

1º EL REGIMEN PARA ADELGAZAR consiste en comer carne asada, verduras y mucha fruta. Excluya en absoluto de su alimentación las legumbres farináceas, pastas, cremas, dulces, manteca y manjares suculentos. El pan, en poca cantidad y siempre tostado. Nada de beber durante las comidas y permanezca de pie el mayor tiempo posible. De mañana, al despertar, beba una taza de agua caliente.

2º En el comercio hallará un líquido ya preparado para evitar el sudor axilar. Sírvase leer los avisos de EL HOGAR. — *Gordita desesperada. (Buenos Aires.)*

1º **CUANDO SE NOTA MAL ALIENTO** conviene consultar a un médico. En ocasiones proviene de mal funcionamiento de las vías digestivas o respiratorias. Entretanto, enjuage la boca dos o tres veces por día con una gotas de este elixir en medio vaso de agua tibia:

Anís, 30 gramos; canela, 8; clavo, 8; cochinilla, 3; esencia de menta, 5.

2º Es preferible que acuda a un especialista de la piel, quien con un simple toque le quitará esas manchas.

3º **LAS ARRUGUITAS DEL PARPADO INFERIOR** se borran con lociones de:

Agua filtrada, 200 gramos; leche de almendras, 50; alumbre, 4.

Cuídese de no frotar esa delicada región, ni con la toalla, si quiere conservar bien la tez. — *Catamarqueña (Catamarca).*

1º Puede usar la pasta de almendras cuya fórmula se dió en repetidas ocasiones desde esta misma sección.

2º Le será de gran utilidad una mezcla en partes iguales de: zumo de limón, glicerina y agua oxigenada.

3º Lamento no poder complacerla, pues los ingredientes de esa crema constituyen el secreto de sus fabricantes. — *Ojos negros (Dolores).*

1º Le aconsejo se unte las manos noche y mañana con esta crema:

Lanolina	200	gramos
Parafina	40	„
Vainillina	0,20	„
Esencia de rosas....	10	gotas

2º **APLIQUE TANTO A LAS CEJAS COMO A LAS PESTAÑAS** un líquido compuesto por ron, tintura de quina y aceite de ricino en proporción igual. — *Rubia del Edén (Santa Fe).*

Con masaje bien dirigido logrará su objeto. También es conveniente el uso de un aparato corrector, cuya forma debe establecer el médico después de examinar sus extremidades inferiores. — *Morocha de Villa María (Villa María).*

1º Lave la cabeza dos veces a la semana con jabón de alquitrán o de resorcina y agua caliente. Al enjuagarla, agregue una cucharada de vinagre blanco al agua final.

2º Fortifique esa debilidad capilar dando un masaje al casco, humedeciéndolo previamente con la siguiente loción:

Agua de Colonia......	100	gramos
Tintura de cantáridas.	12	„
Esencia de romero....	20	gotas
Esencia de espliego...	20	„

3º No hay duda que el vello incipiente notado hoy, crecerá mucho. — *Lectora presumida (Buenos Aires).*

Toda correspondencia sobre temas de Belleza e Higiene femeninas, debe ser dirigida a la "Doctora Equis" (Consultorio de Belleza, de "El Hogar", Río de Janeiro 300). La doctora Equis contesta en esta página a todas las consultas que se formulen, en turno riguroso, con la minuciosidad de datos que el caso requiera, y con la autoridad y experiencia que puede advertirse en el interés de esta página.

El recuerdo

Cuento de
Irurozqui Garro



"ESA NOCHE, SOLA EN SU CUARTO, LOS RECUERDOS DE LA TEMPORADA PASADA EN LA SIERRA LA ENAJENARON..."

TOCABA a su término el verano y en los pueblos de la serranía cordobesa empezaban a ralear los concurrentes.

Día a día, el sonido estridente de las bocinas de los autos frente a los hoteles y las casas de huéspedes anunciaba la partida de algún visitante.

Uno de esos días, a la hora en que apenas asoma el sol sobre las lomas, el vocerío se hizo ensordecedor. Una verdadera caravana de turistas se detenía frente al hotel más importante de la población, como requiriendo la presencia de alguien que debería plegarse a ella.

Poco tardó en aparecer en el portalón de entrada una simpática y atrayente figura de mujer: era Carmen Valdez, el ídolo de la colonia veraniega, en la magnífica floración de vida de sus veintidós años. Apenas de mediana estatura, morocha, rizosa melena como la endrina y airoso talle; tal era en lo físico aquella mujer. En cuanto a lo demás, se decía que era inteligente, que cultivaba su espíritu en la sana y provechosa lectura de los más afamados escritores de todos los tiempos, sin hacer distingos ideológicos; que no se dejaba seducir por los halagos del mundo; que no era afecta a admitir chicoleos — no se le conocían simpatías ni novios; — en fin, que no se parecía al resto del elemento femenino veraneante, como no fuera en conducir su voiturette por los caminos, en horas de la madrugada, cuando duermen los demás mortales, y entretener las horas libres del día — que lo eran casi todas — concurriendo a tal o cual reunión social.

Descendió Carmen pausadamente la gradería que llevaba al camino y ocupó su pequeño vehículo, que hacía poco abandonara para tomar el desayuno.

En ese momento aproximóse al estribo un caballero de unos treinta años, quien saludó cortésmente a Carmen. Esta devolvió el saludo con acentuada afectuosidad. Así lo revelaban el brillo de sus ojos, la sonrisa en que se entreabrieron sus labios y el sonrojo que afluyó a sus mejillas. Algo le dijo ella entre dientes, pues el caballero — Ernesto Gutiérrez — hizo señas a sus compañeros para que marcharan solos en el auto, y ocupó el asiento al lado de la gentil muchacha.

Dió Carmen la señal de partida, en medio de las aclamaciones de los que participaban de la excursión, y allá se fueron todos alegres y asombrados. Y en la marcha fué el hacer comentarios. Jamás habían visto a Carmen tan locuaz; jamás se notó en ella indicio alguno de enamoramiento. Y ahora, justamente ahora, cuando Gutiérrez se marchaba, dejaba escapar el clásico suspiro que revela el secreto del alma enamorada.

Solos, haciendo punta, iban Carmen y Ernesto en la veloz voiturette, escapando a la curiosidad malsana de los acompañantes. Parecían dos recién casados que quisieran burlar las indiscretas miradas circundantes, para dar suelta al sentimiento que los embarga.

Cuando llegaron a la primera estación hicieron alto y abandonaron los autos en mano de algunos pilluelos que se ofrecieron para cuidarlos. Un mozo de estación cargó con las maletas de Ernesto y de dos amigos suyos que también se marchaban a la doctoral ciudad y todos tres ocuparon su asiento respectivo en el coche que había de conducirles. Y comenzaron las despedidas.

Carmen y Ernesto nada o casi nada se dijeron. Pero en las miradas de la una y del otro había una pregunta y una respuesta mutuas. Parecía que ambos se preguntaran: ¿Me olvidarás?, y que se respondían: ¡Nunca!...

Partió el tren; sus manos se entrelazaron en un apretón muy ceñido, en el que pusieron todo lo más íntimo de su ser.

Después, cuando el convoy se perdía bordeando la falda de la sierra, dos pañuelos, agitándose lentamente, unían a través del espacio a esos dos espíritus; uno que quedaba aprisionado entre los riscos montañeses y otro que huía, sin querer, quizás, para recuperar el señorío de las grandes ciudades, donde la libertad no tiene límites cuando la acompaña la fortaleza.

El regreso al pueblo fué, si no triste, melancólico, si vale la expresión.

Alguien — una de las muchachas — aseguraba haber visto asomar a los ojos de Carmen más de una lágrima furtiva. Uno de los jóvenes aseveraba, a su vez, que los labios de Ernesto temblaban cuando dijo adiós a aquélla, como si quisieran cerrarse en un beso en lugar de dar paso a las palabras.

— Esas son suposiciones — decían los más.

Al llegar los excursionistas frente al hotel en donde vivía Carmen detuvieron los vehículos, saludaron cariñosamente a ésta y siguieron su camino.

Carmen abandonó su coche y fué en busca de su padre: un señor de aquellos tiempos en que ser señor era más que ser algo en la vida, porque era serlo todo. Su padre la esperaba en el comedor.

— ¿De dónde vienes, hija? — interrogóla don Pablo, que tal se llamaba, al verla llegar desasosegada.

Carmen sólo atinó a decirle, dejándose caer en una silla:

— ¡Papá, se ha marchado!...

Debió pronunciar estas palabras con tan honda tristeza, que don Pablo, alarmado, le dijo:

— ¿Quién?...

— Ernesto — musitó Carmen; y sus ojos se anublaron cual si quisieran encerrar tras los párpados la figura del hombre amado.

Don Pablo contempló a su hija con ternura, y, a modo de consuelo para ella y para él, dejó escapar con voz débil esta frase:

— Conserva su recuerdo, hija mía. Así pasó también con tu madre, hasta que la maldad de los hombres la alejó de mi lado.

Ambos enmudecieron.

MIENTRAS, en la población, los amores de Carmen con Ernesto eran la comidilla de la charla social.

¿Cuándo y cómo pudo nacer esa amorosa amistad entre aquéllos?

Rara vez se les había visto largo tiempo juntos, salvo cuando se realizó un gran

Ilustraciones de López Osorno

baile de beneficencia. Se había corrido la voz de que Gutiérrez era poeta o, cuando menos, que escribía muy bonitos versos. Y fué Carmen quien le interrogó sobre el particular.

— ¿Es verdad, señor Gutiérrez, que es usted poeta? — preguntóle la niña

— Esas son habladurías de algunos amigos para ponerme en ridículo...

— Eso, no. Papá me ha dicho que ha leído algunos versos suyos...

Ernesto, ante ese argumento, tuvo que confesar la verdad.

— Efectivamente, en otro tiempo cometí el pecado de cortejar a las musas; pero, ahora, no creo que me sean propicias...

Carmen, al ver que Gutiérrez flaqueaba, atacó de firme.

— Y si le resultaran propicias, ¿volvería usted a pecar?...

Y sus ojos se clavaron en los de Ernesto, inquiriendo una respuesta en la que campeara la verdad, y, acaso, deseando que fuera verdad lo que anhelaba.

Ernesto calló, pero dijo que sí con la cabeza. Cambió luego de tema, y, a poco, se retiró, simulando tener que ausentarse de la fiesta por un momento.

Más tarde le vieron buscar ávidamente a Carmen hasta dar con ella. Y vieron o supusieron ver que le entregaba un papel que la muchacha escondió en el pecho cual si fuera un tesoro.

DESDE el día en que se marchó Ernesto hasta el de su partida, que no tardó en llegar, Carmen se mantuvo alejada de todo trato social, dando pábulo, naturalmente, a que se bordaran mil curiosas historias cuyos protagonistas eran ella y Ernesto.

Antes de marcharse, por exceso de sociabilidad, accedió a que sus amigas y amigos la agasajaran. Pero, al dejar el pueblo, iba presa de una idea fija que la obsedía hacía tiempo: encontrar a Ernesto en cualquiera parte y unirse a él por el resto de la vida.

Pasó unos días en Córdoba. Amañóse para saber si estaba en ella y logró averiguar que se había marchado a Buenos Aires. Y a Buenos Aires se fué con su padre, cuyos intereses estaban en la gran capital.

Cierto día — así lo aseguró a don Pablo — yendo de compras con unas amigas, vió pasar a Ernesto por su lado. Iba a hablarle, pero la alegría la inhibió por entero y sus labios se negaron a expresar el estado de su alma. Cuando reaccionó, la figura de Ernesto se había perdido entre la balumba de las gentes que transitan por Florida.

Esa noche, sola en su cuarto, los recuerdos de la temporada pasada en la sierra la enajenaron y se agolparon en su cerebro desfilando atropelladamente, pero eso sí, con la nitidez con que se graba lo que se ha visto y vivido. Instintivamente echó mano a la cartera y extrajo de ella un papel que desdobló cuidadosamente. Era el que le diera Gutiérrez. En él estaba escrito un madrigal — que leyó en voz baja, como quien masculla una oración — que decía así:

"Me miraste a los ojos esta noche.
Y tus ojos, radiantes y serenos,
clavaban sus pupilas
cual dos puñales en mis ojos buenos.
Y era tal la belleza
con que nimbaban tu semblante austero,
que, si llegasen a faltarme todas
las dichas del vivir y el pensamiento
se negara a expresar mis emociones,
sólo le bastaría a mi deseo
de ser feliz, que tus tranquilos ojos
volvieran a mirarme, para serlo."

Y leyó el madrigal una y otra vez, como interrogándole por su autor, quedo, muy quedo, cual si temiera que alguien la oyese, pues nadie más que ella era dueña de saber su contenido.



"SE VIÓ AL LADO DE ERNESTO, A LA VERA DE LOS CAMINOS, CONTEMPLANDO EL PAISAJE SERRANO..."

PASARON cinco años, sin que Carmen supiera nada de Gutiérrez.

En ese lapso se produjo la muerte de su padre, y la fuerza de las circunstancias la obligó a ir a vivir con su madre, quien, al año de enviudar, se casó otra vez.

Un día todo era ajetreo en casa de la madre de Carmen. Por la noche se daba una gran recepción. Lo más granado de la sociedad asistiría a ella, y Carmen, so pena de pasar por incivil, tenía que hacer, juntamente con su madre, los honores de la casa.

Y llegó la hora de la fiesta.

Llenáronse los salones de parejas. Todo era alegría. Sólo Carmen estaba fuera del ambiente que la rodeaba. Su pensamiento vagaba muy lejos, buscando al único hombre que la llamara hermosa, sin falsía.

En medio del bullicio buscó asilo en un saloncito apartado que daba sobre los jardines y se entregó a sus recuerdos cual si existiera en ellos el lenitivo a su soledad, en medio de modalidades que no compartía. Sin el amparo de su padre, sin el cariño del hombre que amaba, únicamente el recuerdo le daba la sensación de existir.

Todo un pasado armonioso, con la pura armonía de lo que se sueña despierto, volvió a su memoria. Se vió al lado de Ernesto, a la vera de los caminos, contemplando el paisaje serrano, mientras desfilaba por una senda un pequeño rebaño de ovejas, que parecía un hilo de lana desmadejado por el capricho de un pintor; sintió el contacto de su mano ardorosa estrechando la suya al despedirse y el fuego de sus miradas que le producían desconocidos estremecimientos, y escuchaba sus palabras que, a modo de rocío bienhechor, caían en su joven espíritu.

Diríase que en el apartamiento voluntario del bullicio de la fiesta revivía esos hermosos instantes de su vida.

Entregada a su ventura estaba Carmen cuando hizo su entrada en el salón Ernesto Gutiérrez, acompañado por el padrastro de aquélla. Se conocían desde antiguo y accedió a la invitación deseoso de encontrar a Carmen, a quien nunca olvidara, a pesar de los altibajos de su vida andariega.

Cuando le llevaron a presencia de la joven, ésta, con la sagacidad propia de la mujer enamorada, fingió no haberle visto jamás en la vida. Invitó a Ernesto a compartir con ella el amplio confidente que ocupaba el centro del saloncito, y, al quedar solos, quiso decirle algo, pero no pudo. Brillaron sus ojos con extraño fulgor y los empañaron después algunas lágrimas. Echó la cabeza hacia atrás y quedó como aletargada. A través de las lágrimas, cual en sueños, Carmen sonreía.

Poco a poco el rostro de Gutiérrez fué acercándose más y más al de Carmen, y ésta, en un impulso irrefrenable, enlazó con sus brazos el cuello de aquél y con la dulce voz de sus quereres infinitos, balbuceó: "Ernesto"... Y los labios se sellaron en un beso, a tiempo que a un golpe de arco del violín ponía la orquesta punto final a los acordes de un vals.

— Vámonos — dijo de pronto Carmen a Gutiérrez.

Por su mente había pasado como un chispazo la respuesta que dió a su padre al volver de despedir a Ernesto: "¡Papá, se ha marchado!..."

Cuando la fiesta tocó a su término, ambos habían desaparecido.

El recuerdo era prisionero de la realidad a impulsos del deseo.

FIN.

Juliana Insfrán...

(Continuación de la pág. 23)

hambre! Lo ve vacilar y lo recibe en sus brazos. Cuando vuelve en sí le ofrece una taza de café y, una vez reanimado, tratan la capitulación.

Al recibir la noticia, López montó en cólera y dió un decreto declarando cobardes y traidores a la patria a los defensores de Humaitá...

Juliana está en Asunción. Se la llama desde San Fernando y acude llorando. Un ayudante de López la recibe y le intima, por "orden superior", que lo siga. Es conducida ante el tribunal:

— ¿Tenéis conocimiento — le preguntan los jueces — de una conspiración fraguada contra la vida del Excmo. Señor Mariscal?

— Ninguno — contesta Juliana con firmeza. — He acompañado siempre a madama Lynch hasta el momento de ser traída ante este tribunal.

— Han declarado contra vos el arcediano Juan Evangelista Barrios y el cirujano Roque Céspedes. ¿Qué os dijo vuestro marido en la última entrevista que tuvisteis con él? Declarad la verdad: ¡Habéis estado en connivencia con los traidores, vos y vuestro marido el coronel Martínez!

— Ni yo ni mi esposo somos capaces de semejante felonía. Él es un militar pundonoroso que ha servido a la patria con nobleza y valentía. Yo, la mujer de ese héroe, llevo con dignidad su nombre.

Después de aquel primer interrogatorio, Juliana fué abofeteada y encerrada en un calabozo. Madama Lynch la visitó, y fingiendo compadecerse de ella, le aconsejó que confesara.

— ¡Nada! — gritaba Juliana. — No tengo nada que confesar. ¡Váyase! ¡Usted es una mala mujer y una falsa amiga!

Inmediatamente se procedió a torturarla. Los esbirros la amarraron, le arrancaron las ropas a tirones y, empuñando un grueso "teyú-ruguay" látigo de tan tremendos efectos como el "knut" cosaco, procedieron a azotarla. La sangre salpicó el rostro del sayón y a cada golpe arrancaba piltrafas sangrantes del cuerpo desnudo de la infeliz. Luego fué colocada en el cepo colombiano, suplicio en que la víctima es descoyuntada poco a poco. Clamaba Juliana al sentir la dislocación de sus huesos.

— ¡Confesad! — le aconsejaban sus verdugos. — Dadnos los detalles de la conspiración de Martínez.

— ¡Ay! — se quejaba la mártir. Y sobreponiéndose al dolor repudiaba la acusación vergonzosa: — No sé nada — decía. — ¡Mentira! ¡Es mentira! Martínez no es culpable. Quitadme la vida, pero no lograréis que deshonre su nombre... ¡Verdugos!

Arreciaban la tortura y los ayes de dolor:

— ¡Socorro!... ¡Basta, por favor! ¡Misericordia, Señor Dios mío!

Juzgando insegura su posición, López se trasladó de San Fernando a Villeta, y al hacerlo dió orden que todos "los reos" fuesen conducidos a pie y fusilados o lanceados los que no pudiesen sufrir el penoso viaje. Entre esas pobres víctimas iba Juliana, consumida por el sufrimiento.

Aunque moribunda, Juliana seguía protestando su inocencia, pidiendo que se le quitara ya la vida, que nada tenía que declarar. En la imposibilidad de quebrar su firmeza, el tirano pretendió infamarla:

— ¿Habéis tenido — le indagaron, — relaciones culpables con don Benigno López y con el cirujano Céspedes?

— ¡Jamás! — respondió indignada la heroína. — Jamás deshonré al compañero de mi vida. Eso es una innoble calumnia.

Se resiste la pluma a seguir describiendo los extremos de relajada tortura a que fué sometida por último, la desventurada Juliana. Por fin, el 21 de diciembre fué fusilada por la espalda "por traidora a la patria y al Superior Gobierno".

Acepta el predominio del varón...

(Continuación de la pág. 29)

cieras, votarían en contra de la opinión masculina de la familia? Ninguna.

La misión de la mujer es criar hijos

En las provincias, hablaba con una joven de veinticinco años, que había sido la primera que manejó su propio auto, la primera que cabalgó sola por entre las sierras.

—No quiero casarme —me dijo aquella encantadora criatura.— En cuanto tenga un esposo me veré obligada a quedarme en casa. Mi vida habrá terminado. No tendré nada más que hacer que conversar con las otras mujeres y cuidar los niños.

Exageraba, naturalmente, pero no se puede negar que en la actualidad la mujer argentina se halla enteramente en poder de su familia o su esposo. El deporte ha desarrollado cierta cantidad de amistad entre los sexos, pero ningún argentino considera a la mujer primariamente como una compañera agradable para jugar al golf o al tennis. Sólo es necesario caminar a lo largo de la calle Florida para escuchar la opinión argentina sobre la misión que le está deparada a la mujer expresada en términos intergiversables. Los cumplidos afluyen más fácilmente a los labios argentinos cuando se dirigen a una mujer que en una reunión política o de negocios.

No cabe dudar que en su debida oportunidad las mujeres tendrán ubicación en la vida pública. El voto podrá fomentar su sentimiento de responsabilidad nacional, aunque por el momento no llegue a alterar los resultados del comicio. Algunas sociedades femeninas realizan ya una excelente obra en desarrollar una forma de cultura internacional y fomentar la educación, pero la Argentina es aun un país en que domina el hombre.

Existen en el país madres y esposas trabajadoras que viven en las chozas más primitivas enclavadas en claros del bosque o entre maizales tan altos que ocultan el horizonte. Viven demasiado preocupadas por el problema de vestir y alimentar a sus hijos con el producido de la cosecha del año para ocuparse de política. Ellas sólo desean que las dejen disfrutar tranquilamente la breve paz de las tardes o la satisfacción del alza de un peso en el precio de los granos. No leen. No escuchan la radio. Han olvidado los países de los cuales vinieron. La Argentina constituye su hogar y su porvenir y la trabaja para agradecer esa circunstancia, ese hecho. Sus hijas apenas saben que haya nada fuera de la Argentina, y seguramente no tienen idea de otra utilidad para sus cualidades que no sea un casamiento juvenil y la maternidad repetida.

Hay también grupos de mujeres acaudaladas, más o menos encerradas por su vida de familia, ocupadas con gran número de niños, tratando a los vestidos con religioso respeto, y si aún comulgan con la más rancia de las tradiciones, viven obsedadas por su catolicismo, a tal punto que todo lo que esté fuera de sus límites se halla también fuera de su alcance.

No cabe dudar que viven vidas útiles y gentiles. Se conforman con tener lo que en Inglaterra y Norte América parecería una fabulosa cantidad de niños. Aunque mucho me sorprendió la aceptación de parte de todas las clases de mujeres argentinas del hecho de la maternidad, como una costumbre más o menos animal, debo reconocer que difícilmente podría rendir más alto ser-

(Continúa en la pág. 87)

CRITICA Y ENSAYOS

"La casa colonial" de Ricardo Rojas

Por RAFAEL ENCINA



Ricardo Rojas

MUCHO tiempo antes de dedicarse al teatro, el señor Ricardo Rojas era ya un hombre teatral. De las costumbres de otras épocas, el señor Rojas ha guardado, en efecto, los rasgos pintorescos de una bohemia pulcra: la larga melena, el ancho sombrero, el cuello pretérito.

Basta mirarlo, nada más, para decir: "He ahí a un artista." Lleva como nadie entre nosotros, el uniforme obscuro del poeta. Nada hay en él de común, de vulgar, de cotidiano. Aunque sorprenda un poco al primer momento, y hasta choque, las gentes se lo agradecen después desde el fondo de su corazón. Para cada uno de los hombres que lo ven pasar, un poeta sigue siendo todavía una criatura de excepción que debe reconocerse desde afuera. Como un militar, como un sacerdote.

Pero el señor Rojas no tiene únicamente el aspecto exterior de los artistas. Habla, escribe, piensa, como las gentes del común quieren que hablen, que escriban y que piensen los poetas. Es decir: siempre "en belleza"... Y, en efecto, desde los tiempos lejanos en que cantó a la selva hasta los días recientes en que descubrió a su Cristo, el señor Ricardo Rojas vive en una perenne inminencia de éxtasis. Pase lo que pase, suceda lo que suceda, él es el bardo inspirado, el vate vidente, el rabdomante sensible. En las cosas más materiales que los hombres interpretamos miopemente, el señor Rojas descubre presagios elocuentes, llamados misteriosos, signos anunciadores, efluvios de una realidad desconocida. Cuando se vino abajo la piedra del Tandil, entre el llanto de los hoteleros lugareños, el señor Rojas sospechó en la catástrofe una terrible advertencia del destino: alguna tétrica amenaza debía cernirse sobre su pueblo... Cuando le vinieron a las manos, después, viejos papelotes de un archivo provinciano, creyó también que el pasado argentino descendía sobre él como las lenguas de fuego sobre las cabezas de los apóstoles.

Ante tantas pruebas el señor Rojas se sintió tocado. Un buen día estranguló su humildad, se proclamó el Anunciador y elevó el estandarte del Profeta. Desde *La Argentinidad* hasta *El Cristo Invisible*, pasando por la *Historia de la literatura*, Ricardo Rojas se fué mostrando más y más como el gran hierofante: en *La Argentinidad* narró la manera cómo la misión le había sido revelada; en la *Historia de la literatura* intentó expresarla; en *El Cristo Invisible*, la elevó a religión. Desde entonces también, todo en su prosa crepita y llamea, se encaracola y se yergue.

La soledad de su montaña le pesaba, sin embargo, y le dolía. Seguro de sí mismo y del demonio que le habla, se despidió del águila y de la serpiente, y se dispuso a predicar entre los hombres. En línea recta enfiló el señor Rojas a lo que más necesitaba de su opinión y de su aliento: la política y el teatro. Escribió para aquélla *El Radicalismo de mañana*, especie desconcertante de Apocalipsis aborigen; y destinó para este otro, el regalo incalculable de *Elelín*.

El señor Rojas ingresó al teatro nacional como en un Domingo de palmas. Hacía ya muchos años, que el teatro nacional agonizaba. Después de la prosperidad ficticia que le animó durante los años de la guerra, el pobre teatro salía de un desastre para caer siempre en otro. La frivolidad del bataclán fué, durante algún tiempo, su consoladora morfina; pero el bataclán cayó como el drama y la morfina, y sólo quejidos de mercaderes resonaban entre sus ruinas. Tanta miseria conmovió al doctor Rojas, y le inspiró el noble afán de remediarla. *Elelín* fué, según declaración expresa del autor, la obra que venía a salvar el teatro nacional y a inaugurar en su historia un deslumbrante siglo de oro.

El público, a decir verdad, no se dió por enterado. Corrompido quizá por tantos años de espectáculos bochornosos, tenía el gusto demasiado estragado para saborear el puro licor que se le daba... Y no sólo fué eso: algunos, los más ciegos, los condenados irremediablemente, hasta llegaron a decir que *Elelín* era también un bodrio auténtico.

Claro está que el señor Rojas cerró sus oídos a las palabras necias. Con ese aplomo que lo llevará a la gloria, siguió creyendo después del estreno lo mismo que había soñado en los ensayos. Para Ricardo Rojas, *Elelín* representa en el teatro nacional contemporáneo el más aplastante de los triunfos morales.

Su ejemplo, por desgracia, no encontró imitadores. La turba de los infieles siguió sacrificando a los ídolos impuros, como si el sermón edificante de *Elelín* hubiera resbalado sin

(Continúa en la pág. 99)

OCURRENCIAS DE UN OCIOSO

Por CLAUDIO FOJAS

● *Perdonemos a los tribunales de alzada las angustias de la demora eterna, puesto que, como dijo un pensador hebraico, es más difícil uniformar los pareceres de varios hombres que los de uno solo.*

● *Cuando un administrador judicial rinde cuentas "a plena satisfacción", puede presumirse que es un hombre honrado. Presumirse, solamente.*

● *Litigante peligroso para la vida de relación: el que hace declarar a treinta testigos a favor de su honorabilidad, olvidando que ésta puede darse por perdida cuando se la discute.*

● *Mucho tiempo después de su retiro, aquel dignísimo ex magistrado pensaba:*
— Recién conozco el canto del labriego de Poitiers:
"La hauteur des maisons empêche de voir la ville."

● *Aquella renovada montaña de expedientes que me tuvo obseso hasta el insomnio, ¡cuántas veces me impidió ver a la justicia!, entidad invisible y misteriosa.*

● *Retazo de una biografía in artículo mortis:*
"Fué el abogado de los pobres."
Y uno dijo:
— De los pobres litigantes que cayeron en sus redes.

● *Había perdido el incidente con costas; pero la regulación a favor de su contrario era tan ínfima, que después de releerla, arrojó el mamotreto sobre el mostrador con la misma sensación de desaliento con que comprobamos en la sección necrológica la ausencia de algún muerto desconocido.*

● *Se remató la biblioteca del ilustre abogado, ex ministro, ex gobernador, ex camarista, etc., etc.*
Enormes pilas de obras selectas, ejemplares únicos, encuadernaciones primorosas.
El dueño dejaba una fortuna en libros. Pero no había ninguno "suyo".
Y de su nombre no se acuerda ni el rematador.

● *Ironista a pesar suyo:*
El padre muere a consecuencia de una enfermedad contraída por razón del oficio. La esposa demanda por indemnización.
Y fundamentándola, el abogado arguye: "Mi cliente, señor juez, hombre sano al ingresar a la fábrica, se ha puesto tuberculoso, como tendré la satisfacción *de probarlo."*

"El hombre que está solo y espera", de Raúl Scalabrini Ortiz

Por LISARDO ZIA



Raúl Scalabrini Ortiz

DESDE hace años comparto con Raúl Scalabrini Ortiz una amistad curada al aire libre de días y noches porteñas. Fuimos ambulantes inspectores de esas madrugadas de Buenos Aires que fomentan los sueños y alejan el sueño; sentimos esa angustia metafísica, esa necesidad de arrepentimiento que provoca el alba al limpiar las últimas sombras de la noche caída, como si el espíritu en penumbra esperara también su amanecer de claridad; transcurrimos desiertas calles nocturnas estudiando los cardiogramas de la pasión, la intimidad de otros seres, sin atrevernos a confesar la nuestra; nos dimos, en cualquier esquina, ese último apretón de manos que puede ser, en Buenos Aires, una despedida irrevocable o un simple vínculo cortés que une la separación con el encuentro siguiente. Y a pesar de todo ello, a pesar de las discrepancias que nos separan, las desigualdades de sentimiento y de pensamiento no relajaron la amistad. Fué, como el movimiento, efecto resultante de dos fuerzas. Encontradas opiniones y pareceres dispares, disolvíanse en una recíproca disculpa, en una tolerancia que es de pura enjundia porteña. Pero, "amicus Plato, sed magis amica veritas". La verdad me es tan cara como el amigo.

Raúl Scalabrini Ortiz ha escrito "El hombre que está solo y espera". Yo me despido de su bibliografía, pero puedo escribir la biografía de ese libro. "El estilo es el hombre" — frase de relativa validez, — no se acomoda aquí. En cambio diría la verdad si afirmara que "ese libro es algo de Raúl Scalabrini Ortiz", pues, según sus propias palabras "compendia los sentimientos que yo he soñado y proferido durante muchos años en las redacciones, cafés y calles de Buenos Aires..." Testigo de esas efusiones, conociendo al hombre antes que al libro, nada del libro pudo serme extraño. Había visto latir esa pasión por Buenos Aires, y comprendo que ella abona el continuo perdonar de Raúl Scalabrini Ortiz para con la ciudad y sus hombres. Entibia sus miserias; consiente sus inercias; aplaude sus arrebatos; razona sus incongruencias y quiere clarificar con palabras purificadoras el obscuro líquido humano donde prospera como en un caldo de cultivo la conciencia del ciudadano y de la ciudad. La pasión admite todas las justificaciones.

En la vida de Raúl Scalabrini Ortiz hay un continuo saltar de latitudes geográficas. Ha ido de un paralelo a otro con esa decisión que mueve la pieza de ajedrez en la mano del jugador. Adelante, atrás; de los bosques boreales a las heladas planicies patagónicas; derecha, izquierda; de los helados ventisqueros cordilleranos a las plácidas campiñas de Francia. Buenos Aires, como el centro del mundo, en el mismo centro de sus sentimientos y de su geografía. Trocaba trabajos por fiestas, y el hombre que era durante seis meses bárbaro ingeniero de ferrocarriles en el campamento abierto sobre la boca de un túnel andino, volvía a Buenos Aires para usufructuar durante un mes la fácil fantasía que despiertan las botellas de un "dancing". Aún le veo, en una noche sin fecha, al salir de un salón iluminado y aún oigo su respuesta: "— ¿Por qué viene tanto aquí, Raúl?..." "— Porque aquí se puede encontrar un poco de fantasía..." Y se alejaba después, en un automóvil, antes que apareciera el sol, la antifantasía del noctívago.

En ir y venir de años y rutas fueron enraizándose sus sentimientos. ¡Qué intrincada red de vástagos crecidos hacia adentro! Su libro es un tratado que pretende erigirlos en creencias. Eso "es todo el arte de la vida". Y una afirmación tan arriesgada, como conclusión de pensamiento, es admisible en Raúl Scalabrini Ortiz, auténtico sentidor de ideas. Así podremos ciliar las de su libro, reconociéndolas exclusivamente como expresión de meros estados anímicos, absolutamente ajenos al bien o al mal; pertenecientes a una zona interdicta donde la verdad o el error no tienen vigencia. Hay verdades eternas y exactas, puras verdades del Espíritu. Raúl Scalabrini Ortiz manifiesta un tácito despego por ellas, olvidando que proceden de un plano superior al plano de los sentimientos, y tienen primacía espiritual. Las verdades eternas rigen la humanidad y rigen la vida de algunos hombres. Pero el hombre Raúl Scalabrini Ortiz, insurrecto, busca pretensas verdades en la fluctuante marejada de los sentimientos, tan efímeros como la materia misma y sujetos a sus mismos cambios y transformaciones. Y estará indeciso frente a la Verdad, como ante la costa anegadiza cubierta por la marea, que, por su condición misma, es tierra durante algunas horas y durante otras es mar.

(Continúa en la pág. 99)

HIJAS MODERNAS



¡Caramba! ¡Si han de saber cosas estas chicas modernas! ¡Nunca se ve en sus caras ni manchas, ni barrillos, ni puntos negros! Abuelita inútilmente trataba de esconderse detrás de una horrorosa máscara de cremas y polvos.
Las chicas de hoy en día han hallado sabiamente un método sencillo para librarse de esos horrores. Y ese método consiste en aplicarse todas las noches, antes de acostarse, un poco de suave y blanca cera mercolizada, la que elimina toda la tez muerta, haciendo que ellas, las chicas, puedan alegrarse todas las mañanas al verse felices poseedoras de un cutis enteramente nuevo, bello de una belleza verdaderamente natural. Allí, donde se vendan buenos artículos de toilette, allí usted encontrará siempre cera mercolizada.

Hollywood visto...

—(Continuación de la pág. 9)—

Es verdaderamente extraordinario comprobar que en Hollywood, la famosa Meca del cine, hay más cementerios que studios... Así se explica, también, que por cada artista que triunfa y se consagra, haya otros cientos que "van muertos"...

Detrás del cementerio Glendale están los viejos studios, hoy en ruinas, del veterano Mack Sennett, en los que todavía se ven las falsas playas de arena y agua en que aparecían sus clásicas bañistas..., de las cuales surgieron estrellas tan famosas como Gloria Swanson, Dorothy Mackaill, Esther Ralston, Dorothy Sebastian.

Cruzamos una colina en cuya cresta se alcanzan a leer unas letras blancas, enormes, que dicen: "Moreno Highlands". Son terrenos del conocido Antonio Moreno, que cubre su retirada del cine con la explotación de negocios de tierras.

Seguimos y pasamos por sobre la pintoresca "Animals Paradise" (El paraíso de los animales), así llamada porque allí están las chacras y los establecimientos en que se crían o aclimatan animales especialmente destinados para el cine: cocodrilos, leones, tigres, avestruces, camellos, etcétera. Esto no se ve desde la altura, pero yo ya lo sabía. Y hemos de volver a hablar de todas estas cosas en todos sus pormenores.

Este "Paraíso" tiene su inevitable complemento en un "Cementerio de animales" que es realmente bastante más lujoso que muchos otros cementerios de cristianos...

Atravesamos la ciudad por encima del Hollywood Boulevard, que desde la altura semeja un caminito repleto de hormigas por su extraordinario tráfico, y vamos a parar a las colinas de la Universal City, donde la Universal tiene sus "green studios" (estudios verdes), como se les llama allí por su gran cantidad de prados, bosques y montes. Y finalmente llegamos a Burbank, otra ciudad pequeñita surgida al amparo de los studios de la Warner Brothers y First National, cuyas instalaciones magníficas se levantan junto a unos grandes campos de polo, pertenecientes al Club de la First National, precisamente, en cuyo team campeón, llamado "Los Indios", juegan actores de tanta fama como Jack Holt, Will Rogers, Clark Gable, Douglas Fairbanks, jr. y el productor Hall Roach.

Ahí, en Burbank, está también el aeródromo. Descendemos. Y ya me siento récordman... Soy el primer argentino que ha llegado a Hollywood en avión. Yo ni me acordaba de ello, pero la gente que ha venido a recibirme me lo recuerda de inmediato. Pues en Estados Unidos sólo interesan los récords y los récordmen. Sea de lo que fuere. Que para los yanquis tanto lo bueno como lo malo, cuando llegan al récord, se igualan en lo extraordinario. Como Lindbergh y Al Capone, por ejemplo.

Tres mujeres

(Continuación de la pág. 11)

de la cabecita que dormitaba sobre su seno, desde el pulgar rosado que el chiquillo se había introducido en la boquita más rosada aún, hasta todos los muebles de la habitación silenciosa. Sobre la alfombra, como un desafío mudo, estaba el guante que Jorge había dejado caer. Posó los ojos un momento en el para ella inevitable y solemne lecho matrimonial. Cuando los volvió a su hijito, pareció encontrar en él una compensación. Siguió meciéndolo y cantándole en voz baja y sin ritmo. Las sombras se espesaron. Afuera, muy quedamente, Nina se había acercado a la puerta; escuchó y volvió a irse.

Luisa de Suárez estaba sola con su dios.

(Continúa en el próximo número.)

para la gente menuda

UN VIAJE ACCIDENTADO



Para pasar unos días de campo, Julita y Arturo, acompañados por la mamá, se dirigen a la estación. La señora les deja en la plataforma, al cuidado de una valija, mientras ella saca los boletos.

Un tren se detiene frente a ellos, y, creyendo dar una sorpresa a la madre, los niños suben para elegir una buen lugar.

Pero el tren arranca de pronto y echa a andar, con gran angustia de los hermanitos. El tren corre, corre sin cesar, y ellos no saben qué hacer.

Finalmente pasa el guarda y le dan el nombre del pueblito adonde van, en la esperanza de que la madre les alcanzará allí por el tren siguiente.

—¡Se han equivocado de tren! — dice el guarda. — Este no va a ese pueblo.

Los chicos se miran llenos de espanto. ¿Qué harán? Repentinamente se oyen gritos que vienen del otro vagón:

—¡Atajen! ¡Atajen al ladrón! ¡Me han robado!

Del susto, Julita rueda por tierra en el momento preciso en que un hombre viene escapando a toda carrera. Se enreda entre las piernas del prófugo y Arturo, por salvarla, se prende al chaleco del hombre, que le da un empujón y salta afuera.

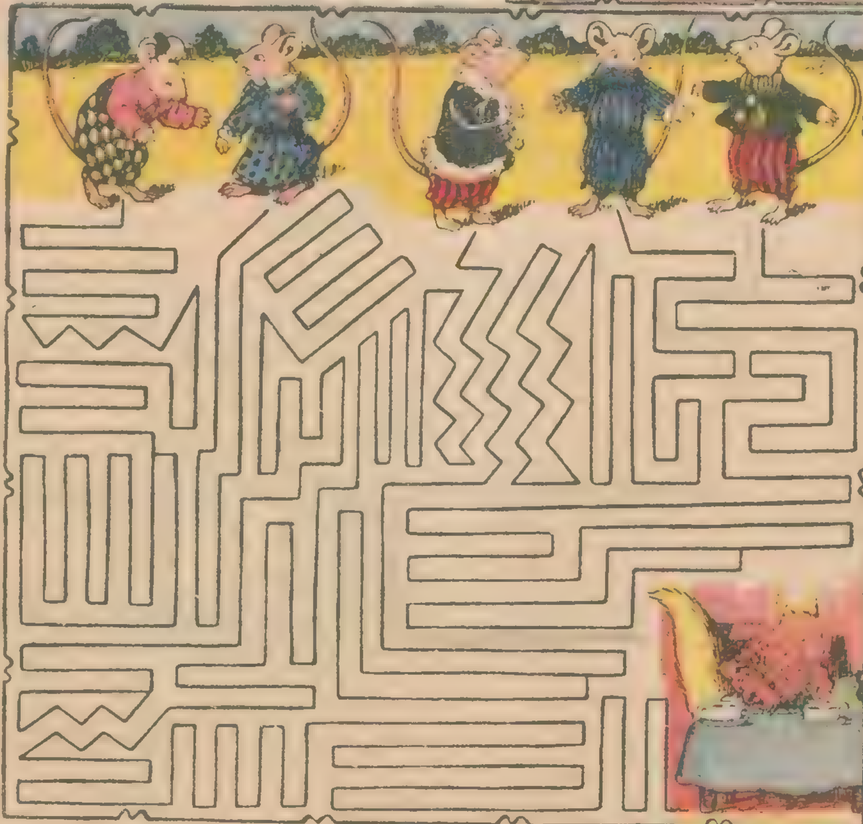
Pero en las manos del niño ha quedado algo como una cadena de reloj, muy larga...

La dama que pedía socorro entra entonces al vagón y exclama con alborozo:

—¡Mi collar! ¡Niño querido, has salvado mi collar!

Y no se cansaba de acariciar a Arturo.

Los niños le contaron entonces la desgracia de su viaje, y la dama los acompañó hasta reunirlos con la madre, que los buscaba desesperadamente.



¿DÓNDE ESTÁN LOS ENEMIGOS DEL CHINO?

En cierta oportunidad Wo San, un chino muy rico, salió a pasear acompañado de su fiel perro Peko. De improviso, al atravesar un campo, el animal se puso a ladrar furiosamente como dando a entender a su amo que algún peligro lo acechaba.

—¿Qué tienes, Peko? — preguntó el chino.

Pero el animalito siguió ladrando desesperadamente, en vista de lo cual Wo San retornó de inmediato a su casa. E hizo bien, pues nada menos que siete ladrones y un dragón lo acechaban convenientemente ocultos. ¿Puede el lectorcito descubrirlos en el dibujo y ver lo que el chino no vió?

LA FIESTA DE LA SEÑORA ARDILLA

La señora Ardilla invitó en cierta oportunidad a cuatro ratitas a tomar el té en su casa. Pero he aquí que al ponerse en marcha, éstas advirtieron que eran varios los caminos que tenían delante. Cinco en total, pero sólo uno conducía a la casa de la señora Ardilla.

— Es por aquí — decía una ratita.

— No. ¡Es por aquí! — aseguraba la otra.

— ¡Pues me parece que ninguna de ustedes tiene razón, porque éste es el verdadero camino — exclamaba la última.

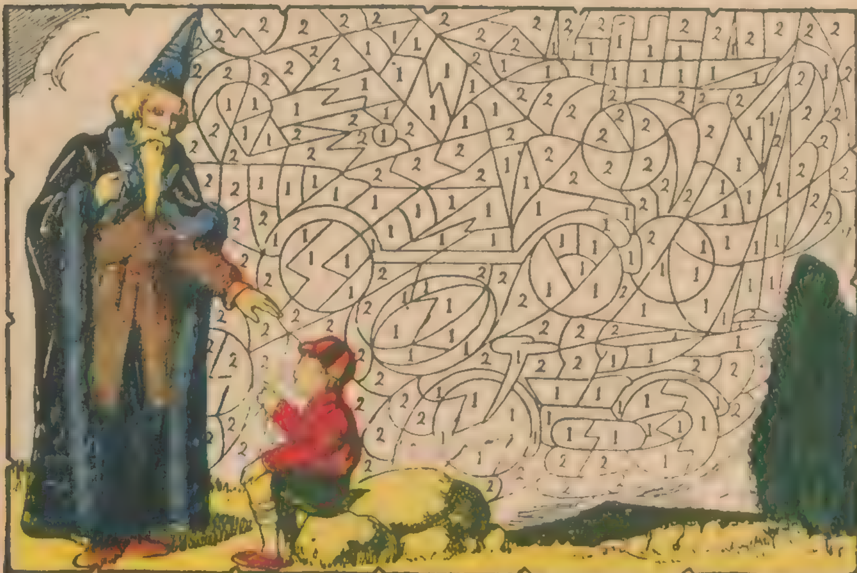
— Nada de eso — explicaba la otra. — Yo conozco el sitio y el camino es éste.

Pero lo cierto era que no lograban ponerse de acuerdo. ¿Puede el lectorcito averiguar cuál de ellas tenía razón?

UN BONITO ROMPECABEZAS

Invitamos al lector a que, sin dejar que nadie vea esta figura, invite a cualquier amiguito a que haga con catorce fósforos cinco rombos. Lo más fácil es que no pueda hacerla, en cuyo caso, y cuando haya renunciado a su intento, se le mostrará esta figura en la que, aparecen los cinco rombos.



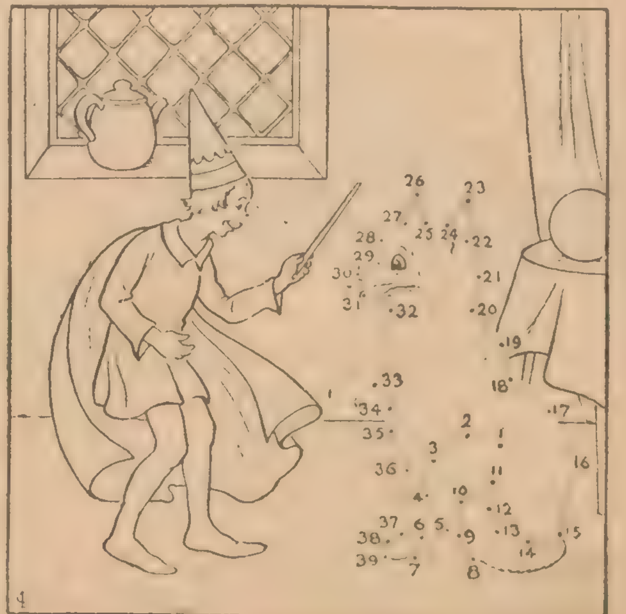


¿QUÉ HIZO REVIVIR EL GNOMO?

Este bonito gnomo ha hecho, con un solo golpe de su varilla mágica, revivir a alguien. ¿Quién es? Para averiguarlo no se necesita nada más que unir con lápiz los números del 1 al 2, del 2 al 3 y así sucesivamente hasta el nº 39, con lo que se formará la figura completa.

¿QUÉ REGALO ELEGIRÍA EL LECTOR?

Marius es un mago anciano de muy buen corazón que da a los niños buenos cualquier cosa que le piden. Aquí lo vemos con su amigo Juanito, un niño que acaba de pedirle que le obsequie con un automóvil, un aeroplano, un bote, un velocípedo y una pelota de rugby. Para ver dónde están esos regalos es necesario pintar de negro todos los espacios marcados con un número 2.



Acepta el predominio del varón...

(Continuación de la pág. 83)

vicio a su país. La Argentina necesita población, más que actividades políticas.

Heroicidad de las madres

LAS mujeres de la campaña, que viven en chozas de barro techadas de junco y trabajan de sol a sol, cocinando, limpiando y cuidando los hijos, entre largos intervalos de cosecha de caña o maíz, las esposas de los ingenieros constructores, arquitectos, sobrestantes y trabajadores que viven en chozas provisorias de hierro galvanizado sin ninguna comodidad, en las puntas de rieles de un ferrocarril que avanza, de un puente que se construye, o de tierra que se destroza y desmonta, también son argentinas. Representan el valor y la empresa de un país nuevo en firme crecimiento. Sus días están medidos por duras jornadas, o por una resistencia mucho más dura aún. Ciertamente tienen derecho al voto, pero la mayor parte de ellas tienen sangre latina en las venas. Están, pues, acostumbradas a la humildad conyugal.

Una ley del parlamento podrá acordar el voto o cualquier otra ventaja política a la mujer, pero mientras la creciente influencia de los deportes u otras cualidades desarrolladas por los viajes cambie la actitud del hombre y la mujer en la Argentina, no veo que la emancipación vaya a resultarles muy útil, sea a las encantadoras seudo parisienses de las ciudades, consagradas a realzar sus encantos con el exclusivo objeto de atraerse al sexo fuerte, o la de las recias mujeres del campo listas para trabajar diez y seis horas para hacer marchar la casa. La emancipación de la mujer depende primariamente de ella misma. ¿Qué mujer argentina desearía ser tratada por un hombre como si no existiera ninguna diferencia entre ellos?

No se puede ambicionar emancipación femenina combinada con una intensa, tal vez excesiva, consciencia sexual.

En los Estados Unidos cuando se entra a una oficina no se sabe si uno va a ver a un hombre o a una mujer. Y no importa lo que sea. Las mujeres de negocios americanos se ocupan, ante todo, de sus obligaciones comerciales. Son eficientes porque el casamiento es, para ellas, un incidente como lo es para el hombre de negocios anglosajón. Para las mujeres argentinas, el casamiento es el acontecimiento supremo de su vida. No desean verse libres de los hombres, porque si no, hace mucho que lo hubieran conseguido, pues las mujeres generalmente logran lo que quieren en la vida. En Europa tienen el voto y el derecho de luchar por su cuenta. En los Estados Unidos han hecho aun más. Tienen el poder de gastar en sus manos. Son amigas, compañeras y rivales de los hombres. Tanto pueden tomar a sueldo a los hombres como ser tomadas por ellos, y no son felices. Toda mujer que tenga éxito en los negocios de los Estados Unidos tiene en el fondo de los ojos una muda amargura. Michel Arlen una vez se refirió a la amargura de sus bocas imperiosas, triunfantes, autoritarias. Recuerdo una señorita graduada en una universidad americana, y que trabaja en una compañía, quien me dijo:

—No hay idilios en los Estados Unidos. Estamos demasiado en contacto con los hombres durante el día para soñar con ellos por la noche.

Pero existe el idilio en la Argentina, donde los hombres y las mujeres no son lo debidamente camaradas para excluir de su trato la posibilidad del amor.

Un artículo de actualidad

Ilustración de Pintos Rosas

La mujer moderna: ¿es la compañera o la adversaria del hombre...?

Por Ricardo Carrere

HASTA dónde llegará la mujer moderna en este continuo e incesante proceso de su evolución que va transformando rápidamente su alma y sus sentimientos?

¿No es un peligro para el porvenir de la humanidad esa evolución, cada día más sensible, que tanto ha apartado el tipo de mujer actual de aquel otro ideal de mujeres que inmortalizaron las novelas y que hoy se halla casi extinguido por completo?

He ahí las terribles preguntas que en estos momentos preocupan a los máe eminentes sociólogos del mundo, quienes, estudiando los cambios sufridos por el sexo femenino en sus condiciones personales y sociales a través de los siglos, han llegado a la conclusión de que en nuestra época esa transformación se está precipitando vertiginosamente y puede llegar a constituir un verdadero peligro para el futuro de la humanidad.

Veamos algunas muestras de esa transformación que generalmente se escuda bajo el nombre de "progresos" o "conquistas femeninas".

¿Debe considerarse el divorcio como una conquista femenina?

BASTARÍA solamente con examinar el extraordinario incremento de esa modernísima institución que es el divorcio, que ha llegado a conmover después de siglos y siglos la estabilidad del matrimonio, a despecho de la moral y de la religión, para comprender hasta qué punto se ha profundizado en este constante socavar realizado por el progreso en las bases de la sociedad. Hace más de medio siglo que el divorcio existía en el mundo, pero sólo como una medida de emergencia de extrema aplicación para resolver los problemas conyugales en los casos de acuerdo imposible. En la actualidad, en cambio, el divorcio constituye una solución vulgarísima, a la cual nadie concede la menor importancia, comenzando por los mismos que la adoptan para su vida y que generalmente no reflexionan en la verdadera trascendencia que ese recurso legal puede tener en el curso de sus destinos.

Hasta ahora se ha discutido y se sigue discutiendo muy calurosamente todavía, sin llegar a ninguna conclusión práctica, si el divorcio beneficia más a los hombres que a las mujeres, o viceversa.



Lo único que se sabe de cierto es que tanto ellos como ellas quieren aferrarse al divorcio como a un recurso valioso que les servirá de tabla de salvación en el caso de un matrimonio infortunado, pero no piensan que en muchísimos casos es la existencia del divorcio, precisamente, la que motiva el debilitamiento del matrimonio al permitir que muchas parejas lleguen a unirse sin madurarlo previamente, confiados en que la separación les pondrá a cubierto de cualquier peligro ulterior.

Y de ahí ha resultado, desgraciadamente, lo que más debemos lamentar en estos tiempos: que no es el divorcio bien inspirado como medida salvadora de muchos infelices, sino el abuso en que se ha incurrido al convertirlo en un instrumento del capricho y la frivolidad.

¿Puede ufanarse de sus "libertades" la mujer moderna?

UN capítulo muy fecundo en la historia de las desdichas de la mujer de nuestro tiempo es el que se refiere a la práctica de sus "libertades", esas libertades que nacieron como aspiraciones atrevidas de algunas líderes feministas y que ya han llegado a afirmarse sólidamente en muchos casos como otros tantos derechos que se extienden desde la vida privada hasta la civil y la política.

Armada de esas libertades, la mujer moderna se ha lanzado a la lucha, mezclándose en las contiendas cívicas y bélicas casi en las mismas condiciones que el hombre. Y cada vez más su independencia se



consolida con nuevos principios y concepciones que va incorporando a su favor con rapidez insospechada.

Pero, con todos esos derechos y esas libertades, parece que la mujer no ha conseguido otra cosa, al fin, que complicarse la vida ingresando en nuevos campos de actividades cuyo ejercicio la apartan de las tradicionales normas que siempre habían señalado su más sagrada misión en la vida: el hogar.

Militando en las filas agitadas y turbulentas de la política que las absorbe por completo, las mujeres van anulando las características de exquisita feminidad que constituían su mejor atractivo para el hombre, y, lo que es peor, van perdiendo los privilegios que poseían en el campo de los sentimientos cuando no tenían privilegios en el campo de las ideas...

De ahí que, a pesar de las aparentes victorias con que día a día las mujeres marcan la trayectoria de su evolución social, civil y política, es posible dudar de que esos triunfos sean realmente ventajosos para su felicidad. Y hasta resulta lógico prever que por esta senda equivocada, la que siempre fué la compañera del hombre podría llegar a convertirse un día en "el adversario del hombre"...

El progreso suele ser un arma de dos filos

EFECTIVAMENTE: es ley en la vida que detrás de cada derecho hay siempre una obligación. Por eso, cada vez que se consigue una ventaja, es preciso prevenir las consecuencias examinando el dorso de la medalla, pues muchas veces suele ser muy pequeño el beneficio que se obtiene si se lo compara con el precio que se exige...

Y eso es también lo que ha pasado y pasa aún con la grave cuestión de las libertades y los derechos femeninos.

No han reparado las elocuentes abogadas que encabezaron la lucha por las conquistas que tanto anhelaban, que esas conquistas podían depararle obligaciones y deberes ineludibles, mucho más costosos y molestos que la situación que trataban de mejorar.





Sólo ahora, cuando algunos lustros de experiencia han puesto de relieve los inconvenientes que las nuevas condiciones de vida acarrean a las mujeres, cuando han podido palpar lo ficticio de las ventajosas posiciones obtenidas es cuando aprecian mejor lo vano y contraproducente de su esfuerzo.

Ha sido necesaria esta experiencia tan amarga como provechosa por lo aleccionadora, para que la mujer pudiera calcular con exactitud cuál es el verdadero alcance de esos objetivos ilusorios que llegaron a plantearsele como "conquistas", pero que en el fondo sólo abrigaban serias complicaciones que en muy poco tiempo, de seguir así, habrían podido tergiversar el sentido fundamental de la sagrada misión a que están llamadas las mujeres como compañeras y colaboradoras de los hombres.

Y ojalá no sea tarde para que puedan rectificar su orientación, reanudando sus destinos por la senda marcada en el valle de la vida.

LA MUJER DEBE VOLVER SU VISTA AL HOGAR CON LOS OJOS DEL CORAZON

Igual que lo hicieron siempre nuestras madres y nuestras abuelas, lo mismo que se había venido repitiendo eternamente en el transcurso de las centurias, a través de todas las civilizaciones, tal como lo hemos leído en la historia y en las novelas, la mujer debe recobrar su sitial sagrado en el seno de la familia, allí donde ella impera con las armas inofensivas pero eficaces de su ternura y su cariño.

Lejos de encandilarse con los engañosos espejismos de la fama y la celebridad en las actividades que siempre le fueron reservadas al hombre, la mujer debe volver su vista hacia el hogar, serenamente, con la dulzura y la delicadeza que siempre constituyeron los más preciados atributos de exquisita feminidad.

Haciendo oídos sordos a los llamados de la vanagloria mundana, sin prestar atención a los halagos efímeros de mal comprendidas libertades o de falsos idealismos, la mujer moderna está a tiempo de reanudar su sacrosanta misión en la vida: la que la hizo ser siempre una verdadera compañera del hombre. Mucho más noble y más bella, por cierto, que la de convertirse en "la adversaria del hombre"...



Contract-Bridge

Por E. V. SHEPHARD

Hace pocos meses, respondiendo al clamor de los aficionados, se resolvió establecer una reglamentación oficial para el juego del "bridge".

Una comisión compuesta por los más destacados profesionales y comentaristas del juego fijó las bases de lo que podría denominarse "Método Oficial".

E. V. Shephard, llamado "el maestro de maestros", fué uno de los miembros de la citada comisión. Su autoridad en materia de "bridge" es grande, considerándoselo uno de los "cuatro ases mundiales" del juego. Se asegura que ha educado y preparado mayor número de profesores que ningún otro jugador.

Shephard es, además, el más prestigioso divulgador del juego. En tal caracter ha escrito artículos de interés especialmente para "El Hogar".

MEJORANDO LA DECLARACIÓN DEL COMPAÑERO

SE "mejora una declaración" cambiando a un palo que requiera menos bazas para marcar game. También se mejora substituyendo un palo mejor ayudado por las 26 cartas unidas de un bando.

Mucho más de lo que era en Auction, el remate es ahora en su mayor parte tentativo, para enseñar "modelos de manos" (el número que se tenga de cada palo declarado), dónde están los honores más altos y qué palo es el que mejor puede jugarse. El cambio de un palo menor a otro mayor nunca niega una ayuda fuerte para el palo del compañero. El cambio de un palo a otro de igual valor de bazas (como ser de corazones a piques o de tréboles a diamantes) implica solamente una ayuda mínima para el palo del compañero; pero, sin tomar en cuenta la ayuda para la declaración original, el cambio puede ofrecer un palo más fuerte. Cuando es razonablemente posible, cualquier cambio desea oir algo más del declarante original.

Sobre el 1-trébol de su compañero, declare:

1-pique

P. A-Q-10-6-3 C. J-7-5 T. K-J-6 D. 5-3

2-diamantes

P. 6 C. 8-5 T. Q-10-8-5 D. A-K-Q-J-7-4

El cambio de 2-diamantes (una baza más de las necesarias) es una declaración obligatoria, que indica por lo menos seis bazas probables, y requiere la respuesta del compañero por su anuncio de probabilidades de game en algún palo - - - en este caso en sin triunfos, tréboles o diamantes.

A no ser que pueda ayudar al 1-sin triunfo del compañero con algo que exceda tres bazas de honores, es mejor pasar, a no ser que su mano no sea conveniente para sin triunfos y que tenga un palo declarable. Los requisitos mínimos para cambiar el sin triunfo del compañero son: (1) Un palo que valga 3 bazas probables, en una mano que valga un total de 4 bazas, (2) dos palos, cada uno que valga 2 ½ bazas probables, en una mano que valga un total de 4 bazas.

Sobre el 1-sin triunfo del compañero, declare como indicamos más abajo:

4-piques

1. P. K-Q-J-10-7-4 C. 4 T. 8-5-3 D. A-9-7

2-corazones

2. P. K-9-6 C. K-J-10-8-2 T. 7-4 D. 9-6-3

2-diamantes

3. P. 5-4 C. A-Q-6 T. 7-3 D. Q-J-10-8-7-4

Pase

4. P. K-J-9-6-4 C. 10-5 T. 7-5-4 D. 9-7-6

3-sin triunfos

5. P. J-7-4 C. 8-3 T. A-K-Q-J-5-2 D. 10-6

Declare primeramente piques y luego tréboles

6. P. K-10-6-4-3 C. A-7 T. 9-8-7-4-3-2 D. —

Declare y vuelva a declarar tréboles

7. P. 7-4 C. 5-2 T. 10-9-8-5-4-3-2 D. 8-4

(Continúa en la pág. 91)

la caricatura en el extranjero



(DE "THE HUMORIST", LONDRES)

El portero del club. — *Señor, su esposa está abajo, en un coche, y pregunta si usted ha ganado algo...*



(DE "THE HUMORIST", LONDRES)

El vendedor. — *¿Y qué clase de bocina quiere para su coche, señor? ¿Una que suene muy fuerte?*

El comprador (con ideas muy personales). — *No; quiero una que silbe.*



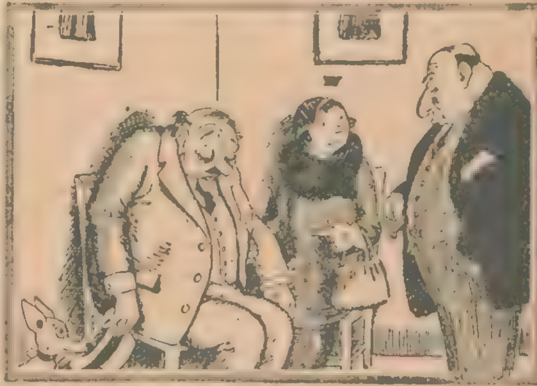
(DE "PUNCH", LONDRES)

CALMA EN EL MAR



(DE "JUDGE", NUEVA YORK)

En casa del oculista. — *Vea, doctor; yo no he venido aquí para que me tome por zonza. Esas cosas las aprendí yo cuando tenía siete años.*

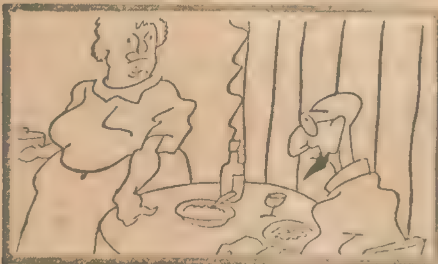


(DE "A B C", MADRID)

— *Como usted ve, se queda dormido siempre, y temo que se trate de una enfermedad hereditaria.*

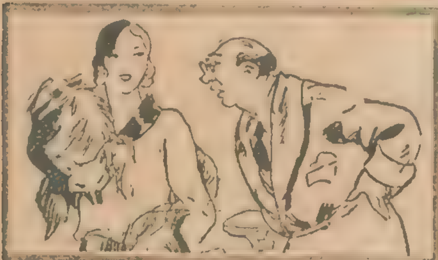
— *¿Sabe usted si su padre tuvo encefalitis?*

— *No; pero tenía una gran fábrica de camas.*



(DE "GUTIÉRREZ", MADRID)

El profesor. — *Este guisado está muy soso, Sabina. Haga usted el favor de repetirlo cinco veces.*



Ella. — *¿Cómo encuentras mi sombrero, querido?*

Él. — *Te diré; no lo encuentro; lo busco.*



(DE "PUNCH", LONDRES)

No creas, lector, que se trata de un par de matrimonios que discuten acaloradamente. Son dos parejas que hablan cerca de una jazz, en un restaurante de moda.



(DE "THE HUMORIST", LONDRES)

El pescador. — *¡Qué raro! ¡Esta es la primera vez que veo a un pez suicidándose!*



(DE "THE PASSING SHOW", LONDRES)

El abogado. — *Doscientos pesos le costará el divorcio.*

— *¿Doscientos pesos? ¡Qué barbaridad! Por menos de la mitad encuentro quien mate a mi marido.*



(DE "LIFE", NUEVA YORK)

NADIE PUEDE LIBRARSE DE SU DESTINO

Contract - Bridge

(Continuación de la pág. 89)

La primera mano es lo bastante fuerte para irse a game con lo que promete el sin triunfo del compañero. La cuarta mano es demasiado débil para alentar nuevas declaraciones del compañero. Un palo sólido menor justifica el subir a game en sin triunfos, como aconsejado en la quinta mano. A no ser que pierda el habla antes que su compañero, nunca lo deje jugar sin triunfos cuando usted tenga la mano Nº 7.

DECLARACIONES ALTAS SOBRE OTRAS

Una declaración alta sobre otra es una declaración hecha sobre la del compañero o adversario. Los jugadores debieran saber exactamente cuáles son simplemente declaraciones altas sobre otras y cuáles son las que obligan una respuesta del compañero. Si usted ha declarado ya, la declaración de su compañero en otro palo hecha una baza más alta de las necesarias, ya sea para declarar sobre su contrato o sobre una declaración intermedia, es una declaración obligatoria que requiere su respuesta. Por ejemplo: Si usted ha iniciado el remate con 1-corazón, y su compañero sube a 3-tréboles, aunque la segunda mano haya declarado 1-pique o pasado, anuncia expectativas de game, y lo obliga a declarar a usted, a no ser que la cuarta mano declare (digamos 3-diamantes), antes que sea su turno responder. Una declaración intermedia suprime su obligación de responder a la demanda de su compañero.

Si usted no ha declarado, la declaración de su compañero de una baza más de las necesarias para declarar sobre una declaración adversa, no es obligatoria.

La razón por la cual 3-tréboles de su compañero, sobre 1-pique, es obligatoria en el caso que usted haya iniciado el remate, y no lo es si usted ha pasado o el jugador a la derecha de su compañero es mano y ha declarado 1-pique, es completamente lógica.

El declarante inicial enseña no menos de 2 ½ bazas seguras por su declaración inicial. Si usted enseña esa cantidad de fuerza de honores alta, aunque su declaración sea o no combatida, su compañero puede juzgar si resultará game en algún palo o en sin triunfos. Pero si su adversario ha iniciado el remate, enseñando por lo menos 2 ½ bazas seguras, su compañero puede encontrar que usted no tiene ni una baza, un caso en el cual sería peligroso obligar una respuesta suya. Si su compañero cree que resultaría game de una declaración obligada suya, tiene un método mejor para descubrir qué es lo que tiene usted; puede hacer un doble informativo, con ello dejando abierto el remate y al mismo tiempo permitiendo que usted deje subsistir la declaración doblada si usted llega a estar muy fuerte en el palo doblado.

Supongamos que usted ha iniciado el remate con 1-corazón, que la segunda mano ha declarado 1-pique y que su compañero ha declarado 3-tréboles; lo que debe responder está indicado en cada una de las manos siguientes:

Declare 3-corazones
P. 4 — C. A-K-J-9-7 — T. 8-6-4
D. K-J-5-3

Declare 3-diamantes
P. 4 — C. A-K-9-7 — T. 8-6-4-2
D. A-Q-J-3

Declare 3-sin triunfos
P. A-Q — C. A-J-10-7 — T. 8-6-4
D. A-Q-9-8

Declare 5-tréboles
P. 4 — C. A-10-8-6-4 — T. K-J-9-7
D. A-Q-J

DECLARACIONES INICIALES TARDIAS

En los tempranos días del Auction Bridge, alguien hizo una regla que debieran tenerse tres bazas seguras para iniciar el remate siendo tercera mano, y tres y media siendo cuarta mano. Revisemos la situación desde un punto de vista sensato.

Las declaraciones iniciales del que da la mano o de la segunda, enseñan fuerza mayor que la corriente en honores altos, para alentar a declarar al compañero, y también para indicar dónde está principalmente la fuerza de ayuda y defensiva. Si es usted tercera o cuarta mano, el pase de su compañero le impide acreditarlo con seguridad, aunque más no sea con la fuerza corriente del muerto, o con más de una baza defensiva. No inicie el remate, ya sea tercera o cuarta mano, a no ser que esté preparado a declarar más que los adversarios o a impedirles que vayan a game.

En vez de seguir ciegamente las antiguas reglas, utilice las siguientes ideas más prácticas. Por lo general impide que los adversarios marquen game con un score en limpio, fuerza en los dos palos mayores con 2 ½ bazas seguras. La debilidad en un palo mayor obliga la posesión de por lo menos 3 bazas seguras defensivas. Fuerza solamente en los dos palos menores requiere por lo menos 3 ½ bazas seguras para justificar declaraciones iniciales tardías, a no ser que se esté preparado a declarar game.



TRAGEDIAS DEL BRIDGE

Cuando usted ha cumplido cinco piques doblados y redoblados y descubre que le sobra una carta

Cómo vive Alfonso XIII en el destierro

La vida que lleva en el destierro el ex monarca español resulta interesante por más de un concepto.

Se diría que, al salir de España, Alfonso XIII hubiera realizado una composición de lugar, de la cual ha surgido un cambio fundamental en sus actividades. Ya no es el deportista entusiasta que se pasaba horas y horas en los campos de polo. Ha abandonado todo eso para ocuparse seriamente del manejo de su fortuna, por cierto nada despreciable, puesto que se le atribuyen 10.000.000 de pesos oro. Luis Lucien ha observado de cerca la existencia de la familia real en Fontainebleau y la describe en una serie de artículos para "El Hogar", siendo el primero de ellos el que nos muestra a Alfonso en su residencia de Francia, que publicamos hoy.

Por Luis Lucien

UNA de las personalidades más fascinantes de los tiempos modernos es Alfonso de Borbón financista, deportista y monarca sin trono. Desde su escapatoria de España al destierro en Francia, lleva, con su familia, una existencia todo lo retraída posible de la atención pública.

¿Cómo les va a los Borbones?

El mundo deseaba saberlo con explicable curiosidad e interés. Tal vez yo, que he disfrutado de excepcionales oportunidades de observar a la familia real española en el destierro, pueda suministrar una idea acabada de su existencia en Fontainebleau, de su vida diaria íntima, de sus opiniones sobre el pasado y sus esperanzas para el futuro.

¡Fontainebleau! La antigua residencia favorita de Napoleón I se ha vuelto a convertir en residencia real, con la diferencia de que no alberga a un emperador de Francia, sino al ex rey de España, Alfonso XIII. Como Francia ya no es imperio, el ex rey de España no es huésped de otro monarca, sino, sencillamente, un extranjero de rango que vive en hotel con su familia, pues el rey desterrado ha abandonado su palacio de Oriente de Madrid por el Savoy Hotel de Fontainebleau, y considera que sólo estará en él por poco tiempo.

La pareja real y sus hijos viven en el primer piso del hotel. Además de los dormitorios y salones de la familia, aquel primer piso contiene los departamentos del duque y duquesa de Lecera, el marqués de Torres y la princesa Victoria. El príncipe de Asturias habita en el segundo piso con su séquito y el príncipe Alvaro de Borbón Orleáns, novio de la infanta Beatriz, es un visitante asiduo cuando puede abandonar la Escuela Suiza de Mineralogía, en la cual sigue cursos.

Sus majestades han llevado al destierro a todos sus leales servidores: valets, mucamas, lacayos y escuderos, cuyos antecesores estuvieron, también, al servicio de la casa real y para quienes la actual situación difiere de la anterior sólo por el cambio de domicilio. En aquel hotel francés la vida de la corte continúa como siempre, con la excepción de que las imposiciones de la famosa etiqueta borbónica no se observan con la estrictez de antaño en Madrid.

Ninguna señal exterior indica que el hotel cobija una familia real. Cierto es que siempre se encuentran estacionados frente al hotel varios automóviles, pero son coches de tipo común y no los elegantes que era dado esperar. Frente a la puerta de acceso del edificio se pasea, con aire de aburrimiento, un caballero impecable. Es un inspector de la Sûreté, un "detective" parisiense que se responsabiliza por la seguridad de la familia real.

A la entrada, un portero español en traje civil recibe a los visitantes que inscriben sus nombres en un "libro de oro" encuadernado en tafilete rojo. En él figuran grandes nombres: de aristócratas rusos, embajadores, representantes del cuerpo diplomático y celebridades de los círculos científicos, literarios y artísticos. Esto se debe a que Alfonso XIII tiene muchos amigos y partidarios y aun más admiradores, sobre todo pertenecientes al bello sexo juvenil, que sitiaron el hotel de Fontainebleau en los primeros tiempos del destierro y permanecían largas horas y aun días enteros solicitando autógrafos y tomando fotografías por sorpresa. Fracasaban, empero, porque la familia real aparecía cuando menos se la esperaba, subía a sus autos y se alejaba antes de que sus perseguidores pudieran siquiera darse cuenta de lo que ocurría. Con el tiempo, las filas de postulantes fueron raleando y en la actualidad Su Majestad se puede pasear tranquilamente por el bosque sin que lo molesten los intrusos.

Los habitantes de Fontainebleau se han acostumbrado a ver a la familia de Alfonso XIII y acogen a sus miembros con deferencia pero no los molestan con su curiosidad.



Así ve la caricatura al ex soberano español en el destierro, rejuvenecido y exento de preocupaciones.



Alfonso XIII fué un entusiasta deportista y, sobre todo, gran jugador de polo.

Diariamente el ex rey de España da largos paseos en los bosques de Fontainebleau y aun penetra en los cafés y bares de la ciudad a tomar algún refresco. A menudo en el curso de sus caminatas se detiene a conversar con los niños. Es muy popular entre la niñez, no sólo por los pequeños obsequios que distribuye, sino, también, porque los niños comprenden que este bondadoso rey se divierte de verdad jugando, riendo y bromeando con ellos.

Voy a referir una anécdota auténtica de la cual son protagonistas Alfonso XIII y un joven ciudadano francés, de Fontainebleau, de cuatro años de edad:

Regresaba cierta mañana el rey, después de las diez, al hotel cuando lo detuvo un niñito, diciéndole:

—¡Bonjour, monsieur le roi! (Buen día señor rey.)

—¡Bonjour, mi pequeño!

—Dígame, ¿es cierto que usted es rey?

Alfonso se agachó hasta la altura de su tierno interlocutor y le dijo en voz muy baja:

—Es cierto.

—Bueno — dijo el nene, — Tinito no me engañó. Él me dijo que usted era un rey de verdad.

—Tiene razón — respondió el rey. Y regaló un chocolatín al niño, que lo aceptó, agradeció y se marchó, al parecer muy preocupado. El rey prosiguió su interrumpido paseo, pero apenas había caminado unos pasos cuando el niño lo alcanzó nuevamente, y con voz entrecortada por el esfuerzo de la carrera, indagó:

—Dígame, monsieur, ¿qué es un rey?

—Un rey — repuso sonriendo el soberano — es el padre de su pueblo; tiene la misión de hacer la felicidad de todos, recompensar al bueno y castigar al malvado.

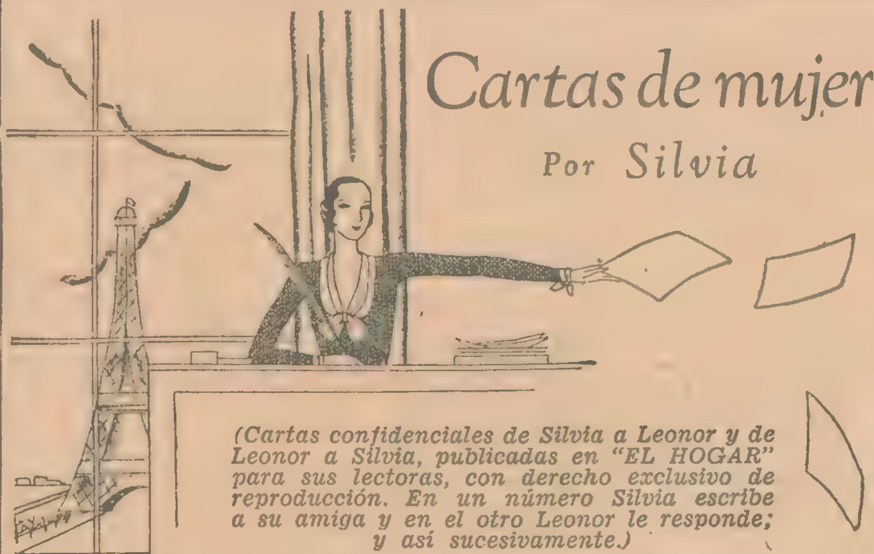
Se iluminó el rostro del pequeñuelo, que gritó:

—Ahora sí que comprendo: es un rey mago sin barba.

Alfonso levantó la cabeza y rió de buena gana; alzó al niño en brazos, lo sacudió afectuosamente y dijo:

—En mi vida he oído una descripción mejor de lo que es un rey. Jovencito, te pronostico un gran porvenir. Sólo desearía que mis súbditos españoles fueran tan inteligentes como tú.

Alfonso se muestra muy alegre en su destierro. Al verlo pasearse por los bosques o a lo largo de los bulevares, bebiendo copas de licores a lentos sorbos, con su sombrero de fieltro inclinado sobre el ojo derecho y brillándole los ojos mientras refiere anécdotas a sus amigos, nadie creería que fuera un monarca depuesto.



Cartas de mujer

Por Silvia

(Cartas confidenciales de Silvia a Leonor y de Leonor a Silvia, publicadas en "EL HOGAR" para sus lectoras, con derecho exclusivo de reproducción. En un número Silvia escribe a su amiga y en el otro Leonor le responde; y así sucesivamente.)

PARÍS, mayo 12 de 1932.
Muy querida Leonor:

Puedes vanagloriarte, muchacha, de recibir cartas mías. Nunca podrás imaginarte lo que significa para mí poner de lado un poquito de tiempo con el exclusivo objeto de charlar contigo. Pero no me agradezcas nada, ¡por favor! Estoy recompensada con el placer de hacerlo.

Amigas no tengo aún, de manera que tú sigues siendo mi única confidente, aunque hoy no se trata de confidencias; esta carta te parecerá catálogo, pero estoy segura de que no te aburrirá porque voy a contarte, sin ton ni son, algunas cosas que acabo de saber.

La primera se la deberás a miss Carlton, una simpática relación mundana de mamá, que está enterada de todo cuanto sucede en el mundo y que nos lo dice, a cada visita, con mucha gracia.

¡Qué interesante sería que tú la oyeras y pudieses discutir con ella! Como no es posible, voy a servir de intermediaria, agregando algo de mi cosecha personal.

Figúrate que un paisano suyo, llamado Thomas Lipton, acaba de morir en Francia, dejando un testamento en el cual destina veinte millones de francos a las madres obreras pobres. ¿No te parece que nuestros millonarios deberían tener rasgos póstumos como ése? Porque es cierto, como dice miss Carlton, que aliviando el mal de las pobres mujeres trabajadoras, se hará más para evitar el desarrollo de las ideas subversivas. ¡Una madre agradecida es más eficaz para la conservación de nuestra sociedad que cien leyes y mil discursos!

Otra cosa. En el Somerset, Inglaterra, acaba de inaugurarse una fábrica de cuellos duros, blancos, almidonados—para hombres, naturalmente, — que dará trabajo a trescientos obreros. Los ingleses están decididos a resucitar el cuello rígido, a devolverle el lugar que ocupaba, antes de la guerra, en la indumentaria masculina. Esto te parecerá una pavada, pero tiene significación, aunque no lo creas. Figúrate que se trata, nada menos que de volver a la sociabilidad de antes, asesinada por la guerra europea en la promiscuidad de las trincheras. Londres, meca de la elegancia masculina, ha decretado que el cuello blando es incorrecto cuando se visita a damas o cuando se concurre a alguna ceremonia de importancia. Yo me pregunto si el renacimiento del cuello blanco y duro marcará el comienzo de una época nueva para las relaciones de ellos con nosotras. No me inspira mucha confianza ese afán de corrección por parte de los hombres. Siempre que ellos se han mostrado muy atentos con nosotras, nosotras hemos sido sus esclavas; nos han dominado con palabras suaves, halagos, distinciones verbales, honores simbólicos y otras patrañas. Prefiero menos corrección en ellos y más respeto efectivo para nuestras personalidades. ¿Tengo o no razón?

Mis temores por el inmediato porvenir del feminismo a causa de la resurrección del cuello de ceremonia, disminuyen al leer una noticia que publican los diarios de esta mañana. Como verás, también las mujeres de los trópicos hacen valer sus derechos. En Marianhille, Sud Africa, una proclamación del gobierno modifica el código indígena y decreta la emancipación de las mujeres. Antes, según parece, la mujer de esa región, soltera, casada o viuda, no podía poseer propiedad alguna; todo era de su padre, marido o tutor... ¡Y Dios sabe la cantidad de padres, maridos y tutores borrachos que hay en Marianhille!

Repara en lo que le hubiese ocurrido a una "marianhillesa" si le toca un marido, un padre o un tutor como Rockefeller, y fuera usufructuaria de un brillante como el famoso "Gran Mogol". Habrás oído hablar de ese fenomenal brillante, considerado como uno de los más grandes y bellos del mundo; por si no conoces la historia, te la voy a contar.

El diamante llamado "Gran Mogol" fué hallado en una mina de Kollur, India británica, el año 1641; pesaba entonces 787 quilates; fué mal tallado varias veces, por cuyas razones perdió más de la mitad de su peso original; ahora pesa 280. Perteneció a rajaes, reyes, potentados... Yo sé que de las manos de lord Canning, primer virrey de la

(Continúa en la pág. 100)

Los grandes maestros de la pintura

— *(Continuación de la pág. 20)* —

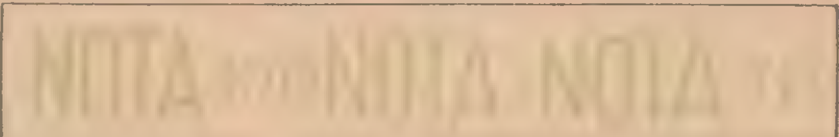
frase, que constituye una sonrisa escéptica de los críticos de arte. Me refiero a la frase que dice: "es un cuadro que habla". No podría darse un ejemplo más acabado de la diferencia entre el héroe viejo que era hombre, y más que hombre, y el héroe nuevo, que nada tiene de hombre. Un cuadro de Leonardo da Vinci se explica por sí mismo. Lo propio acontece con uno del Veronés, Ticiano o Tintoretto. ¿Qué es lo que explica?, es los primero que se pregunta. La mayoría de las obras medioevales y renacentistas "se explican" por sí solas; explican la historia de toda nuestra civilización europea y lo hacen en forma fundamental, ya se trate de un hecho cierto o de un cuento de hadas. El reparo que se opone a los cuadros que "se explican por sí solos" comenzó en nuestros días, porque era aburridor lo que debían explicar. No discutiré aquí si la gran historia de que Dios creó al Hombre ha sido destruída. Me limitaré a afirmar que, sencillamente, no ha sido reemplazada.

Existen otras cualidades que tornan demagogos al mismo tiempo que semidioses a los maestros antiguos. Quiero decir que hay otros elementos en que apelan eternamente al instinto popular que estaba en ellos, en sus patronos y en su plebe. Pondré dos ejemplos de solidez y claridad. En el "Juicio Final" de Miguel Angel aparece un hombre verdadero en un cielo verdadero. El hombre es sólido. El cielo transparente. Al observador culto podrá parecerle increíble, pero será más digno de crédito para la humanidad, esa iglesia universal de la cual los cultos son una secta pequeña y dudosa. A los hombres tal como lo son por lo general, un hombre completo que aparezca en un cielo claro, no les parecerá increíble.

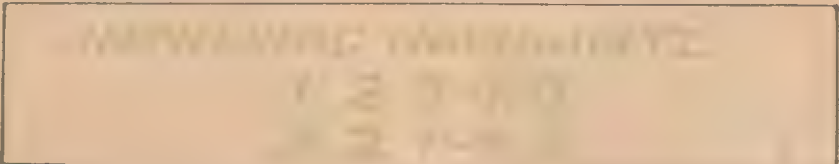
Recomiendo, pues, la reproducción y publicación de obras buenas y antiguas como parte integrante de esa cosa muy descuidada que es la educación pública. Nuestros historiadores mienten más que nuestros periodistas; nuestros conceptos del pasado cambian con cada cambio de la moda y como todas las modas resultan fantásticos y horribles. Los colores y lienzos antiguos, empero, no mienten. En verdad fueron utilizados en edades que parodiamos o pervertimos y el acabado de su dibujo, el brillo de sus colores, la sustancial sinceridad de sus temas, nos dicen algo de los padres que hemos olvidado. No llego hasta decir que hemos retrogradado a la barbarie; pero, sí, digo que en la actualidad hay más que aprender en las obras antiguas.

DESCIFRE USTED *Por* E. R. A. C.

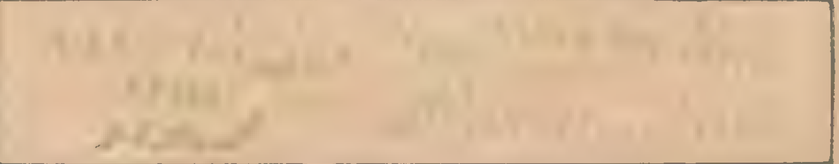
Nº 225 — Jeroglífico



Nº 226 — Metátesis



Nº 227 — Comprimido



Ver las soluciones en la página 100.

el rincón del bebé

Ser madre es lo mejor que ha podido dar la vida a la mujer. Pero ello le exige mayor esfuerzo, iniciativa y visión que la más difícil carrera. A esas madres que se sienten verdaderamente compenetradas de su responsabilidad en la vida, EL HOGAR *les dedica esta página.*

EL PELIGRO DE LOS ALIMENTOS

Se debe evitar de dar caramelos a los niños.

Los higos, dátiles, ciruelas y pasas de uva contienen azúcar, además de otro material nutritivo de suma importancia, lo que hace que sean mucho mejor para los niños que la mayoría de los caramelos.

Las frutas que se venden en los mercados y por las calles están expuestas a que las moscas y el polvo las llenen de toda clase de bacterias, por eso hay que lavarlas bien antes de comerlas.

El ácido de la fruta contiene una materia que produce una saliva alcalina que protege la dentadura, y por ese motivo es que todas las comidas que se hacen deberían terminarse comiendo fruta.

•

¡Quien da bebidas espirituosas a los niños, comete con ello un crimen!

•

CUANDO VIENE EL MÉDICO

¡No atemorices a tus hijos con la amenaza de la visita del médico! Inclínales, antes bien, a sentir cariño por él, y enséñales a abrir bien la boca y a sacar la lengua sin necesidad de forzarles a ello. Con esta conducta les evitarás a ellos muchas lágrimas y facilitarás no poco la tarea del médico.

DOS RECETAS PARA LA COCINA DE LOS NIÑOS

Sopa de tapioca y maizena para un bebé.— Cuézase durante cinco minutos un cuarto litro de leche y añádase una cucharada grande de tapioca, otra de azúcar y otra de maizena disuelta en leche fresca. Déjese que hierva de 10 a 15 minutos, hasta que se espese.

•

Alimento para criaturas.—Ingredientes: 1 taza de leche; 1 cucharadita de azúcar; ½ cucharada de maizena; 3 gotas de extracto de vainilla.

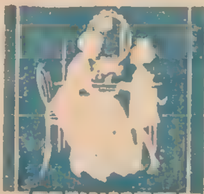
Póngase la leche en el fuego, y cuando suelte el hervor, agréguese la maizena disuelta en media taza de agua fría. Agréguense el azúcar y la vainilla. Hiérvase dos minutos. y sírvase.

LA NOCHE

(CANCIÓN DE CUNA)

Porque duermas, hijo mío,
el ocaso no arde más;
no hay más brillo que el rocío,
más blancura que mi faz.

Porque duermas, hijo mío,
el camino enmudeció;
nadie gime sino el río;
nadie existe sino yo.



Va anegando niebla el llano.
Se cerró el suspiro azul.
Se ha posado como mano
sobre el mundo, la quietud.

Yo no sólo fuí meciendo
a mi niño en mi cantar;
a la tierra iba adurmiendo
al vaivén de mi cunar...

Por GABRIELA MISTRAL

TRAJECITOS ENCANTADORES PARA ACOMPAÑAR UN CORTEJO NUPCIAL

La beba.—En satín celeste, con cuatro voladitos colocados de trecho en trecho. Un cuello caprichoso rematará al costado elegantemente con un nudo postizo. Medias y zapatos del mismo color. Vincha en la cabeza.

Varoncito.— Blusa blanca en crêpe satín blanco. Pantalón en satín negro. Un ancho cinturón con un nudo al costado. Guantes de cabritilla blanca; zapatos de cabritilla negra, con hebillas plateadas. Medias blancas de seda.

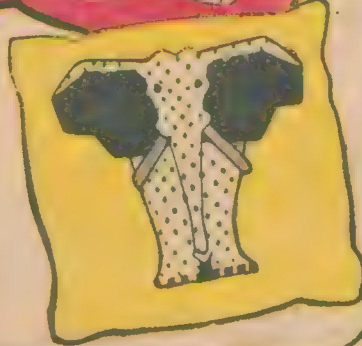
PARA LA CAMA DEL BEBE



Una colcha con cubiertas de este estilo tiene forzosamente que resultar agradable al niño en el momento de acostarse. Los dibujos son todos con motivos infantiles, números y figuras de animales alrededor de los cuales puede la madre amante narrar un cuento o hablar a la criatura sobre ellos con esa bondad y esa sencillez con que sólo pueden hacerlo las madres. Deben ser hechos en tonos subidos y agradables, para que atraigan más poderosamente la atención de los niños.







. Estas pequeñas almohadas harán juego con la colcha, tanto en sus motivos como en su colorido. Un elefante o un oso colocados sobre ellas constituirán un valioso adorno en cualquier dormitorio infantil.





UNA CARTILLA PARA LAS MADRES

La habitación del bebé debe ser ventilada y expuesta al sol. Aire, luz y sol son los tres elementos indispensables para ella.

•

¡Cuidado con el polvo! Cada grano de polvo transporta millones de microbios. El sistema de limpieza con aspirador es el ideal.

•

Nunca se haga secar ropas en en el aposento del nene. La humedad que desprenden daña su organismo.

•

Durante los primeros cuatro meses de vida, el bebé debe vivir en una habitación tibia. La temperatura de diez y ocho grados es la requerida. No confiéis sino en el termómetro para apreciarla.

•

No acostéis al bebé de espaldas, sino de costado, variando con frecuencia el lado sobre el cual descansa.

•

No uséis para las sopillas harina de cacao. Constipa y enerva. Además el nene se engolosina con ella y rechaza luego los demás alimentos.

•

A pesar de la fama gozada por el caldo de verduras, es bueno saber que constituye en realidad un alimento muy pobre.

•

Haced vacunar al bebé. Es medida de prudencia.

LA ROPITA DE LANA Y LAS FRANELAS

En invierno no cabe duda que la mejor ropita para una criatura es la de lana y franela. Pero he aquí la desesperación de muchas madres primerizas. Al primer lavado de la ropa del hijito, ésta ya no sirve más. Ha encogido de tal modo que es imposible volverla a poner. Falta de precaución y de práctica. Siguiendo este pequeño consejo, todo se subsana fácilmente. Las franelas y las ropitas del bebé, que son de lana, se conservan suaves y blancas y no hay peligro de que encojan teniendo la precaución de echar una cucharada de amoníaco en la primera agua en que se lavan las prendas.



El voto de la mujer



LA mujer argentina, casi sin proponérselo, llegará a la conquista del voto. En un país como el nuestro, joven y rico, en que todo aún no es sino un perpetuo florecer, esta nivelación de la mujer y el hombre en los derechos políticos era algo que no podía tardar. En el parlamento hay mayoría para acordar el sufragio femenino. Y llegará más que por espíritu de lucha de parte de la mitad más bella de la humanidad, por desenlace natural de los acontecimientos. Entre nosotros la mujer conquistará el voto, o sea la ventaja política masculina, tras muchos años de compartir las obligaciones con su compañero. No se trata, pues, de algo que se le da por galantería o que ella alcanzó con el arma de su capricho todopoderoso. Hace mucho tiempo que la mujer argentina es tan sostenedora del hogar como el hombre. Hace mucho tiempo que sus manos generosas se ennoblecen en el áspero trabajo de afuera. Hace mucho tiempo que se gobierna económicamente y que no necesita ni siquiera en eso el apoyo del brazo viril. Tal realidad no podía menos que provocar la silenciosa reacción que se ha operado en nuestro ambiente, y que a la postre tenía que producir el imperio de la igualdad que ya se advierte en el armonioso panorama de nuestras leyes.

Para los espíritus equivocados que siguen atribuyéndole a la mujer una inferioridad intelectual sólo justificable en la edad medieval, acaso el adelanto, o mejor dicho, la normalización social que significa el voto femenino, entrañe valores negativos. No es cuestión de discutir el punto con esos espíritus. Por lo contrario, es cuestión de alegrarse de que, a su pesar, los hechos establezcan tan perentoriamente el advenimiento de la justicia. Pues no otra cosa que justicia entraña el voto femenino en estos momentos en que el mundo entero depende no ya sólo de la paz entre las naciones, sino también de la amistad y la tolerancia entre los sexos.

La muchacha soltera que en la actualidad, recién sálida del lecho tibio, se pone sus prendas sucintas y se marcha al trabajo, no tiene por qué depender de nadie en ningún sentido que no sea el que se ajuste a la estricta moral. Valerosamente lucha ella por la vida. Con su esfuerzo, con su fatiga, curvada en la oficina ante la máquina de escribir, de pie en la tienda frente a las exigencias del público, exhausta en la fábrica junto a las máquinas terribles, ella, con sus pequeñas manos y con su gran corazón ha demostrado todo lo que vale como ser pensante, como colaboradora del hombre, como entidad que se puede valer por sí misma. Abrirle el camino del voto no es otra cosa que darle lo que es de ella, porque para eso sufrió y bregó en la vida y supo ser espléndida como amiga, maravillosa como esposa, inmensa como madre.

El repetido ejemplo que presentan los adelantados países europeos en que la mujer vota desde hace tiempo demuestra que sólo el instinto femenino es capaz de salvar con cordura las grandes borrascas políticas de los pueblos. La mujer, guardiana del hogar y mantenedora de la familia desde el punto de vista amoroso y constructivo, jamás antepondrá a tales dones los sentimientos bastardos que suelen hacer de la política y sobre todo del ejercicio del voto, el arma del peculado y de la indignidad civil. Por el contrario, la mujer que da hijos a la patria y que tiene que criarlos y hacerlos hombres; la mujer que tras sacrificarse largamente en la casa, se sacrifica ahora también en la calle, no dejará nunca que los bienes de la civilización perezcan entre los engranajes del tiempo. Levantará como un dique su formidable debilidad. Y en ella se estrellarán las olas de la intriga y el logro.

Bien venido sea, pues, el voto que será nuncio de paz en sus manos. Y quiera Dios que antes de mucho la veamos en las posiciones públicas limpiando con sus manos, hechas a desbaratar telarañas y a aclarar rincones, el vetusto caserón, lleno de recovecos, de la política criolla.



COCKTAILS

SOBRE LA IMPLACABLE TRAGEDIA DE LAS SUEGRAS

El marido recibe un telegrama; palidece y se dirige inmediatamente a la habitación de su esposa y la encuentra llorando.

—¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre? Estás llorando.

—¿Y tú? Te encuentro también sobresaltado.

—Tu madre llega a las siete—dice el marido enseñando un telegrama recién recibido.

—¡Y la tuya a las cinco!...—contesta la esposa mostrando otro telegrama.

* * *

La suegra.—Si me llegase a tocar la grande, creo que me moriría de alegría.

El yerno.—Ya verá, querida suegra, cómo no nos cae esa ganga.

* * *

DE DIA EN DIA

Del empréstito en retraso,
y helando las faltriqueras,
sigue del frío el rigor.
Habrá que forzar el paso
para que entre, a las carreras,
el patriotismo en calor.

*

Se afirma que ahora circulan
billetes falsos de cien
pesos. ¡Qué cosa más rara!
¿Y buenos, los hay también?

*

Con un "cuento" a un rico otario
dejaron sin numerario.
De ése se dice que es
el mejor "cuento" del mes.

*

Ahora en nuestro Parlamento,
suele el debate político
ser un alivio al tormento
de nuestro momento crítico.
Pues si de crisis se trata,
siempre queda en evidencia
que aún se mantiene barata
la producción de elocuencia.

*

¿Del tiempo?... Sí. En estos días
puede ser que llueva o no.
Y en esto estamos conformes
siempre Martín Gil y yo.

Tancredo

—¡Estoy loco de contento! —dice Bolonio a un amigo suyo.

—¿Y por qué?

—Porque mi suegra, que todavía está de buen ver, se va a casar dentro de un par de meses.

—¿Y qué hay con eso?

—Pues figúrate... Ahora ella también va a tener suegra y verá lo que es bueno.

* * *

Sin la venerable y antiquísima institución de las suegras, perdería el humorismo mundial uno de sus más ricos veneros, y los yernos de todas las razas la más segura posibilidad de hacerse dignos de cruzar las puertas del paraiso. — SAMPEDRITO.

* * *

La futura suegra. — ¿De modo, joven, que usted aspira a ser mi yerno?

El futuro yerno, con cierta preocupación. — Qué quiere, señora. Si me caso con su hija, no veo la manera de evitarlo.

* * *

Siendo, como son, las suegras
groseras, bruscas y ariscas,
—¡oh ironía de los nombres!—
las llaman madres "políticas".

* * *

—Anoche soñé que mi suegra se había muerto.

—Pero si usted no es casado.

—En efecto; pero por la satisfacción y alegría que experimenté, me parecía como si lo fuese.

LA CAIDA DEL ANGEL

No es la mayor caída
la del ángel rebelde; ángel hermoso
que nos quita el reposo,
es también la mujer, en la florida,
risueña juventud, que el alma alegra;
encuentra un hombre que la adora, tierno;
se casa, tiene una hija, sale un yerno, [gra.
y el ángel..., ¡cataplum!, desciende a sue-

Casimiro Prieto.

* * *

Alegría defraudada:

Ella. — ¡Oh, Juancito!... Mamá acaba de caerse por las escaleras abajo y se rompió...

Él, con extraño regocijo. — ¿La cabeza, el esternón?...

Ella. — No. El pasamanos.

Del carnet de Bolonio

Me asombra pensar en la situación angustiosa y equívoca en que quedarían las suegras argentinas si es que llega a ser aprobado el proyecto de ley de divorcio...

*

Ayer vino mi amigo Trifón a pedirme un consejo. ¡Qué inteligente es el amigo Trifón!

*

Me ha dicho mi primo Geroncio que ayer y hoy le fué imposible hablarme por teléfono porque están en huelga las telefonistas que atendían los aparatos. Pero... ¿es que, en verdad, había señoritas que hacían eso de atender cuando se las llamaba?

*

Si más leo a nuestros hombres de genio y de ingenio, más me voy convenciendo que no son los más sabios y geniales los que dicen más cosas interesantes, sino los que dicen menos tonterías.

Tanto se habló últimamente de la "cultura" que proyectan las audiciones del Colón, que estoy preparándome para darme el consabido bañito de cultura con Aída, Rigoleto, Barbero, Tosca, Trovador y otras óperas casi centenarias que vienen rodando por todos los organillos del mundo, y que figuran entre las "novedades" y fuentes de "cultura" de la temporada.

*

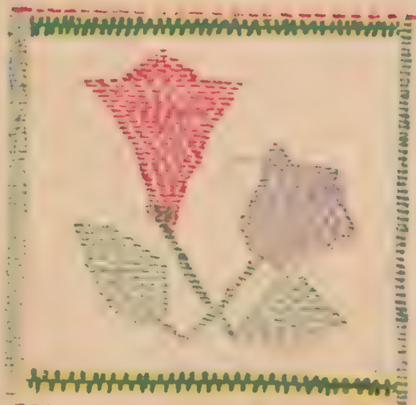
Deseo encontrar quien me descifre este fenómeno: Como hacía algún tiempo que no podía dormir tranquilo, compré un perro para seguridad de mi casa. Ahora es el perro el que no me deja dormir.

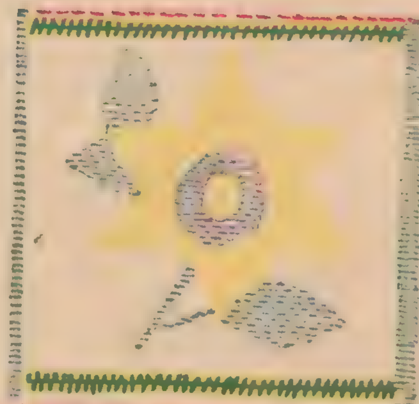
*

Cuanto más vienen bregando contra las "hermanas" de los hospitales, los partidos de la izquierda, más me convenzo de que eso de la "fraternidad" de que tanto blasonan es un cuento.

labores femeninas por MALISA

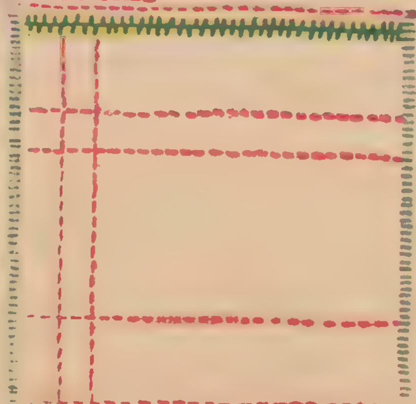
Dormitorio moderno





HE aquí un bonito dormitorio cuya característica principal la constituye el colorido en general, parte del cual puede ser apreciado en la alfombra de diversos tonos, al igual que las cortinas en la ventana. ¿Y qué decir del estilo de los adornos que cubren casi totalmente la colcha? Están bordados en lana de diversos colores.

Pueden verse aquí cuatro de los diferentes motivos aplicados sobre la colcha. En su totalidad están constituídos por sencillos y vistosos dibujos de flores o guardas. Deben ser preferentemente colocadas en camas de una plaza y media, cuya dimensión dará motivo a su lucimiento. Adviértase que uno de estos dibujos se encuentra aplicado sobre el pequeño cortinado de la ventana.





Casi podríamos decir que con la sola adopción de estos vistosos bordados logramos dar a la habitación que nos ocupa un aspecto verdaderamente alegre.

Sin embargo, convengamos en que para obtenerlo han colaborado también la graciosa simplicidad de la silla y ambas mesas.

El rústico aspecto del marco del espejo está de acuerdo con el moblaje total del dormitorio. Se trata de una habitación amueblada con verdadero confort y buen gusto.

"El hombre que está solo y espera"

(Continuación de la pág. 84)

Si Raúl Scalabrini Ortiz hubiera escrito este "Hombre que está solo y espera" por pura preocupación literaria, su libro podría ser recusado como libro propugnador de afirmaciones erróneas. Pero yo sé, mejor que nadie, como han sido vividas, "soñadas y proferidas" esas doscientas páginas que plantean la existencia de un porteñismo un poco desalentador. ¿Qué es, quién es, ese porteño-tipo, ese hombre simbólico de Corrientes y Esmeralda, "vórtice en que el torbellino de la argentinidad se precipita en su más sojuzgador frenesí espiritual"? Yo, personalmente, sólo le adivino algunas mañas y le conozco algunas reacciones. Para Raúl Scalabrini Ortiz es un hombre que tiene más de veinticinco años y no llega a cincuenta; es un tímido sexual que mira eróticamente, y que traduce sus sorpresas y amarguras en la música de los tangos. Profesa ese hombre un culto casi sagrado por la amistad, que es idolátrica, y siempre tiene a mano la excusa para el amigo. De progenie cosmopolita, ese hombre confunde en sí cuatro razas y no se siente hijo de ninguna. Scalabrini Ortiz le niega un Dios y le atribuye algunos respetos materiales. Distanciándolo de la ternura femenina, ubícalo "desnudo y solo, en el interior de su escéptico baluarte verbal, entre dos millones de hombres y mujeres que están solos". Resbaladizo y disconforme, huraño y siempre un poco al sesgo de los demás, perdonamuertes y a veces perdonavidas, ese hombre parece existir sin un solo pensamiento central; no piensa y existe; va viviendo en un dejarse morir con días huecos y preocupaciones poco valederas; con sueños escasos y estirados abandonos, sin esa preocupación mortal del europeo que espera salvación de Dios, anhela felicidad para la patria y trabaja con ahinco para su hogar. El hombre de Corrientes y Esmeralda parece un nómade errabundo entre este y aquel café donde da descanso a sus ocios, y donde alimenta la pasión que se forma, paradojalmente, con la suma de sus apatías...

¿Ese hombre es la realidad argentina? Las grandes ciudades producen un ejemplar de tal especie, un espécimen de abúlico pasional que se fabrica pequeños problemas personales para dejar correr el tiempo. Pero "eso" no puede ser "el vórtice en que el torbellino de la argentinidad se precipita", ni puede tomarse como característica determinante del hermano argentino, del hombre de la patria, cordillerano o mesopotámico, jujeño o pampeano. Viajeros dotados de videncia — Ortega y Gasset, el conde de Keyserling — denotaron su indecisión frente al argentino, poliédrico y cambiante, pero se fueron de esta tierra con la convicción de que aquí se plasma todo un mundo nuevo, por encima del Nuevo Mundo tradicional. Esa es nuestra sensación de futuro, mas ¿cómo podrá considerarse embrión al hombre de Corrientes y Esmeralda, que superpone algunas curiosidades hueras — el juego, el deporte — sobre muchos escepticismos o irrespetuosidades? ¿Qué haz, qué unión fuerte puede nacer de una suma de individualistas egocéntricos aborrecedores de la labor y del deber, enemigos de un trabajo cansador, "que es el que demanda, al que lo ejecuta, prolijidad mental concentración, atención"? Evidentemente, existe la desidia argentina. Pero más lógico sería buscarle remedio que encontrarle justificación, si el "espíritu de la tierra" — frase neológica con que Scalabrini Ortiz encubre la forma verdadera de Patria — inspira al Hombre una devoción fiel. Impónense las patrias sobre los hombres, con la exigencia fructuosa del "humus" donde las semillas prosperan. Lo contrario es simplemente una negación de vida.

Muchas apuntaciones y referencias denotativas de sus condiciones abundan en "El Hombre que está solo y espera". Pero todas son tipicidades; no hay una condición superior que pueda contrapesar los defectos, las pequeñeces animales de ese hombre porteño. Arquetipo parece ser para Raúl Scalabrini Ortiz, y, desgraciadamente, apenas si llega a la medida de un subtipo. Tales son sus incredulidades groseras; su estatismo estéril; su descreimiento pertinaz. Cumple sus trabajos con forzada paciencia y hasta "sirve a la Patria", según Scalabrini Ortiz, no porque crea en su servicio supremo, sino porque la disciplina militar se lo impone. Una absurda suma de insuficiencias y de negaciones concurrentes a su formación, sobre la base de algunos sentimientos apelmazados, es la que completa el todo de ese tipo porteño que en rigor de verdad deberíamos clasificar más que como al Hombre, como al "Homúnculo" de Corrientes y Esmeralda".

La pasión porteña de Raúl Scalabrini Ortiz ha suscitado su apasionamiento por una categoría particular de porteños cuyo modelo no se puede festejar. Si la realidad de los argentinos se encarnara en ese hombre, ya estaría virtualmente clausurado nuestro porvenir. Pero quédele a Raúl Scalabrini Ortiz el galardón que merece por haber sido un precursor; primer buzo temerario aventurado en esas honduras de los sentimientos, los gestos, los excesos y las falencias de los porteños actuales. Quizá sea el tono laudable que imprime al canto de las imperfecciones del hombre de la ciudad una forma de evitar su demasía. La precisión, la exactitud conceptual y verbal de muchos aspectos sobre la vida argentina que el escritor establece en el libro, compensar con holgura ciertas afirmaciones que pueden pecar de demasiado sentenciosas. En horas venideras el no prescripto amor de Raúl Scalabrini Ortiz por la ciudad se concretará en libros de orientación y de conducta, porque "el hombre deberá tenerlas. Su espectáculo de hoy, su cotidiano aburrirse en la esquina de Corrientes y Esmeralda, empequeñece a la ciudad, ya que resulta parásito de ella. Cuando Raúl Scalabrini Ortiz, con su prosa lujosa y su fervor porteño cante a Buenos Aires levantando la misma voz con los "Acentos de Soledad" que ennoblecen el final de su libro, el Hombre que está solo y espera — hoy innominado y obscuro — habrá sabido encontrarse a sí mismo.

"La casa colonial", de Ricardo Rojas

(Continuación de la pág. 84)

despertar un solo eco en sus conciencias sordas. El señor Rojas, venturosamente, no conoce el desaliento. Se ha jurado a sí mismo salvar el teatro nacional, y ha de salvarlo — ¡vive Dios! — como ya está salvando al país su *Radicalismo de mañana*.

Después de *Elelín*, *La casa colonial* repite la misma prédica de los comienzos. Pero si en aquél, el señor Rojas había buscado como ropaje de sus símbolos un episodio de los conquistadores, escenifica en ésta una lección primaria sobre los triunviros. Alrededor de la conspiración de Alzaga — que constituye el pretexto — el señor Rojas desenvuelve con el procedimiento habitual en las fiestas escolares, un sencillo conflicto entre la España de Fernando y la

Argentina de Rivadavia. El choque no tiene, naturalmente, en *La casa colonial* el excesivo esquematismo de esas piezas de teatro que los maestros de quinto grado enseñan invariablemente al final del curso. Por momentos, sin embargo, la trama es tan ingenua y los recursos tan simples, que es difícil substraerse a la ilusión.

Como en las escuelas, en efecto, una intriguilla de amor casto colorea de rosa la transparencia de los símbolos: un clavel a través de las rejas, un beso a flor de labio, una escena de pasión, suave y dulzona. Como en las escuelas también, la historia se presenta graciosamente aderezada. Entre españoles y argentinos, por ejemplo, parece que no hubo nada más que un malentendido. Todos fueron nobles, generosos y cristianos; y hasta los jacobinos, tan torpemente calumniados, nunca dejaron de ser excelentes muchachos que confiaban en Dios...

Teatro escolar por la concepción y el desarrollo, *La casa colonial* parece no tener otra misión que la de grabar en el recuerdo del gran público, los detalles más salientes de la conspiración de Alzaga. Los personajes, por eso, se cuentan unos a otros referencias minuciosas que necesariamente les eran conocidas, pero que no tienen otro objeto que rebotar hasta el atento espectador y evocar en su memoria confusos jirones de historia patria. En esas condiciones, la acción es nula y el desarrollo lento. En vano el autor echa mano hasta de una mujer tapada para reavivar de algún modo la intriga que a cada rato se desmaya. El único momento realmente dramático, porque dramático fué en la realidad — la escena de Rivadavia y Pueyrredón, tal como Florencio Varela la ha contado, — fracasa lamentablemente entre las manos inhábiles del dramaturgo. Sus héroes pasan por la escena sin soplo y sin vida; se mueven como sombras, carecen de profundidad y de relieve. ¿Qué decir, por ejemplo, de ese pobre diablo de don Anselmo de Aranda, que la primera noche en que se reúne con los conjurados no se le ocurre otra cosa que la puerilidad de preguntar a don José de las Animas — cuyo rostro amarillo de Rasputín bilioso no predispone a las familiaridades, — ¿por qué usan barbas los frailes de su orden? ¿Qué decir en igual forma, de ese penoso final del tercer acto en que el autor no sabiendo cómo despedirse de un asunto ya concluído, planea un largo rato sobre el ombú y el río, la guitarra y el rancho, antes de aterrizar por fin sobre el hornero y la patria?

El público, naturalmente, escuchó con respeto pero sin emoción. Le agradaba quizá ver en escena las mismas figuras que hasta entonces sólo conocía a través de los dibujos de Fortuny. ¡Oh los buenos tiempos de la historia de Grosso y del álbum de Imhof, con sus batallitas pintorescas y sus soldaditos como de plomo! Le agradaba también la vanidad inconsciente de tener tantos próceres al alcance de la mano y de saber además que si fuera necesario nadie le impediría alzarse de su asiento y encararse con cualquiera: "un poco más fuerte, señor Rivadavia"... Agrado trivial, sin duda, y curiosidad sin trascendencia; pero que daba al público de *La casa colonial* cierta emoción dominguera de museo de Luján con sus figuras en cera y reconstrucciones en corcho.

El señor Rojas aspiraba, por supuesto, a mucho más que a esos éxitos pueriles. Pero en el estreno de *La casa colonial*, como en el estreno de *Elelín*, la opinión del público no llega jamás al señor Rojas. Tiene una idea tal de su misión, cree tan candorosamente en su destino, que en el discurso con que agradeció los aplausos corteses del estreno no pudo evitar la tentación de recordar a Shakespeare y Calderón... Con el énfasis que en él ya se ha hecho carne, anunció una vez más el gran milagro.

"Lázaro, levántate" — dijo la noche de *Elelín*. — Frío y rígido, Lázaro no se dió por aludido. El señor Rojas discutió, con todo, que le había visto entreabrir los ojos. "Lázaro, levántate" — repitió en *La casa colonial*.—Frío y rígido siempre, el teatro nacional no se levantó.

Por más fe que la grey tenga en su profeta, sólo Dios puede saber lo que habrá de ocurrir en un próximo "Levántate" sin resultado...

Soluciones de la sección "DESCIFRE USTED..."

Nº 225 — Jeroglífico: FACSIMIL.
Nº 226 — Metátesis: DUMAS-MUDAS.
Nº 227 — Comprimido: QUINCENAS.

Cartas de mujer

(Continuación de la pág. 98)

India, pasó a las del conde Harewood esposo de la princesa Mary de Inglaterra, quien, según se anuncia, lo acaba de vender al famoso millonario yanqui por la suma de dos millones de francos. Tú preguntarás: ¿Para qué quiere esa piedra el viejo multimillonario que vive a leche y apenas puede con sus huesos? Pues, nada menos que para regalársela a una artista, cuyo talento admira... ¿Quién? ¡Misterio!

¿Sabes una cosa? Parece que la civilización occidental, cultivada en la vieja Europa y en la joven América, está en peligro a causa de nosotras, las mujeres modernas. No te rías; una estadística recientemente publicada en un diario de aquí lo demuestra. ¿Quieres enterarte? Lee.

En Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos existen trece millones de hogares sin hijos. Según el profesor alemán Ernst Kahn, Alemania tendrá quince millones menos de habitantes en 1975 si los matrimonios continúan siendo estériles, pues la disminución de los nacimientos no se debe al aumento de la mortalidad infantil, sino a la consciente voluntad de las mujeres. Los matrimonios sin hijos representan, actualmente, el cincuenta y cuatro por ciento de los hogares berlineses, el treinta y ocho de los ingleses, el diez de los franceses, el veinte de los yanquis... Según los comentaristas, el peligro reside en el aumento de la prolificuidad entre las razas menos civilizadas. ¿Por qué? ¡Esos señores políticos ya me tienen hasta el copete! ¿Creen que la mujer continuará sacrificándose toda la vida para que ellos puedan disponer de ejércitos? ¡No, mil veces no! Que arreglen el mundo de tal manera que las "razas menos civilizadas" no representen un peligro para las más. ¿O es que nos quieren asimilar a sus fábricas de municiones? Por dignidad debemos imitar a esos matrimonios berlineses que no darán un solo soldado para que lo maten en las trincheras, sin beneficio para nadie, como lo ha probado hasta la saciedad la última carnicería humana.

¿Qué te parece mi carta? La termino porque se está haciendo muy larga y "secante". En mi próxima te seguiré enterando de las cosas que ocurren por estos andurriales. Besos a las muchachas, apretones de manos para los muchachos, y para ti, el cariño más sincero de tu amiga

SILVIA.

La Paja en el Ojo Ajeno...

FANNY. — ¡Al fin estamos en la página 101! ¡Creí que no llegaba nunca! ¡Qué recorrido fantástico hay que hacer, Maestro, para alcanzar nuestro selecto rincón! Os confieso que me ha mareado un poco tanta magnificencia...

P. — ¿Y qué tal? ¿Qué os parece el nuevo hogar?...

F. — Un hogar como no me atreví a imaginar ni siquiera en mis descabellados sueños de adolescencia. ¡Qué feliz soy, Maestro, qué feliz! *(Canturreando:)*

Dulce hogar,
¡Oh dulce hogar!...

¡Lástima que vos seáis tan apático!

P. — *(A media voz.)* ¡Y que vos uséis lentes!

F. — ¿Qué decís?

P. — Nada. Ausente, como es mi costumbre, pensaba en que no hay una sola protagonista de romances de amor, literarios o cinematográficos, que lleve lentes. Yo, por lo menos, no recuerdo ninguna.

F. — Se explica; ¡son todas tan superficiales! En la Facultad, en cambio, las chicas más estudiosas se caracterizaban por eso. ¡No había una que no usara lentes!

P. — Es un buen antecedente... ¿De modo que os place el nuevo hogar?...

F. — ¡Me encanta! ¡Es divino! ¡Aquí sí que vamos a decir cosas espirituales!...

P. — ¿Quién lo duda? Y os prevengo que vuestra observación es muy exacta. El medio en que actuamos tiene una influencia decisiva sobre nosotros los pensadores...

F. — Taine, en su...

P. — Sí, ya sé; pero no hace falta la cita. Os lo voy a comprobar con una experiencia reciente. ¿Vos leéis, seguramente, los interesantes artículos que Rosita Forbes viene publicando en EL HOGAR?

F. — Me los devoro. Es uno de los pocos espíritus extranjeros que nos observa con sensatez, sin caer en la tentación de hacer folletines sensacionales a costa nuestra, como tantos.

P. — Perfectamente. Echad ahora un vistazo a lo que la misma Rosita Forbes escribe en *La Nación*, del 5 del corriente, con el título de "Algunos aspectos de la Patagonia". No es necesario desmenuzar el artículo para comprender que la escritora inglesa se ha convertido allí, con respecto a nuestro país, en una Paul Morand vulgar y silvestre. Ya lo veis, el medio. Oíd algunos parrafitos sueltos:

La mitad de la Patagonia vive de la cría de ovejas y la otra mitad del robo de las mismas... En Patagonia hubo siempre cierto número de salteadores. Cuando los habitantes estimaban haber sufrido bastante a manos de algún Shylock levantino, asaltaban su negocio y arreglaban las cuentas a balazos.

Prestad atención a lo que, siempre en el artículo, declara "el administrador de una compañía":

— Este invierno consideraré que todo ha ido bien si no nos roban más de cinco mil animales de junio a septiembre.

Y a esto otro:

Hay pocos ancianos en la Patagonia: "Mueren de tuberculosis o de pulmonía, cuando no de una puñalada", nos dijeron.

Ya sé que todo esto hiere vuestros legítimos sentimientos nacionalistas. Pero conteneos, que hay más todavía. Deleitaos con los siguientes cuadritos:

Cada casa aislada parece tener su historia. Aquí, un individuo mató a su mujer sin motivo alguno. Ese negocio, sólidamente construído y rodeado de álamos, fué asaltado la semana pasada. Hace un mes, "fulano de tal", uno de los mejores empleados de la compañía, se emborrachó y mató a balazos a alguien, sin saber lo que hacía. En esa casa de aspecto respetable, situada al pie de la colina, vivían ciertos norteamericanos que tenían que rendir cuentas por 28 crímenes cometidos en su país; pero, en ese caso, "la policía tuvo la mejor parte, después de un gran tiroteo que hubo".

Y, para terminar, esta semblanza:

Es la única persona, en el Chubut, a quien se ha prohibido llevar armas, porque un día, sin previo aviso, de un balazo, le hizo saltar el cigarro de los labios a un visitante que no estaba acostumbrado a las modalidades de la Patagonia.

No sigo leyendo. ¡Que vuestra contenida indignación patriótica desborde ahora! Pero..., ¡os veo lo más tranquila!...

F. — Este... Maestro... Perdonadme..., pero, ¿vos habéis estado en la Patagonia?

P. — Sí... ¿A qué responde la pregunta?

F. — ¡No os enojéis!... Y... y..., ¿no es cierto lo que dice Rosita Forbes?

P. — ¡Claro, si empezamos por creerlo nosotros! ¡Qué ha de ser cierto, muchacha! ¡*Paulmorandismo* puro! En la Patagonia, a lo sumo, habrá uno que otro asaltito, muy inferior por cierto a los que se estilan en las grandes ciudades civilizadas. Se practicará también el abigeato más o menos en la proporción que acusa nuestra orgullosa provincia de Buenos Aires. Pero nada más. Sólo en los cinematógrafos de San Antonio, Rawson o Comodoro Rivadavia puede verse eso de que una persona le haga saltar de un balazo el cigarro a un visitante.

F. — Yo, sin embargo, creía... Y he leído cosas de escritores nacionales en que la Patagonia aparece con los mismos indicios... Una novelita de *Mundo Argentino*, crónicas en *Crítica*, no hace mucho...

P. — Es posible. Los argentinos mismos hemos hecho la leyenda trágica de la Patagonia, como hemos hecho — ya os lo señalé una vez — la leyenda carnavalesca del gaucho. Y lo peor es que, con nuestra ignorancia supina del país, continuamos fomentando ambas leyendas, para provecho exclusivo de los escritores extranjeros. Porque ni siquiera hemos sabido utilizarlas para crear una literatura y un cinematógrafo de exportación — como los yanquis con su Far West, sus cow-boys y sus pieles rojas,—que nos produjera algunos pesos. La Patagonia — os diré esto como conclusión final — ya ha dejado de ser hace mucho tiempo lo que fué, lógicamente, en la época de sus primeros colonizadores: tierra para piratas, asaltantes... o misioneros. ¡Y nuestra protesta debe ser tanto más altiva por cuanto se trata de la región argentina donde florecen los mejores patriotas!

F. — No, Maestro, aquí os la discuto. ¡Exageráis!

P. — No exagero. ¿En qué otro lugar, a ver, podemos encontrar un ejemplo de patriotismo como el que acaba de proporcionarnos este noble argentino de que nos habla, en primera plana, como corresponde, *El Pueblo* de Trelew (Chubut), en su edición del 3 de mayo último? Os leeré el párrafo inicial del suelto:

Ha muerto F... B..., argentino noble, en el día patrio, en el día anhelado por él para cerrar sus ojos a la vida y tan argentino y patriota fué, que a pocas horas del deceso, solicitó de su compañera le hiciera oír al piano, por última vez, el himno nacional.

¡Ése es un patriota!... Aunque para vos, estoy seguro, su ferviente patriotismo no podrá nunca compararse con el del doctor Hipólito Yrigoyen... ¡No os pongáis de pie!

F. — Es que me voy, Maestro. Ya os he dicho que no quiero hablar de política... ¡Sois sobrado irrespetuoso con el Viejo!...

P. — *(Con algunas palmaditas cariñosas.)* Vamos, monona, deje esos pucheritos... y vuelva a tomar asiento. *(Transcurre una pausa.)* Os decía simplemente, admirable Fanny, que la actitud del aludido patriota de la Patagonia desmerece mucho si se la compara con la del doctor Hipólito Yrigoyen. ¡Os ruego que me escuchéis sentada hasta el final! El doctor Yrigoyen, después de muerto, no se limitó a pedir que alguien tocara el Himno Nacional, lo cual, bien mirado, hasta constituye una falta de respeto. (Ningún muerto consciente puede ignorar que su estado le impedirá escuchar la canción patria, de pie, como corresponde.) El doctor Yrigoyen, después de muerto, cumplió los cuatro años que le faltaban de su primera presidencia histórica, hizo presidente al doctor Alvear y le deshizo la presidencia, obtuvo el plebiscito más culminante que registran las historias, inició su segundo mandato apostólico... y todo lo demás que sabéis... y todo lo que falta todavía... Ta, ta, ta... En fin, ¿os parece poco patriotismo?...

F. — ¡Me parece, Maestro, que estáis *colibriyo* del todo!

P. — No os lo permito. Me encuentro en mi sano juicio. El doctor Hipólito Yrigoyen murió en 1918. Así lo asegura el autorizado

SEMANALMENTE se premiará con una libra esterlina a cada uno de los que remitan las cinco mejores perlas a juicio de nuestra redacción. No se admiten perlas anónimas, es decir, sin documentación. Todo envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo, *e si non, non.*

José Marziali, de Trelew; *Mirasol*, de Salta; *Ritos*, sin indicación de lugar; *Leonor Ambrosi*, de San Juan, y *Chela B. E.*, de Balcarce.

Diccionario Castellano Enciclopédico de Manuel González de la Rosa — que no es un seudónimo del doctor Matías Sánchez Sorondo, como suponéis, — en la página 625. He aquí el artículo:

IRIGOYEN (Bernardo de). Pol. argentino, m. en 1906. || (Hipólito de). Pol. Argentino, pres. de la rep. *m. 1918.*

Por si abrigáis todavía dudas, leed, en las primeras páginas del diccionario, la explicación de sus abreviaturas:

m. Masculino; después de varias cifras: metros; antes de una fecha: murió, muerto.

F. — En 1918. ¡Eso hubieran querido los regiminosos, los tránsfugas y los contubernistas! ¡Ya verán cómo murió, ya verán! ¡Dejen que vengan las nuevas reparaciones institucionales y democráticas!

P. — Os ponéis insoportable, hija mía. Id a recorrer más detenidamente nuestro nuevo hogar para que se os calmen un poco los nervios...

●

CRÍTICA del 5 del corriente trae una serie de dibujos que reproducen los episodios culminantes de "la revolución socialista que tuvo lugar en Chile". Al pie de uno de estos grabados leo el siguiente epígrafe:

Mientras gran cantidad de aviones volaban sobre Santiago de Chile, arrojando panfletos de propaganda revolucionaria, anunciadora del hermoso triunfo, *los buques de la escuadra, detenidos en la rada,* encendían sus fuegos. ¿Para combatir? ¿Para defender?

No importa para qué. Este insólito avance de la escuadra chilena hacia la cordillera supone una grave amenaza para nuestra defensa nacional. El ministerio de Marina, sin pérdida de tiempo, debe instalar una base de submarinos en Mendoza. ¿A ver qué dice de esto el optimista doctor Lisandro de la Torre?

●

LA *Voz de la Parroquia*, de Balcarce, en su edición de mayo 22, nos informa, en cambio, que

Los miembros de la colectividad española han iniciado un movimiento en favor de la continuación de la línea *trasandina* entre Barcelona y Buenos Aires...

Otra inesperada consecuencia de la revolución chilena. La cordillera de los Andes, cansada sin duda de contemplar bochinches en sus valles, se ha mandado mudar de su antiguo domicilio y ha ido a recostarse, majestuosamente, en el océano Atlántico. Esto, como es natural, ha creado dificultades serias en nuestras comunicaciones con España, hasta el punto de imponer la suspensión de los servicio de la Compañía Transatlántica. Pero — ¡y aquí está lo grave, doctor Lisandro de la Torre! — el traslado repentino de la cordillera ha dejado expedito el camino de la escuadra chilena hacia Mendoza... ¡Quién sabe si nos bastará con una base de submarinos para defenderla!

●

HA hecho perfectamente bien la respetable cordillera de los Andes en abandonar sus antiguos pagos. ¡Las cosas que tenía que ver la pobre allí! No solamente por el lado chileno; también en el nuestro se cuecen habas. Estos muchachos Cantoni — como les dice paternalmente el ministro del Interior — están haciendo de las suyas en San Juan, donde comandan. Un edicto bastará para daros una idea de los extremos a que han llevado a la justicia. Aparece en la edición del 28 de mayo último de *Crónica*, diario de la mencionada provincia. Helo aquí:

Por disposición del Juez de Primera Instancia Segunda Nominación Dr. Arturo García Sanabria y por el presente edicto que se publicará durante cinco días en el Boletín Oficial y un diario local, hago saber que el martillero don Américo Massaccesi, en su escritorio de la calle Mitre N° 670 el día cuatro de Junio del corriente año de once a doce *procederá a vender a don Samuel Oviedo* en el Departamento de Caucete de esta Provincia.

Ya es tarde para impedir el atentado. ¡Sólo nos queda el recurso, un poco gastado, de enviar una intervención federal!

●

EN *La Nueva Provincia*, de Bahía Blanca—31 de mayo último—leo el siguiente aviso, que lleva por título: *Empréstito Patriótico.*

El Hogar del Anciano pide a los suscriptores de bonos y especialmente a los de pequeñas cantidades, quieran favorecerlo, donándoles los títulos adquiridos, ya que la mayoría de esos suscriptores poco o nada resolverán con retenerlos en su poder.

Por algo el Empréstito Patriótico se ha convertido en el raid Duggan-Olivero de las finanzas nacionales. ¡Ya ni los ancianos del Hogar de Bahía Blanca tienen fe en su eficacia!

PRECIO EN LA CAPITAL Y EN EL INTERIOR: 30 centavos.

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.